CÓMO DESTRUIR UNA DEMOCRACIA

Cinco líderes en busca del poder total



DANIEL MATAMALA

Planeta

CÓMO DESTRUIR UNA DEMOCRACIA

Cinco líderes en busca del poder total

DANIEL MATAMALA

Planeta

ÍNDICE

Introducción. Amado líder

1. El dictador de Venezuela

2. El salvador de El Salvador

3. El rey de Estados Unidos

4. El fanático de Argentina

5. El caudillo de México

Corolario. *No kings*

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Fran, Eloy y Roma, los tres nombres que tiene la felicidad.

La entrega al carisma del profeta, del caudillo en la guerra o del gran demagogo no ocurre porque lo mande la costumbre o la norma legal, sino porque los hombres creen en él.

Max Weber

¡El poder para los que gritan: «El poder para el pueblo»!

Groucho Marx

INTRODUCCIÓN

AMADO LÍDER

La chispa de este libro se encendió el 9 de abril de 2023, en una calle de la colonia Las Cañas, en la capital de El Salvador.

En la entrada de esa población de callejuelas estrechas y casas derruidas, vi un pequeño local de venta de abarrotes, refrescos y golosinas. Pegada con cinta adhesiva en el costado del único refrigerador del lugar, destacaba una gran foto, escrupulosamente retocada, en que un Nayib Bukele de tez clara y mirada limpia aparecía con la vista anclada en el horizonte, flanqueado por dos militares en traje de camuflaje.

«"Por primera vez, los salvadoreños tenemos Libertad y Paz de verdad": Nayib Bukele, presidente de la República de El Salvador», rezaba el texto junto al retrato.

Pero la chispa no la encendió ese burdo afiche propagandístico, uno de muchísimos que encontré en El Salvador. La prendió Luis, el hombre que atendía el local y que exhibía con orgullo el póster.

—Dios nos ha bendecido con un presidente. Nosotros reconocemos que viene de él —me dijo Luis, y ese «él» lo enfatizó con sus dos pulgares apuntando al cielo.

Luis es afable y tranquilo. Usa anteojos y una gorra, viste una playera lila y tiene la sonrisa ancha y fácil. Profundamente cristiano, invoca a Dios y a Jesús en cada una de sus oraciones. No repite las consignas típicas de la propaganda oficial. Usa sus propias palabras. Le agradece a Bukele por haberle dado una vida que, para él, es mejor que antes, y a Jesús por haber puesto a este enviado divino («por obra y gracia del Señor Jesucristo», recalca) en su camino.

—Nos ha devuelto la tranquilidad y la paz —explica Luis.

Cuando le pregunto por los costos de esa paz (los miles de encarcelados sin juicio, los muertos en las cárceles, la concentración del poder total bajo un solo puño), sonríe con amabilidad y se encoge de hombros.

—Estará de Dios —me contesta.

Salí de allí pensando que Luis me había recordado algo o a alguien.

Apenas esa noche, después de una larga jornada de reporteo por distintas colonias de la ciudad, di con la respuesta: el Luis de San Salvador me recordaba a Iván, a quien había conocido una década antes en Caracas.

El 6 de octubre de 2012, Iván me abrió la puerta de su departamento en Libertador II, en una zona céntrica de Caracas. Él y su familia acababan de dejar años de miseria en un precario rancho que se caía de los faldeos de la ciudad, para trasladarse a un complejo de departamentos nuevos, equipados con electrodomésticos y aire acondicionado.

Iván es afable y tranquilo. Usa una gorra negra y viste una playera roja. Tiene la sonrisa, sí, ancha y fácil. Católico, a diferencia del evangélico Luis, también invoca siempre a Dios, y agrega a la Virgen.

Para Iván, este cambio radical en la fortuna de su familia es obra del Cielo y del Comandante Hugo Chávez. Su lenguaje corporal es parecido al de Luis.

—Primero está Dios —dice dibujando una línea horizontal en el aire—. Y después —agrega mientras dibuja otra línea, casi a la misma altura—, después está mi Comandante Chávez.

No fue solo la veneración a sus respectivos líderes la que en mi cabeza asoció a Luis e Iván. Después de todo, en mis visitas a El Salvador y Venezuela encontré muchísimos fanáticos de ambos caudillos, soldados dispuestos a escupir a la velocidad de una metralleta las frases de la propaganda oficial y a jurar obediencia eterna, hasta la muerte, a su cacique.

Lo que me impactó de Luis e Iván fue algo mucho más sutil y, creo, más profundo. Su temperamento tranquilo. La manera en que buscaban sus propias palabras para definir su relación con su santo patrono. Lo auténtica, para nada impostada, que me pareció su devoción.

En ellos había, para decirlo en una palabra, «amor». Amor hacia Dios. Y amor hacia su instrumento en la tierra, su líder.

Para ellos, Chávez o Bukele eran, y lo digo sin cinismo alguno, su Amado Líder.

El amor

La primera cara de esta moneda es el amor entre el líder y su pueblo.

Y ese amor une a caudillos en apariencia opuestos. La comparación entre Chávez y Bukele, lo sé por años de experiencia, molesta sobremanera a los partidarios de ambos caudillos. ¿Qué tiene que ver Hugo Chávez, un socialista revolucionario que implantó un modelo estatista fuertemente vinculado a la Cuba comunista, con Nayib Bukele, un derechista de mano dura, capitalista amigo de Trump y enemigo jurado del progresismo internacional?

A mi modo de ver, casi todo.

La tesis fundamental de las páginas que siguen es que, una vez que se rasca la cáscara de los discursos ideológicos y los posicionamientos en el eje de izquierda versus derecha, existe un modelo estandarizado que Chávez, Bukele y otros líderes americanos han seguido para concentrar el mando.

Actúan como si siguieran un manual de instrucciones que explica cómo destruir la democracia y emerger de sus cenizas como un caudillo dueño del poder total. Ese manual puede ser descrito como una serie de pasos sucesivos y acumulativos, que van pavimentando progresivamente el camino hacia la tiranía.

Y el paso fundamental es ganarse no el apoyo de los ciudadanos, sino el amor de los fieles. Convertir la árida labor del político en el florido campo del mesías.

Esto no es simplemente el trabajo de un demagogo. Por cierto, la demagogia es una de las herramientas del maletín del caudillo, pero no es la única; diría que ni siquiera es la más importante.

Es que la demagogia establece una relación transaccional entre representante y representado. Si te prometo el paraíso, ese respaldo es frágil porque depende de un factor externo, de un resultado que debe llegar. De

cierta manera, la demagogia sigue habitando el terreno de la realidad. Los ciudadanos dan poder a un líder a cambio de una retribución contante y sonante. Si esta no llega, el lazo entre gobernante y gobernado se debilita y se rompe.

El amor tiene una dimensión distinta. Siguiendo a san Pablo, el amor «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». Y esa frase, tan repetida en las ceremonias matrimoniales de antaño, toma un cariz escalofriante cuando se aplica a la relación entre un mesías y sus feligreses.

El caudillo exige que, en este abrazo amoroso, su pueblo excuse sus errores, crea sus mentiras, espere eternamente el cumplimiento de sus promesas y soporte la pesada mano de su represión.

Los caudillos de los que hablaremos en las siguientes páginas son líderes que se ponen por encima de las instituciones, usando lo que Max Weber llamaba el «carisma del gran personaje» que se define «por la adhesión suprarracional de sus seguidores». Estos caudillos viven en esa dimensión. Proclaman ser infalibles y tener el monopolio de la verdad. Pero no solo hablan de resultados mágicos, como lo haría un demagogo. También presumen de una relación especial entre ellos y el pueblo. Esa no es una relación transaccional, sino incondicional. El caudillo se entrega en cuerpo y alma a su pueblo, y este le retribuye con una fidelidad completa, a toda prueba, como la del amor incondicional.

Aquí se borran las fronteras tradicionales entre representantes y representados, entre mandatarios y mandantes. Fusionados en ese amor incondicional, pueblo y caudillo son uno. Las tortuosas reglas de la democracia, diseñadas desde la desconfianza para limitar el poder del líder, son un estorbo del cual deshacerse.

Si pueblo y caudillo son uno, todo lo que se interponga entre ellos está de más. Si están unidos por un lazo indestructible de amor, todos los límites a esa fusión son obstáculos que deben ser eliminados.

Y, por cierto, ese matrimonio debe ser para toda la vida.

Lo que ha unido Dios que no lo separe la República.

El odio

La otra cara de esta moneda es el odio. Porque el camino de esta unión perfecta entre pueblo y caudillo está plagado de enemigos que harán todo lo posible por destruir ese vínculo divino.

Y a esos enemigos hay que odiarlos.

Un elemento común en la conducta de los caudillos de los que hablaremos o ya hablamos en este libro es su obsesión por describir un enemigo del pueblo, volver a sus fieles contra él, y atacarlo en una escalada de agresión, también, creciente. Primero violencia verbal, luego persecución, represión y, ojalá, exterminio.

La invención del enemigo sigue reglas bien establecidas, que están en la base del populismo, una doctrina que divide a la sociedad entre un pueblo virtuoso y una élite corrupta. El pueblo recibe el amor del caudillo; el enemigo, su odio sin contemplaciones.

Si el caudillo es de izquierda, la división entre el pueblo y sus enemigos tiende a ser de clase. Siguiendo la doctrina marxista, serán las élites económicas, las poseedoras de la riqueza, las sospechosas de conspirar contra el pueblo. Ellas y sus cómplices, una lista que puede ser interminable, pero que suele incluir a los gremios con sus profesionales, y a los medios de comunicación con sus periodistas.

Si el caudillo es de derecha, la frontera suele trazarse en términos de raza, religión y nacionalidad. El enemigo es el «otro», el que es diferente a un pueblo supuestamente homogéneo. Miembros de minorías raciales, religiosas y sexuales, y, cada vez más, inmigrantes, son los candidatos perfectos. Pero ellos no actúan solos, sino en complicidad con élites pervertidas y decadentes que forman la aristocracia política y cultural del país. Aquí, de nuevo, los periodistas entran al listado de sospechosos y se agregan académicos, científicos y artistas.

Todos ellos son especialmente peligrosos para el caudillo, porque son fuentes tradicionales de conocimiento y verdad. Para funcionar adecuadamente, una democracia necesita una esfera pública de la que todos

los ciudadanos puedan sentirse partícipes. Como demostró Jürgen Habermas, el nacimiento de esa esfera pública, en lugares como salones de belleza, casas de té y cafés, fue la condición necesaria para que surgiera la posibilidad de una república.

Esa esfera pública se fue consolidando a través de ciertos profesionales encargados por la sociedad de servir de mediadores entre la verdad y los ciudadanos. Intelectuales, científicos, académicos, expertos y periodistas permitieron dibujar una experiencia común, una realidad compartida, a partir de la cual los habitantes de una república pueden discutir sus diferentes opiniones sobre esa realidad.

Los medios de comunicación masiva (primero los diarios, luego la radio y después la televisión) hicieron a todos partícipes de esa realidad compartida. En palabras del senador estadounidense Daniel Patrick Moynihan: «Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión, pero no a sus propios hechos». Menos académicamente, Harry el Sucio, el célebre personaje de Clint Eastwood, dice que «las opiniones son como los culos; todos tenemos uno». Pero ahora, en la era de las redes sociales y los algoritmos, cada uno puede tener sus propios hechos, y así elegir el culo que mejor se amolde a sus prejuicios sobre la realidad.

Los majaderos que insisten en que los hechos son como son, y no como el líder quiere que sean, son una amenaza que debe ser conjurada. Son, como dice Donald Trump acerca de la prensa, a coro con muchos de los dictadores de la historia, «el enemigo del pueblo».

Octavio Paz aseveró que «la modernidad no se mide por los progresos de la industria, sino por la capacidad de crítica y autocrítica». Medidos con ese rasero, lo que los caudillos nos ofrecen, bajo su barniz de supuesta modernización, es lo opuesto a esa modernidad. Es una vuelta a un pasado mítico en que la verdad es decretada desde el púlpito, la crítica es acallada, la verdad es perseguida y la disidencia se equipara a la traición.

Fanáticos de la democracia

Imagina que es el minuto 90 de la final por el campeonato. Tu equipo, estimado lector, se enfrenta a su archirrival. Es un Boca vs. River, un América vs. Chivas, un Universitario vs. Alianza, un Atlético Nacional vs. Millonarios, un Colo-Colo vs. Universidad de Chile, un Peñarol vs. Nacional.

Pues bien, el partido está por terminar con un empate que les da el título a los rivales. Entonces, en la última jugada del partido, tu equipo anota: es el gol del campeonato.

Pero te percataste de que el gol es inválido. Su delantero lo ha marcado en evidente posición fuera de lugar. Hay algunos segundos de incertidumbre: ¿el árbitro anulará o no el gol? Y una pregunta para el fondo de tu corazón: si de ti dependiera, ¿qué preferirías? ¿Que se cumpla el reglamento y se anule el gol como corresponde en justicia? ¿O que se valide un gol ilegal?

Si eliges lo segundo, eres un fanático de tu equipo. Tu amor por sus colores y tu animadversión por los contrarios es tan fuerte que prefieres ganar, aunque sea haciendo trampa.

Si escoges lo primero, en cambio, eres un hincha del futbol. Prefieres que hoy gane el adversario, con tal de resguardar los valores que permiten que el deporte sobreviva: el juego limpio y el respeto a las normas.

La democracia no es tan distinta del futbol. Dos o más equipos se enfrentan, pero lo hacen dentro de determinadas reglas del juego. Si esas leyes se rompen constantemente, el juego a la larga muere.

Un partido de futbol es imposible si los árbitros no hacen valer las reglas de manera imparcial, y si ambos equipos no están dispuestos a respetarlas. Si una de las oncenas decide tomar la pelota con las manos en cada ataque, es imposible seguir jugando. Y si los árbitros permiten que lo hagan, el partido se acaba como expresión deportiva.

Con la democracia ocurre lo mismo. En este caso las reglas incluyen que se desarrollen elecciones justas, que el perdedor reconozca su derrota y que quien gobierne lo haga respetando los límites y las reglas de su poder. Y, por cierto, que existan árbitros imparciales, cuyas decisiones sean aceptadas por todos.

Para lograrlo, es necesario que la mayoría sea fan de la democracia antes que seguidora de un cierto color. Si los ciudadanos prefieren que su líder o su partido ganen, así sea haciendo trampa, antes que aceptar una derrota dentro de las reglas del juego, esa democracia está en riesgo.

¿De qué depende que seamos seguidores de un color o fanáticos de la democracia? Un factor es la polarización. Cuando percibimos al adversario como un «enemigo», es más probable que aceptemos cualquier medio con tal de mantenerlos lejos del poder. Una investigación de Patrick Miller y Pamela Conover revela que esa polarización es emocional antes que racional. La animadversión personal hacia el adversario es más importante que las diferencias programáticas. Los fanáticos «están furiosos con el partido opuesto y quieren intensamente evitar perder contra ellos, no contra una agenda de temas específicos».

Por eso, los caudillos atizan el odio contra los «otros». Ese odio hace que sus fanáticos cierren los ojos a los medios, con tal de cumplir los fines: excluir al enemigo del ejercicio del poder, perseguirlo o incluso exterminarlo.

Si nos convencen de que una derrota ante el rival representa una claudicación definitiva, aceptar esa capitulación es insoportable. Al revés, cuando, en la política como en el futbol, una derrota es vista como un hecho temporal y reversible, resulta más llevadero aceptarla. Si sabemos que pronto habrá otra elección u otro clásico en que podremos resarcirnos y aspirar nuevamente a la victoria, es más fácil soportar el fracaso de hoy y seguir jugando por esas reglas que hoy nos perjudican (¡maldito fuera de lugar!). Porque mañana, cuando sea el delantero rival quien esté en posición adelantada, esas mismas reglas pueden beneficiarnos a nosotros.

Así ocurre con las democracias maduras. En ellas, perder una elección es un contratiempo soportable. El ganador gobernará de acuerdo con las reglas, con un poder limitado y un tiempo también definido. Dentro de cuatro o cinco años habrá un nuevo partido y una nueva opción de ganar de acuerdo con las reglas, sin tener que recurrir a la trampa. El sistema garantiza los derechos de los perdedores y es percibido como justo e

imparcial.

La ola autocrática

Pero ese respeto a las reglas del juego va en retirada en el mundo. En la década de los noventa, en medio de la euforia causada por la caída de la Cortina de Hierro y la democratización de América Latina, se llegó a hablar del «fin de la historia», en que la democracia liberal emergía como la ganadora definitiva de la gran lucha ideológica global.

Esa idea parece hoy de una ingenuidad encantadora. Estamos sumergidos en una ola autocrática que ya cumple veinte años y sigue empeorando. Según el informe V-Dem, en 2004, el 51% de la población mundial vivía en democracia. En 2024, este número bajó apenas al 28%. En cuanto a la proporción de personas viviendo en democracia en el mundo, estamos de vuelta en 1985, cuando el Muro de Berlín aún era el símbolo de la falta de libertad.

Hoy ya no existe un único símbolo. De Rusia a Venezuela, de Arabia Saudita a China, de Libia a Vietnam, y de Uganda a El Salvador, el autoritarismo viene en múltiples colores, sabores y formatos.

La «primera división» de los países libres, formada por las democracias liberales, donde hay pleno respeto a los derechos ciudadanos, congrega ahora apenas el 12% de la población mundial, el índice más bajo en cincuenta años. En cambio, el 72% de los habitantes del mundo vive en autocracias, el nivel más alto desde 1978, en medio de la Guerra Fría y del cénit de los gobiernos de los generales en nuestro continente.

¿Qué pasa en América? Este informe V-Dem, previo al segundo gobierno de Trump, aún catalogaba a Estados Unidos como «democracia liberal», junto a Costa Rica, Chile y Uruguay.

Argentina y México, junto a Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Guatemala, Panamá, Paraguay, Perú y Honduras son enmarcados en la segunda división, como «democracias electorales», que celebran elecciones libres, pero tienen problemas en el respeto a los derechos y las libertades

cívicas.

El Salvador y Venezuela, junto a Nicaragua, aparecen en la tercera división, como «autocracias electorales», que celebran elecciones, pero estas no son libres y justas, y no respetan las libertades ciudadanas.

Cuba queda en el nivel más bajo, el de las «autocracias cerradas», regímenes que ni siquiera tienen la molestia de simular elecciones competitivas o un sistema multipartidista.

Los cinco pasos

En las páginas siguientes, hablaremos de esta pendiente resbaladiza con que, en cinco pasos, un caudillo puede llevarnos de la democracia al autoritarismo.

Es que todos estos líderes comparten un *modus operandi* similar, en que, paso a paso, van horadando los cimientos de la república.

Como veremos, actúan por fuera y por encima de las instituciones, aunque se valgan de ellas como palancas desechables en su ascenso.

Repiten una retórica de buenos (pueblo virtuoso) contra malos (élites corruptas).

Se vuelven adictivos: monopolizan el debate público en torno a sus figuras, copando todos los espacios mediáticos.

Extienden la desconfianza sobre las instituciones y las reglas de juego, a las que consideran «trampas» para engañar al pueblo.

Exigen lealtad a su persona, no a la institución o al cargo.

Estos caudillos mienten de forma sistemática, a la vez que se proclaman fuentes únicas de la verdad, y desacreditan cualquier otra.

Son mesiánicos y se erigen a sí mismos como seres providenciales, únicos e irrepetibles.

Retratan a los adversarios como enemigos.

Son intolerantes a la crítica.

Usan el insulto personal y la humillación como armas de amedrentamiento político.

Y dividen a la sociedad completa en dos campos: amigos versus enemigos. No aceptan que otros actores como jueces, fiscales, periodistas, académicos, dirigentes gremiales, sindicalistas, artistas, científicos o miembros de las ONG tengan agendas propias que no obedecen a esa división.

No hay aquí, como en las dictaduras de los setenta y los ochenta, un golpe militar explícito, un palacio presidencial en llamas ni la foto de una junta de generales con gafas oscuras.

La toma del poder total es mucho más sibilina, y se ejecuta desde dentro de ese poder, con un presidente que gana las elecciones legítimamente. Y que ya en el Gobierno, en vez de limitarse a actuar dentro de las instituciones, respetando a los demás poderes, a la oposición y a la sociedad civil, lanza un ataque incesante contra todos a quienes perciba como obstáculos.

Es una cuenta regresiva hacia la tiranía, en que la meta no es simplemente ejercer el gobierno. La meta es acumular el poder total.

5

Esta cuenta regresiva comienza en el quinto escalón, cuando el caudillo se establece a sí mismo como centro de la acción política, aunque todavía lo hace dentro de la legalidad democrática. Usa la confrontación y la división maniquea de la sociedad para consolidar su poder. Es un periodo de ajuste y ensayos sucesivos en que el caudillo va comprobando sus límites, poniendo a prueba la institucionalidad y tensando a la sociedad completa.

En este libro ejemplificamos este quinto escalón con el sexenio de **Andrés Manuel López Obrador en México** (2018-2024). AMLO llegó al poder como un *outsider* que desafió a los tres partidos políticos tradicionales desde la izquierda radical, fundando su propio movimiento: Morena.

AMLO tenía una larga historia de liderazgo ejercido desde la calle en desafío a la institucionalidad. En cada paso de su carrera se apoyó en la movilización popular ante lo que denunciaba como «trampas de las élites». Como presidente, extendió esta modalidad, copando el debate público en

torno a sí mismo con sus «mañaneras» y atacando constantemente a sus críticos.

Mantuvo una alta popularidad que le permitió gobernar con mayoría parlamentaria y con escasos contrapesos. Sobre uno de ellos, el Poder Judicial, AMLO cobró revancha al establecer la elección popular de magistrados. Sin embargo, se mantuvo dentro de la institucionalidad y no buscó perpetuarse en el poder. Tras seis años, le entregó el mando a su delfín, Claudia Sheinbaum.

4

En el cuarto escalón de la cuenta regresiva hacia la tiranía, el caudillo agudiza la confrontación. La violencia verbal se usa como herramienta para fracturar la sociedad en bandos irreconciliables en torno a su lealtad o rechazo al líder.

Este paso lo ejemplificamos con **Javier Milei, presidente de Argentina** desde diciembre de 2023. Milei es un economista que se hizo famoso como polemista de televisión por sus ideas extremas y su comportamiento agresivo y excéntrico. En apenas dos años, construyó un partido político personalista de ultraderecha, La Libertad Avanza, y ganó las elecciones montado en una ola de indignación por la descarada corrupción y la rampante inflación del peronismo.

En Argentina ya se hablaba de la «grieta», por la división de la sociedad en torno a los gobiernos izquierdistas de Cristina Fernández de Kirchner, primera dama, presidenta y luego vicepresidenta del país. Milei convirtió esa grieta en un abismo con un discurso repleto de floridos insultos, descalificaciones personales y alusiones sexuales contra cualquiera que osara contradecirlo. Esta retórica que tacha de «enemigos» y «terroristas» a los críticos ya ha tenido sus primeras manifestaciones de represión violenta en las calles, aunque Milei aún se mantiene dentro de la institucionalidad.

3

En el tercer escalón, el caudillo se vuelve decididamente contra la democracia. Intenta destruir las instituciones, violar la Constitución y conculcar los derechos y las libertades básicos de los ciudadanos. La república queda al borde del colapso.

Este paso lo representa **Donald Trump en Estados Unidos,** presidente entre 2017 y 2021, y luego desde 2025. Este empresario y figura mediática convirtió al Partido Republicano en su secta personal. Por medio de mentiras constantes e insultos contra sus rivales hizo girar la política en torno a su figura, ganó las elecciones de 2016 y gobernó por cuatro años. Tras perder las elecciones de 2020, intentó dar un golpe de Estado, primero mediante un fraude electoral, luego bloqueando la certificación del presidente electo y, al fallar esas alternativas, con una toma violenta del Congreso para impedir el traspaso del mando.

Su golpe fracasó, pero Trump no recibió castigo alguno. Siguió como líder de su partido y ganó las elecciones de 2024. Tras volver al poder en enero de 2025, lanzó un formidable ataque contra las instituciones de su país, secuestrando a residentes legales, desobedeciendo fallos judiciales, poniendo de rodillas a las universidades e intentando desmontar todos los límites a su poder.

2

En el segundo escalón, el caudillo logra su objetivo, rompe la institucionalidad y cruza definitivamente el Rubicón que separa a la democracia de la dictadura. El orden institucional es violado de forma explícita.

Esta zancada crucial la representa **Nayib Bukele, presidente de El Salvador** desde 2019. Este publicista partió en política como parte de la exguerrilla izquierdista, el FMLN. Ante el creciente descrédito de los partidos tradicionales, debido a la sistémica corrupción y a la violencia desatada por las pandillas, Bukele se lanzó como un *outsider* por su propio partido personalista, ganó las elecciones y aseguró el control total, sin contrapesos,

de los tres poderes del Estado.

Bukele declaró una guerra contra las pandillas violentas, las maras, y logró reducir drásticamente la violencia, volviéndose un presidente muy popular, al costo de conculcar todos los derechos civiles y encerrar a miles de personas sin acusación, derecho a defensa ni a un juicio justo. Dueño del poder total, violó la Constitución para hacerse reelegir, ilegalmente, para un nuevo periodo presidencial. Pasó así a ser un dictador.

1

En el último escalón de la cuenta regresiva, el dictador se convierte en tirano. Su popularidad disminuye, pero ya es demasiado tarde para buscar la alternancia en el mando. El caudillo ya controla el poder total y se mantiene en el mando contra la voluntad del pueblo por medio de la represión.

Este paso lo representa **Nicolás Maduro en Venezuela,** gobernante de ese país desde 2013. Maduro llegó al poder como heredero del chavismo, un movimiento que, en sus inicios, gozó de gran popularidad y ganó múltiples elecciones bajo el liderazgo de Hugo Chávez, mientras que ese caudillo iba - avanzando paso a paso por esa misma escala. Chávez se quedó en el tercer escalón, concentrando un poder casi omnímodo, aunque aún sin dar el paso definitivo hacia la dictadura.

Tras su muerte, fue sucedido por Nicolás Maduro, quien sin contar con la popularidad de su antecesor se aferró al poder por medios ilegales y hoy se mantiene en él contra la voluntad de su pueblo, en medio de un desastre económico que ha empujado al éxodo a millones de venezolanos que escapan de la miseria y la represión.

En esta tiranía ya se ha perdido cualquier respeto incluso a las apariencias democráticas. Maduro perdió de forma indudable las elecciones de 2024, pero se negó a dejar el poder, apoyándose en unas Fuerzas Armadas que le son leales y reciben los beneficios de la corrupción oficial.

La tiranía de la mayoría

En este punto algunos arquearán las cejas. ¿Cómo va a ser un caudillo con tendencias autoritarias López Obrador, si siempre mantuvo una popularidad extraordinaria? Milei y Trump, ¿no fueron acaso elegidos por el pueblo y gozan todavía de un importante respaldo? ¿Chávez no fue reelecto una y otra vez? ¿Y cómo es posible que se trate de dictador a Bukele, si el mismo autor reconoce que es inmensamente popular entre los salvadoreños (y en el resto del mundo también)?

La democracia es el gobierno del pueblo. Por lo tanto, si alguien ejerce el poder con el consentimiento mayoritario de ese pueblo, es un gobernante democrático. ¿O no?

Rotundamente: no.

Nuestra democracia moderna es un matrimonio entre dos tradiciones: la democrática y la liberal. Por eso, algunos prefieren darle el nombre más específico de «democracia liberal». El gobierno del pueblo no es ilimitado. Si lo fuera, degenera en lo que Polibio, hace más de dos mil años, ya execraba como una oclocracia: un gobierno de la muchedumbre, proclive a convertirse en una tiranía de la mayoría.

En una democracia liberal, la mayoría gobierna, pero respetando fronteras claras: su poder es limitado, existe separación de poderes y los derechos ciudadanos son sacrosantos; están garantizados sin importar que la mayoría quiera violarlos.

Pensemos en el derecho más básico de todos: el derecho a la vida. Si el «gobierno del pueblo» fuera ilimitado, entonces debería ser aceptable que una mayoría de los ciudadanos ordenara el genocidio de la minoría. Siempre que ese exterminio fuera decidido por el 51% de los votos, sería democrático. *Vox populi, vox dei.*

Evidentemente, esa idea repugna nuestra conciencia. Entendemos que hay una serie de derechos humanos (a la vida, a la libertad, a la igualdad ante la ley, a la libre expresión, etc.) que son inmanentes a cada ser humano, que no son objeto de votación, y que ninguna mayoría puede conculcar.

Por lo tanto, cuando Bukele arresta a miles de personas sin cargos y sin derecho a un proceso justo, está actuando como un dictador. Y lo es, aunque

la mayoría de sus compatriotas apoye esa violación de los derechos humanos de los ciudadanos.

Lo mismo ocurre con el respeto a los límites del poder. Si un líder, apoyado por la mayoría del pueblo, viola la separación de poderes, usurpa las funciones del Congreso o los tribunales, y se perpetúa ilegalmente en el poder, entonces se convierte en un dictador.

Un dictador popular, si se quiere. Pero un dictador de todos modos.

Fatalmente, en algún punto esa tiranía de la mayoría se convierte en tiranía de la minoría. Cuando el líder pierde apoyo, ya es demasiado tarde para desalojarlo de ese poder total.

En palabras del politólogo Adam Przeworski, «la democracia es un sistema en que los partidos pierden elecciones». Pero cuando se le da demasiado poder a un solo hombre, tarde o temprano se asegurará de no correr el riesgo de perder esas elecciones. El ejemplo de Venezuela, hundida en ese quinto círculo del infierno autoritario, habla por sí solo.

La calle

Este es el marco teórico de las páginas que vienen. Pero lo importante de este libro no está en la teoría, sino en la calle. Es ahí, recorriendo colonias, barrios, vecindarios y suburbios de todo el continente, donde he podido entender realmente cómo funciona el mecanismo de dominación de los caudillos.

Este libro fue reporteado en Buenos Aires, Caracas, Ciudad de México, Charlottesville, Detroit, Filadelfia, Jacumba, La Habana, La Rioja, Los Ángeles, Miami, Nueva York, San Diego, San Miguel de Tucumán, San Salvador, Scranton, Tijuana y Washington D. C., entre 2001 y 2025. A la mayoría de estos lugares no fui pensando en escribir un libro, sino como reportero de televisión, para buscar historias o a reportar eventos urgentes. A cubrir con premura y adrenalina, a veces solo con mi teléfono celular. A veces con un camarógrafo como compañero. A veces con productores y periodistas locales que me prestaron ayuda invaluable.

Pero después de transmitir en vivo, después de armar la nota o el reportaje, me quedaba la sensación de que había algo más que decir, una historia más grande que entender. Un hilo invisible que unía hechos en apariencia sin conexión: esa rebelión frustrada en Caracas, esa olla común en Buenos Aires, esos vigilantes fronterizos en California.

Este libro es un intento por seguir ese hilo, y por escribir una historia común que cruza todo el continente. Y es que los personajes más importantes de estas páginas no son los caudillos, sino los ciudadanos de América.

Porque ¿cómo entender el atractivo de Andrés Manuel López Obrador sin recorrer los extramuros de Ciudad de México, abandonados desde siempre por el Estado? Lo entendí gracias a Roberto e Ignacia, una pareja que se gana la vida, y le gana a la vida, cada mañana desde temprano en las calles de Lomas de Tepemécatl.

¿Cómo comprender el poder de la rabia de Javier Milei sin empatizar antes con los habitantes del Barrio 31, con los asistentes habituales del comedor popular de Villa Soldati, con los vecinos de Cildáñez? Lo comprendí hablando con Héctor, el simpatizante libertario de Jujuy que encontró su lugar en el barrio popular más antiguo de Buenos Aires.

¿Cómo escudriñar en el fascismo americano de Donald Trump sin bucear en las raíces del racismo en el sur de Estados Unidos y en las ruinas del sueño americano en el Cinturón de Óxido? Lo divisé en esas casas abandonadas, en ese cadáver de la factoría del mundo, en una esquina fantasmal de Detroit.

¿Cómo dimensionar el terror al que responde el ascenso de Nayib Bukele sin visitar las fauces del monstruo de las maras, esas colonias de San Salvador en que la vida y la muerte dependió por tanto tiempo de las pandillas? Lo puse en su justa dimensión caminando junto a Pedro, el profesor del colegio cristiano de Las Cañas que ahora puede recorrer su propio barrio sin miedo.

¿Cómo concebir que una sociedad se cocine a fuego lento en el infierno autoritario de Nicolás Maduro sin conversar con esos parias eternos

reivindicados gracias al Comandante Chávez? La respuesta la tuve en los ojos limpios de Mari, la niña que enorgullecía a sus padres al dar las gracias con pronunciación perfecta por su nuevo hogar.

Y también en esas calles pude comprender el espantoso precio que paga una sociedad que cae en el encanto de los caudillos. En Jurubith, asesinada en las protestas de Caracas. En Manuel y Andrés, capturados por las fauces del régimen en la isla Espíritu Santo.

Y en las madres, siempre las madres. En Jazmín, que hace fila, erguida, silenciosa, carnet de racionamiento en mano, por una caja de mercadería para alimentar a sus hijos en Caracas. En Blanca, que espera cada tarde por un milagro que le devuelva a sus hijos, ante el Penalito en San Salvador. En Susan, que elije no odiar para honrar la memoria de su hija caída en Charlottesville.

Ellas y ellos son los protagonistas de este libro.

1

EL DICTADOR DE VENEZUELA

Chávez y Maduro: tragedia en dos tiempos

¿Cómo contar la historia del descomunal deslizamiento de Venezuela, de la democracia a la tiranía, del entusiasmo popular a la desesperación, de la prosperidad al descalabro? ¿Cómo entender esa pendiente, primero gradual y luego vertical hacia el precipicio?

Creo que esta lección solo puede entenderse si se narra en dos tiempos.

Hoy, cuando la dictadura de un gorila y sus cómplices se sostiene solo por medio de la represión y la corrupción, parece fácil contar una historia de un pueblo enjaulado y de sus carceleros.

Pero la clave de la fábula es que fue ese propio pueblo el que entró en la jaula, ajustó el candado y entregó las llaves a quienes hoy lo aprisionan.

Los venezolanos fueron primero seducidos y, solo después, violentados. Esa es la moraleja. Venezuela se deslizó hacia el autoritarismo voluntariamente, siguiendo a un guitarrista de Hamelín que rasgaba sus joropos y corridos favoritos en cadena nacional mientras posaba de campeón del Pueblo con mayúscula. Él les prometió llevarlos, sin contrapesos, instituciones ni intermediarios, al Edén de la prosperidad que las egoístas élites les habían mezquinado.

Para entender a Maduro, el dictador, hay que entender al Comandante Chávez, el exgolpista que no llegó al poder en brazos de cañones, sino de votos. Ganó en 1998 con el 56% de las preferencias; fue reelecto en 2000, bajo su nueva Constitución, con el 60%; ganó el referéndum revocatorio de 2004 con el 59%; en 2006 llegó al 63%; y, en 2012, triunfó por última vez con

el 55 por ciento.

Chávez murió invicto. Chávez era popular. Chávez insultaba a sus adversarios, los bautizaba con apodos hirientes y polarizaba el debate político en torno a su figura. Chávez denunciaba que los críticos eran conspiradores, delincuentes y golpistas. Fracturaba el país entre «ellos» y «nosotros», y lograba que los «nosotros» fueran mayoría.

Además, Chávez atacaba problemas sociales por largo tiempo desatendidos, como la miseria, la alfabetización y la vivienda.

Y mientras hacía todo eso, destruía gradualmente las barreras que lo separaban del poder total.

Cambia el problema social que hay que resolver por «inflación» y tienes a Milei. Cámbialo por «pandillas» y tienes a Bukele. Cámbialo por los agravios de la clase obrera blanca, y tienes a Trump.

Hay que entender la historia para comprender la moraleja. Y para avistar el futuro. Por eso iniciamos este capítulo en 2012, cuando esa estrella enceguecedora llamada Hugo Chávez se apagaba en un último gran esplendor.

PRIMER TIEMPO, OCTUBRE DE 2012

La misión de Chávez

—¿Quién te regaló esta casa, Mari?

Mari, que a sus 3 años es una niña despierta y de mirada vivaz, no demora un segundo en dar la respuesta correcta:

—Esta casa me la regaló mi presidente Chávez —recita con la pronunciación perfecta del niño que quiere hacer bien su tarea.

Mari sonríe. Su padre sonríe.

Es octubre de 2012, acabo de llegar a Venezuela y la inmersión en el fenómeno político llamado «chavismo» es inmediata.

Hasta hace tres semanas, Mari y su familia malvivían en las precarias viviendas levantadas en las faldas de los cerros que rodean Caracas. Ellos fueron elegidos como beneficiarios de la Gran Misión Vivienda, la más relevante de las «misiones» que Chávez diseñó para enfrentar problemas sociales.

El cambio fue radical y de la noche a la mañana. Ahora Mari y sus padres viven en un departamento nuevo, de 55 m^2 y dos dormitorios. Me reciben con los brazos abiertos y me invitan a dar un detallado *tour* por su nueva vivienda. Están felices de compartir su historia.

El departamento está equipado con refrigerador, microondas, lavadora y cocina. Son electrodomésticos chinos que el Gobierno les entregó hace veinte días, junto con las llaves de su nuevo departamento, sin que pagaran un solo bolívar.

Mari y su familia son los nuevos orgullosos vecinos de Libertador II, un complejo de departamentos recién edificado sobre la principal vía de la capital, la avenida Libertador.

Buscar a un antichavista entre las 540 familias de este complejo de departamentos es un esfuerzo inútil. Robert, otro de los vecinos, lo resume en una frase:

—Mi Comandante nos dio techo, nos dio abrigo, nos dio dignidad. Con él, somos todo. Sin él, no somos nada.

Lo que ocurre en Libertador II es solo un botón de muestra de la actividad inmobiliaria frenética que se percibe en distintos barrios de Caracas. Por aquí se ve a algunos vecinos pintando y ordenando sus nuevas viviendas; por allá, camiones de mudanza desde los cuales salen los electrodomésticos chinos rumbo a los nuevos departamentos; más allá, se levantan edificios aún en construcción.

La cara de Hugo Chávez es omnipresente; sea en forma de gigantesco lienzo colgante en uno de los relucientes edificios, su rostro abrazado al de una mujer mayor, o adornando los camiones de la «misión» que se apresuran a distribuir los muebles y electrodomésticos en cada edificio.

La Gran Misión Vivienda fue anunciada por Chávez en 2011, como respuesta a la catástrofe provocada por las lluvias que causaron aludes y dejaron a más de 35 000 familias sin hogar. En la emergencia, Chávez vio una oportunidad. En vez de contentarse con levantar habitaciones de emergencia para acoger a los damnificados, convirtió la vivienda en su gran bandera política de cara a las elecciones de 2012. En la recta final a los comicios, el ritmo era frenético.

Llego a Caracas cuando faltan tres días para las elecciones presidenciales en las que Hugo Chávez buscará un cuarto mandato consecutivo, después de haber ganado en 1998, 2000 y 2006, y por todo el centro de Caracas se ven los edificios recién entregados o aún en construcción.

Una característica distintiva de la misión es que los beneficiarios no solo obtienen una casa nueva: pasan de ser habitantes de las villas miseria, que cuelgan de las montañas que rodean Caracas, desprovistas de servicios básicos y amenazadas por los frecuentes aludes, a ser vecinos de sectores urbanos de alto valor. El Gobierno ha expropiado terrenos y edificios en barrios céntricos y de clase media para relocalizar ahí a las familias beneficiadas.

Por eso Robert habla de techo, abrigo y dignidad. Ahora no solo tiene una casa sólida y protegida de los fenómenos meteorológicos, además, vive en

un barrio de clase media, con acceso a transporte, servicios y puestos de trabajo que antes eran inalcanzables.

Para el chavismo es un ejemplo mundial de integración social, una utopía construyéndose en tiempo real, presidida por el benéfico rostro del Comandante.

Para la oposición, es otro acto más de demagogia insostenible e irresponsable, otra compra de voluntades en medio de la campaña que pretende perpetuar en el poder a un caudillo insaciable.

No solo es la obvia intención propagandística lo que provoca suspicacias. La oposición hace ver que los beneficios son injustos: se regalan viviendas de alto costo a familias que no pagan un bolívar, de manera arbitraria y privilegiando los núcleos de activistas del chavismo. Con ello se posterga la ayuda a familias más necesitadas, pero menos comprometidas políticamente. Además, acusan que con el mismo dinero podrían construirse muchas más viviendas en terrenos más baratos, alejados del centro de Caracas.

Pero claro, eso sería menos notorio. Y parte del concepto de la Misión Vivienda es que cada llave entregada, cada electrodoméstico regalado, sea parte de un gran espectáculo, televisado en cadena nacional y visible desde la avenida más concurrida de Caracas.

En los dos días previos a las elecciones se entregaron 15 000 casas con comodidades notables para una vivienda social de costo cero, como ascensores o citófonos. La precipitación también es visible: muchas de las viviendas están a medio terminar, sin algunas ventanas, con estucos que aún no secan y montañas de escombros apenas ocultos. No importa. La velocidad es clave. Las elecciones son ahora, no la próxima semana, y cada una de esas casas es un arma electoral demasiado valiosa como para fijarse en detalles.

Para este octubre electoral, la Gran Misión Vivienda Venezuela promete entregar 350 000 departamentos nuevos antes de fin de año, y ya tiene inscritas a 3 000 000 de personas, ilusionadas con convertirse en propietarias.

Esta es la más espectacular de la serie de «misiones» que se convirtieron en el corazón de la popularidad chavista. Es, además, una buena manera de entender la filosofía chavista, una mezcla entre cristianismo popular y mesianismo marxista.

Su inspiración deriva de las misiones jesuitas y de las grandes campañas colectivistas como la zafra de los diez millones en la Cuba de Fidel, o el Gran Salto Adelante en la China de Mao: grandes esfuerzos nacionales para lograr una meta de bien público definida y planificada desde arriba, y vinculada al liderazgo de un caudillo carismático.

—El problema de la vivienda no tiene solución en el capitalismo. Aquí lo vamos a solucionar con socialismo y más socialismo —proclamó Chávez en 2011, al anunciar la misión.

Según cifras oficiales, durante la primera década del chavismo (1999-2009) se invirtieron 40 000 millones de dólares anuales en gasto social, contra apenas 6 000 millones durante la década previa. En la década de 2000, Chávez recibió una avalancha de petrodólares gracias al *boom* del precio del crudo, y en los primeros años su inversión tuvo méritos indudables, como bajar la pobreza a la mitad y mejorar de manera notoria la igualdad de ingresos, medida por el índice Gini.

Pero las «misiones» evocan algo más. Las reminiscencias militares y religiosas del término generan un lazo jerárquico que une en directo, sin pasar por las instituciones del Estado, a los soldados con su comandante, y a los conversos con su mesías.

Aprovechando el *boom* del petróleo, desde 2003 Chávez fue lanzando estas misiones una a una: Misión Barrio Adentro en salud, Misión Robinson en alfabetización, Misión Mercal para distribución de alimentos, etcétera.

El sentido de urgencia también sirve para otros fines. Permite saltarse normas legales sobre transparencia y licitaciones, entregar a dedo contratos multimillonarios y dejar de lado la lógica económica de planificación. También, incluir activamente al Ejército: a los soldados se les ve ayudando en la construcción, y a los generales, liderando las empresas que prestan servicios al Estado.

Las misiones son el corazón del chavismo, y justo la frase «Chávez, corazón de Venezuela» es el lema de esta, la campaña presidencial de 2012.

Que, además, tiene un sabor distinto: aunque en teoría el triunfo de Chávez le permitiría completar dos décadas en el poder, todos sospechan que puede no ser así. Porque el presidente está enfermo. El Comandante, a quien Mari agradece y Robert idolatra, agoniza.

Y el futuro de su revolución, una vez más, pende de un hilo.

De Venezuela Saudita al Caracazo

En 1978, Venezuela era el país con mayor consumo per cápita de whisky del mundo. Caracas tenía más restaurantes de comida francesa que Nueva York. Los Cadillac y los Buick repletaban la flamante nueva red de autopistas, y las marcas de ropa ostentosa estaban a la orden del día para ser lucidas en lugares *chic* como el Bulevar de Sabana Grande.

Era la época de Venezuela Saudita. En 1973, el boicot de la OPEP disparó los precios del petróleo y, en 1975, el Gobierno venezolano nacionalizó la industria petrolera. De pronto, un enorme flujo de petrodólares invadió la economía nacional. La clase media profesional se enriqueció, y cambiar del ron al whisky se convirtió en sinónimo de una prosperidad cosmopolita.

Claro que la parte del león se la quedaron los políticos y una élite empresarial parasitaria. Mientras el Estado se agigantaba y gastaba a manos llenas, ellos obtenían suculentas tajadas de los faraónicos contratos de infraestructura.

Hasta en las novelas de James Bond se hablaba de la fortaleza de la economía venezolana. En *Operación trueno,* el villano en turno cuenta que ha convertido todos los ingresos de sus actividades criminales a «las monedas más duras del mundo: francos suizos y bolívares venezolanos».

Además, Venezuela logró mantenerse como una isla democrática en medio de la ola de dictaduras militares de los años setenta y ochenta.

En 1958, los líderes de los principales partidos políticos se reunieron en una quinta, propiedad del político Rafael Caldera, para firmar el Pacto de

Punto Fijo. Ahí, los jerarcas del partido socialcristiano Copei y del socialdemócrata Acción Democrática (AD) (además de un partido menor, la URD) establecieron consensos básicos para repartirse el poder.

El pacto fue un éxito y, ayudado por la legitimidad que entregaba la prosperidad económica, los gobiernos civiles de Copei y AD se alternaron mientras las botas militares aplastaban la democracia en Brasil, Argentina, Perú, Chile, Uruguay y prácticamente toda América Latina.

Próspera y democrática, Venezuela era un imán para inmigrantes y refugiados que escapaban de la pobreza y la represión. Y una fábrica de turistas: unos 400 000 venezolanos viajaban cada año a Miami de compras.

Pero la fiesta devino pronto en borrachera. Entre 1973 y 1983 el gasto fiscal se quintuplicó y la deuda externa se multiplicó por veinte. Las alarmas comenzaron a sonar. «Recibo una economía hipotecada», advirtió al asumir en 1979 el presidente Luis Herrera Campins. Cuando llegó la crisis latinoamericana de la deuda, en 1983, la burbuja explotó. El Gobierno debió devaluar el bolívar. El Viernes Negro del 18 de febrero de 1983 fue el despertar de un sueño de pronto trocado en pesadilla.

La borrachera duró una década, pero la resaca se extendería por generaciones.

La próspera clase media venezolana se deslizó de nuevo hacia la pobreza; de ser el 60% de la población durante la Venezuela Saudita pasaron a solo el 30% cuando Chávez llegó al poder, en 1999. Todo había sido un espejismo. La plata dulce del petróleo se había dilapidado en clientelismo y saqueo. La corrupción era endémica y la borrachera de los petrodólares solo la agudizó.

El fin de la burbuja petrolera también demostró el tenue espesor de la celebrada democracia venezolana.

En 1988, los venezolanos se volcaron a un representante cuyo nombre era sinónimo de prosperidad para solucionar la crisis: Carlos Andrés Pérez de AD, quien había sido el presidente de la primera etapa de la Venezuela Saudita (1974-1979); prosperidad, sí, pero también despilfarro.

«El Gocho pa'l 88» fue el alegre lema de la campaña populista de CAP, que prometía un regreso mágico a la prosperidad setentera (el apodo de Gocho

se refiere a los nacidos en la zona andina de Venezuela). Pero apenas llegado a la presidencia, Pérez anunció lo que se conoció como el «gran viraje» o «paquetazo», una serie de medidas de austeridad y liberalización económica negociadas con el FMI para sumarse al neoliberal Consenso de Washington que se imponía en América Latina como respuesta a la «década perdida» de los ochenta.

La medida más polémica fue la reducción de los subsidios al transporte. El 26 de febrero de 1989 se anunció un alza del 30% en los precios de la gasolina y el transporte público.

Al día siguiente estalló el Caracazo, una escalada de protestas, saqueos y represión brutal que incendió el país completo y dejó 276 muertos según las cifras oficiales, aunque otras estimaciones multiplican ese número por cinco o diez.

La legitimidad de la vieja república pereció calcinada en las barricadas de Caracas. Pérez se convirtió en un presidente zombi, un muerto viviente cuyo gobierno, apenas iniciado, ya había perdido todo respaldo popular.

Era el momento para un hombre que se sentía llamado por una misión.

La revolución bolivariana

En 1982, un joven militar llamado Hugo Chávez había prestado el juramento del Samán de Güere y se había convertido en miembro fundador del Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (MBR-200). Junto a un pequeño grupo de conspiradores, Chávez comenzó a trabajar por la revolución desde dentro de las fuerzas armadas. Carismático, rápido con las palabras, la poesía y la música, Chávez fue desde el principio el líder natural de un grupo inspirado en los movimientos revolucionarios latinoamericanos de los sesenta y los setenta, y en especial por la Revolución cubana.

El Caracazo fue la chispa que necesitaban. Muchos oficiales y suboficiales resintieron haber sido enviados a disparar contra el pueblo durante la represión del estallido. La legitimidad del presidente Pérez estaba en el suelo. Era el momento de actuar.

El 4 de febrero de 1992, Chávez lideró el golpe contra el Gobierno legítimo de Venezuela. Hubo cerca de cincuenta muertos y la insurrección falló; aun así, se le permitió al cabecilla hablar por televisión para llamar a la rendición a sus hombres.

—Compañeros, lamentablemente por ahora los objetivos que nos planteamos no han sido logrados —dijo.

Ese «por ahora» se convertiría en una de las frases favoritas del chavismo: una promesa de lo que estaba por venir.

Chávez fue a la cárcel. Había perdido la batalla, pero había ganado la guerra política y comunicativa.

Tras un segundo intento de golpe en noviembre, en el que los conspiradores llegaron a bombardear el palacio presidencial de Miraflores, Pérez fue destituido por el Congreso bajo acusaciones de corrupción.

Ante el colapso de la élite política, el anciano expresidente Rafael Caldera se acercó a Chávez para intentar conectar con la rabia popular. Caldera ganó las siguientes elecciones prometiendo indultar a Chávez y, al llegar al poder, lo liberó.

Al hacerlo, el anciano político, en cuya quinta se había firmado el Pacto de Punto Fijo, dio la última palada de tierra al viejo régimen.

En las elecciones de 1998, Hugo Chávez barrió con los partidos tradicionales, AD y Copei, que intentaron enfrentarlo en un creciente estado de desesperación. Primero apoyaron a la ex Miss Universo Irene Sáez y luego a Henrique Salas Römer, un independiente que recorría el país montando un caballo blanco. Todo fue inútil. Chávez arrasó con el 56% de los votos.

Lo que no había logrado con las armas, lo conseguía en las urnas. Y así comenzó la revolución bolivariana.

En los 14 años siguientes, armó un modelo que Bolivia, Ecuador y Nicaragua replicarían, y que gran parte de la izquierda mundial celebraría: convocó a una Asamblea Constituyente para refundar el país, adoptó reformas aparentemente democratizadoras, como los referendos revocatorios y distintas formas de participación ciudadana, y usó la

movilización popular permanente como una pantalla para desarmar las instituciones, generar un clima de confrontación continua y acumular cada vez más poder en sus manos.

Todo esto lo hizo siendo muy popular. El *boom* de los *commodities*, que aumentó de nuevo los ingresos petroleros de Venezuela, hizo recordar los tiempos de Venezuela Saudita. Claro que ahora Chávez mostraba que los petrodólares no quedaban en una élite ni en la clase media profesional, sino que fluían hacia el pueblo en forma de un asistencialismo cada vez más extravagante, como esos departamentos nuevos y equipados a la perfección regalados en 2012.

Pero, otra vez, la prosperidad tenía pies de barro. Chávez estaba comprando con corrupción la lealtad del empresariado afín, de una capa de militantes políticos y de los militares, purgados de elementos opositores. Nació así la boliburguesía, una clase parasitaria enriquecida gracias al régimen, e incondicional a sus benefactores.

Y volvió a fluir el whisky: las importaciones crecieron un 60% en 2005.

La magia del comandante

Volvamos a 2012, al último gran acto de magia de ese encantador de serpientes llamado Hugo Chávez.

La Caracas preelectoral está embanderada. La ley prohíbe la propaganda en el día previo a las elecciones, pero la norma no rige para el oficialismo. En la céntrica Plaza Bolívar ondean las banderas rojas del chavismo y suenan a todo parlante sus *jingles* de campaña.

«Pa'lante, Comandante» es el grito de batalla, y las canciones se mueven en torno a esa idea. «Vamos pa'lante, el socialismo nos hace grandes. / Vamos pa'lante, la revolución pa'lante. / Vamos pa'lante, como Bolívar, nunca te canses. / Vamos pa'lante, pero que viva mi Comandante» machaca la canción que suena ese día en la plaza.

Claro que, a escala internacional, el himno más conocido es otro, «El Libertador», dedicado por la banda española Ska-P a Simón Bolívar y Hugo

Chávez.

¡Adelante, Comandante!
¡Ponte al frente, Comandante
de Latinoamérica!
¡Paso firme hacia delante!
¡Pisa fuerte, Comandante
en Latinoamérica!

Ska-P también tiene canciones en apoyo a los zapatistas mexicanos, a la legalización de la marihuana y al pueblo palestino. En 2008, cuando apareció la canción «El Libertador», la revolución bolivariana era la causa de moda entre la izquierda internacionalista europea. La icónica aparición de Chávez en la Asamblea General de la ONU, llamando «diablo» al presidente Bush («¡huele a azufre todavía!»), lo había terminado de convertir en un héroe del tercer mundo, el Che Guevara para una nueva generación de idealistas.

Especialmente en España, donde los jóvenes, que a la postre formarían el movimiento Indignados y fundarían Podemos, veían al chavismo como un sueño hecho realidad: un levantamiento de América Latina contra el capitalismo y contra el imperio, capaz de generar prosperidad, éxitos sociales e incluso exportar la revolución al resto del continente, montada sobre una negra, espesa y próspera marea de petróleo.

Incluso Shakira, la mayor estrella global latina, unos meses después de la Copa Mundial de Sudáfrica que consagró su «Waka Waka», le regaló una guitarra autografiada a Chávez en una de sus visitas a Caracas.

El país de lo imposible

—Venezuela es el país donde lo imposible ocurre dos veces al día —me dice una opositora.

Lo imposible ocurre en la economía, donde lo oficial y lo real conviven en un caos de esquizofrenia. El dólar está fijado a 4.3 bolívares, pero todos

saben que el cambio real (el de la calle, de los taxistas y de los botones de los hoteles) es de nueve o diez. Los alimentos básicos, como la carne, la leche o el arroz, tienen sus precios fijados por el Estado, pero todos saben que para conseguir muchos de ellos hay que pagar el precio, mucho mayor, del mercado informal.

Pero lo imposible pasa, sobre todo, con la omnipresencia de Chávez. El culto a su personalidad impacta. Su cara está en todas partes: en gigantografías, en avisos carreteros, en el frontis de los edificios públicos y los consultorios de salud, en la televisión (durante la campaña sumó 47 horas de cadenas nacionales), en los muros de barrios populares como el 23 de Enero, donde está retratado junto a Marx, Lenin y Fidel.

Lo imposible pasa una mañana cualquiera, cuando Chávez detiene su comitiva en un barrio de Caracas, apunta a un edificio en construcción y brama:

—¡Expropien!

Y luego, de nuevo en la tarde, irrumpe en cadena nacional para anunciar que, por consejo de su pequeña hija Rosinés, ha decidido cambiar el escudo del país, tal como ya lo había hecho antes con el nombre («República Bolivariana de Venezuela»), con la bandera (a la que añadió una octava estrella) y con el huso horario (inventó un «huso bolivariano», exclusivo para el país, con media hora de diferencia con respecto al anterior).

Los medios chavistas se emplean a fondo en una competencia por demostrar quién es el más fiel al líder. La palabra del Comandante se repite como verdad revelada, sin matices. Si Chávez dice que el sistema electoral venezolano es el mejor del mundo, los medios oficiales exageran el halago:

—Nuestro sistema electoral es un orgullo, según lo reflejan hoy todos los portales de todos los medios de comunicación social del universo —dicen en la oficialista Unión Radio el día siguiente a las elecciones.

En contraste, los medios opositores son perseguidos y silenciados. El 28 de diciembre de 2006, Chávez dio un discurso televisado, vestido de uniforme y rodeado por la cúpula militar.

—Se le acaba en marzo. No habrá nueva concesión para ese canal golpista

que se llamó Radio Caracas Televisión —anunció.

El 27 de mayo de 2007 caducó la concesión de RCTV, y el canal debió despedirse, entonando el himno nacional. Los equipos fueron expropiados y su señal fue ocupada por TVES, Televisora Venezolana Social.

Uno de los medios más tradicionales de Venezuela salía del aire y el país quedaba avisado. La libertad de expresión limitada a la voluntad del caudillo.

El presidente en persona define qué medios pueden funcionar, qué industrias se expropiarán, quiénes recibirán los lucrativos contratos del Estado y qué países merecerán el maná de su petróleo subsidiado: esa generosa «petrodiplomacia» le permite manejar las relaciones exteriores de un gran número de islas caribeñas, cada una de ellas dueña de un voto en organismos como la OEA y la ONU.

Su dominio total llega al vocabulario, donde él impone los términos que se volverán canónicos. Fue Chávez el que bautizó a su rival en 2012, Henrique Capriles, como el Majunche (mediocre), siguiendo su larga tradición de inventar sobrenombres escoriantes para los candidatos que se atrevan a enfrentarlo: Salas en 1998 fue Frijolito, y Rosales en 2006, el Filósofo de Zulia. A los caprilistas, Chávez los bautizó como «escuálidos», y el poder retórico del chavismo es tan incontrarrestable que muchos opositores adoptaron el término para sí mismos, con una mezcla de ironía y resignación.

Copar el escenario mediático, ser omnipresente, insultar a los rivales, escoger sobrenombres para ellos. El libreto de *bullying* político de Chávez sería luego replicado por otro caudillo populista que aplicó su manual al pie de la letra: Donald Trump.

Manguanguas y gorreros

—¿Escucha eso? ¿Sabe lo que es? —me pregunta el empleado del hotel Gran Meliá, su índice apuntando hacia arriba—. «Eso» —concluye tajante— se llama marginalidad. Marginalidad mental. —Y ahora su índice apunta a su

cabeza.

Estamos en la entrada de uno de los hoteles más tradicionales de Caracas, un alojamiento de cinco estrellas emplazado en Chacaíto, junto al barrio de Chacao, en el sector más acomodado de la capital venezolana.

Aquí se hospeda la mayoría de los invitados internacionales a las elecciones. Al lado está uno de los edificios de la Gran Misión Vivienda, con retratos de Chávez colgando de cada balcón. Desde una de sus ventanas abiertas, un enorme parlante apunta hacia el hotel, emitiendo, a todo volumen, los pegajosos *jingles* de la propaganda chavista.

El espectáculo exaspera al trabajador, quien, como muchos otros opositores al Gobierno, prefiere omitir su nombre de la crónica periodística («mejor ahorrarse vainas, amigo», explica).

—Yo he trabajado toda mi vida, y jamás podría comprarme un departamento en este barrio —se agita el hombre—. Pero ellos —su índice apunta de nuevo hacia arriba—, ellos lo tienen regalado. Dígame si eso es justo.

Los habitantes del edificio de la misión son una especie de infiltrada chavista en territorio opositor. Porque Chacao es territorio «escuálido». Cientos de antichavistas hacen fila para inscribirse como testigos del candidato opositor Henrique Capriles, a cargo de supervisar la votación y el conteo de los sufragios.

Los *jockeys* y las camisetas tricolores son el uniforme de los opositores, que lo contrastan con el monocromo rojo de los chavistas.

Por primera vez en mucho tiempo, la oposición está energizada. Ha sido un largo camino hasta sentir que pueden derrotar a Chávez en su propio terreno: las urnas.

Por mucho tiempo, Chávez parecía imbatible. Ganó las presidenciales en 1998, 2000 y 2006, además de un referendo revocatorio en 2004. De hecho, con infinita torpeza, la oposición le hizo el mayor regalo a su prestigio: en 2002 dieron un golpe de Estado contra Chávez. Fuerzas antichavistas se levantaron contra el presidente, e instalaron en Miraflores por 48 horas al líder de la patronal, Pedro Carmona, reconocido por Estados Unidos.

Chávez volvió al poder con el respaldo de sus tropas, como víctima de una conspiración del imperialismo y la oligarquía. Quien fuera golpista en 1992, de aquí en adelante usaría ese apelativo («golpistas») contra sus adversarios.

La oposición siguió dando palos de ciego. Intentó tumbar a Chávez con un prolongado paro petrolero, y luego boicoteó las elecciones parlamentarias de 2005, regalando un poder cada vez más omnímodo al régimen.

Es cierto que el chavismo usaba todos los recursos del Estado y la abrumadora propaganda oficial a su favor, pero en general el conteo de votos seguía siendo limpio. La lengua afilada de Chávez y su bolsillo generoso le alcanzaban para mantener el apoyo de una mayoría de venezolanos.

En 2012, Capriles era la esperanza: joven, carismático, moderado, no hablaba ni se veía como los viejos dirigentes opositores que tantas veces habían fracasado.

—Capriles representa un cambio en este país.

—Hay mucha esperanza.

—La gente es consciente [de] que Venezuela necesita una persona que de verdad nos una.

Estas son algunas de las frases que recojo entre los voluntarios uniformados de tricolor.

Tomás es taxista y votó por Chávez en su primera elección, en 1998.

—Estábamos enterrados con la política sucia de los dos partidos (AD y Copei), y cuando apareció Chávez, todos pensamos: «Este es el hombre, vamos a crear algo nuevo».

En esa época, recuerda Tomás:

—Yo quería agarrar fusil para defender a Chávez. Ahora, quiero agarrar fusil para tumbarlo.

Si historias como la de Robert y otros beneficiados con las misiones explican la popularidad de Chávez, el caso de Tomás ilustra por qué la clase media está cada vez más lejos de su revolución:

—Yo trabajé veinte años con PDVSA [la petrolera estatal], pero ahora, si no eres militante, no te dan trabajo. Con Chávez están solo los manguanguas,

los gorreros —dice, citando dos términos despectivos para describir a alguien que solo recibe regalos y no trabaja.

—A Chávez lo pusimos como administrador de Venezuela, no como dueño de Venezuela. El dinero del petróleo es nuestro, no de él. Y él lo regala a los gorreros, a los cubanos, a los bolivianos —se queja el taxista.

Reclamos parecidos se escuchan en todas partes en barrios de clase media y acomodada, como Chacaíto o Las Mercedes.

—Queremos vivir en un país normal. Que se pueda salir a la calle, que no te maten por salir de noche —dice José Lara, un profesional joven; sus palabras revelan el explosivo aumento del crimen.

En 2012, Caracas ostentaba el nada honroso título de «la capital más peligrosa del mundo», por sus niveles récord de violencia. Los homicidios se cuadruplicaron en los primeros 13 años de revolución bolivariana, y para 2012, un venezolano era asesinado cada treinta minutos. De hecho, esa era ya la principal causa de muerte entre hombres jóvenes en el país.

Las armas inundan Venezuela. Los guardias armados con metralletas pueden verse afuera de bancos, mercados y restaurantes, resguardando lo que aparentemente el Gobierno no es capaz de hacer.

—Aquí ya no se puede vivir —me dice Lucía Cárdenas, estudiante universitaria—. Si sales de noche, te matan. Si no eres chavista, no consigues empleo. Si creas tu propia empresa, te la expropian. Por eso todos mis amigos ya se fueron del país.

Es el comienzo de un éxodo que parte por las capas profesionales, pero que algunos años después alcanzará características de crisis humanitaria.

Las cifras respaldan muchos de los reclamos. Hay cada vez menos empresas privadas y la burocracia estatal no deja de crecer; en empresas como PDVSA o la televisora oficial, VTV, ser militante del partido oficial, el PSUV, es requisito para hacer carrera, y las poleras y camisas rojas son atuendo usual de trabajo.

—La polarización está alcanzando un nivel límite. Si esto sigue llegaremos, no creo que a la guerra civil, porque no veo las condiciones para ello, pero sí a que el país se vuelva ingobernable e incontrolable. Ya estamos

muy cerca de eso —advierte la analista política de oposición María Teresa Romero.

Sus palabras serían proféticas.

La lluvia, la muerte

El domingo 7 es el día de las elecciones, lo que tanto chavistas como antichavistas consideran un augurio de buena suerte. El jueves 4, el día del cierre de campaña del oficialismo, enormes columnas humanas repletan siete avenidas de la capital. Sí, es cierto, como apuntan los opositores, que las oficinas y empresas públicas se vacían en esa jornada; pero también es cierto que la multitud se siente entusiasta, festiva.

No es un evento burocrático. Es una fiesta masiva.

Dos carteles son omnipresentes. Uno muestra los ojos de Chávez. Otro es el retrato oficial del Libertador Simón Bolívar.

El Libertador murió a los 47 años. El Comandante enfermó en 2011, a los 56. Y desde entonces, su obsesión por ligar ambas vidas y ambas muertes se volvió constante. El retrato con el «rostro verdadero» de Bolívar, como insiste la propaganda oficial, fue presentado justo a tiempo para usarlo en la campaña, después de la inhumación de sus restos ordenada por Chávez y su estudio por equipos de científicos.

En mayo de 2011, Chávez debió suspender una gira. La versión oficial lo atribuyó a una inflamación de la rodilla. En junio, fue operado de manera clandestina en La Habana. Desde entonces, su salud y su paradero se convirtieron en secretos de Estado. Entre estancias en Cuba y quimioterapias, Chávez insistía en estar plenamente recuperado.

En enero de 2012, tras batir su propio récord de verborrea con un discurso de nueve horas y media ante el Congreso, Chávez partió de nuevo a Cuba, y reconoció por primera vez que tenía un tumor maligno.

—Yo le digo a Dios, le digo a Cristo, mi Señor, a través de la oración: creo que todavía no he terminado mi misión aquí en esta tierra —proclamó en agosto, ya embarcado en una nueva campaña presidencial.

Y ese 7 de octubre, san Francisco en el santoral católico, la masiva marcha de las camisas rojas fue una manifestación política, pero también una procesión religiosa de quienes suplicaban larga vida para su líder.

Llueve. Luego, diluvia.

—Es el cordonazo de san Francisco —bromea Hugo Chávez desde el escenario levantado en la Avenida Bolívar, haciendo referencia a un nombre popular para las lluvias que suelen caer en esas fechas en el Caribe.

Desde abajo, apretujado contra la multitud empapada, apenas distingo la figura de Chávez. Está cubierto con un impermeable negro, varias tallas más grande que él, que le ha prestado el ministro Rafael Ramírez. Chávez habla, ríe, declama, reza. Su pueblo, incondicional, se mantiene de pie contra el diluvio.

Poco después llega a mi teléfono una fotografía del momento que he presenciado, sin llegar a aquilatarlo, desde lejos. La ha tomado, al pie del escenario, el periodista mexicano Jorge Silva.

Chávez está en silencio, las manos entrelazadas sobre el micrófono, la mirada perdida en el más allá. El rostro levantado, como desafiando al diluvio. El contrapicado de la toma hace aún más icónica la imagen. La miro y pienso que, después de esa foto, Chávez no puede perder.

La noche del domingo, apenas conocido el triunfo electoral del Comandante, los habitantes de la Misión de Chacaíto coparán la entrada del hotel Meliá, para diversión de los invitados del régimen y desconsuelo de sus empleados, en un alegre carnaval de música, petardos y fuegos artificiales.

Pienso que hay algo grotesco en la escena. La élite de la izquierda mundial aplaude y toma fotos a los manifestantes chavistas, como quien disfruta del baile de una tribu exótica en un safari de vacaciones. Mientras, los empleados del hotel observan en silencio, algunos de ellos apenas conteniendo la rabia.

Para los extranjeros no hay duda: el pueblo es ese que baila y festeja la victoria. El otro pueblo, ese que trabaja de sol a sol, y también de luna a luna, sirviendo sus mojitos y daiquiris, tendiendo sus camas y limpiando sus baños, les resulta invisible.

Los alegres manifestantes de Chacaíto luego se funden en la multitud que peregrina al Palacio Miraflores para escuchar las palabras de su líder desde el Balcón del Pueblo. Pese a las botellas de ron que pasan de mano en mano, y a las arriesgadas maniobras a toda velocidad de los motociclistas, el festejo es pacífico: una alegre multitud, uniformada de rojo.

Hablando con ellos, pocos se definen como de izquierda o de derecha, socialistas o capitalistas. Cuando Chávez, durante su discurso triunfal, menciona con su voz de trueno a Fidel Castro, sus incondicionales reciben la mención al viejo líder con indiferencia. Es el nombre de Chávez, y no el marxismo, el castrismo o la revolución bolivariana, lo que despierta el fervor.

Y el que, ante la inminente partida de su líder, sume a sus seguidores en la incertidumbre.

—Todos los días le doy gracias a Dios por mi presidente. Y todos los días le rezo para que le dé larga vida al mando de mi país —nos había dicho Robert un par de días antes en su flamante departamento de la Misión Vivienda.

Pero uno de sus nuevos vecinos, Iván Rodríguez, no parece tan convencido. Su recién estrenada casa ya está convertida en un templo en honor al líder. Las paredes y los muebles están repletos de afiches, poleras, carteles y hasta muñecos de acción del presidente. Cuando le preguntamos por un futuro sin Chávez, Iván agita la cabeza con fuerza.

—Mi Dios me lo guardará. Porque primero está Dios —dice, dibujando una línea horizontal en el aire—. Y después —agrega mientras dibuja otra línea, casi a la misma altura—, después está mi Comandante Chávez.

SEGUNDO TIEMPO, ABRIL DE 2019

Lo Maduro y lo podrido

Hugo Chávez no alcanzó a asumir su nuevo sexenio presidencial. Dos meses después de la foto bajo el diluvio, designó a un sucesor.

—Mi opinión firme, plena como la luna llena, irrevocable, absoluta, total, es que […] ustedes elijan a Nicolás Maduro como presidente de la República.

El 5 de marzo de 2013 se anunció la muerte del Comandante.

Su cuerpo fue enterrado en el Museo Histórico Militar, en el barrio chavista 23 de Enero, el mismo lugar en que Chávez se refugió con sus hombres durante el fallido golpe de 1992, y donde pronunció aquella frase del «por ahora». El lugar fue rebautizado como Cuartel de la Montaña, inspirado en un poema de Pablo Neruda que Chávez solía recitar:

> Yo conocí a Bolívar una mañana larga
> en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento.
> «Padre», le dije, «¿eres o no eres o quién eres?».
> Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:
> «Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo».

Chávez llevaba la cuenta de los años. Su movimiento golpista se llamaba MBR-200, el 200 por los dos siglos del Libertador.

La posta pasaba a Nicolás Maduro, un exconductor de bus y dirigente sindical que se contaba entre los primeros discípulos de Chávez. Diputado, canciller y vicepresidente, parece que su lealtad absoluta al líder y su estrecha relación con la dirigencia cubana fueron los principales factores para que Chávez lo entronizara como su sucesor.

Tosco, sin carisma ni brillo propio, Maduro aseguraba, además, que la figura de Chávez jamás sería eclipsada; su rol solo podía ser el del leal apóstol, jamás el de nuevo profeta.

Apenas enterrado el Comandante, se convocó a nuevas elecciones para treinta días después. No había tiempo que perder; esta debía ser la última campaña de Chávez, no la primera de Maduro. Y así fue. El candidato del líder difunto ganó por un margen muy estrecho, con un punto y medio de diferencia sobre Capriles.

Tal como en la leyenda del Cid Campeador, Chávez había ganado su última batalla después de muerto.

Ahora le tocaba a Maduro dar sus propios combates.

Un gobierno de ladrones

El 30 de abril de 2019 aterrizo en Caracas. Esta vez no vengo a reportear unas elecciones, sino un alzamiento cívico-militar que promete terminar, de una vez por todas, la moribunda revolución bolivariana.

Estos seis años, desde la muerte de Chávez, han sido la crónica del derrumbe de un país. Junto al carisma del Comandante ha desaparecido también el dinero. El fin del superciclo de los *commodities* ha dejado al descubierto que la economía venezolana está en los huesos, convertida en un esqueleto solo disfrazado por la opulencia de los petrodólares.

PDVSA, carcomida por la corrupción y el partidismo, ha disminuido su producción de crudo a un tercio y la economía se ha contraído a la mitad. Venezuela ya no produce prácticamente nada, tampoco tiene divisas para importar demasiado. La irresponsable emisión monetaria ha desencadenado una hiperinflación imparable. Cerca de 6 000 000 de venezolanos han huido de la miseria, provocando una crisis de refugiados solo comparable, a escala mundial, con la causada por la guerra civil en Siria.

Donde antes había pan y circo, prebendas y carisma, ahora no hay nada. Solo queda en pie una estructura burocrática sostenida por un combo de corrupción para las élites y represión para el pueblo.

Entre los altos mandos militares se reparten los frutos de la corrupción. Maduro asegura su fidelidad repartiendo jinetas a diestra y siniestra: se calcula que en Venezuela hay cerca de 2 000 generales y almirantes, más que

los 32 los países de la OTAN sumados. Ellos están a cargo de los pocos puestos de la burocracia donde aún hay dinero que robar: la petrolera PDVSA, la minera Camimpeg, y la Gran Misión Abastecimiento Soberano, a cargo de la importación de alimentos y, por lo tanto, del contrabando.

Venezuela es una cleptocracia: un gobierno de ladrones. Según Transparencia Internacional, es el cuarto país más corrupto del mundo, solo superado por tres naciones en guerra interna: Somalia, Siria y Sudán del Sur.

Pero el dinero de la corrupción no alcanza para los civiles. Para ellos, solo hay represión. Maduro ha construido, con asesoría cubana, una máquina de coerción que tiene al Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN) como su policía política, y al Helicoide como símbolo de sus pesadillas.

El Helicoide debía ser un centro comercial ultramoderno, con tiendas, hotel cinco estrellas, parque y teatro, además de grandes rampas externas por donde escalarían vehículos de lujo. Al final, como un símbolo de la historia venezolana, este monumento a la opulencia terminó convertido en un campo de prisión y tortura para prisioneros políticos.

Las dictaduras suelen esconder sus centros de represión. Maduro hace lo contrario. El Helicoide es un gran edificio, en forma de espiral, construido sobre una colina en el barrio de San Pedro, con un emplazamiento y una arquitectura que lo vuelven especialmente visible.

Esta es una represión que quiere ser vista y temida. Cada vez que un opositor sale a protestar, la sombra de ese gran edificio está ahí, ominosa, para recordarle dónde puede terminar esa noche.

El fin de la democracia

Hagamos la cronología del fin de la democracia venezolana.

Tras la derrota de Capriles ante Maduro en las elecciones del Cid Campeador, en 2013, el liderazgo opositor pasa a Leopoldo López, un dirigente más radical, con una estrategia de forzar la salida de Maduro. Tras violentas protestas, López es encarcelado.

En 2015, la oposición gana por un amplio margen las elecciones

legislativas. Pero el Tribunal Supremo, controlado por el oficialismo, declara «en desacato» al congreso opositor, y Maduro convoca a una Asamblea Constituyente que usurpa los poderes del legislativo. En mi opinión, y así lo expresé en ese momento, en ese hito Venezuela dobla la esquina y se convierte en definitiva en una dictadura. La voluntad del pueblo y la división de los poderes han sido definitivamente usurpadas.

Maduro adelanta las elecciones presidenciales, previstas para diciembre de 2018, a abril, y se reelige sin participación de la opositora Mesa de Unidad Democrática (MUD). La luz de esperanza abierta por las legislativas de 2015 se apaga del todo.

Ahora solo queda la calle, la promesa de la presión internacional y la huida. Y es que la crisis de refugiados está convirtiendo a Venezuela en un problema global. En enero de 2019, Juan Guaidó, presidente de la asamblea opositora, es proclamado como «presidente encargado» de Venezuela, y reconocido por sesenta países, incluyendo a Estados Unidos, la OEA y el Parlamento Europeo. La movilización internacional parece a punto de botar a Maduro.

En febrero, la oposición intenta forzar la entrada de camiones con ayuda humanitaria desde la ciudad fronteriza de Cúcuta, en Colombia. Sería, al fin, el día D. Una muchedumbre de venezolanos cruzaría la frontera hacia Colombia, para escoltar la entrada triunfante de los camiones, mientras los militares se sumarían a la multitud, provocando la caída de Maduro.

Ese era el plan, en una operación que incluye un concierto de música pop (Venezuela Aid Live), organizado por el millonario británico Richard Branson, que convoca a artistas como Juanes y Miguel Bosé, y la presencia de los presidentes de Argentina, Brasil, Colombia, Perú, Paraguay y Chile, junto al vicepresidente de Estados Unidos.

Pero los invitados internacionales olfatean el fracaso y se desembarcan con distintas excusas. Solo el colombiano Aldo Duque y el chileno Sebastián Piñera se quedan para padecer el fiasco en vivo y en directo. Las multitudes no llegan, los militares se mantienen en sus puestos y los camiones no cruzan la frontera.

Tras el bochorno, Guaidó y López fijan la siguiente acción decisiva para el 30 de abril. Esa madrugada, Leopoldo López es liberado de su arresto domiciliario y, junto a Juan Guaidó, llama a los venezolanos a reunirse en el distribuidor Altamira, cerca de la Base Aérea La Carlota, lugar que, según aseguran, ya ha sido tomado por militares leales.

La oposición confía en que ese sea, al fin, el «día D» en que caerá el régimen.

La ruleta rusa

El levantamiento cruje desde el primer momento. Mientras la prensa internacional —incluido yo— intenta llegar a Caracas para reportear los hechos, se hace evidente que la cúpula militar sigue fiel a Maduro.

Entrar a Venezuela no es fácil. Mi camarógrafo es demorado largamente en medio de interrogatorios en el aeropuerto. Pero a diferencia de otros colegas que deben tomar un avión de regreso a su país, nosotros tenemos suerte y podemos entrar. Nos dirigimos de inmediato al distribuidor Altamira, un nudo de autopistas del acomodado barrio Chacao, junto a la Base Aérea La Carlota, que los insurrectos han escogido como centro de operaciones.

López y Guaidó ya no están ahí. El espacio es dominado por los guarimberos, como se les suele llamar a los manifestantes más radicales del antichavismo. El nombre tiene un origen curioso. En la década de los cincuenta, las guarimbas eran los refugios de los militantes comunistas que luchaban contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Una iglesia, una escuela o una casa que sirviera de lugar seguro era una guarimba.

Pero, por esas vueltas insondables que tiene el lenguaje, cuando las protestas contra el chavismo se volvieron más violentas, los manifestantes mejor armados y más decididos adoptaron el apodo de guarimberos. Con la creciente represión de Maduro, las guarimbas contestaron volviéndose también más violentas.

Ese 30 de abril, las guarimbas se enfrentan a una organizada línea de

tanquetas y de carros lanzaguas. A la policía militar de la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), se han sumado también efectivos de la Fuerza Armada Nacional (FAN). Los militares insurrectos, si alguna vez existieron, se han esfumado junto con los líderes políticos. De todos modos, la multitud está eufórica. Creen que están siendo protagonistas, en vivo y en directo, de la caída del dictador.

Los guarimberos utilizan una curiosa arma: unas enormes hondas, operadas por tres o cuatro personas a la vez, con que lanzan a gran distancia frascos de vidrio a los policías. ¿Qué tienen en su interior? Me dicen, como quien cuenta una travesura, que están llenos de pintura, orina, excrementos o lo que la imaginación permita.

Aparte de esa invención, el panorama a primera vista no es tan distinto al que he observado cubriendo protestas violentas en países como Chile, Perú y Brasil. Todo es, paso por paso, de manual: la picazón quemante de las lacrimógenas, los heridos por balas de goma, las correrías de los manifestantes para ponerse a resguardo de los cañones que lanzan agua mezclada con químicos irritantes, las explosiones de alegría cada vez que un grupo de policías, abrumado por las molotov y los piedrazos, retrocede.

Entonces, se escucha el sonido seco de la munición real. Cuatro, cinco, diez balazos. En torno nuestro, se desata el pánico.

—¡Los motorizados! —grita alguien.

La gente se tira al suelo o se protege detrás de basureros y señales de tránsito. Tras un minuto de pánico, todos se paran, buscando heridas en su cuerpo y chequeando a sus compañeros.

Gerardo es uno de los manifestantes habituales.

—Llevo todo el año en la calle, y no pararé hasta que caiga Maduro —declama con ensayada convicción. Dice no tener miedo, pero cuando la conversación fluye y baja la guardia, me reconoce que solo una cosa le da pánico: los motorizados.

Los «motorizados» o «colectivos» chavistas son grupos de motociclistas que bajan desde las poblaciones partidarias del régimen, en especial del 23 de Enero. Los he visto zumbando como un panal de avispas uniformadas de

negro, sus rostros cubiertos y la actitud amenazante, en las manifestaciones chavistas.

En esos contextos operan supervisando, como vigilantes informales. Pero en las protestas de la era Maduro su rol es otro: son los encargados de sembrar el terror en las calles. Su *modus operandi* es siempre el mismo: pasar frente a la multitud y descargar sobre ella ráfagas aleatorias.

Ese día, el propio Maduro los ha instado a actuar:

—Llamo a los colectivos; ha llegado la hora de la resistencia, la resistencia activa en la comunidad —ha dicho.

El rol de los motorizados es clave para infundir el pánico en quienes quieren manifestarse de manera pacífica. A diferencia de los policías y militares, que centran su represión en las guarimbas, los motorizados apuntan a la multitud. Puede caer cualquiera.

Es lo que está a punto de ocurrir.

Al día siguiente, 1.° de mayo, Día del Trabajador, Maduro reaparece en público rodeado por 4 000 efectivos militares que lo aplauden mientras mantienen una rodilla en contacto con el piso. «Rodilla en tierra» es una expresión con que suelen identificarse los chavistas más acérrimos, y el mensaje es claro: las Fuerzas Armadas siguen del lado del dictador.

También los chavistas toman las calles con una manifestación de respaldo en torno al palacio presidencial. Sí, son «chavistas». Nadie se identifica como «madurista». El panorama es muy distinto al que vi en 2012. Nada es espontáneo. Esta es una multitud íntegramente acarreada. Hay enfermeras de hospitales públicos, profesores de colegios estatales, empleados de empresas fiscales, pobladores que obedecen las órdenes del puntero local. No queda una gota del entusiasmo de hace siete años.

Lo que veo en esas columnas es la burocratización de la revolución. Una revolución que ya no tiene venas inundadas de sangre fresca, sino bloqueadas por la arterioesclerosis.

La sangre ahora está derramada en las calles.

Mientras la marcha de la burocracia se desarrolla, cancina, en el centro, en Altamira repiten sus roles del día previo las tanquetas, las barricadas, el gas

lacrimógeno y las correrías del gato y el ratón entre policías y guarimberos.

Pero la multitud es menor y el fervor ha desaparecido. La promesa de Guaidó, de que «valientes soldados» respaldaban el alzamiento y marchaban hacia el Palacio de Miraflores, se ha revelado falsa. Tampoco los llamados de Estados Unidos a que los militares venezolanos derroquen a Maduro han tenido eco.

Peor aún: de pronto, de boca en boca, comienza a correr el rumor de que Leopoldo López se ha asilado en la embajada de España. Aunque los manifestantes se muestran comprensivos («el SEBIN lo estaba cazando», me dice uno de ellos), el desaliento es inevitable. El asilo es un reconocimiento tácito de que la rebelión, otra vez, ha fallado.

La desesperación da alas a los más audaces. Un grupo de guarimberos secuestra un bus y lo instala en medio de la calle, bloqueando el avance de las tanquetas. Desde ese lugar de seguridad hacen avanzadas, protegidos por sus escudos y por las lluvias de molotov que lanza la retaguardia, para encender barricadas y ganar espacio.

Entonces rugen los motorizados, resuenan los disparos y todos se tiran al suelo. Esta vez al pánico siguen los gritos de desesperación. Hay una caída. A unos 10 m a nuestra derecha, vemos a la gente arremolinarse en torno a una cabellera manchada de sangre. En medio del pánico, llegan los voluntarios de la Cruz Roja, valientes que exponen su vida para ayudar a los heridos.

No hay tiempo para esperar una camilla. Sus compañeros llevan en brazos a una mujer, desvanecida y ensangrentada, abriéndose paso en medio de la multitud.

Los diarios del día siguiente nos contarán el desenlace de la historia. La joven se llamaba Jurubith Betzabeth Rausseo García, había nacido el 8 de octubre de 1991, tenía 27 años y dos hijos. La bala disparada por los motorizados a la multitud la impactó en la cabeza, y los médicos, pese a una operación de urgencia, no pudieron salvarle la vida.

Quienes estuvimos ahí nos estremecemos: fue ella, como pudo ser cualquiera. Esa es la maligna, eficiente, irrebatible lógica de la ruleta rusa

que escenifican los motorizados.

«El partido hace como que nos paga…»

Fue por pura inercia que, apenas vi una librería en Caracas, entré en ella. Y fue pura casualidad que mis ojos se posaran de inmediato sobre la que resultó ser la primera edición venezolana de *Persona non grata*, libro del escritor y diplomático chileno Jorge Edwards.

Una vez que cesaron las protestas, una vez que fracasó el levantamiento y Caracas volvió a su rutina, me quedé aquí. Y pasé algunos días escarbando las múltiples capas de la crisis venezolana: la hiperinflación, la parálisis económica, la falta de medicamentos.

En las noches, me refugié en la «novela política sin ficción», como la llamó Edwards; un recuento de su fugaz paso como embajador del presidente Salvador Allende por la Cuba de Fidel, que a principios de la década de los setenta pasaba también de la revolución a la burocratización. El tránsito del sueño del hombre nuevo a la pesadilla del espionaje, las intrigas y el velo autoritario que comenzaba a caer sobre los cubanos.

La misma que ahora ha caído sobre Venezuela.

Caracas es la metrópolis de los cascarones vacíos. Recorrerla de noche es una experiencia fantasmagórica, con largas avenidas sin alumbrado público, flanqueadas por edificios igual de oscuros. El más grandioso es la Torre de David, el rascacielos de 190 m que prometía ser el centro de un Manhattan sudamericano y hoy es un esqueleto inerte.

Otros edificios sobreviven a duras penas. Me alojo en un hotel de 1953, con imponente presencia en el acomodado barrio de Las Mercedes, a apenas un nudo de autopistas de distancia con el ensangrentado Colector Altamira.

Es un edificio aún digno con su fachada de nueve pisos y cinco estrellas. Pero por dentro es un hotel fantasma. Solo uno de los ascensores funciona, a veces. Tres o cuatro de los cientos de habitaciones aparecen iluminadas en la noche. En el bar, ocho empleados se acercan solícitos a atender al público: dos periodistas extranjeros, trabajando en sus computadores, consumen las

últimas cervezas aún disponibles.

Aquí circulan algunos dólares en forma de propinas, por lo que el trabajo todavía vale la pena. Pero en el resto de la ciudad…

De manera oficial, el boleto en el Metro de Caracas cuesta un bolívar. Son unos 0.01 centavos de dólar estadounidense. Dicho de otra manera, con un dólar uno podría hacer 10 000 viajes en el Metro. O podría pasar 14 años viajando todos los días, de ida y vuelta.

Esa es la teoría, porque en la práctica nadie se toma la molestia de pagar ni de cobrar una cifra tan ridícula. Tampoco hay cómo hacerlo. Los empleados no se presentan a trabajar, y los trenes corren tarde, mal o nunca. De hecho, mi chofer durante mi estadía en Caracas formalmente es empleado del Metro, pero no se aparece en su puesto de trabajo durante toda la semana.

En Venezuela se aplica al pie de la letra ese viejo chiste soviético: «El partido hace como que nos paga y nosotros hacemos como que trabajamos».

En *Persona non grata*, Edwards relata el encuentro entre el poeta y dirigente comunista Pablo Neruda y un arrogante economista joven de la Unidad Popular, la coalición marxista que sostenía al gobierno de Allende.

Por ese entonces, el monstruo de la hiperinflación comenzaba a salirse de control en Chile.

—Pablo, la inflación va a destruir el poder de la burguesía —le dice el economista.

—La inflación nos va a destruir a nosotros —contesta el poeta.

Uso el *ticket* de la librería como un termómetro: 100 688 bolívares. Para mí, unos 11 dólares. Para un venezolano promedio, mucho más que su sueldo mensual. La hiperinflación los está destruyendo a todos y, como dicen con resignación aquí: «Mientras los sueldos suben por la escalera, los precios lo hacen por el ascensor».

Después de zafar del levantamiento de López y Guaidó, el régimen de Maduro celebró el Día del Trabajador con el enésimo aumento del salario mínimo: ahora llega a 40 000 bolívares que, sumando asignaciones, se estiran a 65 000. En total, unos siete dólares.

En un supermercado estatizado (Tiendas CLAP), un paquete de setenta pañales cuesta 69 359 bolívares. Doce rollos de papel higiénico se venden por 82 041. Pese a todo, circulan algunos compradores. Cuando pregunto a un reponedor quién puede pagar tales precios, él se lleva los dedos índice y medio al hombro. Es una zona militar, cercana a la Base Aérea La Carlota, y las familias de los uniformados son los principales clientes.

¿De dónde sale el dinero? No de los sueldos militares, que son tan miserables como los de cualquiera. Pero Venezuela en la práctica es un régimen castrense, y el uniforme trae ciertos beneficios para quienes quieran aprovecharlos. Desde tráfico de drogas y lavado de dinero en el generalato, hasta el más cotidiano desvío de provisiones al mercado negro y, en suma, muchas formas de buscarle la vuelta a una economía imposible.

Gracias a su control de la Gran Misión Abastecimiento Soberano, los militares son los principales proveedores del bachaqueo, un mercado informal donde se venden alimentos, medicina y ropa. También gasolina, que se trafica a gran escala en las fronteras, sobre todo en el límite con Colombia.

En las calles del centro de Caracas abunda la venta informal.

—Nosotros los fabricamos, de buena calidad —dice una mujer que promociona botellas llenas con líquido azul y naranja; dice que son jabones y lavalozas, a 7 000 bolívares cada uno.

En Caracas ya no se ven, como pasó durante 2018, largas filas frente a los almacenes. Ahora, los productos básicos sí están disponibles, en distintos barrios, en locales formales y en puestos callejeros. El sueldo mínimo alcanza para tres kilos de carne, o para dos cartones de huevos. Queso, jamón, pollo: todo está al alcance de quien pueda pagarlo.

Algunos lo logran gracias a las remesas en dólares que envían los millones de expatriados a sus familias. Los billetes y las monedas de bolívares valen tan poco que casi no se ven; son apenas una presencia fantasmal cargada en tarjetas de débito. Los «bolívares soberanos» han perdido ocho ceros y no valen nada. La progresión es de vértigo. Un dólar equivale a unos 6 000 bolívares soberanos (el precio cambia súbitamente cada día) o a 600 000 000

000 de viejos bolívares.

La inflación anual llegó en febrero de 2019 a un *peak* del 2 290 000%: la peor en la historia de América Latina.

La miseria es una forma de control político

¿Cómo se sobrevive en esta locura? Agachando la cabeza. La mayoría de los venezolanos depende de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), células chavistas que funcionan en cada parroquia, como se les llama a los barrios, y que manejan las cajas de mercadería que se reparten cada 15 días a los vecinos inscritos.

Fuera de un edificio, en la parroquia San Bernardino, veo a decenas de hombres, mujeres y niños que esperan, bajo un sol inclemente, que comience la repartición de las cajas CLAP.

La líder del operativo no desaprovecha la presencia de una cámara y un micrófono.

—Ahorita estamos entregando las cajas del Clá, a través del gobierno re-vo-lu-cio-na-rio, dando el apoyo a nuestro presidente Nicolás Maduro, a pesar de la guerra mediática que hemos tenido aquí, estamos aquí venciendo, entregando la caja del Clá —declama, poniendo especial cuidado en usar la boca completa para que cada fonema de la palabra *revolucionario* se distinga a la perfección.

Cuatro dirigentes están sentados a una mesa, ellos sí a la sombra. Aparte de la líder local del CLAP, se presentan la vocera del Movimiento Eulalia Buroz, Gran Misión Hogares de la Patria, una vocera del comité multifamiliar de la parroquia San Bernardino, y una vocera de salud. A cargo de apilar las cajas está Juan Carlos Ramírez, jefe de calle del CLAP vecinal.

Para recibir la caja, los vecinos deben presentar su Carnet de la Patria, un documento creado en 2016 por Maduro. El Carnet también es indispensable para recibir los subsidios y bonos en dinero que el Gobierno reparte para el Carnaval o para Navidad.

Cada vez que hay problemas en el país, el presidente anuncia, cual Papá Noel, que la Navidad se adelanta para octubre. Además de la ornamentación de las calles, eso significa el depósito de un aguinaldo adelantado para los poseedores del Carnet.

—Esto es entregado por nuestro presidente Nicolás Maduro Moro —vuelve a declamar la líder, mientras los vecinos, con la cabeza gacha y la mirada huidiza, firman la planilla de racionamiento y se preparan para recibir su caja de cartón.

El jefe de calle abre la primera de las cajas para mostrarnos su contenido. Un paquete de arroz, uno de leche en polvo, otro de fideos, frijoles y una botellita de aceite.

—¡Azúcar! —agrega la vocera del comité multifamiliar de la parroquia San Bernardino.

—Azúcar, azúcar, azúcar… —repite el jefe de calle mientras busca en la caja—. No azúcar, no vino —concluye con desaliento.

Le pregunto cómo pueden los vecinos conseguir el resto de los productos que necesitan para sobrevivir.

—Eeeh, bueno, a través de —comienza la frase Ramírez, antes de quedar en blanco y disculparse con una sonrisa—… lo que se pueda. Sí, lo que se pueda conseguir por ahí.

En esta célula son 144 las familias inscritas.

—Cada 15 días está llegando la ayuda del presidente Maduro —me cuenta uno de los hombres que hacen la fila. Él gana el sueldo mínimo.

—¿Alcanza para sobrevivir?

—Tienes que salir a trabajar todos los días, por la Patria —me dice.

Según el Gobierno, en Venezuela operan 35 000 Comités CLAP, que abastecen a 6 000 000 de hogares y 24 000 000 de personas, cerca del 80% de los habitantes que aún quedan en Venezuela.

Un informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos advierte de los graves problemas de nutrición en Venezuela, que las cajas CLAP, bajas en proteínas y vitaminas, y altas en grasas, azúcares y carbohidratos, hacen poco por solucionar.

Investigaciones periodísticas también han revelado los vínculos de los más altos mandos del régimen en la red comercial que importa los alimentos de la caja, y la grosera corrupción que rodea el proceso.

El uso político del hambre de los venezolanos es rampante. En las elecciones de 2018, se imprimió el rostro de Maduro en las cajas, y hubo amenazas de retirar de la lista de beneficiarios a quienes participaran en las protestas o no votaran por el oficialismo.

La figura del «jefe de calle» de las CLAP me recuerda lo que he visto en Cuba, donde los miembros de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) vigilan cada edificio y cada manzana. Allí los «guardias revolucionarios» se encargan de llevar registro de la vida cotidiana de los vecinos: quién entra, quién sale, acompañado de quién, e incluso quién participa en los trabajos voluntarios del régimen.

En Venezuela se ha vuelto práctica habitual que, en días de elecciones, se instalen «puntos rojos» cerca de los centros de votación, donde las personas deben verificar que votaron para poder retirar su caja de alimentos.

En marzo de 2019, el jefe nacional de los CLAP, Freddy Bernal, se presentó en una parroquia de Caracas. El video lo muestra vestido con una polera con un enorme logo de Nike, paseándose, micrófono en mano, frente a un grupo de silenciosos vecinos.

La arenga de Bernal dice todo lo que uno tiene que saber sobre el régimen venezolano.

—Los CLAP no son solamente un mecanismo de distribución. Son un mecanismo de organización, un mecanismo de formación, un mecanismo de supervisión y un mecanismo de control y movilización. ¡De movilización! —declama Bernal.

Y explica:

—Cada jefe y jefa de comunidad de los CLAP es un líder que tiene control territorial sobre veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, hasta trescientas familias.

Maduro lo sabe: un pueblo hambriento es un pueblo de rodillas.

Me repito: la miseria es un mecanismo de control político.

Coda

En 2024, cinco años después del segundo momento que reporteé, Maduro perdió por paliza las elecciones presidenciales.

El régimen prohibió participar a la nueva líder de la oposición, María Corina Machado, una dirigente que había logrado energizar a la ciudadanía con su valentía y vitalidad, recorriendo incansablemente el país en medio de las amenazas del régimen.

Cuando Machado fue inhabilitada, proclamó como sustituta a una desconocida académica con su mismo nombre de pila, Corina Yoris-Villasana. Pero el sistema del Tribunal Nacional Electoral (TNE) no permitió registrarla. Finalmente, a última hora, el régimen permitió que se inscribiera otro académico desconocido, Edmundo González.

Aunque la economía sigue en el suelo, la situación es menos terrible que en 2019. La hiperinflación remitió y el país ha vivido una modesta recuperación. Maduro apostó a que, en ese contexto, González, un hombre gris y anodino, no sería rival, y que un triunfo le permitiría legitimar su régimen en las urnas.

El cálculo falló. González ganó por un margen muy amplio, como demuestran las actas que la oposición logró rescatar a lo largo de todo el país.

Entonces, Maduro dio un salto aún más audaz hacia la tiranía. Simplemente no aceptó la derrota y, pese a las numerosas promesas y los «días D» de la oposición venezolana, juró por un nuevo periodo, esta vez hasta 2031.

Perseguido por el régimen, González se refugió en España, y, en los días previos al juramento de Maduro, realizó una gira internacional, proclamando a los cuatro vientos que entraría a Venezuela para asumir como presidente legítimo. Venciendo el miedo a la represión, a las tanquetas y a los motorizados, cientos de miles de venezolanos se manifestaron en las calles, esperándolo.

Pero González ni siquiera intentó entrar a su país.

Una vez más, como ese día en Altamira, los venezolanos que se jugaron el pellejo en las calles fueron abandonados por sus propios líderes.

Reviso mis apuntes. Esto es lo que escribí en esos días de 2019:

Jorge Edwards deja de darme claves aquí: su libro termina con su salida de Cuba, tras ser declarado *persona non grata*.

La dictadura cubana comenzaba apenas su larguísima vida. Con su estela de represión y deterioro económico, terminó por convertirse en la única forma de vida conocida para una generación completa.

Además de exitosa, fue exportadora de *know how* represivo. Si el chavismo sustentó con su petróleo al castrismo, este le retribuyó con sistemas de control y vigilancia. La sospecha y el espionaje como mecanismos de conservación de poder, se sienten en el libro de Edwards y se adivinan en la conspiranoia de estos días en Caracas.

Algunos caraqueños están convencidos de que la creciente miseria y las manifestaciones populares hacen que el régimen de Maduro sea inviable. Pero si algo nos demuestra la historia, es que ninguno de esos factores por sí solo hace caer a un dictador.

Ni la miseria, ni siquiera la inanición. Stalin, Mao y Kim Jong-il vieron morir a millones de sus compatriotas de hambre, sin que sus puños de hierro perdieran ni por un momento el control. Tampoco Fidel fue derrocado en el «periodo especial» que siguió al derrumbe de la URSS, cuando la dieta de cada cubano cayó hasta las 1 800 calorías diarias.

La miseria, me repito, es una forma de control político.

De la agitación callejera, qué decir. Hungría, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Polonia, México, China, Chile y tantos otros regímenes ahogaron en sangre la protesta popular.

Todos ellos se sostuvieron en la crisis. Cayeron, en cambio, en movimientos mucho más sutiles, con economías más vigorosas y ciudadanos menos movilizados.

Y entonces, ¿cómo mueren las dictaduras? La respuesta es un misterio. El analista Moisés Naím cita, entre otras causas, al contagio internacional, el cambio social acelerado, la esclerosis de los líderes y el quiebre de la élite que los sostiene.

Pienso en mi país: en la dramática noche del 5 de octubre de 1988, cuando Pinochet perdió el plebiscito e intentó aferrarse al poder, fue la deserción de los jefes de las otras ramas armadas (la Marina, la Policía y la Fuerza Aérea) la que obligó a Pinochet a capitular.

Entre una nueva aventura golpista o un repliegue ordenado, para 1988 era mucho más razonable lo segundo, tanto para los empresarios como para los militares, los dos grandes electores de la élite que dominaba el país.

Cosa parecida ocurrió con la abdicación de la jerarquía comunista que derribó al bloque soviético, cuando parte de esa nomenklatura entendió que un aterrizaje controlado por ellos mismos hacia el capitalismo era la salida más realista para su propio interés.

¿Ha llegado ya ese momento? Guaidó y López creyeron que sí, y se equivocaron. Como me dijo un venezolano: «Es que los mangos están guindando». Una expresión que se refiere a un fruto que se balancea en la rama, a punto de caer de maduro.

Maduro se guinda. Se guinda de maduro, pero no cae aún, en esta revolución que ya hace rato se ha podrido en su rama.

¿Cuánto puede durar ese fruto podrido sin caer?

Reviso más apuntes. En 2012, cuando Chávez agonizaba, le pregunté al diputado chavista Alberto Aranguibel si el régimen sobreviviría a su líder. Me contestó, rotundo, que sí.

—Pasaremos el punto de no retorno, en que ya no importará el nombre del presidente, ni siquiera del partido de Gobierno. La revolución se habrá vuelto irreversible.

Entonces, su arrogante certeza me pareció ridícula.

Ahora, releyendo tras esta interminable tragedia, me parece escalofriante.

2

EL SALVADOR DE EL SALVADOR

Bukele: el dictador *cool*

Cae la noche en San Salvador. Y, como cada vez, ella está ahí.

Llueva o truene, Blanca Gutiérrez está ahí. El pelo cano, la espalda encorvada, la sonrisa fácil en el rostro. A veces sola, a veces acompañada. Pero Blanca siempre está ahí.

Ese es su lugar en el mundo. En las últimas semanas, su único lugar.

Son las siete de la tarde del lunes 10 de abril de 2023. Ya está oscuro, y el clima es bondadoso esta noche. La lluvia se detuvo y ahora sopla una brisa tibia. Blanca Gutiérrez está sentada en una silla de plástico blanco en la vereda de la calle Concepción, una vía atochada y serpenteante que cruza el noreste de San Salvador.

La vista de Blanca está fija en el inmueble que tapa el paisaje cruzando la calle. Es una bartolina, nombre con que se conoce a los calabozos administrados por la Policía Nacional Civil (PNC) salvadoreña. Esta es la sede de la Sección de Servicios Extraordinarios, pero todos la conocen simplemente como el Penalito.

Desde que se decretó el régimen de excepción en El Salvador, esta acera del Penalito se ha convertido en la segunda casa de incontables personas, casi todas ellas mujeres. Es que este es el único lugar de San Salvador desde donde se liberan presos. Un día sí y otro no, llegan buses hasta aquí, provenientes de las atestadas cárceles de la capital salvadoreña. Cada uno de estos buses es una esperanza; a bordo de ellos podría estar un familiar a punto de ser excarcelado.

Las liberaciones se producen en la noche; es por eso que a esta hora los

familiares comienzan a llegar hasta aquí, a la espera de un milagro.

Y bajo una amenaza informal, extraoficial, que se repite en voz baja con la certeza de las convicciones entre estas familias. Si un preso llega para ser liberado, pero no hay nadie esperándolo, será devuelto a su cárcel.

Y desde esas cárceles —Blanca y los demás lo saben— muchas veces no se sale con vida.

Son seis los familiares por los que espera y teme Blanca Gutiérrez. Sus historias están entre las más inexplicables de la estela de represión e injusticia que hoy asola a El Salvador. Ya les contaré quiénes son y por qué fueron detenidos, dentro de lo que es posible explicar. Porque en estos días, ni la vida ni la muerte, ni la esclavitud ni la prisión tienen demasiada explicación en El Salvador. La daga del destino pende sobre los ciudadanos y puede caer sobre ellos en cualquier momento, sin razones ni justificaciones. Un día estás libre, al otro estás encerrado en el infierno. Al siguiente, quizá en la calle, tal vez muerto.

Un día en la cárcel a la vez.

Una noche en la acera del Penalito a la vez.

Y esta noche terminará sin novedad. Como anoche y antes de anoche. La decepción avanza con el correr de los minutos. Y pronto, lo que ha partido como un rumor, ya es una realidad inapelable: esta noche no habrá buses ni excarcelaciones del Penalito.

Las madres, abuelas, esposas y hermanas levantan sus sillas plásticas, empacan sus pertenencias, guardan sus bolsos con agua y comida.

Blanca también se levanta y camina con paso lento. Mañana —promete mientras se aleja— estará aquí de nuevo.

Los señalados

La familia de Blanca Gutiérrez es originaria de la isla Espíritu Santo, un remoto territorio del suroeste salvadoreño, junto al Océano Pacífico. El contraste no puede ser mayor entre ese paisaje prístino, tierra de aguas caudalosas y magníficos manglares, y la ruidosa y polvorienta acera de calle

Concepción, en el Penalito.

Entonces, ¿por qué su familia está aquí?

Tratemos de explicar, dentro de lo posible.

El presidente Nayib Bukele, tal como sus antecesores en el cargo, adoptó una política de apaciguamiento con las pandillas. Los Gobiernos negociaban con periodicidad con los líderes mareros encarcelados. A cambio de privilegios penitenciarios, de liberar a algunos capos y de no tocar sus estructuras, los mareros mantenían a raya la violencia.

Cuando esos acuerdos se rompían, venía una ola de asesinatos, hasta alcanzar una nueva tregua. Un equilibrio precario que se conservó por años.

La última ruptura desató una reacción particularmente brutal de las maras: asesinaron a 87 personas en tres días, entre el 25 y el 27 de marzo de 2022. La gran mayoría eran civiles sin relación alguna con las pandillas. Entonces, Bukele dictó el régimen de excepción, con la inmediata anuencia de la Asamblea Legislativa, el Congreso salvadoreño dominado por el Gobierno.

Quedaron suspendidas tres garantías constitucionales: el derecho a la libertad de reunión y asociación; el derecho a la defensa; y la inviolabilidad de la correspondencia y las comunicaciones. Además, se amplió a 15 días el plazo en que una persona puede estar detenida sin comparecer ante un juez.

Eso, en teoría. En la práctica, desde ese día se instauró un Estado policial omnipotente. La primera oleada de represión fue exitosa. Militares y policías entraron a las poblaciones y capturaron a miles de pandilleros. Ciertos factores, únicos de la realidad salvadoreña, facilitaron su tarea.

Es que en El Salvador, la gran mayoría de los mareros lleva su cuerpo y rostro cubiertos de tatuajes. Es parte fundamental de su rito de iniciación, porque el compromiso con las maras es de por vida, como los tatuajes. Una vez que se entra a la mara, solo se sale muerto. Sorprendidos por la fuerza abrumadora del despliegue militar, miles de mareros fueron arrestados tan solo por su apariencia.

Con el correr de los días, sin embargo, el asunto se fue haciendo más complejo. Con los pandilleros arrestados, escondidos o fugados, el blanco de

las redadas se volvió menos obvio. Pero la exigencia sobre los hombres en terreno era creciente: debían seguir arrestando.

Marvin Reyes es representante del Movimiento de Trabajadores de la Policía, o Sindicato de Policías, como se le conoce coloquialmente aquí, pese a que los miembros de la policía tienen prohibida la sindicalización. Él denuncia la existencia de cuotas de arresto, que cada delegación policial debe cumplir. Un informe de Human Rights Watch constata que se implementó «un sistema de cuotas para capturar a un número determinado de personas al día».

Apurados por las cuotas, policías y militares usan criterios laxos, por decir lo menos, para arrestar a salvadoreños. Aunque las causas son secretas, el periódico digital *El Faro* consiguió acceso a 690 expedientes. A 518 de los detenidos se le acusa de «poseer ficha como miembro» de una pandilla. En ninguno de ellos se especifica cuál es la evidencia que sustenta esa afirmación, o cuándo se elaboró esa supuesta «ficha».

Es una acusación circular que vuelve sobre sí misma: se les acusa de estar acusados. ¿Con qué evidencia? Misterio.

Otros motivos de detención se describen como «apariencia sospechosa», «nervioso» o «sospechoso». Los policías también declaran haber obtenido información de la «voz pública», las redes sociales o de denuncias anónimas.

Mientras recorremos El Salvador, cerca del distrito de Soyapango, vemos un control. El policía a cargo nos explica con toda naturalidad que un criterio suficiente para proceder al arresto es que la persona controlada sea «señalada por la ciudadanía, aunque no tenga una orden de captura».

Este soplonaje civil, conocido de manera eufemística como *señalamiento* se ha convertido en parte de la vida cotidiana de los salvadoreños. Basta una llamada anónima para que un vecino pase a aumentar la lista de «señalados» susceptibles de ser arrojados a las cárceles del régimen.

El Gobierno necesita engrosar la cantidad de presos. Las cuotas ponen bajo presión a los policías. Y los señalamientos son perfectos para cumplir esas cuotas. Son, además, detenciones fáciles, sin riesgo. ¿Para qué perseguir pandilleros si puede cumplirse la cuota capturando civiles? Y si de una sola

vez puede pescarse a varios (dos amigos o colegas, una pareja, una familia completa), tanto mejor.

Esto es pesca con red.

¿Se entiende un poco más?

Es lo que pasó en la isla Espíritu Santo.

El Leviatán

Todas estas son pistas, acercamientos, explicaciones generales. Cada historia particular es un mundo propio en el que las razones escasean. Porque en realidad nadie sabe por qué pasó lo que pasó.

Lo que sigue pasando.

Viajamos de San Salvador hasta el puerto El Triunfo para entender mejor. Ahí nos encontramos con Manuel Gutiérrez, uno de los hijos de Blanca.

Él trabajaba como lanchero, «jalando turistas», como explica, que viajaban desde el puerto El Triunfo por la bahía de Jiquilisco, la entrada de mar que rodea a la isla Espíritu Santo. Fueron dos los agentes policiales que lo abordaron y le pidieron que los llevara hasta el malecón de El Triunfo. De pie frente al muelle, la voz por momentos quebrada por el recuerdo, relata cómo, al llegar al destino, los policías le comunicaron, a él y a un colega, que debían acompañarlos a la delegación de policía.

—Ustedes no son pandilleros, van por el régimen —les explicó con calma el oficial, como quien relata un procedimiento de rutina.

De la delegación pasaron a la cárcel, donde los gendarmes les dieron una bienvenida a puntapiés, que lo dejó vomitando sangre.

Manuel relata que vio morir a varios presos, desfallecidos por las continuas golpizas. Tras 15 días de arresto, llegó al fin la audiencia frente al juez. La historia de Manuel es la misma de todos los presos por el régimen que han logrado salir de las mazmorras. Sin acceso a abogados, se pone a los reos (62, en este caso) frente a una pantalla en la que se ve a un juez.

A través de la televisión, ven a un fiscal recitar un cargo genérico contra todos los presentes («pertenencia a asociaciones ilícitas»). En algunas

audiencias, ciertas ONG pro defensa de los derechos humanos han logrado colar a un abogado defensor, pero este puede hacer poco y nada. ¿Cómo defender en una sola audiencia telemática a cincuenta, cien, doscientas o más personas, contra las cuales no hay evidencia ni cargos específicos?

Esta pantomima de justicia termina casi siempre igual. El juez declara que los arrestos son legales y los presos quedan sometidos a una detención que, de acuerdo con las normas del régimen de excepción, puede extenderse por dos años sin necesidad de presentar cargo alguno. No hay plazos, no hay audiencias, no hay evidencias: las vidas de los detenidos quedan sujetas a la más completa, absoluta e ilimitada arbitrariedad.

Es el Leviatán estatal en su máxima dimensión.

Manuel pasó 11 meses en ese infierno. En una celda con 95 personas hacinadas, ocupando cada espacio, mezclando a pandilleros con civiles.

—Habría un 25% de pandilleros, el resto inocente. Gente que no debía nada. Y que murió sin deber nada —recuerda.

El fin de su pesadilla fue tan arbitrario y abrupto como su comienzo. Un buen día, se lo llevaron desde su celda a una prueba de polígrafo. ¿Por qué él? No hubo explicación. «Se sortean», le dijeron. Fuera por azar o por otra razón, Manuel pasó la prueba del detector de mentiras y fue liberado. Miles como él siguen en la cárcel.

Ahora está libre, aunque de brazos cruzados. Su lancha fue requisada como «evidencia». No puede llevarnos a su isla. Tomamos otra de las lanchas y dejamos a Manuel en el malecón, solo con sus recuerdos, como suspendido en un tiempo sin futuro.

Pese a todo, se siente afortunado.

La isla de las mujeres solas

Para visitar la isla Espíritu Santo hay que saber algunas cosas. Por ejemplo, que se debe llegar temprano y salir también temprano; desde mediodía comienza la marea baja y si no estás arriba de la lancha a la 1:00 p. m., probablemente ya no puedas irte de ahí.

El único acceso es por el muelle, y ahí, como una medida de seguridad empleada desde la guerra civil de los años ochenta, funciona un puesto de vigilancia, donde un guardia chequea identidades, motivos de la visita y quién es la familia que está invitando al foráneo.

Don José Iraheta está a cargo del puesto desde 1982. El chequeo es sencillo, porque en esta isla viven unas 1 000 personas, y todos se conocen: son familiares, amigos o colegas. Colegas, sobre todo, porque Espíritu Santo está dominado por una cooperativa en la que los vecinos recolectan cocos para producir aceite. Otros se dedican a conducir las lanchas, como lo hacía Manuel antes de ser arrestado, a la pesca de subsistencia, o a manejar «coches», los mototaxis artesanales de tres ruedas que son el único medio de transporte motorizado de la isla.

Sandra Hernández es la risueña *cochera*, como se llama aquí a los conductores de los mototaxis, que nos recibe en el muelle. La tragedia está por golpearla a ella también, pero eso no lo sabe aún.

Aunque estés en una isla perdida, a punto de caer del mapa, el Leviatán puede alcanzarte cuando menos lo sospeches. A Sandra ya le estaba respirando en la nuca.

Pero no nos adelantemos. Hoy Sandra se mueve experta, rauda, en su coche. Tiene una sonrisa de oreja a oreja. Habla rápido y de buen ánimo. Los cinco minutos de trayecto al poblado le alcanzan para resumirnos la historia de la isla, levantando la voz sobre el estruendo del motor del coche y la música que sale del aparato de radio adosado a él.

Sandra nos muestra las bicicletas, tiradas día y noche en las calles polvorientas del poblado, como la mejor prueba de que la delincuencia no existe. Menos aún, actividad pandillera.

Y es que las bicicletas son el producto de mayor valor que podría robar alguien aquí. Las bicicletas y los pollos y las gallinas que deambulan por las casas, como parte de la economía de subsistencia de la isla. A lo más, algún vecino más pudiente tiene un par de cerdos. La pobreza es cruda, las viviendas son precarias, el polvo es omnipresente… ¿quién querría intentar burlar los controles de ingreso para deslizarse en este paisaje tan bello como

abandonado, bendecido por la naturaleza, pero olvidado por Dios?

Los brazos de mar de la bahía de Jiquilisco, los controles de acceso y la miseria operan como un triple candado que mantuvo siempre a la violencia lejos de aquí. Mientras El Salvador se desangraba dos veces, por la guerra civil primero y por las maras después, en la isla la vida seguía su propio rumbo.

La única que recuerda un crimen es María Pérez, doña Tita, la informal matriarca de la isla. Anciana y memoriosa, toda su vida en Espíritu Santo, dice que mucho antes de las pandillas y de la guerra civil, ocurrió aquí un crimen pasional que, pudorosa pese a las décadas transcurridas, prefiere no detallar.

Desde entonces, primó la paz.

Hasta que se decretó el estado de excepción e irrumpieron los militares.

En una serie de *razias*, entre el 13 de mayo y el 18 de julio de 2022, se llevaron a 22 vecinos. El hermano de doña Tita fue arrestado. La pareja de Idalia Mijango, también. El esposo de Silvia Martínez, también. Envalentonadas por doña Tita, las mujeres de la isla salen de sus casas y se animan a contar sus historias. Todas se parecen, como si entroncaran un solo relato de absurdo y sinsentido.

En incursiones generalmente nocturnas, tocaron las puertas de casas y se llevaron a quien atendía los golpes, y a veces también a quien acompañaba al primer detenido, o a quien preguntaba qué sucedía. Arrestos que en verdad son secuestros: sin órdenes judiciales, sin evidencia, sin más explicación que aquella que ya se ha vuelto una muletilla entre los salvadoreños.

—Se lo llevaron por el régimen.

No hay mucho más que entender, no hay mucho más que explicar. Los hombres ya no están.

«Colaborar» con las maras

Andrés Guzmán sí cree entender algo más. Como todos los presos liberados, maneja con detalle las fechas de su martirio. ¿Arresto? Lunes 18 de julio de

2022. ¿Audiencia? Martes 2 de agosto de 2022. ¿Excarcelación? Martes 4 de abril de 2023. Mantener en la mente las fechas, nos explicaba antes uno de los presos excarcelados, es una forma de no volverse loco. De mantener alguna amarra a la realidad en el infierno de monotonía del encierro. De saber que, mientras tú languideces en un limbo de sobrevivencia, allá afuera los días y las noches aún se suceden, las estaciones pasan, los años se acaban, las navidades y los cumpleaños se siguen celebrando.

Así que Andrés sabe las fechas de memoria. La costumbre la mantiene, ya en libertad. Hablamos con él el 12 de abril de 2023. Hace ocho días que fue liberado, nos dice de inmediato. Y agrega que él sí sabe por qué fue detenido. Trabaja en el negocio de materiales de construcción de su padre, en la que tal vez sea la familia más adinerada de la isla. El descampado tras su casa es una bodega repleta de fierros, ladrillos y sacos de cemento.

—Antes podía cargarlos —nos dice con nostalgia. Ahora tiene la cara angulosa y su cuerpo enjuto naufraga en su amplia polera de piqué azul. Nos dice que perdió 40 kg en los nueve meses de cautiverio.

Pero antes (nueve meses y 40 kg antes), Andrés trabajaba cargando y transportando los materiales del negocio de sus padres desde y hacia el continente, donde las pandillas sí están presentes.

A Andrés sí le dijeron por qué lo arrestaban: fue señalado por «colaborar» con las maras. Cauteloso, nos explica su dilema en tercera persona.

—Quizás no ha habido comerciante en el país que no pague extorsión, desde una tortillería hasta grandes empresas, empresas trasnacionales —dice.

—¿Con qué lo amenazaron si no pagaba?

—Pues con la muerte.

Y es que al igual que miles de salvadoreños, él no tenía alternativa: o pagaba la extorsión exigida por los pandilleros o corría el riesgo de no vivir para contarlo.

La extorsión es uno de los principales negocios de los mareros. Al dominar una colonia (población), una calle o carretera, exigen el pago. Suele ser una cuota mensual para cualquiera que desarrolle alguna actividad

económica, sin importar cuán pequeña sea. ¿Tienes un negocio, un almacén o un quiosco? Debes pagar extorsión. ¿Manejas un bus o un taxi? Debes pagar extorsión. ¿Tienes un auto o una moto? Debes pagar extorsión (*parqueo*, lo llaman en ese caso). ¿Quieres transportar mercadería, como lo hacía Andrés? Debes pagar extorsión.

Y eso, en la retorcida lógica del Leviatán, convierte a cientos de miles de salvadoreños en delincuentes, bajo la chapa de *colaboradores*.

Son extorsiones a pequeña escala, nos cuentan en distintas colonias. Diez dólares mensuales por el parqueo del auto. Veinte, cuarenta o cincuenta al dueño del almacén o de la tortillería. Son todos negocios de subsistencia, como lo es también el trabajo de estos mareros. Más allá de todas las fantasías sobre organizaciones criminales trasnacionales, la realidad económica de las pandillas está lejos de los grandes cárteles narcos. La suya es una historia marcada por la marginalidad y la miseria, más que por el lujo o el *glamour*.

El Salvador se desangra

Entre 1979 y 1992, El Salvador se hundió en una cruenta guerra civil, entre una guerrilla marxista, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), y una dictadura militar. La primera recibió apoyo y armas de Cuba y Nicaragua, mientras que la segunda era respaldada por Estados Unidos.

El Salvador era un escenario más de las guerras civiles que asolaban en esa década gran parte de Centroamérica, escenario a la vez secundario de la Guerra Fría.

El Salvador, el Pulgarcito de América, como lo llamaba la poeta Gabriela Mistral,[1] no era más que uno de los peones de un escenario secundario del gran ajedrez geopolítico mundial.

En Nicaragua, en 1979, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) derrocó a la dictadura de Anastasio Somoza. Su éxito dio alas a los rebeldes que querían imitarlos y alertó a Estados Unidos, que armó a la

contra nicaragüense para combatir al nuevo gobierno de izquierda, a la vez que apoyó y armó a los otros dictadores centroamericanos para resistir en el poder.

En Guatemala, donde la CIA había derrocado al presidente democrático Jacobo Árbenz en 1954, la lucha se centró en sectores rurales, entre las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y el Ejército guatemalteco, que perpetró matanzas masivas de campesinos mayas: el conflicto terminó en 1996, después de dejar más de 200 000 muertos.

Honduras fue usado como base por el Ejército norteamericano para apoyar a los contras, mientras el régimen de ese país ahogaba los intentos de subversión mediante el Batallón 316 y otros escuadrones de la muerte dedicados al exterminio de opositores.

Guatemala, Honduras y El Salvador, los tres países satélites de la guerra nicaragüense, son conocidos como el Triángulo Norte de Centroamérica. Tras el fin de las guerras civiles, han sido azotados por una combinación explosiva de miseria y armas. Muchos militares y guerrilleros desmovilizados, con acceso a armamento y con un único conocimiento: cómo usarlas.

El Triángulo Norte se convirtió en un triángulo de la muerte: la violencia llegó a su *peak* alrededor de 2010, con cifras en torno a los cincuenta homicidios por cada 100 000 habitantes en los tres países, mayores a los registrados en zonas de guerra.

Miseria y corrupción

Mientras El Salvador se hundía en una orgía de guerrillas, crímenes y represión, muchos salvadoreños huyeron al exilio, en especial intentando llegar a Estados Unidos. A medida que una colonia salvadoreña se asentaba en California, donde el idioma y la cultura eran más favorables, muchas familias usaron sus escasos ahorros para enviar a sus hijos, niños y adolescentes a Los Ángeles. Era la manera de sacarlos del infierno de la violencia y entregarles un futuro mejor.

Los salvaban del fuego para arrojarlos a las brasas. Esos adolescentes, desarraigados en una tierra extranjera, pronto replicaron la violencia. No estaban dispuestos a ser víctimas y aprendieron a ser victimarios.

Hostilizados por las pandillas mexicanas que controlaban los barrios latinos de Los Ángeles, en especial el valle de San Fernando, los salvadoreños los imitaron con su propia pandilla. Los Stoners de la Mara Salvatrucha fueron la primera encarnación de lo que luego se convertiría en la Mara Salvatrucha-13 o MS-13 (el número es por ser la M la decimotercera letra del abecedario). La MS-13 pronto entró en conflicto violento con una pandilla salvadoreña rival, la Barrio 18.

El aumento de la violencia callejera llevó al Gobierno estadounidense a iniciar un programa de expulsiones masivas. Esos jóvenes, nacidos en El Salvador, pero trasplantados muy temprano a California, fueron deportados en masa a su país de origen: se calcula que cerca de 20 000 jóvenes, convictos por delitos como homicidio, robo y microtráfico, fueron enviados desde las cárceles y calles de Estados Unidos a El Salvador, Honduras y Guatemala.

De vuelta en Centroamérica, encontraron terreno fértil para la semilla marera. Un país pauperizado, con extensas poblaciones abandonadas en la miseria y el desencanto, y con un Estado débil y carcomido por la corrupción.

¿Qué había pasado en El Salvador, mientras los niños de la guerra centroamericana se convertían en violentos pandilleros californianos?

La guerra había terminado, pero la paz parecía un gran engaño. Tras una guerra civil que dejó más de 75 000 muertos (el 2% de la población del país), en 1992, se firmaron los acuerdos de paz entre el Gobierno, dirigido por el partido derechista Arena, y la guerrilla del FMLN.

El Arena gobernó entre 1989 y 2009, cuando fue sucedido por el FMLN. En la superficie, la democracia se había consolidado: las elecciones se realizaron con regularidad, los presidentes se sucedieron de acuerdo con la Constitución, y los militares respetaron la primacía del poder civil. Pero el régimen bipartidista de antiguos enemigos hizo poco por modernizar el

país, y mucho por esquilmarlo. En medio de una persistente miseria, se hizo imposible seguir metiendo la corrupción debajo de la alfombra.

Carlos Martínez ha investigado y denunciado esa corrupción, convirtiéndose en enemigo de cada uno de los gobiernos salvadoreños. Nos recibe en el patio de un edificio residencial que le sirve a la vez de oficina y refugio. Acosado por el Gobierno, el prestigioso medio de investigación para el que trabaja, *El Faro*, ya ha mudado sus oficinas a Costa Rica. Por ahora, sus periodistas aún permanecen en El Salvador, intentando hacer su trabajo pese a todo.

En una frase, Martínez nos resume la historia política reciente de El Salvador:

> El presidente anterior a Bukele era Sánchez Cerén. Él está escondido en Nicaragua, huyendo de las acusaciones de corrupción que pesan sobre él. El presidente anterior a Sánchez Cerén es Funes. Él también está escondido, bajo la protección del dictador Daniel Ortega en Nicaragua, por exactamente las mismas razones. El anterior es el presidente Saca; está preso por corrupción. Y el anterior es el presidente Flores, quien murió durante su juicio de corrupción.

Los gobiernos del Arena ejecutaron reformas neoliberales bajo el Consenso de Washington, incluyendo la dolarización de la economía y la firma de un tratado de libre comercio con Estados Unidos. Las medidas profundizaron la dependencia de El Salvador del país del norte, con la esperanza de convertirlo en un centro de manufactura barata para suministrar de textiles a ese mercado. La caña de azúcar y el café siguen siendo exportaciones principales, pero la mayor fuente de ingresos del país son las divisas que envía a sus familias la diáspora salvadoreña, desperdigada por Estados Unidos, México y Europa.

El país sigue siendo mísero. La pobreza se refleja en las cifras oficiales. El PIB nominal per cápita apenas supera a un puñado de naciones latinoamericanas aún más miserables: Haití, Nicaragua, Venezuela y Honduras. Y se ve también en la economía de subsistencia del campo, y en

la miseria abyecta de las colonias de El Salvador.

La colonia de Las Cañas, en el distrito sansalvadoreño de Ilopango, es una sucesión de casitas de ladrillo separadas por un estrecho pasaje peatonal. Muchas viviendas están abandonadas y han sido saqueadas; en las habitadas, las ventanas y cortinas son un lujo que pocos pueden permitirse.

Francisca y su pareja están en la puerta de su casa, buscando algo de sombra. Amable, ella nos invita a pasar. Viven en un espacio único, separado por una cortina que divide la sala de estar del dormitorio. Él lleva largo tiempo sin tener empleo; tiene 63 años y está resignado:

—A mi edad, ya no hay trabajo.

Ella se hace de algunas monedas cociendo y vendiendo puerta a puerta pupusas, las tortillas que son el plato típico de El Salvador. Pero hace semanas que no ha tenido dinero para comprar harina de maíz para elaborarlas.

—Ahorita no hay para almorzar, ni nada —nos cuenta Francisca, sin perder su amable sonrisa—. Una sopa Maruchan voy a ver si compro para que comamos los dos, porque no hay nada.

Aquí y allá, vemos los signos de la pobreza. Varios jóvenes pasan el rato descansando en un sofá desvencijado que alguien abandonó al final de uno de los pasajes. No estudian. Tampoco trabajan.

Es ese el terreno, baldío, de polvo, tierra y basurales, en que las maras encontraron suelo fértil.

Las maras

Las imágenes son tan atroces como inconfundibles: con sus caras y cuerpos completamente tatuados, los mareros son el símbolo más terrible del crimen que azota a América Latina. La leyenda es en parte cierta. Sí, las maras son crueles y sanguinarias. Pero no tienen la sofisticación ni las redes de poder que algunos imaginan. No pienses en la vida de lujos de Pablo Escobar o el Chapo. Aquí no hay autos blindados ni zoológicos privados. Las maras son otro animal, uno violento y salvaje, pero también mucho más frágil.

Antes que nada, las maras ofrecen un sentido de pertenencia. Su primer atractivo es social y cultural. Para los adolescentes de Ilopango o Soyapango, jóvenes como los que vemos haciendo nada en un sofá desarmado en medio de un pasaje desolado, el futuro no promete nada. Los empleos son escasos y mal pagados.

Los más determinados piensan en aprender inglés para trabajar de sol a sol en un *call center*, atendiendo llamadas provenientes de Texas o Minnesota. Otros, en emplearse en una maquiladora, las fábricas textiles donde trabajan sobre todo mujeres jóvenes durante jornadas de 12 a 16 horas diarias.

Organizaciones sindicales denuncian que las mujeres suelen trabajar en condiciones insalubres, a altas temperaturas y sin acceso a agua potable. Reciben ocho centavos de dólar por confeccionar cada una de las prendas que Adidas, Puma, GAP o Lacoste luego venderán en decenas de dólares.

En ese panorama, afiliarse a algunas de las «clicas», como se conoce a cada mara local, no parece tan mala idea. La jerarquía es nítida. Los postulantes parten haciendo el servicio militar, primero como postes (vigilantes, encargados de monitorear la actividad de policías, civiles y pandilleros rivales) y luego como chequeos, dedicados a pequeñas actividades de intimidación y pillaje.

La ceremonia de iniciación es el brinco, tras la cual el postulante se convierte en *homeboy*, un pandillero con todas las de la ley. Aparte de los tatuajes, la iniciación requiere alguna muestra de valor, como soportar una paliza o cometer un asesinato.

Cada clica es liderada por un jefe o ranflero, aunque en ocasiones la estructura es dual; algunos ranfleros monitorean su clica desde la cárcel, mientras otros cumplen esas instrucciones operando desde la calle. Lo fundamental es la lealtad; de la mara se entra, pero no se sale, hasta la muerte. De ahí la relevancia y el simbolismo de los tatuajes en el rostro. La pertenencia a una mara debe ser inocultable, imposible de negar. Un destino inescapable.[2]

Son vidas breves y violentas. En *El niño de Hollywood*, los periodistas

Óscar y Juan José Martínez cuentan una de ellas. Miguel Ángel Tobar cometió su primer crimen a los 11 años, cuando intentó asesinar a pedradas al capataz de su finca, que violaba cotidianamente a su hermana con la autorización de su padre. Se afilió a la MS-13, donde se convirtió en uno de sus sicarios más efectivos. Varias decenas de homicidios después, quedó en medio de una disputa interna entre mareros, se convirtió en soplón de la policía, y fue, a su vez, asesinado.

Más que una gran estructura, como un cártel, las maras se asemejan a franquicias, administradas por una clica local en cada barrio, poblado o colonia, que responde a una denominación común y a símbolos culturales genéricos, a los que añaden un toque local: cada clica tiene su propio nombre.

Esta falta de organización explica que las maras no hayan desarrollado cárteles.

—La MS-13 es, por naturaleza, una organización difusa. Y la manifestación de ello es que nadie es capaz de aprovechar lo que, en teoría, es un sistema perfecto de distribución y tráfico de drogas —dice el investigador Steven Dudley.[3]

Su estructura económica es precaria y depende del territorio que controlan. Este dominio sobre los vecinos les permite cobrar extorsiones. En las colonias en que el control es más estrecho, las maras se encargan directamente de manejar negocios locales, como la venta de gasolina, la distribución de gas y el agua embotellada. Para ello, expulsan o asesinan a los comerciantes locales que pretendan competir en esos rubros.

En la práctica, la clica local reemplaza tanto al Estado como al mercado. Sus cerca de 60 000 miembros asumen las funciones de control y orden del primero, y proveen empleos y servicios como el segundo.

Además, operan con impunidad dentro de sus dominios. El distrito de Soyapango fue bautizado por la prensa internacional como la «capital de los asesinatos de América Latina», un título de por sí estremecedor, siendo esta la región que agrupa a 39 de las 50 ciudades con mayores índices de homicidios en el mundo.[4]

Hasta hace algunos años, en Soyapango aparecía un cadáver cada dos días. Ayer tocó muerte. Hoy no. Mañana, lo más probable es que sí. Estadísticas.

Otros tan solo desaparecen para siempre. En un cerro boscoso del distrito, una casa abandonada y desmantelada es una leyenda local. Los vecinos cuentan sobre los gritos que se escuchaban de noche en ese lugar; la policía nos confirma que el sitio se usaba para sesiones de tortura y asesinato. En las murallas todavía se ven los rayados que reclaman el siniestro inmueble como propiedad de la MS-13.

Junto a él, un profundísimo pozo, alguna vez usado para bombear agua. Los habitantes dan por hecho que es un depósito de cadáveres. La policía no se ha adentrado a averiguarlo. El viaje de decenas de metros hacia abajo sería difícil y peligroso, y después de todo, ¿para qué? ¿Para encontrar cuerpos abandonados hace años? Son cadáveres que nadie busca. Vidas que nadie reclama.

La ratonera

La señora A. nos recibe en un estacionamiento de buses de la colonia Las Flores. Aunque la presencia de las pandillas se ha reducido, la señora A. no se confía; pide ocultar su identidad. Ella sabe que muchos pandilleros están presos o fugados, pero que otros siguen dentro de la comunidad, acechando y vigilando.

Tras años de convivir con la MS-13, la señora A. tiene ojos en la espalda. Sin voltearse a mirarlo, nos habla de un niño en bicicleta:

—Es poste y sus hermanos están en la cárcel —nos dice.

El chico no tiene más de 10 años. Nos observa a la distancia varios minutos, antes de dar media vuelta y desaparecer.

La historia de la señora A. es como tantas en Soyapango: su marido fue asesinado por pandilleros, y ella fue secuestrada y amenazada de muerte tres veces por los mareros. Su pecado era colaborar en los precarios intentos del Estado por entrar en la colonia Las Flores, entregando paquetes de alimentos a algunos vecinos desvalidos.

Es que aquí el control de la MS-13 era absoluto. Nadie podía entrar o salir sin un permiso de los pandilleros. Si algún familiar venía de visita, había que informar. Si una emergencia médica obligaba a salir de noche, también. Dejar entrar ambulancias o bomberos era un problema mayor; tampoco taxistas ni *delivery* se atrevían a traspasar las fronteras, invisibles, pero por todos conocidas, entre las maras.

Estas fronteras dividían San Salvador, y debían seguirse de manera escrupulosa.

—Uno vivía con el temor de que no podía ir a una colonia aledaña, por el simple hecho de que no eran de la misma pandilla —nos dice Eduardo, un habitante de Soyapango.

En la práctica, los ciudadanos se convertían en afiliados involuntarios a una u otra pandilla, y debían cuidar sus desplazamientos para no invadir territorio enemigo.

Todos tienen una historia de un familiar o conocido que fue a visitar a una novia a un barrio ajeno, o se quedó dormido en el bus y despertó en una colonia prohibida, y cómo el descuido le costó el susto de su vida, o la vida misma.

La geografía urbana de San Salvador ayuda a dibujar y controlar esas fronteras.

Es lunes en la mañana y transitamos por la Autopista de Oro, nombre ambicioso para una avenida de dos carriles por lado, salpicada de semáforos, baches y controles vehiculares, que atraviesa de oeste a este la capital de El Salvador. Vamos hacia el extremo oriental, casi en los extramuros de la ciudad, buscando el reparto Las Cañas, un sitio hasta hace poco controlado y peleado a muerte por las dos grandes maras enemigas.

La primera clave es geográfica. La colonia, donde viven unas 10 000 personas, tiene un solo acceso: un túnel bajo nivel que se desprende de la autopista hacia el norte. Basta un poste bien ubicado para llevar un control exacto de todos los movimientos: quién entra, quién sale, a qué hora y por qué medios.

Controlar ese acceso era, para las maras que se disputaban Las Cañas, el

equivalente a controlar Troya para quienes querían hacerse con la llave del Mar Negro. El botín era mucho menor, pero la violencia, igual de encarnizada.

En todas las otras direcciones, Las Cañas está rodeada de acantilados.[5] El suelo es arcilloso y las intensas lluvias han causado cárcavas, erosiones que amenazan por tres de sus cuatro costados a la colonia. El terreno es inestable.

Toda la población (10 000 habitantes, recuerden) está formada por apenas cuatro calles aptas para el tránsito vehicular. La mayoría de las viviendas da a estrechos pasajes de asfalto o de tierra.

Pedro Rojas es profesor de matemáticas, líder natural de la comunidad y coordinador del colegio cristiano Las Cañas, una escuelita que atiende a niños y adolescentes de todas las edades, apiñados en un par de piezas, sin separaciones ni puertas, en una casa de 6 por 10 metros.

Pedro nos muestra cómo el patio de la escuela colinda con un abismo de 20 m de profundidad. Una precaria reja es la única protección para los niños. Por calles y pasajes, los vecinos transitan día a día literalmente al borde del abismo.

Es una ratonera, con una sola entrada y una sola salida.

Y dentro de esa jaula, la frontera más importante era tácita e invisible.

—Si usted pasaba de aquí, era a costa de su vida —nos dice Pedro frente al pasaje N.

Este pasaje dividía la zona «de arriba», la más cercana a la salida, de la «de abajo». La parte de arriba era propiedad de la MS-13; la de abajo, de la facción Sureños de la mara Barrio 18.[6]

Esos son nombres que decimos nosotros, porque Pedro, como la gran mayoría de los habitantes de Soyapango e Ilopango, no los menciona. Solo decir esas palabras frente a las personas equivocadas, nos explican, podía pagarse con la vida. Para un pandillero, escuchar el odiado nombre de la mara rival era una ofensa que solo podía lavarse con sangre.

Así que, por las dudas, Pedro y los demás vecinos siguen hablando de «las letras» para referirse a la MS, y de «los números» para aludir a la Barrio 18.

—Aquí estaban las dos, letras y números. En otras colonias, solo había una —recuerda Rojas—. Donde solo había una, no había intercambio de balas. Aquí sí había intercambio de balas.

Así que la colonia se dividió en dos. La escuela cristiana quedó arriba, y la pública, abajo. Los padres no se atrevían a llevar a sus niños «al otro lado». Los amigos de un lado y otro dejaron de verse. Los campeonatos de futbol también se dividieron. La canchona, una cancha grande con retazos de césped, quedó del lado de los números. La canchita, un espacio más pequeño, del lado de las letras.

Las Cañas quedó dividida por un Muro de Berlín, tan invisible como implacable, que enjauló por años a sus miles de habitantes.

La Tregua, la guerra, la Tregua, la guerra

Esa era la vida real, que continuaba sin importar lo que ocurriera en el mundo de la política. Los gobiernos derechistas de Arena enfrentaron a las maras con dos planes tan propagandísticos como inútiles: el Plan Mano Dura (2003-2004) y el Plan Súper Mano Dura (2004-2009). «A los malacates se les acabó la fiesta», prometió el presidente arenero Antonio Saca. Pero la fiesta siguió, más violenta que nunca: durante su gobierno, el índice de homicidios se duplicó, de 36 a 71 asesinatos por cada 100 000 habitantes.

En 2009, tras veinte años en el poder, Arena perdió las elecciones frente al FMNL. Los exguerrilleros prometían acabar con la pobreza, generar justicia social, poner fin a la corrupción y reducir el poder de las maras. No cumplieron ninguna de sus promesas.

En 2011, la violencia llegó a un *peak*. La capital registró 1 343 homicidios, uno cada seis horas. Entonces, el gobierno del presidente Mauricio Funes negoció con los líderes de Barrio 18 y la MS-13 encarcelados en la prisión de máxima seguridad de Zacatecoluca. A cambio de suspender las represalias y los enfrentamientos entre pandillas, recibieron una serie de beneficios. Algunos pandilleros fueron liberados; otros obtuvieron trato preferencial: pantallas de plasma, televisión por cable, comida especial y fiestas con

mujeres dentro de las prisiones.

La Tregua, como se conoció el pacto, permitió reducir a la mitad los homicidios en San Salvador (pasaron a 744 en 2012). Pero también significó la capitulación del Estado, que aceptaba el control territorial de las maras sobre las vidas cotidianas de millones de salvadoreños.

Cuando *El Faro* (el mismo medio que ya hemos presentado) denunció la existencia de La Tregua, cundió la indignación. Salvador Sánchez Cerén, excomandante guerrillero y vicepresidente de Funes, se distanció de la Tregua y ganó las elecciones de 2014 con la promesa de reinstalar la mano dura.

Los primeros efectos de la guerra fueron devastadores. En 2015, se reportaron 105 homicidios por cada 100 000 habitantes, convirtiendo a El Salvador en el país sin una guerra abierta con más asesinatos en el mundo.

A partir de ese máximo, las cifras comenzaron a bajar. La acción militar desarticuló a las pandillas en algunos barrios, y para 2019, cuando Nayib Bukele ganó las elecciones, los homicidios a escala nacional habían caído a un tercio (37 por cada 100 000), y San Salvador había salido de la lista de las cincuenta ciudades más peligrosas del mundo, en la cual llegó a ser tercera en 2015.

Para 2019, los salvadoreños estaban hartos del duopolio, de la corrupción y de la violencia.

El Salvador estaba ávido de un salvador.

Y ese descontento lo recogió un hombre moldeado para la ocasión: Nayib Bukele.

Irrumpe Bukele

¿Quién es Bukele? Antes que nada, un hijo devoto de su padre. Armando Bukele, descendiente de inmigrantes palestinos, era un hombre multifacético: padre de diez hijos, fundador de la primera mezquita de San Salvador, ingeniero químico, empresario de éxito, forjador de un grupo económico diversificado y columnista televisivo.

Un *influencer* de la era analógica. En su programa *Aclarando conceptos*, se presentaba como un genio de talentos ilimitados, capaz de disertar sobre historia, ética, negocios y política. También sobre ciencias. Uno de sus libros se titula: *Aclarando conceptos en física: nuevas ideas y respuestas*.

Nayib dice que su padre «es el hombre más inteligente que ha parido nuestro país» y le atribuye un CI de 157. También repite que «estuvo nominado a un Premio Nobel», aunque no hay evidencia de esto.

En la construcción de la leyenda sobre su padre, Bukele comienza a edificar la retórica hiperbólica que será una de sus señas de identidad política.

Su posición en la sociedad salvadoreña era paradojal: un *insider/outsider*. Miembro de la clase acomodada, como heredero de un pequeño imperio económico, pero al mismo tiempo mirado con desconfianza como un afuerino por la élite tradicional, católica y conservadora, del país.

Bukele hijo estudió Derecho, pero no terminó la carrera. Tomó algunos negocios con *glamour*: centros nocturnos y la concesionaria de motos Yamaha en El Salvador. El influjo gravitacional de su padre y sus negocios era demasiado grande. El vínculo político también lo heredó de Armando. El patriarca de los Bukele era amigo de otro miembro de la colonia palestina, Schafik Hándal, líder del Partido Comunista y uno de los comandantes de la guerrilla del FMLN.

Tras el fin de la guerra, y con el FMLN reconvertido a la vida política, las campañas electorales del Frente quedaron en manos de la agencia de publicidad de los Bukele, Obermet. A los 18 años, Nayib asumió el liderazgo de la agencia.

Desde esa posición cocinó, a fuego lento, su salto a la política. Durante más de una década, Nayib Bukele estuvo a cargo de las campañas del FMLN, aguzando su olfato publicitario y entendiendo las dinámicas de la política local.

Así se fijó una estrategia y un lugar de partida. Nuevo Cuscatlán, una pequeña localidad en las afueras de San Salvador. En 2011 era una zona pobre, pero prometedora, gracias a los incipientes desarrollos inmobiliarios.

La inseguridad de la capital hacía que salvadoreños acomodados buscaran lugares más tranquilos y espaciosos para sus residencias. Nuevo Cuscatlán, una zona plácida y alejada de la criminalidad de la gran ciudad, resultaba atractiva.

Bukele aprovechó su posición privilegiada en el liderazgo del FMLN para imponerse como candidato del partido, por sobre el postulante que habían decidido las bases locales, un pastor evangélico. Usando su riqueza familiar como palanca, su campaña inundó de dinero al poblado: como candidato, repartió efectivo y canastas de alimentos, pavimentó calles e instaló alumbrado.

A los 31 años de edad, Bukele, candidato del izquierdista FMLN, ganó la alcaldía de Nuevo Cuscatlán, una pequeña localidad de unos 8 000 habitantes, con 2 862 votos, contra 2 585 de Thomas Alvarado, candidato del derechista Arena.

Su gestión pasó por Nuevo Cuscatlán como un huracán. Instaló una ene gigante como nuevo símbolo de la ciudad. N de Nuevo, de Nayib. También de Nuevas Ideas, como pronto bautizaría su emprendimiento político, citando al libro de su padre sobre física.

Pero no nos adelantemos, porque el Bukele alcalde aún era un cuadro de la exguerrilla izquierdista, el FMLN. «Soy de izquierda radical porque quiero cambios radicales en El Salvador», se describía a sí mismo en esos años.

Como alcalde, también inundó de dinero Nuevo Cuscatlán. Obras visibles comenzaron a aparecer por todas partes: nuevos parques, una clínica gratuita, becas para jóvenes, canastas de alimentos para los adultos mayores…

Era un milagro de prosperidad. «No se imaginan cómo alcanza el dinero cuando nadie está robando», decía el alcalde, patentando una de las frases que ha convertido en su marca registrada. La realidad es más prosaica. El milagro se apoyó en un fuerte endeudamiento: entre 2011 y 2014, la deuda municipal se disparó en 320 por ciento.

También los petrodólares del chavismo fueron parte de la historia. En esos años, en medio del *boom* del precio del crudo, el régimen venezolano

compraba influencia en América Central y el Caribe, por medio de Petrocaribe. La alianza, lanzada en 2005 por Hugo Chávez, permitía la entrega de petróleo a precio preferencial a Gobiernos aliados, además del financiamiento de la construcción de oleoductos y plantas hidroeléctricas en Nicaragua, Cuba y pequeños países del Caribe que, a cambio de los subsidios, pasaban a ser satélites diplomáticos del chavismo.

El Salvador no era parte de los beneficiados, ya que gobernaba el derechista Arena. Pero el FMLN vio en los municipios una palanca para no quedar fuera de la fiesta de los petrodólares. Así nació Alba Petróleos, una empresa formada por la Asociación Intermunicipal Energía para El Salvador (Enepasa), junto a una filial de la estatal Petróleos de Venezuela, PDVSA. A cargo quedó José Luis Merino, un dirigente comunista, hombre de confianza del chavismo y exguerrillero del FMLN más conocido por su alias militar de Comandante Ramiro.

Merino era también el protegido y sucesor de Schafik Hándal, el viejo amigo del padre de Bukele. Hándal había muerto súbitamente en 2006, dos años después de acometer una fallida candidatura presidencial.

Merino no tardó en convertir la empresa en una aceitada maquinaria de corrupción.

—Alba Petróleos fue fundado con la visión ética de Schafik para beneficiar a los más necesitados a través del desarrollo local; sin embargo, un grupo se apropió y desvió para sus intereses —reconocería años más tarde Eugenio Chicas, alto dirigente del FMLN.

Alba Petróleos tejió una intrincada red de empresas a las que inundó de petrodólares. Veintitrés de esas compañías han sido investigadas por lavado de dinero. Una de ellas, Inverval o Inversiones Valiosas de El Salvador, entregó casi 2 000 000 de dólares a Bukele durante su periodo como alcalde, y otros 3 000 000 y medio de dólares a Obermet, su empresa publicitaria, y Starlight, una compañía de televisión de la familia.

En paralelo, Inverval hacía honor a su nombre, recibiendo los permisos para hacer inversiones valiosas en el municipio de Bukele: desarrollos urbanísticos de lujo y proyectos de suministro de agua. En investigaciones

posteriores, ejecutivos de la empresa reconocieron pagos de medio millón de dólares a la alcaldía a cambio de eximir sus proyectos del pago de impuestos.

Bukele necesitaba dinero, mucho dinero, para gastar y mostrar ahora, aunque ello comprometiera la ética pública, las arcas municipales y los ingresos futuros. Otros quedarían a cargo de solucionar ese estropicio, porque para Bukele Nuevo Cuscatlán era solo una plataforma, un trampolín a un premio mayor.

Rockstar

Tras solo tres años en Nuevo Cuscatlán, Bukele saltó a la alcaldía de la capital, San Salvador, siempre como candidato del FMLN. Ahí tuvo un escenario mayor para consolidar su estilo arrollador: anuncios impactantes, pensados siempre en clave de *marketing*. Su mayor logro fue recuperar el centro de la ciudad, tomado por el comercio ilegal, la prostitución y las pandillas. Bukele limpió la zona y edificó el mercado Cuscatlán como el símbolo de su gestión.

La popularidad de Bukele subía como la espuma. Su imagen de ejecutivo joven, de rebelde con causa, de *outsider* capaz de obrar cambios con la velocidad del rayo, funcionaba muy bien en un país de electorado joven, y cada vez más enrabiado por la corrupción y la violencia de la política tradicional.

Su siguiente paso era obvio: la presidencia. Pero el FMLN, que completaba dos periodos presidenciales en el poder, tenía sus propios tiempos y ritos, y rendía pleitesía a los lazos de poder tejidos desde la época de la guerra civil. De hecho, el presidente Salvador Sánchez Cerén había sido uno de los cinco comandantes de la guerrilla. En ese ambiente, la figura de este impetuoso empresario generaba resistencia en la dirigencia más tradicional.

Entonces Bukele decidió salir del partido, forzando una serie de episodios de rebeldía que terminaron en su expulsión. El FMLN, tal como Nuevo Cuscatlán y San Salvador, eran plataformas, útiles para subir, pero pesos

muertos de los cuales deshacerse cuando ya no fuera necesarios. Solo días después de salir del partido que había sido su escuela y referente político, Bukele lanzó su candidatura a la presidencia acusando al FMLN de ser una «maquinaria electoral al servicio de las oligarquías». «Estamos hartos de la partidocracia, estamos hartos de Arena y estamos hartos del FMLN», proclama.

Bukele bautizó a su movimiento personalista como Nuevas Ideas, aunque para ser candidato usó como vehículo electoral a GANA, Gran Alianza para la Unidad Nacional, un pequeño partido de derecha acusado de vínculos con el narco. Ganó la presidencia con el 53% de los votos.

Ya en el poder se hizo notar de inmediato. Tomó como práctica habitual dar instrucciones, reprender e incluso despedir a sus ministros a través de Twitter. Desplegó un autoritarismo del siglo XXI, usando las redes sociales para disciplinar y humillar, en vivo y en directo, a sus subalternos. Pronto se ganó un ejército de fieles porristas, prestos a celebrar cada una de sus intervenciones, y a acosar a quien él apuntara como blanco desde su tribuna virtual.

El mundo lo conoció en su primera visita a la ONU en septiembre de 2019, cuando se sacó una *selfie* desde la testera de la Asamblea General. Con ese simple gesto publicitario, Bukele copó las portadas del mundo. Sería la primera vez, pero no, por cierto, la última.

Era el lado amable: el «presidente *millennial*», el *rockstar* de *jockey* y *jeans* que ponía al Pulgarcito de América en la retina de la opinión pública internacional.

Mientras, en casa, Bukele iniciaba el camino para erigirse como dictador.

Apretar el botón

El primer día decisivo fue el 9 de febrero de 2020, y el escenario, el desangelado edificio de la Asamblea Legislativa de El Salvador.

He visto muchos edificios legislativos en el mundo, y sus historias y arquitecturas siempre simbolizan la idea del poder político en esa cultura.

En Washington, el impresionante Capitolio es el emblema del poder que los padres fundadores de Estados Unidos previeron dar al Congreso, en contraste con la mucho más modesta Casa Blanca presidencial. Según su plan, sería el Capitolio, y no la Casa Blanca, el centro del poder, y también el centro geográfico del distrito federal, el punto cero de la numeración de las calles y de su división en cuatro cuadrantes.

Ya en el siglo xx, la Casa Blanca se convertiría en la poderosa sede de la «presidencia imperial», como la llamó Arthur Schlesinger Jr., el complejo experimento de gobernar el imperio más poderoso del mundo desde las instituciones de una república. Pero esa es historia para otro capítulo.

El Congreso de Chile es un feo armatoste instalado por la dictadura de Pinochet en Valparaíso, a más de 120 km del Poder Ejecutivo, un capricho del almirante José Toribio Merino, quien en 1973 inició el golpe militar que derrocó a Salvador Allende precisamente en Valparaíso. El antiguo y elegante edificio del Congreso en Santiago, sede de los males de la «vieja república», sería reemplazado por este símbolo de la nueva «democracia protegida», tutelada por los militares y con vista al mar que tanto amaba el marino Merino.

El Congreso de Brasil, erigido en la Plaza de los Tres Poderes de la nueva ciudad de Brasilia, es la encarnación del sueño modernista de diseñar una capital desde cero, que representara el renacer nacional brasileño. La obra del célebre arquitecto Oscar Niemeyer consta de una torre central flanqueada por dos semiesferas, una con cúpula cóncava para el Senado, y otra con cúpula convexa para la Cámara de Diputados.

Dicho eso, es difícil describir la impresión que causa la sede de la Asamblea Legislativa de El Salvador. Hasta 1974, el Congreso salvadoreño ni siquiera tuvo un lugar propio: los tres poderes del Estado funcionaban juntos en el Palacio Nacional. Hoy, está en un edificio que no es ni clásico ni moderno; simplemente es un esperpento ubicado al final de una estrecha calle, con una entrada de vehículos como la que tendría cualquier condominio, coronado por una inscripción («Palacio Legislativo»), más sarcástica que imponente.

El edificio, de pasillos estrechos y oficinas minúsculas, está en riesgo de colapso estructural. Ya en 2014 fue declarado «inhabitable», y se tomó un préstamo de 32 000 000 de dólares con el Banco Centroamericano de Integración Económica para la construcción de un nuevo inmueble. Pero nadie se atrevió a iniciar la construcción: debido al descontento ciudadano por el gasto en comodidades para los políticos, ese crédito lleva una década acumulando intereses de 160 000 dólares anuales, sin que jamás se inicien las obras.

Pensándolo bien, el Palacio Legislativo sí dice mucho sobre la democracia salvadoreña: un edificio siempre a punto de colapsar, en que la mezcla de pobreza, sospechas de corrupción y falta de liderazgo impiden avanzar en soluciones, aunque las grietas estén a la vista, como los pedazos de hormigón que se desprenden de paredes y techos en cada movimiento sísmico.

En febrero de 2019, los daños provocados por un temblor habían generado pánico entre diputados y empleados. Pero un año después, en febrero de 2020, era otra la fuerza de la naturaleza la que los amenazaba. La primera gran expresión del salvador de El Salvador: El nuevo presidente se confrontó desde el primer día de su mandato con los partidos tradicionales que dominaban la Asamblea Legislativa. Estos bloquearon un préstamo de 109 000 000 de dólares que Bukele pedía para invertir en seguridad. Entonces, el domingo 9 de febrero, el presidente citó a sus partidarios frente al edificio legislativo.

Ese día compareció ante sus fieles, en un discurso que mezclaba a Dios, el pueblo y las Fuerzas Armadas.

—Este es su presidente hablándoles con el apoyo de la Fuerza Armada y de la Policía Nacional Civil, que está acá no para reprimir al pueblo, sino para apoyar al pueblo […]. Yo les quiero pedir que me dejen entrar al Salón Azul de la Asamblea Legislativa, a hacer una oración y que Dios nos dé sabiduría para los pasos que vamos a tomar. Y luego la decisión estará en ustedes.

«Son los elementos que están en toda sopa autoritaria en la historia de

América Latina», dice el periodista de *El Faro* Carlos Martínez. Y enumera: «El desmantelamiento de las cortapisas del poder, el uso del Ejército para esto, y la invocación a un poder divino que se manifiesta a través de la boca del gobernante».

Y eso hizo. Bukele irrumpió junto a un grupo de militares armados en el Salón Azul, junto a una minoría de diputados oficialistas, se sentó en la testera, hizo sonar la campanilla, y comenzó a rezar.

Solo eso. Ante las cámaras, rezó. Luego, salió del Salón Azul para volver a hablar a la multitud, que lo esperaba expectante.

—Si quisiéramos apretar el botón, solo apretamos el botón —dijo. Y concluyó—: Yo le pregunté a Dios, y Dios me dijo: «Paciencia. Paciencia».

Magnánimo, el salvador había decidido no apretar el botón de la dictadura… todavía. Los militares desalojaron el edificio de una asamblea que había quedado desprovista de cualquier poder real.

Los dolores de Lolita

El amago de autogolpe disparó aún más su popularidad.

—Significó para muchos que aquí hay un quiebre positivo, hay alguien que se atrevió a mostrar que está dispuesto a hacer lo necesario para romper con los esquemas tradicionales —me cuenta el doctor en sociología Mario Zetino, profesor en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

Al año siguiente, los candidatos oficialistas arrasaron en las elecciones legislativas, obteniendo 61 de los 84 escaños de la asamblea. De inmediato, el nuevo congreso comenzó una purga contra todos aquellos que hubieran tenido la audacia de fiscalizar o poner cortapisas al poder del caudillo.

Apenas instalados los nuevos diputados, destituyeron a los cinco magistrados de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema, que habían frenado, por inconstitucionales, algunas de las medidas de Bukele durante la pandemia. También fue expulsado de su cargo el fiscal general, que había abierto investigaciones por denuncias de corrupción en contratos estatales y por negociaciones entre el Gobierno y las pandillas.

Un tercio de los jueces fue jubilado. Otros fueron removidos a puestos inferiores o localidades apartadas. Los nuevos magistrados, jueces y fiscales serían cuadros leales al régimen.

Los fieles a Bukele llamaron al proceso «depuración» de la justicia, una persecución facilitada por el desprestigio del Poder Judicial entre los salvadoreños.

Uno de los purgados es el juez Antonio Durán. Crítico de la ilegalidad de las medidas represivas del Gobierno, lo sacaron del influyente juzgado de San Salvador y lo trasladaron al lejano distrito de Zacatecoluca.

—Aquí hubo una depuración con base en el trabajo y la edad de algunos jueces. Yo le puedo mencionar uno que se llama Antonio Durán, que se la pasa hablando constantemente en contra del presidente y en contra del régimen. Él fue trasladado porque era un riesgo que pudiera conocer procesos en contra de pandilleros y que los pudiera poner en libertad —me dice, en su oficina parlamentaria, el vicepresidente de la Asamblea Legislativa, Guillermo Gallegos.

—Eso es falso. Pueden ver nuestros registros de sentencias y hemos condenado a pandilleros —responde el juez Duarte. Para él, la razón de su degradación es simple—: Se manipulan arbitrariamente los procesos para perseguir injustamente, de manera infundada, a enemigos, adversarios y opositores. A disidentes, a gente que eleve la voz.

¿Cuál puede ser el costo de elevar la voz hoy en El Salvador?

Dolores Almendares es una mujer de caminar lento y hablar pausado. Ejercía como secretaria general del sindicato del municipio de Cuscatancingo que preparaba, para el lunes 9 de mayo de 2022, el inicio de una huelga municipal, en demanda de uniformes y mejores sueldos para los trabajadores. Pero en los días previos, los concejales del municipio, dominado por el oficialismo, le hicieron llegar un recado: «Le tenemos una sorpresa bien bonita». Entonces, el viernes previo a la huelga, en medio de la noche, una patrulla irrumpió en su casa donde estaba junto a sus cinco hijos, convaleciente de una lesión en el brazo.

La llevaron a la delegación policial, donde le exigieron que firmara un

documento ya redactado en que reconocía su culpabilidad en delitos de extorsión y asociación ilícita.

Ella se negó.

—Nunca he agarrado ni siquiera un centavo, nunca he estado ni fumando porque no me gustan los vicios, gracias a Dios, solo bailar —dice con una sonrisa resignada Lolita, como la llaman sus amigos y familiares.

Pasó siete meses en diversas cárceles. Las primeras semanas estuvo en un calabozo donde se apretujaban cerca de 1 400 mujeres, con tan poco espacio que debían dormir de costado sobre el suelo. Al menos una de ellas murió tras pasar varios días sin asistencia médica, con vómitos y deshidratación.

La propaganda del régimen muestra las cárceles salvadoreñas como severos penales donde los presos son sometidos a la autoridad del Estado. Lolita vivió una realidad muy diferente. Son las pandillas las que controlan la vida y la muerte, la comida y los castigos.

—Ahí no mandan las custodias, ahí mandan las muchachas que ya son penadas, de la Mara 18 y MS —dice Dolores, refiriéndose a pandilleras ya condenadas, arrojadas a la cárcel junto a primerizas y personas sin antecedentes penales como ella.

Su audiencia de detención tuvo el formato ya conocido: 325 mujeres frente a un juez, sin que se detallaran cargos, mucho menos evidencia, contra ellas. Por cierto, todos los arrestos fueron certificados automáticamente como legales, sin debate alguno.

Solo una fuerte campaña pública de los amigos y compañeros de Lolita permitió terminar con el infierno. Tras siete meses, Dolores fue liberada tal como se le capturó: sin cargos ni evidencia alguna en su contra.

El encanto de los dictadores

Pese a historias como la de Espíritu Santo o la de Dolores, Nayib Bukele es inmensamente popular en El Salvador. Ese es un hecho de la causa, que comprueban las encuestas, las elecciones que el oficialismo ha ganado por paliza, y un recorrido por cualquier barrio salvadoreño.

—Es el mejor presidente que hemos tenido.

—Nos ha vuelto a dar la tranquilidad, nos sentimos seguros.

—Ha hecho de El Salvador un orgullo de Centroamérica.

—Nadie ha hecho lo que él ha hecho respecto al crimen y las maras.

Esos son los testimonios que surgen espontáneos ante la mención de su nombre.

Con esa inmensa popularidad, y con los tres poderes del Estado bajo su puño, Bukele decidió romper el último límite que le quedaba para controlar el poder absoluto: el tiempo.

Su mandato terminaba el 1.° de junio de 2024, y la Constitución de El Salvador es la más explícita del mundo en prohibir, con todos los candados imaginables, la reelección presidencial. La cantidad de salvaguardas que pone la Constitución salvadoreña es casi ridícula, como parte de una acendrada tradición antirreeleccionista: en ochenta años, desde la dictadura de Maximiliano Hernández, ningún mandatario había buscado un segundo mandato consecutivo, y la Constitución se encargaba de que ello fuera imposible, salvo que se decidiera violarla de una forma grosera.

Justo lo que haría Bukele.

El artículo 152 dice que «no podrán ser candidatos quienes hayan desempeñado la presidencia de la República por más de seis meses, consecutivos o no, durante el periodo inmediato anterior».

El 248 establece que «no podrán reformarse en ningún caso los artículos» relativos a la prohibición de la reelección.

Y el artículo 75 llega al extremo de castigar con la destitución de sus cargos y la pérdida de derechos ciudadanos a quienes apoyen la «reelección o la continuación del presidente de la República, o empleen medios directos encaminados a ese fin».

El propio Bukele había defendido muchas veces esa prohibición, y su vicepresidente, Félix Ulloa, había dicho en 2015 que «la no reelección del presidente es una cláusula pétrea. Interrumpir la alternabilidad en el ejercicio de la presidencia da derecho a la insurrección».

Pero tras la purga de jueces y fiscales, la operación reelección se puso en

marcha. El 1.° de mayo de 2021 la Asamblea Legislativa nombró a jueces sumisos para reemplazar a los destituidos en la Sala Constitucional de la Corte Suprema: un exasesor de Bukele, un abogado del director de la policía y un excomisionado del Instituto de Acceso a la Información Pública, también elegido por el presidente.

Y los magistrados no dudaron en cumplir la voluntad de su amo, dictaminando que el presidente sí podía ser candidato a la reelección, porque el «periodo inmediato anterior» es en realidad el «periodo presidencial previo al que se pretende ser candidato a la presidencia». (No me pregunten por la lógica de esa interpretación; no la tiene).

Pero hay gente que no tiene vergüenza. Los magistrados de la Suprema prestaron sus nombres para ese fallo evidentemente ilegal, en nombre de la ley. Evidentemente injusto, en nombre de la justicia; y evidentemente inconstitucional, en nombre de la Constitución.

Pese a la condena internacional, Bukele anunció que sería otra vez candidato. Su vicepresidente, Félix Ulloa, demostró una creatividad encomiable para desdecirse de sus declaraciones previas sobre el «derecho a la insurrección» si un presidente intentaba reelegirse. Dijo que su jefe no estaba buscando la reelección, sino un «segundo mandato» y que eso era muy diferente.

¿Ya dije que Bukele es inmensamente popular? Lo probó ganando con facilidad, con el 84.65% de los votos según el recuento oficial. No había mayores dudas de que, una vez violada la Constitución para ser candidato, Bukele podría ganar limpiamente en el recuento de votos. Pero de todos modos, al momento de dar el paso de presidente a dictador, presumió de su poder omnímodo para hacer aún más espectacular su victoria.

Sabia, la ley salvadoreña estipulaba que no podían hacerse reformas a las normas electorales en el año previo a la votación. Pero el presidente instruyó al Congreso para que revocara esa norma para permitir un cambio de última hora, de modo que su nombre y su foto (y no solo los signos de su partido) pudieran aparecer en la papeleta.

Era un símbolo más: la avalancha de votos que esperaba obtener sería

propiedad suya, no de ningún partido u orgánica.

También se modificaron las normas para permitir a la extensa diáspora salvadoreña votar a través de internet, y no solo de forma presencial o por correo. Para ello, una vez más, se violó la Constitución, que establece en su artículo 77 que para sufragar «es condición indispensable estar inscrito en el Registro Electoral elaborado por el Tribunal Supremo Electoral» (TSE). El propio Tribunal reconoció que no tenía un registro de estos electores ni cómo verificar su cantidad. Tampoco hubo auditorías independientes a la empresa contratada para llevar adelante el proceso.

La cantidad de votantes de la diáspora se disparó de 7 000 en 2019 a 322 000 en 2024. Nayib Bukele ganó este voto en el exterior con una ventaja propia de Corea del Norte, la URSS y otras «democracias populares»: 97.88 por ciento.

La coda de la elección ocurrió la noche de ese mismo 4 de febrero de 2024. Mientras se esperaba el primer boletín de resultados del TSE, el propio Bukele se autoproclamó a través de su cuenta de Twitter.

> De acuerdo a nuestros números, hemos ganado la elección presidencial con más del 85% de los votos y un mínimo de 58 de 60 diputados de la Asamblea. El récord en toda la historia democrática del mundo. Nos vemos a las 9:00 p. m. frente al Palacio Nacional. Dios bendiga a El Salvador.

Poco antes, Nayib Bukele había cambiado su nombre en Twitter, firmando como «emperador de El Salvador». Ahora, tal como Napoleón, cuando quitó la corona al papa Pío VII para entronizarse con sus propias manos como emperador, Bukele se coronaba a sí mismo, sin esperar la certificación de los entes institucionales ni las aburridas formalidades de la democracia.

El espectáculo de esa noche fue a la altura de las dotes de publicista del dueño de la fiesta. La letra «N» gigante que lo acompañaba desde Nuevo Cuscatlán se desplegó sobre el Palacio Nacional, esta vez formada por un ejército de drones.

—¿Vendrán más reelecciones? —le pregunto al vicepresidente de la

Asamblea Legislativa, Guillermo Gallegos.

—Yo estaría de acuerdo, pero es una decisión que parte primero de él. ¿Por qué las cosas buenas que se hacen debemos dejar de hacerlas? —se pregunta, y ya tiene una respuesta inmediata—: Personalmente, yo creo que sí sería bueno poderlo reelegir una segunda vez.

—¿Y una tercera?, ¿y una cuarta? —le pregunto a Gallegos.

El político ríe de buena gana.

—Eso, pues va a depender primero de él.

Esa noche, con la «N» de drones como escenografía, Bukele informó a la multitud que lo vitoreaba y que hacía sonar vuvuzelas que El Salvador acababa de convertirse en el primer país con «un partido único en un sistema plenamente democrático». Lo del partido único fue relativizado por sus admiradores internacionales como una broma irónica. Tal como en los años previos, cuando Bukele se había presentado a sí mismo como «dictador de El Salvador», o el «dictador más *cool* del mundo». Y vaya que había cumplido.

En lo de dictador y en lo de *cool*. Bukele es admirado, no solo por ejércitos de fanáticos en las redes sociales, sino por ciudadanos que lo encumbran como uno de los líderes internacionales con mayor aprobación en el mundo, y por políticos de todas las latitudes que se presentan a sí mismos como el «Bukele colombiano», el «Bukele ecuatoriano» o el «Bukele chileno».

—Esperaría yo que cuando digan queremos ser como Bukele sean conscientes [de] qué están diciendo —señala Carlos Martínez—. Queremos violar la Constitución de nuestro país. Queremos desmantelar el Estado de derecho de nuestro país. Queremos gobernar de manera autoritaria en nuestro país. Queremos desmantelar la separación de poderes en nuestro país. Y queremos todo el poder puesto en mis manos —enumera—. Si dijeran eso, creo que estarían siendo honestos.

—Dame una sociedad donde esto haya terminado bien. Una —desafía Martínez.

Paso revista mental: Perón. Fujimori. Ortega. Chávez. Todos populares en un principio. Todos reelegidos por aclamación. Todos aprovechando ese

apoyo para desarmar los contrapesos, torcer la ley a su favor, estrangular a la oposición, acallar a la prensa. Hasta que, cuando los problemas se acumulan, la corrupción campea y la gente pide un cambio, se dan cuenta de que están enjaulados. Y que ellos mismos han entregado la llave a su carcelero.

—Dame una —repite Martínez.

Me quedo en silencio.

Las fauces del Leviatán

Una noche, cuatro semanas después de dejar El Salvador, un mensaje de WhatsApp me alerta. «El régimen detuvo a Sandra», es la escueta alerta.

El Leviatán ha golpeado de nuevo en Espíritu Santo.

Sandra Hernández, la risueña conductora de mototaxi que nos hizo de guía en la isla, fue arrestada: veinte soldados y cuatro policías irrumpieron en su casa en la noche, mientras estaba con su pareja, Eidi Claros, con quien vivía hacía cinco años. Ambas habían levantado una precaria vivienda con varas de cocos, y Eidi ganaba unas monedas adicionales atendiendo un puesto de venta de golosinas y bebidas en el muelle.

Sandra es lesbiana, un antecedente no menor en un país en el que la homofobia es rampante. La cochera de Espíritu Santo había sido objeto de varias amenazas por su orientación sexual. Le decían que sus días estaban contados. Y, finalmente, había sido señalada por desconocidos. Además, tenía una mancha: como reconoció a los militares, había pasado por la cárcel, en una condena que ya había cumplido, años antes del régimen de excepción. El señalamiento y el prontuario eran antecedentes más que suficientes para que se la llevaran.

También chequearon la identidad y el prontuario de Eidi. Sobre ella no había denuncia, así que no la detuvieron. Pero Eidi no podía quedarse impávida mientras su «compañera de vida», como la llamaba, desaparecía entre aquellas fauces. Así que fue al desembarcadero, a preguntar al menos adónde la llevaban.

Se identificó ante los militares como la pareja de Sandra. Su sinceridad fue

un error fatal. Comenzaron las burlas, los insultos homofóbicos, y Eidi también fue capturada.

Se las llevaron a ambas, a la cárcel de mujeres de Apanteos, donde pasaron un mes de encierro juntas en la misma celda, con unas cien reclusas. Sandra salió pronto del Leviatán. Sus problemas de salud y una campaña pública al parecer jugaron a su favor. En mayo fue liberada. Como siempre, sin cargos ni explicaciones.

Eidi se quedó, sola, en la cárcel.

Leslie Schild es la directora ejecutiva del Centro de Intercambio y Solidaridad (CIS), una organización de ayuda internacional que se ha volcado a defender los derechos humanos en El Salvador. Nacida en Cleveland, Ohio, maneja a la perfección los vericuetos del laberinto legal del régimen. Ella hace el resumen de la situación de los presos de Espíritu Santo: a los 22 detenidos de las razias de mayo a julio de 2023 se sumaron tres capturas más. De esos 25, ocho han sido liberados, y 17 permanecen en las mazmorras del régimen.

Sandra fue la última presa devuelta por el Leviatán. Ahora su vida se parece a la de tantas madres, esposas e hijas: trabajar duro para juntar cada centavo y viajar a dejar paquetes con comida y elementos de aseo en la cárcel, en nombre de su compañera. No sabe si esos paquetes llegan a destino. No sabe dónde está Eidi. Si está sana o enferma. Si viva o muerta. Pero esos rituales (viajar, armar los paquetes, entregarlos) dan un sentido a la espera que ya se alarga por más de un año.

—No sé si come, no sé si está enferma. Duele llegar hasta el portón y no poder verla —dice.

Leslie sigue moviéndose, incansable. Ha conseguido audiencias judiciales para tres de los presos de la isla, aunque estas llevan meses sin concretarse. Presenta las causas en tribunales internacionales, busca apoyos para hacer denuncias públicas.

Llevamos sus casos al Congreso y explicamos algunos de ellos a Gallegos, el vicepresidente de la Asamblea.

—¿Qué le diría usted a una mamá que está angustiada porque su hijo está

preso hace un año y no sabe nada de él?

Gallegos se toma unos segundos para meditar su repuesta.

—Bueno, le diría que debería haber criado bien a su hijo.

Para la última Navidad, los dolientes de Espíritu Santo viajaron a San Salvador. Confeccionaron lienzos que muestran a los presos compartiendo con sus familias, antes del arresto. «Pedimos libertad en Navidad para nuestros papás, mamás, tí@s y abuel@s inocentes», rezaba la pancarta, llevada por un puñado de familiares, bajo un sol abrasador, por una de las rutas principales de la capital, el Bulevar del Ejército Nacional, ante la indiferencia de transeúntes y automovilistas.

Las suyas son historias que nadie quiere escuchar en El Salvador.

«Dios nos ha bendecido»

Ese mismo día, el presidente Bukele y su familia encendían el árbol de Navidad, celebrando «270 días sin homicidios» y prometiendo que el país se encaminaba a ser «el más seguro del mundo». Una multitud lo aplaudía.

La estadística es engañosa. Los 270 días no son días corridos, sino acumulados durante el año, y las únicas muertes que la policía contabiliza en su estadística son aquellas cometidas por pandilleros contra inocentes. Las bajas ocurridas en supuestos enfrentamientos con policías o las que se califican como «muertes de delincuentes a manos de ciudadanos» no existen. Tampoco las sucedidas en las cárceles, donde la cifra de personas fallecidas en custodia del régimen es un misterio.

La libertad y las vidas de los salvadoreños apuntados por el régimen no valen. Sus muertes ni siquiera se cuentan.

Con base en una investigación hormiga, caso a caso, la organización de derechos humanos Cristosal reporta al menos 261 muertos en las cárceles del régimen de excepción: 244 hombres y 17 mujeres, cuatro de ellos menores de edad; 112 cuerpos tienen señales claras de haber sufrido torturas.

Pese a las publicitadas iniciativas en torno al bitcoin como moneda legal y

a la promoción del turismo, El Salvador sigue sumido en la miseria: cerró 2024 como el país con menor crecimiento económico en América Central. En el primer periodo de Bukele, la pobreza pasó del 26.8% en 2019 al 30.3% en 2023. La pobreza extrema se duplicó, del 5 al 10 por ciento.

Las nuevas apuestas de Bukele son volver a autorizar la minería metálica, prohibida hace siete años debido al daño ambiental y a la salud de la población, y tramitar un nuevo préstamo salvavidas del FMI, por 1 400 millones de dólares. Otra fuente de ingresos han sido las jubilaciones de los salvadoreños: una ley de 2022 permite al Gobierno usar esos fondos para pagar las obligaciones financieras del país. Aunque la falta de transparencia aquí también es la premisa, se calcula que cerca de un 70% del ahorro para jubilaciones ya habría sido consumido como préstamo de los trabajadores salvadoreños a su Gobierno.

Pero hay una economía que sí es bullente: la familiar. Sin tribunales, fiscales ni Congreso que pueda limitarlos, los Bukele avanzan en la creación de un imperio económico. Solo en 2023, sociedades controladas por el presidente, su esposa, sus hermanos y su madre compraron tierras por más de 9 000 000 de dólares. De tener 298 000 m^2 de propiedad al inicio de su mandato ya llegan a los 4 000 000 m^2. Los pujantes negocios familiares incluyen la compra, con 1.4 millones de dólares en dinero fiscal, de todos los lotes aledaños a la casa del presidente en el Residencial Los Sueños.

—El dinero alcanza cuando nadie roba —sigue proclamando Bukele, pese a la evidencia de rampante corrupción—. Dios puso un tesoro bajo nuestros pies —pregona para justificar con apoyo divino el regreso de la minería extractiva.

—Dios nos ha bendecido con un presidente. Nosotros reconocemos que viene de él —nos dice Luis, un almacenero que exhibe un gran retrato del «dictador *cool*» en su pequeño negocio—. Nos ha devuelto la tranquilidad y la paz.

Se acaba 2024. Otro año de esperar y esperar para Blanca. Uno de sus hijos y dos de sus nietos siguen presos. El ritmo de las excarcelaciones ha decaído mucho. Pero Blanca no pierde su sonrisa triste. ¿Qué la sostiene

pese a todo?

—Dios es más grande —nos explica, llanamente.

Ella sigue rezando a Dios, buscando el milagro que ponga fin a la pesadilla. El mismo Dios al que una mayoría de sus compatriotas le agradece por haber puesto en su camino al hombre providencial que aclaman como el salvador de El Salvador.

NOTAS

[1] La expresión «Pulgarcito de América» alude al tamaño del país, el más pequeño de Hispanoamérica. Aunque fue popularizada por Gabriela Mistral, su origen es anterior.

[2] La única excepción a esta regla es la consagración a Dios. Los mareros pueden pedir autorización de su clica para dejar en suspenso sus actividades delictuales y dedicarse al servicio de una iglesia evangélica.

[3] MS-*13: The Making of America's Most Notorious Gang*. Hanover Square Press, 2020.

[4] Estados Unidos y Sudáfrica son los únicos países fuera de América Latina y el Caribe que tienen ciudades incluidas en esa lista.

[5] Para hacerse una mejor idea del terreno, puede buscar «Reparto Las Cañas, segunda y tercera etapa» en Google Maps.

[6] Como añadido a la guerra abierta entre las dos maras principales, la Barrio 18, a su vez, está fracturada en dos facciones enfrentadas: Sureños y Revolucionarios.

3

EL REY DE ESTADOS UNIDOS

Trump: fascista americano

La escritora checa Monika Zgustová sabe de primera mano cómo funciona la represión en una dictadura. Nació en 1957 en Praga, y a los 11 años vio cómo los tanques soviéticos aplastaban la Primavera de Praga y devolvían a su país al redil del autoritarismo.

En un artículo en *El País* de España, titulado «Estados Unidos, hacia el Estado policial», ella relata así una historia que ocurre, no en la Checoslovaquia de 1968, sino en los Estados Unidos de 2025.

> La estudiante turca Rümeysa Öztürk caminaba por la calle en Somerville, Massachusetts, y buscaba el restaurante donde había quedado para cenar con unos amigos. Entonces un hombre le cortó el paso; ella intentó seguir caminando cuando cinco hombres más, policías vestidos de paisano, le quitaron su teléfono y su mochila y, tras esposarla, la introdujeron en un coche. Se la llevaron 2 400 km lejos de su casa, a un centro de detención situado en Luisiana, por haber publicado un artículo sobre Gaza en la prensa universitaria. Sin juicio. Durante 48 horas, nadie supo nada de ella. Además, se ignoraba que, sin notificación alguna, el Departamento de Seguridad Nacional había cancelado arbitrariamente su visado de estudiante convirtiéndola de este modo en ilegal (sobre este procedimiento, el secretario de Estado, Marco Rubio, proclamó ante la prensa que su departamento había revocado ya más de 300 estatus legales y que habría más: «Cada día buscamos a lunáticos»). Algo parecido también les pasó a otros

> extranjeros detenidos de modo similar: alemanes, rusos, canadienses, -árabes.

«Como en la era estalinista, los expulsados de Estados Unidos pueden ir a parar a las temibles cárceles de El Salvador o a Guantánamo», dice Zgustová.

> Muchas de las cosas que pasan hoy en Estados Unidos me recuerdan lo que ocurría durante mi niñez. Marco Rubio ha llamado a los diplomáticos estadounidenses para que no faciliten visados de entrada a su país a quien haya criticado a la presente administración o a Israel, aunque la crítica consistiera en un corazón bajo un post de Instagram.

La escritora rusa Masha Gessen también sabe lo que es la represión: vivió hasta los 14 años en la Unión Soviética. En un artículo de *The New York Times* («Autos sin patente. Listas secretas. Denuncias públicas. Nuestro Estado policial llegó»), habla de otro caso: el de Mahmoud Khalil, un estudiante de la Universidad de Columbia que fue secuestrado en plena calle por agentes vestidos de civil que se negaron a entregar su identidad o la agencia para la cual trabajaban.

Khalil había organizado protestas contra Israel por la masacre en Gaza. No había cometido ningún delito, ni había acusación legal alguna en su contra. Pero el Gobierno ordenó a agentes de inmigración su arresto y la revocación de su visa de estudiante. Era un error: el universitario tenía residencia permanente en el país. De todos modos, fue secuestrado y reapareció días después a más de 2 000 km del lugar del arresto en un centro de detención en Luisiana.

Dos meses después, y con Khalil aún bajo arresto, su esposa, una ciudadana estadounidense, dio a luz. Al padre no se le permitió asistir al parto.

«Los que hemos vivido en países aterrorizados por la policía secreta no podemos evitar una terrible sensación de familiaridad», dice Gessen.

Otro caso ejemplar es el de Kilmar Ábrego García, un residente de Maryland de origen salvadoreño que fue enviado al Cecot, la megacárcel de

Nayib Bukele. Ábrego vivía legalmente en Estados Unidos bajo protección de una orden judicial emitida en 2019.

Pese a su estatus legal, Ábrego fue secuestrado por agentes del Gobierno y enviado a la cárcel de Bukele junto con otros 237 detenidos venezolanos y salvadoreños. Un juez falló que los vuelos que estaban llevando detenidos a El Salvador eran ilegales y debían ser detenidos. El gobierno de Donald Trump ignoró el fallo.

La administración reconoció ante la Corte que el arresto de Ábrego había sido un error. Por unanimidad, la Corte Suprema le ordenó que facilitara el regreso del detenido a Estados Unidos. El gobierno de Donald Trump también ignoró este fallo.

En las semanas siguientes, Trump y sus adláteres repitieron una y otra vez que Ábrego era miembro de la Mara Salvatrucha. Como evidencia, citaron que usaba una gorra de los Chicago Bulls y que tenía las siglas «MS-13» tatuadas en sus nudillos, una mentira basada en una fotografía groseramente manipulada que Trump repitió con total convencimiento.

Ábrego no tiene antecedentes criminales. Nunca se le ha condenado por pertenecer a una pandilla o por haber cometido algún delito, ni en El Salvador ni en Estados Unidos.

En un Estado de derecho pertenece a los tribunales de justicia la decisión de si una persona ha perpetrado un crimen. Pero en el Estado policial de Trump, basta que un Gobierno acuse a alguien de ser pandillero, sin evidencia alguna, para que esa persona sea secuestrada y enviada a un *gulag* centroamericano.

Y si los tribunales se oponen, mal por los tribunales. La regla de la ley y la separación de poderes tampoco existen ya en los Estados Unidos de Trump.

El Estado de derecho ha sido suplantado por el Estado policial.

El convenio del aspirante a dictador Trump con el dictador Bukele para llevar detenidos a su cárcel es especialmente ominoso. No es un problema práctico: hoy Estados Unidos tiene miles de plazas carcelarias disponibles en sus penales.

El objetivo de esta externalización del sistema penal es perverso. Lo que

logra Trump al enviar a estas personas a El Salvador es hacerlas desaparecer del alcance de la justicia. Evita que tengan acceso a abogados y a recurrir a tribunales para desafiar la ilegalidad de su arresto.

Aun si la familia del secuestrado u otras organizaciones apelan a la justicia, esta es impotente. El Gobierno puede negarse a cumplir sus órdenes argumentando que las personas están bajo tuición extranjera.

Es una desaparición forzada, con El Salvador haciendo las veces de Siberia, bajo un régimen supuestamente democrático.

Hasta el momento de escribir estas páginas, las víctimas son extranjeras, pero este es solo el comienzo. Trump ya anunció públicamente que también quiere enviar a la cárcel de Bukele a ciudadanos estadounidenses a los que calificó de «animales». Si lo logra, ya no solo los extranjeros vivirán bajo el terror de desaparecer en un *gulag* salvadoreño, lejos del alcance de la justicia, por criticar a Trump o a Israel.

Podría pasarle a cualquiera.

Y la Casa Blanca ya anunció que intentará suspender la vigencia del *habeas corpus*, la garantía básica de cualquier Estado de derecho que permite a los tribunales liberar a una persona encarcelada ilegalmente.

«Estados Unidos se ha convertido en un Estado policial. Créanme, lo he visto antes», es la conclusión de Gessen.

Entonces, ¿por dónde iniciar el relato de la gran tragedia americana? ¿Del deslizamiento de la que presumía ser la democracia más antigua del mundo, la más estable, la eterna, el «faro de la libertad», al pantano de la autocracia? ¿Cómo entender la manera en que Estados Unidos de América terminó por ser, tal como tantos otros países de América, presa de un caudillo que explotó miedos y rencores para buscar el poder total?

¿Cómo comprender a Estados Unidos, ese supuesto paraíso de la ley y el orden, de los *checks and balances*, convertido en un Estado policial, revelado como un imperio en caída, como una democracia en vías de subdesarrollo, como una república bananera del norte?

Mi relato personal inicia en 2011, en Florida, en el estacionamiento de una pista de carreras de autos. Continúa entre un motel carretero perdido en

Michigan, una ciudad fantasma a las afueras de Detroit, una oficina-búnker en Washington y un minúsculo poblado fronterizo de California.

Y termina en 2025, con un criminal convicto haciendo realidad la célebre frase de Padmé Amidala en *Star Wars*, cuando el Senado confía el poder a un hombre fuerte, el canciller Palpatine: «Así muere la libertad, con un aplauso atronador».

La política de Nascar

Estamos en 2011.

Barack Obama está en su primer periodo como presidente de Estados Unidos. Es un incumbente popular y favorito para reelegirse en el cargo, cimentando lo que los optimistas ya definen como un «Estados Unidos posracial», un país que está dejando atrás sus traumas sobre el racismo.

Donald Trump es solo el conductor de un *reality show*, un *entertainer* al que nadie toma demasiado en serio.

Y yo estoy en un autódromo de Florida, el Homestead Miami Speedway, listo para asistir a un típico pasatiempo del sur estadounidense: un fin de semana de carreras de Nascar.

Mi interés por Nascar no es deportivo sino político. Estoy buscando las huellas de una fractura racial que, pese a las apariencias, aún pervive. Y que es tan profunda que se expresa incluso en el mundo del deporte.

Las Nascar son carreras de autos carrozados, más similares a un vehículo común que a las estilizadas figuras de los Fórmula 1 que dominan el automovilismo en gran parte del planeta. Es una megaempresa con un contrato televisivo de 4 500 millones de dólares, 1 500 carreras anuales y 100 autódromos asociados.

Su origen hunde sus raíces en el tráfico de whisky en la región de Piedmont (o Piamonte), al sureste de Estados Unidos, durante la Prohibición. Una zona de obreros y agricultores blancos, con una cultura machista donde el hombre ideal es el *hell of a fellow* (algo así como un «tipazo»). «Un amante de la libertad, muscular, sanguíneo y ansioso de

acción al aire libre», en palabras del escritor sureño Wilbur Cash.

La encarnación de este ideal eran los *moonshiners*, traficantes de alcohol que surcaban las rutas de noche, en autos que ellos mismos modificaban para hacerlos más rápidos y evitar los controles policiales. Los *moonshiners* y sus autos enchulados pronto comenzaron a competir en carreras improvisadas. Eran espectáculos con muchas peleas y consumo de alcohol, en las que tanto los protagonistas como los espectadores eran hombres de raza blanca y clase obrera.

Desde 1948 estas carreras se convirtieron en un deporte profesional, pero mantuvieron su espíritu popular y racial, así como una identificación estrecha con los símbolos de la Confederación, la alianza de los estados sureños que defendió la esclavitud contra el norte abolicionista durante la guerra de Secesión de 1861-1865.

Esa guerra civil sigue siendo el gran trauma de la historia estadounidense. Los combates dejaron unos 750 000 muertos y acabaron con la derrota del sur. El norte victorioso obligó al bando perdedor a decretar la libertad de los esclavos y a someterse al dominio norteño durante la llamada «reconstrucción».

Tras 12 años de humillante sujeción al norte, los estados sureños recuperaron su autonomía en 1877. Y de inmediato volvieron a oprimir a la población de raza negra, por medio de una serie de normas conocidas como las leyes Jim Crow. Usando diversos subterfugios, en la práctica le quitaron el derecho a voto a los exesclavos y segregaron al sur. Las escuelas, los transportes, los baños, los cines, los restoranes y las fuentes de agua estarían estrictamente separadas por razas.

Además, dieron carta abierta para actuar a grupos que propagaban el terror contra los negros, como el infame Ku Kux Klan (KKK). La violencia fue sistemática. En 1921, en Tulsa, Oklahoma, el distrito negro de Greenwood fue destruido por una turba blanca, dejando 1 200 casas arrasadas y unas trescientas personas asesinadas. Los negros ya no eran esclavos, pero tampoco eran ciudadanos libres e iguales a los blancos.

En la década de 1950, Martin Luther King y el movimiento de los

derechos civiles se levantaron contra este apartheid. La ley de derechos civiles y la de derecho a voto, en 1964 y 1965, prohibieron la discriminación racial en el sur, y Washington desplegó a la guardia nacional para escoltar a estudiantes negros en colegios y universidades que antes eran exclusivas para blancos.

Este es un asunto clave: ni la abolición de la esclavitud en el siglo XIX ni el fin de la segregación racial en el siglo XX fueron consecuencia de una evolución de la cultura política del sur, sino que se impusieron, por la fuerza de las armas, desde el norte.

Por eso los grupos racistas adoptaron el eufemismo de «derechos de los estados» para defender el apartheid. Señalaban que cada estado debería poder definir sus propias normas, incluida la segregación, sin intervención del poder federal.

Como recuerda el politólogo Steven Levitsky:

> La democratización completa de Estados Unidos ocurrió recién en 1965, cuando se volvió una democracia multirracial. Y ahí empezó la polarización que ahora está matando nuestra democracia. Así que no hemos sido una democracia tan robusta como nos gustaría pensar.

Los símbolos confederados no son mera historia; han sido siempre parte integral de los esfuerzos de resistencia del sur frente a la integración racial forzosa impuesta desde el norte.

Esa resistencia está en el sustrato de la polarización política del país. El racismo es útil para el discurso fascista porque permite dibujar una línea clara entre «nosotros» (los blancos) y los diferentes, así como apelar a la retórica de una amenaza del enemigo contra «nuestros» valores y estilo de vida.

En el fondo, el discurso trumpista no es tan diferente al del sur confederado, el KKK o los supremacistas. Todos ellos apelan al miedo ante la amenaza de lo diferente y al odio como herramienta de movilización.

Los Dukes de Hazzard

El deporte es una buena manera de reflejar el abismo racial y cultural que fractura la política de Estados Unidos, y que es el subsuelo que abonará el crecimiento de Trump. En 2011, los datos de Natmedia mostraban que tres de cada cuatro televidentes de las carreras de Nascar votaron por el candidato republicano John McCain contra Barack Obama en 2008. El golf, el futbol americano universitario y las carreras de Nascar son los espectáculos con un público más republicano. En cambio, el basquetbol, el tenis femenino y el *soccer* (nuestro futbol) son territorio demócrata.

Nascar ya era el deporte favorito de la clase obrera blanca sureña, y fue natural que, en los años agitados de las luchas por los derechos civiles, sus carreras se convirtieran en un refugio para estas peroratas racistas.

En 1961, en la carrera Southern 500, en Darlington, el senador Strom Thurmond pronunció un encendido discurso llamando a la secesión de los estados sureños. Proclamó que «no hay suficientes tropas en el Ejército para forzar al sur a romper la segregación y admitir la raza negra en nuestros teatros, nuestras piscinas, nuestras casas y nuestras iglesias». El autor Brock Yates describió así la recepción a las palabras de Thurmond: «La multitud enloqueció. Dispararon armas. Los gritos de rebelión llenaron las tribunas, y "Dixie" fue entonado en éxtasis». «Dixie» es una canción tradicional que se ha vuelto una especie de himno no oficial del orgullo confederado.

El discurso de Thurmond era tan popular en el sur que lo llevó a formar su propio partido, los Dixiecrat (una mezcla entre «Dixie» y «demócrata»), con el que ganó cinco estados en la elección presidencial de 1948. Luego fue senador por Carolina del Sur por un récord de 47 años, desde 1956 hasta su retiro en 2003, a los 100 años.

Su bandera la tomó otro político racista, George Wallace, quien en 1968 ganó cinco estados del sur como candidato independiente por fuera de los dos grandes partidos, con la misma plataforma de los «derechos de los estados» y un fuerte apoyo de la clase obrera blanca.

Desde entonces y hasta hoy, las carreras de Nascar son escenario propicio

para políticos de derecha, y los pilotos y dueños de autos suelen aparecer en campañas del Partido Republicano y donar dinero a sus candidatos.

Al mismo tiempo, Nascar es un escenario de reafirmación del orgullo sureño: la bandera confederada y «Dixie», se convirtieron en símbolos omnipresentes en esas carreras de autos.

Parte de esa cultura fue exportada al resto del mundo. La serie televisiva *Los Dukes de Hazzard*, muy popular en algunos países de América Latina, mostraba a dos intrépidos traficantes de licor del estado sueño de Georgia y sus aventuras escapando de la policía. Su auto se llamaba General Lee, en honor al jefe del Ejército secesionista, tenía la bandera confederada pintada en el techo, y su icónica bocina tocaba un fragmento de «Dixie».

¿Son estos símbolos racistas o simplemente emblemas del orgullo sureño? Es una discusión sin fin. La frontera entre identidad local y reivindicación de la supremacía blanca es difusa.

Así que ese noviembre de 2011, en Florida, las banderas confederadas están en todas partes. Jeffery y su esposa Natalie acampan en una casa rodante en el estacionamiento del autódromo. Ellos recorren el país siguiendo las carreras en un vehículo que despliega dos grandes banderas, una estadounidense y otra confederada. Jeffery me explica que ambas tienen un hondo simbolismo. La de barras y estrellas fue la que cubrió el ataúd de su abuelo, un soldado y fanático de las carreras. Y la confederada, me explica, es su «homenaje a muchos sureños que pelearon en la Guerra Civil y que merecen ser recordados».

Es lógico: los republicanos dominan en el público blanco, masculino y sureño. Mientras los demócratas concentran el voto negro (de ahí el basquetbol), latino (*soccer*) y femenino.

Son mundos con distintos intereses, formas de vida y valores, que se miran cada vez con mayor desconfianza y rencor. Y a diferencia de América Latina, donde el fanatismo por el futbol es un pegamento social que cruza a clases, razas y partidos políticos, aquí el deporte opera como otro factor más de diferenciación cultural.

En las últimas décadas, la política estadounidense se hizo más identitaria,

rígida y polarizada. El Partido Republicano se apoderó del sur y de los hombres blancos de clase obrera. Mientras, el Partido Demócrata reunió a una coalición de minorías, mujeres y clases profesionales de las costas. Cuando ideología, partido político e identidad racial se vuelven la misma cosa, la política tiende a volverse más confrontativa. Las posibilidades de «cruzar el charco» hacia el partido opuesto son cada vez menores, porque ese tránsito deja de ser solo una opción política para convertirse en una traición a la tribu de pertenencia.

En palabras del periodista Ezra Klein:

> Cuando participamos en política para resolver un problema, estamos participando transaccionalmente. Pero cuando participamos para expresar quiénes somos, es una señal de que la política se ha convertido en identidad.

Durante mi recorrido por los estacionamientos del autódromo, nadie se declara racista. Me dicen que las banderas confederadas que dominan en playeras, banderas, autos y casas rodantes son símbolos de «orgullo», «homenaje» y «legado» sureño. Tampoco veo ningún fanático de raza negra, aunque sí hay varios atendiendo los puestos de comida y *souvenirs*.

El sueño de un sur segregado del senador Thurmond parece seguir vivo en las carreras de Nascar.

«Hail Trump!»

El debate sobre los símbolos confederados alcanzó su punto de ebullición en 2017, en Charlottesville, Virginia. Una propuesta para retirar una estatua del general Lee motivó a los grupos supremacistas blancos a organizar una marcha, a la que bautizaron como «Unir a la derecha».

Ya estábamos en otro mundo respecto a 2011. La primera elección de Donald Trump, en 2016, acabó con la ilusión de un Estados Unidos «posracial» y empoderó a los grupos supremacistas blancos que hasta entonces permanecían confinados a las catacumbas del debate público.

Gracias a la nueva esfera formada por las redes sociales y YouTube, discursos antes silenciados como inaceptables por los medios de comunicación masiva, ahora podían circular ampliamente y encontrar su audiencia.

Los racistas salían del clóset. Ya no eran necesarios los eufemismos; ya no se trataba solo de defender los símbolos confederados como fuente de orgullo sureño. Ahora cada vez más grupos los promovían abiertamente como emblemas racistas, junto a derivadas más o menos obvias de la esvástica y otros símbolos de odio.

Esos fenómenos subterráneos hicieron eclosión ese 2017 en Virginia. Cientos de extremistas de todo el país se reunieron en Charlottesville y marcharon por las calles, haciendo gala abiertamente de su ideología racista; junto a las banderas confederadas empuñaban emblemas nazis, símbolos fascistas y del KKK. Uno de esos sujetos, un joven de ideología nazi llamado James Fields, embistió a toda velocidad con su auto a una multitud de contramanifestantes antirracistas. Una de ellas, una joven llamada Heather Heyer, murió.

Algunas semanas después pude hablar con la madre de Heather, Susan Bro.

—Hay momentos en que siento mucha rabia, pero las cosas son como son. Elegí no estar llena de odio —me dijo.

En cambio, decidió crear una fundación junto al jefe de la oficina de abogados donde trabajaba Heather, Alfred:

—Aquí tienes a este hombre negro y a esta mujer caucásica trabajando juntos, esperando hacer del mundo un lugar mejor —complementa él.

El principal líder de la cumbre supremacista de Charlottesville fue Richard Spencer.

Spencer era considerado la cara más intelectual de los grupos supremacistas. De trato amable, articulado y reflexivo en su forma de hablar, me recibió en una oficina repleta de libros, en un edificio en Washington D. C. Podría haber pasado por la oficina de un académico de ciencias sociales de alguna apacible universidad de la costa este. Lo único extraño era el

entourage que rodeaba a Spencer en su oficina: dos hombres, además de una mujer en visible estado de embarazo. Los tres con cara de pocos amigos y sin otra ocupación aparente más que la de no sacarnos los ojos de encima durante toda la entrevista.

En la conversación, Spencer admite con orgullo ser el creador del término *alt right* (derecha alternativa) como un paraguas para identificar a todos los grupos de extrema derecha, nacionalistas y supremacistas que, hasta la irrupción de Trump, estaban fuera del *mainstream* político del país.

Sin perder su tono amable y pedagógico, Spencer comienza a delinear su utopía: un estado en que solo vivan blancos cristianos de origen europeo. En su visión, la raza blanca tiene la responsabilidad exclusiva de salvar al mundo.

—Siento que los blancos tenemos un destino único. Lo hemos hecho antes, y podemos hacer del mundo un lugar mejor —dice—. Los otros no quieren hacerlo o no pueden. —Y ese «otros» incluye por igual a judíos y musulmanes, a latinos y negros.

Para lograr ese objetivo, las parejas racialmente mixtas deben ser prohibidas.

—La mezcla de razas tiene dos líneas que se quiebran por eso, y los niños sufren una crisis de identidad. No es su culpa, y pienso que es una cosa trágica —dice Spencer.

En ese momento alguien toca a la puerta de la oficina. Los tres guardias saltan de sus asientos de inmediato. La mujer embarazada saca, no alcanzo a ver de dónde, un revólver que empuña apuntando contra la puerta en posición de tiro. Lo mismo hacen los dos hombres. En un segundo, la apacible oficina del profesor se ha revelado como lo que realmente es: el búnker de un grupo supremacista, armado y preparado para una guerra entre razas que consideran tan deseable como inevitable.

Pero la guerra no ha comenzado aún. El visitante es un conocido, las armas se guardan y el profesor Spencer puede continuar su exposición.

Cuando le pregunto si condena el Holocausto nazi contra los judíos, Spencer se niega a hacerlo.

—Es muy fácil condenar a estas figuras históricas. Condenar a Lincoln por su brutalidad con la gente del sur. Condenar a Stalin. No estoy en el negocio de condenar a estas figuras históricas. Pienso que eso es fácil y barato.

La comparación de Lincoln con Stalin y Hitler no es casual. Para gran parte del mundo, Abraham Lincoln es el admirado presidente que lideró la cruzada para emancipar a los esclavos negros. Para Spencer y sus partidarios, en cambio, Lincoln es un «traidor de raza» que acabó con la separación natural entre blancos y negros y que obligó a la raza superior a compartir país y ciudadanía artificialmente con una raza inferior.

Cuando Trump ganó las elecciones de 2016, Spencer lo celebró con un eufórico acto junto a sus partidarios. «*Hail Trump!*», gritó desde el estrado, mientras sus seguidores respondían alzando el brazo con el saludo nazi.

—Fue un momento de euforia y no me arrepiento de haberlo hecho —me dice Spencer—. La gente estaba emocionada y queríamos celebrar esta victoria.

Tenían buenos motivos para festejar; a partir de esas elecciones, la *alt right* ya no sería una fuerza marginal. En la campaña de Trump habían sido cruciales como fuerza de choque en redes sociales, esparciendo falsos rumores que el candidato en persona amplificaba a través de su cuenta de Twitter.

Con la victoria de su candidato, entraban al corazón del poder. Steve Bannon, líder de la *alt right,* fue el líder de la campaña de Trump, y luego se instaló como su jefe de Estrategia en la Casa Blanca. Bannon definía a su instrumento de propaganda, Breitbart, como «la plataforma de la *alt right*», con titulares racistas y misóginos provocadores, como «¿Preferirías que tu hija fuera feminista o tuviera cáncer?».

Con Trump y Bannon en la Casa Blanca, la euforia en el movimiento *alt right* era total.

—2017 fue el año en que aparecimos públicamente. En Charlottesville nos juntamos como un grupo. También hicimos esos actos místicos con antorchas, conectándonos como movimiento. Fue el año en que la *alt right*

entró al mundo real —se felicitaba Spencer.

¿A qué «actos místicos con antorchas» se refería Spencer? Pues a sus actividades en conjunto con otros miembros de esta *alt right*: el KKK y el NSM, Movimiento Nacional Socialista, el grupo nazi más grande de Estados Unidos, con presencia en 31 estados.

Para conocer a su líder nos movimos a Michigan, en el Cinturón de Óxido del noreste estadounidense.

Encuentro con un nazi

Jeff Schoep es un hombre escurridizo. Este cabeza rapada se hace llamar el Comandante y es el líder del NSM. Fue uno de los convocantes de Charlottesville, y James Fields, el asesino de Heather Heyer, era cercano a su grupo.

No es fácil entrevistarlo. Primero nos exige dinero por la conversación. Cuando nos negamos, nos ofrece vendernos material audiovisual de las performances de su grupo, que recrean los rituales del KKK con un toque de nazismo: prenden fuego a una esvástica en medio de la noche, a la orden del «*Heil Hitler!*» y los saludos nazis.

Schoep sabe que sus videos tienen el morbo de lo prohibido. Quién diría que, algunos años después, ese mismo saludo que circula como material clandestino será realizado, a plena luz del día, por el hombre más rico del mundo en la celebración por la asunción del nuevo presidente de Estados Unidos.

Pero no nos adelantemos. Finalmente, tras varios días de tira y afloja, Schoep se resigna a no sacarnos dinero. Pero pone condiciones estrictas para la entrevista. Debemos registrarnos en un motel al norte de Detroit, Michigan, donde él llegará durante la noche. Es difícil saber si es una medida de seguridad o simplemente un truco para darle espectacularidad a su aparición, pero como recurso dramático, sin duda funciona.

En plena noche, entrevistaremos a un líder nazi, al que suponemos armado, en uno de esos moteles carreteros cuya aparición en una película

hace pensar de inmediato que está a punto de cometerse un crimen. Todo muy hollywoodense.

La realidad es más prosaica. Schoep llega solo, cabizbajo y huraño. Con él trae, escrupulosamente doblada, una bandera de su movimiento, la que pide desplegar como telón de fondo de la entrevista. La divisa exhibe un signo nazi: una de las runas usadas en los uniformes de las ss, la organización paramilitar del Partido Nazi.

Si Schoep porta armas, no las exhibe. De mirada huidiza, es un personaje más marginal y menos ilustrado que Spencer, aunque sus ideas son bastante parecidas. En sus «25 tesis», su partido plantea una «América blanca», en la cual solo los blancos heterosexuales de «raza pura» sean ciudadanos. Todo el resto (judíos, latinos, negros, homosexuales…) perderán la ciudadanía, y deberán elegir entre ser deportados o someterse a una «ley para extranjeros», aunque hayan nacido en Estados Unidos y sus familias lleven generaciones en el país.

Para Schoep, tal como para Spencer, ser estadounidense no es un asunto de nacimiento o de identidad.

Es un asunto de raza.

En este «Estado nacionalista blanco», como lo define Schoep, habrá duros castigos para los «traidores de raza».

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

—Es alguien que se mezcló con una raza diferente —dice el líder nazi—. La mezcla de razas es la destrucción de la cultura. Es una cosa terrible para los niños —considera.

Sobre el Holocausto, Schoep tiene una línea supuestamente irónica preparada.

—Auschwitz fue un campo de trabajo. El holocausto real fue que los judíos tuvieron que trabajar —dice ensayando una sonrisa forzada—. Había piscinas en Auschwitz, piscinas de tamaño olímpico.

Tal como Spencer, Schoep está exultante. Para él, haber liderado el *rally* de Charlottesville es motivo de orgullo. Siente que, con Trump en la presidencia, su momento ha llegado.

—Estamos más fuertes. El nacionalismo está creciendo alrededor del mundo. Este es nuestro tiempo, y lo vemos —dice, mencionando también el reciente triunfo del Brexit en el plebiscito del Reino Unido, y el avance del autoritarismo nacionalista de Viktor Orbán en Hungría—. Trump fue elegido por decir cosas nacionalistas. Muchas de las cosas que él dice ahora son las cosas que nosotros hemos estado diciendo por años —cierra Schoep.

Nace un político

Pero ¿por qué contar la historia del ascenso de Donald Trump, quien proclama ser «la persona menos racista que existe en el mundo» y «el presidente que más ha hecho por los afroamericanos» (sí, en verdad dice eso) desde el prisma del racismo y del supremacismo blanco?

Pues porque su irrupción en la política estadounidense no puede entenderse sin ese mar de fondo: la profunda historia de racismo que marca a ese país.

Por décadas, Donald Trump coqueteó con la posibilidad de lanzar una campaña política, fuera como republicano, demócrata o por el Partido de la Reforma: estuvo afiliado a los tres partidos en diferentes momentos de su vida.

Pero solo se decidió a lanzarse gracias al furor que levantó con una teoría de conspiración racista contra el primer presidente negro de Estados Unidos.

Fue solo entonces, al liderar una campaña racista basada en una mentira, cuando Trump entendió que había agua en la piscina de una aventura presidencial.

Y dio el salto.

Desde la campaña de 2008, que llevó a Barack Obama a la Casa Blanca, Donald Trump difundió un falso rumor según el cual Obama no había nacido en Estados Unidos, sino en Kenia, el país de origen de su padre. Como la Constitución exige que los presidentes hayan nacido en territorio estadounidense, ello lo convertía en un gobernante ilegítimo.

A partir de esta paparrucha se formó un movimiento estrechamente vinculado al supremacismo blanco, conocido como *birtherism* («nacistismo»). Donald Trump adoptó esta teoría y la llevó al *mainstream* político, usándola como una herramienta de propaganda. Repitió una y otra vez esa mentira. Afirmó haber enviado investigadores privados a Hawái para encontrar evidencias. Pese a que era público el certificado de nacimiento que probaba que Barack Obama había nacido en ese archipiélago estadounidense, el 45% de los republicanos llegó a creer en la teoría nacistista.

Investigaciones mostraron una estrecha correlación entre creer en la tesis nacistista y tener convicciones racistas. Es que esa falsa historia es una forma de rechazar la posibilidad de que una persona de raza negra pueda ser el legítimo presidente del país.

El triunfo de Obama fue imposible de tragar para buena parte de los estadounidenses blancos, especialmente en el sur. Para ellos, la tesis popularizada por Trump era la excusa perfecta: Barack Hussein Obama había hecho trampa y no era un presidente legítimo, sino un extranjero musulmán, parte de una conspiración de «los otros» (los negros, los islamistas, los extranjeros) para destruir al país.

Trump fue parte de la espesa sopa de noticias falsas y datos exagerados para popularizar la idea de una conspiración de las élites liberales contra la población blanca. Cada vez más votantes resentían el avance demográfico de negros, latinos y musulmanes. En 2012, cuando Obama compitió por su reelección, la mayoría de los votantes de su rival, Mitt Romney, aseguraba que el presidente, quien es cristiano, era en verdad de religión islámica.

El mismo Trump tenía ya una larga historia de racismo. En 1973, el Departamento de Justicia lo demandó tras probar que discriminaba a los afroamericanos al arrendar los departamentos de su empresa inmobiliaria en Nueva York. Si una persona de color preguntaba por arriendos, los empleados tenían instrucción de marcar la petición con una letra «C» (por «color») y rechazarla de inmediato, aunque hubiera vacantes.

En 1989 estalló el caso de los «Cinco del Central Park»: cuatro adolescentes negros y uno latino fueron falsamente acusados de violar a una

mujer blanca. Trump pagó anuncios a página completa en los periódicos neoyorquinos, exigiendo que se aplicara la pena de muerte a los cinco sospechosos. Los jóvenes pasaron varios años en prisión antes de que las pruebas de ADN los exculparan. Sin embargo, pese a la evidencia, en los años siguientes Trump siguió asegurando que eran culpables.

El caso se volvió emblemático de los prejuicios de las policías y el sistema judicial contra las minorías. Y en un recordatorio de los linchamientos del KKK, que seguían un patrón similar: acusar a un hombre negro de violar a una mujer blanca, asesinarlo en público, y luego extender la violencia hacia el resto de su comunidad.

Ya como candidato, Trump siguió promoviendo noticias falsas sobre una supuesta guerra racial, en la que los negros son victimarios de los blancos. En uno de muchos ejemplos, publicó una estadística ficticia, según la cual el 81% de los blancos asesinados son víctimas de atacantes negros. La cifra real era del 15%. También decía que solo el 16% de las víctimas blancas había sido asesinado por personas de la misma raza. El número real era 82 por ciento.

En 2025, Trump paralizó los programas de refugio político para grupos en peligro en todo el planeta. Entre los perjudicados estuvieron perseguidos sudaneses, birmanos y también afganos que arriesgaron el pellejo ayudando a Estados Unidos durante la guerra en ese país. Ellos habían sufrido años de persecución de los talibanes y estaban a punto de ser admitidos en Estados Unidos tras años de lento proceso burocrático.

En cambio, ordenó admitir, en un proceso exprés de solo algunas semanas, a «refugiados» afrikáner de Sudáfrica. Esta es la minoría blanca que mantuvo el sistema de apartheid contra la mayoría negra. Hoy son cerca del 7% de la población y poseen más de la mitad de las tierras, además de tener mejores sueldos, más empleos, menos índices de pobreza y mejor expectativa de vida que sus compatriotas negros.

Trump, sin embargo, inventó que son víctimas de un «genocidio» de la población negra contra la blanca en Sudáfrica, y les abrió las puertas del país como una minoría perseguida.

Así, Trump y sus adláteres, especialmente el sudafricano Elon Musk, exportan esta narrativa de una «guerra racial» mundial, en la cual los blancos son víctimas de los negros.

Si el racismo contra un presidente afroamericano fue la plataforma desde la cual Trump preparó su carrera política, el racismo contra los latinos fue su cohete de lanzamiento. En 2015 anunció su campaña presidencial con la promesa de construir un muro que cubriera toda la frontera con México. En ese acto, Trump llamó a los inmigrantes mexicanos «violadores» y «narcotraficantes». Su ataque le dio inmediata visibilidad. Entonces, dobló su apuesta al lanzarse contra el juez Gonzalo Curiel, a cargo de un caso contra la Universidad Trump. Dijo que el juez debía ser excluido del caso por ser descendiente de mexicanos.

Luego siguieron los musulmanes: Trump prometió que prohibiría a cualquier persona de esa religión entrar a Estados Unidos, una política que fue frenada por los tribunales.

Y después, los extranjeros de raza negra. Sobre los nigerianos llegados a Estados Unidos, dijo que «deberían volver a sus chozas». Sobre los haitianos, que «todos tienen sida». En el debate presidencial de 2024 contra Kamala Harris, aseguró que los inmigrantes de Haití se comían a los perros y los gatos de la ciudad de Springfield, Ohio.

En 2019, atacó a cuatro congresistas demócratas diciéndoles que se «fueran de vuelta al país del que vinieron» en vez de «decirle a la gente de Estados Unidos cómo gobernar». Tres de esas cuatro congresistas nacieron en Estados Unidos, pero ninguna de ellas es blanca: una es latina, de Bronx; otra nació en Detroit y tiene ancestros palestinos, y una más es afroamericana, originaria de Cincinnati.

Trump jamás habría dicho eso sobre una política blanca. Para él, como para el profesor Spencer y el nazi Schoep, ser estadounidense no es un asunto de nacimiento ni de identidad.

Es un asunto de raza.

«Some very fine people»

Este tipo de mensajes fueron entendidos por los grupos supremacistas como una carta blanca: ahora el racismo era públicamente aceptable.

Según el Centro para el Estudio del Odio y el Extremismo, los crímenes de odio, que van desde ataques físicos hasta grafitis racistas contra minorías como musulmanes, latinos y homosexuales, crecieron entre 20 y 62% en las grandes ciudades estadounidenses tras la primera victoria de Trump, en 2016.

En los tres meses posteriores a la elección, un recuento del Southern Poverty Law Center (SPLC), registró 1 094 incidentes de odio. El 37% de ellos incluyó una referencia explícita, por parte de los atacantes, a Trump o a sus consignas de campaña.

El resultado también gatilló una explosión de actos terroristas de tinte racista. Un fanático que proclamaba a Trump como su «padre sustituto» mandó 16 artefactos explosivos a políticos de oposición. Otro mató a 23 personas en una tienda frecuentada por mexicanos, dejando un manifiesto que citaba la retórica antiinmigrante de Trump. Un adolescente de 17 años armado viajó cientos de kilómetros para atacar una protesta antirracista. Asesinó a dos personas.

El triunfo de Trump «permitió que los grupos de odio entraran a la conversación pública en formas que no habíamos visto en la historia reciente», según Jonathan Greenblatt, director de la Liga Anti-Difamación.

Tras la tragedia de Charlottesville, el presidente Trump evitó repetidamente condenar la marcha de la *alt right*.

Dijo que «ambos lados» eran responsables de la violencia. Y que había «alguna gente muy buena» («*some very fine people*») entre los manifestantes supremacistas, racistas y nazis que se congregaron ese día. Richard Spencer agradeció a Trump por «defender la verdad».

Este discurso también dio alas a las milicias que juntan armas, cazan migrantes y se alistan para una segunda guerra civil. En un recorrido por la frontera entre California y México, llegué al poblado de Jacumba, a unos 120 km al este de San Diego. Es una zona en que operan los coyotes que hacen entrar a inmigrantes a través del desierto, sorteando tanto a la patrulla

fronteriza como a vigilantes civiles armados, dispuestos a disparar a matar.

En un restaurante de Jacumba me encontré con Joe y Nick. Ambos se definen como «patriotas», y patrullan la frontera en sus camionetas, cargadas con un pequeño arsenal de armas largas.

Joe, calvo, su cabeza calzada con una gorra de la Marina, dice que el muro prometido por Trump no es suficiente.

—Debe ser más alto. Y debe tener torres con armas automáticas. Y minas personales. Si vamos a hacer el muro, vamos a hacerlo seriamente —se exalta, mientras describe con detalle cómo vigilantes apostados en lo alto de la muralla, además de drones a control remoto, serían las formas más eficientes de asesinar a los inmigrantes que intentaran cruzar la frontera.

Nick, de larga barba y un cigarrillo perenne entre los dedos, dice estar preparado para una guerra más grande; no solo contra los migrantes, sino contra su propio Gobierno.

—No creo que ninguno de esos políticos valga la pena, no les importamos. Por eso es tan hermoso que tengamos nuestras armas. Por si ellos se salen de control —explica.

Un discurso similar me suelta, en Los Ángeles, Jazmina Saavedra, candidata al Congreso y vocera de Latinos por Trump de California.

—Solo en los países comunistas le quitan el derecho a tener armas y defenderse a los ciudadanos. Y no queremos que eso pase en Estados Unidos —proclama.

Algunos meses después de esa entrevista, Saavedra tendría sus 15 minutos de fama. En un restaurante Denny's, entró al baño para acosar a una mujer transgénero que usaba el sanitario. Saavedra transmitió por *streaming*, con su teléfono, el momento.

La acción de Saavedra fue un precedente de un nuevo blanco de Trump: al volver a la Casa Blanca en 2025, lanzó un ataque contra la comunidad trans, a la que borró de todas las estadísticas oficiales, además de expulsarlos de las Fuerzas Armadas.

Schoep y Spencer sueñan con un Estado nacionalista donde solo haya cabida para los blancos cristianos heterosexuales. Con sus ataques contra

todos los grupos que no cumplen esos estándares raciales, religiosos, de género y orientación sexual, la utopía de Donald Trump no parece ser tan distinta a la del nazi y el profesor.

Pesadilla americana

En 1955, uno de cada tres trabajadores estadounidenses estaba empleado en el sector industrial. Estados Unidos era el taller del mundo: televisores, aviones, refrigeradores, aparatos de radio… el *made in USA* era omnipresente.

Y especialmente autos. Muchos autos. Las tres grandes automotrices (General Motors, Ford y Chrysler) convirtieron al noreste de Estados Unidos en el Cinturón de Acero, una zona industrial vinculada a las minas de carbón y enormes siderúrgicas.

Pero el Cinturón de Acero no solo era una zona económica. Se convirtió en el prototipo del ideal americano, en el que un hombre blanco de clase obrera, sin educación superior, podía trabajar toda su vida en una planta automotriz, ganar un buen sueldo, tener beneficios como vivienda y automóvil propio, descansar en el sindicato y la iglesia como centros de su vida comunitaria, y criar una familia tradicional con su mujer en casa, a cargo del cuidado de los niños.

Es a ese supuesto paraíso perdido al que apelaría Trump.

La Packard Plant de Detroit, Michigan, y su barrio circundante, en la zona de Grand Boulevard fueron la materialización de ese sueño americano. Abierta en 1911 y ampliada en 1939, era un gigantesco edificio de varios niveles, que ocupaba 330 000 m^2, el equivalente a unas treinta manzanas. Allí trabajaban unos 40 000 empleados, y casi todos ellos vivían con sus familias en sus alrededores, una zona de amplias casas de dos pisos.

Era la fábrica automotriz más moderna del mundo, con la mejor tecnología de punta, donde se ensamblaban vehículos de lujo de las marcas Packard y Studebaker.

Sin embargo, desde la década de los sesenta, esta planta, como toda la

industria, comenzó a decaer gradualmente. Primero fue la competencia de Japón y Alemania. Luego la de Corea del Sur y China, además del traslado de industrias hacia México.

La curva descendente era inevitable. En 1994, cuando entró en vigor el NAFTA, el acuerdo de libre comercio con México y Canadá, la industria ya representaba solo el 15% de los empleos en el país. Hoy es cerca del 8%. La caída ha sido estable y constante, desde la década de los cincuenta hasta ahora. Poco a poco, el Cinturón de Acero se convirtió en el Cinturón de Óxido, una zona de industrias cerradas, empleos perdidos y proyectos de vida truncados.

La Packard Plant fue clausurada en 1999. Pasó a ser un gigantesco edificio fantasma hasta su demolición, entre 2022 y 2024.

Antes de que su huella fuera destruida, pude entrar en la planta. La herrumbe generalizada la volvía un símbolo gráfico del Cinturón de Óxido. Pese a la basura acumulada, los grafitis y la penetrante humedad, la planta conservaba algo de su majestuosa dignidad, la de un gigante caído, pero aún imponente.

Luego recorrí el barrio circundante. El espectáculo era deprimente. La zona se convirtió en una ciudad fantasma. Ya no hay recolección de basura, transporte público ni servicios básicos.

—Es terrible, y está empeorando, nadie quiere vivir aquí ahora —me dice una de las pocas personas que encuentro en el lugar, un hombre que carga un niño pequeño sobre sus hombros—. Es muy malo. Estoy tratando de sacar a mi familia de aquí.

La maleza crece en torno a las casas abandonadas. No tienen ya puertas ni ventanas. Y están vacías. Ni siquiera los *homeless* quieren vivir en este pueblo fantasma, abandonado por Dios y por el Tío Sam.

Entro a una de las casas. Parece que la familia que vivía aquí se hubiera ido apenas ayer. En un pequeño librero hay revistas (la última que encuentro es de 1997) y sobres sin abrir, con cuentas sin pagar. En una de las habitaciones, que por el color de la decoración supongo que era de una niña, hay un globo terráqueo que marca a la Unión Soviética, Yugoslavia y

Checoslovaquia. Alemania está dividida en dos.

Es una reliquia de un mundo más simple, en el cual los estadounidenses estaban unidos contra un único rival, el «Imperio del Mal» soviético que denunciaba Ronald Reagan. El adversario estaba allá afuera y los políticos no agitaban a las masas contra un enemigo interno como culpable de sus padecimientos.

Recorro más casas. Las viviendas son amplias y confortables. En muchos clósets aún hay ropa. En las cocinas, vajilla. En algunas paredes hay grafitis, pero en general las casas se mantienen en buen estado. Me recuerdan esas escenas de películas posapocalípticas, en las que una epidemia fulminante mató a todo el mundo sin tocar las huellas materiales de la civilización humana: libros, sillas, papeles, inodoros, cuadros… Todo está ahí, como si estas familias solo se hubieran ido de vacaciones y planearan volver cualquier día para retomar su rutina tradicional: el hombre trabajando duro en la fábrica, para volver a casa y ser recibido con la casa impecable por su mujer y sus niños, que lo esperan con una cena recién preparada.

En una de las casas bajo al sótano. Hay cajas perfectamente organizadas: una con juguetes, otra con peluches, muchas con documentos. Me da pudor hurgar en los papeles, aunque muero de curiosidad por saber algo más de ellos: ¿cuándo se quedaron sin trabajo? ¿Cuánto tiempo aguantaron antes de escapar de este pueblo moribundo? ¿Hacia dónde emigraron?

Perdieron su empleo, su casa, su forma de vida. El sindicato que debía defenderlos no pudo hacerlo. Los políticos en quienes confiaron, tampoco.

En su libro *El desmoronamiento*, George Packer relata el derrumbe del contrato social norteamericano a través de las biografías de una serie de personajes, desde líderes políticos hasta ciudadanos anónimos. Su conclusión es la siguiente:

> Nadie sabe cuándo comenzó a desmoronarse todo, cuándo cedió el correaje que mantenía a los estadounidenses unidos y a salvo, ciñéndolos con una fuerza a veces sofocante […] en un momento dado, el país cruzó una línea de la historia y se convirtió en algo

irrevocablemente distinto.

En 2016, el cruce de esa línea se volvió imposible de ocultar. Donald Trump ganó el estado de Michigan, sede de Detroit y de las grandes automotrices, símbolo del Cinturón de Óxido, después de seis triunfos consecutivos del Partido Demócrata.

Y llegó por primera vez a la presidencia, barriendo al *establishment* republicano y al demócrata por igual. La era de la democracia bipartidista había acabado. Comenzaba la era del Caudillo Americano, en la que la sociedad se dividiría entre sus fanáticos y sus detractores. Entre el amor y el odio por un líder carismático que coparía, desde entonces y hasta ahora, todos los espacios, empuercando la conversación nacional con una tóxica nube de mentiras, insultos y odio entre compatriotas.

Un futuro brutal

Cuatro años antes de la elección de Trump, el veterano periodista de *The Washington Post*, Tom Edsall publicó *La edad de la austeridad*. En ese libro, plantea un argumento económico para entender por qué la política estadounidense estaba pasando de la colaboración a la confrontación.

Según Edsall, tradicionalmente los políticos estadounidenses entendieron la democracia como un compromiso entre dos fuerzas que defendían a determinados electorados. «Este compromiso entre derecha e izquierda requería una economía en crecimiento, para financiar programas sociales, y a la vez mantener impuestos relativamente bajos», decía Edsall.

Sin embargo, la gran crisis capitalista de 2007 y 2008 cambió las reglas del juego. «Ahora hemos entrado en un periodo de austeridad marcada, diferente a todo lo que hemos visto antes», reflexionaba Edsall. «Los dos partidos están envueltos en una batalla a muerte para proteger los beneficios de sus respectivas bases, cada una tratando de expropiar los recursos de la otra. Un futuro brutal se acerca».

Cuatro años después, ese futuro brutal se convirtió en presente.

Trump llegó al poder con la clásica promesa del caudillo populista.

«Nuestro movimiento quiere sustituir un *establishment* político fallido y corrupto por un nuevo gobierno controlado por ustedes, el pueblo», prometió en 2016. Hasta ahí, es un discurso que podría haber replicado, palabra por palabra, un Maduro, un Chávez, un Bukele, un Milei o un López Obrador.

Pero Trump apela a un tipo específico de populismo estadounidense que suele conocerse como «producerismo». Es una ideología que plantea que la sociedad se divide en dos. Por un lado, están los miembros de la sociedad dedicados al trabajo y a crear valor; por el otro, los parásitos que viven de lo que los demás producen.

En su origen, ese populismo fue más cercano a la izquierda. Surgió a fines del siglo XIX, entre agricultores de zonas rurales del interior del país que reaccionaban contra los abusos de los banqueros de la costa este. En esa formulación original, los trabajadores puros eran los agricultores, enfrentados con los banqueros que los estrangulaban, en complicidad con las élites de la costa este, y vivían una vida parasitaria sin producir nada de valor.

Ya en el siglo XX, ese populismo original se alió con fuerzas progresistas para enfrentar el poder de los «barones ladrones», los magnates que controlaban monopolios en áreas como el transporte ferroviario, el acero y el petróleo. Theodore Roosevelt se convirtió en un héroe popular al enfrentarlos desde la Casa Blanca y lograr romper varios de esos poderosos monopolios.

Como premio, Roosevelt se quedó con la última de las cuatro plazas del monte Rushmore, donde su cara tallada en piedra se unió a las de George Washington, Thomas Jefferson y Abraham Lincoln.

A las reformas de Theodore Roosevelt siguieron las del otro Roosevelt, Franklin Delano, quien en la década de los treinta construyó el New Deal para enfrentar la Gran Depresión con un aumento de la presencia del Estado en la economía, y de las regulaciones al sector privado.

A medida que el programa populista original fue convertido en programa de gobierno por el progresismo, la pulsión rebelde del populismo se fue

moviendo hacia la derecha. Tal como en el tema racial, el punto de quiebre ocurrió en los años sesenta.

Es que, junto a las leyes que pusieron fin a la segregación, el presidente demócrata Lyndon Johnson también impulsó la Gran Sociedad, una serie de programas de apoyo social para los pobres y los jubilados, basados en el modelo europeo de estado de bienestar.

La población negra, la más pobre, recibió una tajada importante de esos beneficios. Para parte de la clase obrera blanca fue una llamada de alerta. Mientras las industrias que sustentaban su modo de vida comenzaban una lenta decadencia, sus impuestos ahora favorecían a nuevos grupos emancipados de la sociedad.

Por eso, este populismo ya no solo apunta hacia arriba, a las élites, sino también hacia abajo, a grupos que considera parasitarios. Según los investigadores Cas Mudde y Cristóbal Rovira-Kaltwasser, este populismo producerista «entiende que el pueblo puro vive aplastado entre una élite corrupta por arriba y una clase marginal racializada por abajo».

Mudde y Rovira-Kaltwasser resumen así el discurso que comienza a surgir desde entonces:

> Nuestra forma de vida es víctima de los ataques de la élite liberal que usa un Estado opresivo y un estado de bienestar muy caro y extenso para sofocar la iniciativa y los valores del pueblo, mientras ofrece privilegios especiales a minorías que no los merecen.

La derecha explotó ese sentimiento. El presidente republicano Richard Nixon popularizó el término «mayoría silenciosa» para exaltar a un pueblo supuestamente oprimido por las élites.

En 1992, Ross Perot, un millonario texano de discurso llano y directo, lanzó una campaña presidencial como independiente. Obtuvo el mejor resultado para un candidato ajeno a los demócratas y republicanos desde el logrado por el gran populista Theodore Roosevelt en 1912.

El discurso de Perot fue típicamente producerista: contrario a los beneficios sociales y a los impuestos, proteccionista en materia de comercio

exterior y con la promesa de «limpiar el granero» de Washington. En su programa populista, Perot fue un adelanto de Trump. Pero en una versión más amable y democrática, para un país en el que la rabia y la polarización todavía estaban bajo control.

La lección que muchos sacaron de la aventura de Perot fue que el rígido sistema bipartidista ponía a Estados Unidos al resguardo de esas aventuras caudillistas; por fuerte que fuera un político populista, le sería imposible ganar por fuera de los partidos.

Donald Trump tomó nota y destruyó al bipartidismo con otra estrategia. Lo hizo desde dentro. Es que las primarias presidenciales les quitaron a las élites partidistas el poder de seleccionar a sus candidatos. Cualquier persona podía inscribirse en un partido y buscar su nominación.

Trump lo hizo. Se anotó como republicano y demolió a sus rivales de ese partido, uno a uno, con una maquinaria nunca vista de insultos, caos y desinformación. El partido cayó mansamente en sus manos, ante el horror del *establishment*.

El Partido Republicano, el viejo y respetado partido de Lincoln y Reagan, murió. Fue reemplazado por un movimiento personalista, populista, autoritario y caudillista que pronto se convertiría en una secta dedicada al culto de la personalidad.

Este movimiento se llama Make America Great Again: MAGA.

Una carambola improbable

Hoy parece que el ascenso de Trump era inevitable, pero su historia fue mucho más caótica, y hubo varios momentos en los que pudieron detenerlo. Cuando lanzó su campaña para las primarias del Partido Republicano, se enfrentó a al menos diez candidatos con chances: insurgentes conservadores como Ted Cruz y Rick Santorum, favoritos del *establishment* como Jeb Bush, Chris Christie y Rick Perry o promesas ascendentes como Marco Rubio.

Con su lanzamiento, Trump ocupó un espacio habitual en las primarias republicanas: el *outsider* extravagante que copa la atención de la prensa,

lidera las encuestas por algunas semanas, y desaparece tan rápido como apareció.

El antecesor de Trump en ese rol fue Herman Cain, un activista del Tea Party y gerente general de la cadena de pizzerías Godfather's Pizzas. Cain lideró fugazmente las encuestas en septiembre y octubre de 2011, antes que una serie de denuncias por acoso sexual lo obligaran a bajar su candidatura.

Luego Cain se sumó al MAGA y, durante la pandemia de COVID-19, se convirtió en activista contra las medidas de distanciamiento social. El 20 de junio de 2020, asistió a un mitin político de Trump en Tulsa, Oklahoma, donde se paseó por la multitud sin usar cubrebocas. Días después, invitó a un nuevo acto, destacaba que «los cubrebocas no serán obligatorios para el evento, al que asistirá el presidente Trump. ¡LA GENTE ESTÁ HARTA!».

Fue su último *tuit*. Ese mismo día fue hospitalizado por complicaciones respiratorias. Murió de COVID-19 en un hospital de Atlanta.

Pero volvamos a 2015, cuando Donald Trump lanzó su campaña. Sus rivales supusieron que el magnate sería un nuevo Cain, y que caería pronto en medio de alguno de los muchos escándalos que lo acechaban. Así que Bush, Cruz, Rubio y los demás siguieron en lo suyo, atacándose alegremente entre ellos y dispersando el voto republicano tradicional.

No se tomaron en serio a Trump, quien resultó segundo en los primeros comicios de la temporada de primarias, los *caucus* de Iowa. Luego, el magnate ganó las primarias de Nueva Hampshire y Carolina del Sur, con 32 y 35% de los votos. En el decisivo Supermartes repitió ese tercio de los sufragios, pero se quedó con la primera mayoría relativa por la división de sus rivales. Cuando el *establishment* despertó y decidió unir fuerzas tras la candidatura de Ted Cruz, ya era demasiado tarde: Trump tenía los delegados necesarios para lograr su nominación.

Con Trump convertido en candidato republicano, la elección general no se centró en él, sino en Hillary Clinton. La ex primera dama es una personalidad controvertida: moderna, cosmopolita, cerebral, fría y tan intelectualmente brillante como arrogante. Una personificación de esa élite liberal que muchos estadounidenses desprecian y del empoderamiento

femenino que muchos hombres temen.

Hillary lideró las encuestas durante toda la campaña con clara diferencia sobre Trump. Pero diez días antes de la elección ocurrió un hecho extraordinario. El director del FBI, James Comey, reveló al Congreso que había reabierto una investigación contra Clinton por el uso de un correo electrónico privado durante su gestión como secretaria de Estado. Esa indagatoria se cerró pronto, sin ningún resultado, pero el daño estaba hecho: la ventaja de Clinton sobre Trump, que había llegado a ser de 11 puntos, se redujo a solo cuatro tras esa revelación.

Aun así, Hillary seguía siendo la favorita. La noche de la elección, ese 8 de noviembre de 2016 que cambiaría la historia del mundo, yo estaba en su cuartel general. El día anterior, había recorrido Pensilvania en auto, uno de los estados clave de la elección.

Primero visité Scranton, donde Donald Trump lideraba un acto de campaña, ante un público uniforme de hombres blancos. Cuando les pregunté si no consideraban racistas algunas de las frases de su candidato, uno de ellos me mandó al diablo, gritándome que si acaso yo era americano (intenté explicarle que sí, que soy del continente llamado América, pero no logré hacerme entender).

De ahí partí a Filadelfia, al sitio fundacional del país, en cuyo Independence Mall Clinton cerraba su campana. Bruce Springsteen y Jon Bon Jovi animaron a una multitud heterogénea: negros, mujeres, latinos. Un discurso del presidente Barack Obama fue recibido con euforia. Luego, la primera dama Michelle Obama generó un fervor que pocas veces he visto en un mitin político.

Michelle se fue en medio de una ovación estruendosa. Luego habló Hillary. Y el público, tras escuchar en silencio unos minutos, comenzó a retirarse.

La emoción se había transformado en tedio.

Manejé de Pensilvania a Nueva York pensando si lo que había visto significaba algo. Los adherentes de Trump estaban furiosos. Los de Clinton estaban, simplemente, aburridos. Una emoción parecía mucho más

movilizadora que la otra. ¿Podía haber una sorpresa?

Los expertos decían que no. Para ganar, Trump tendría que dar un golpe inesperado triunfando en Florida. Allí, las encuestas preveían que el voto latino por los demócratas superaba al voto Nascar por los republicanos. Y además tendría que destruir el «cortafuegos azul» de Pensilvania, Wisconsin y Michigan, los tres estados industriales del noreste que los republicanos no ganaban desde hacía una generación.

Una carambola improbable. Los sofisticados modelos predictivos le daban a Hillary entre el 71 y el 99% de probabilidades de llevarse el triunfo.

Ese 8 de noviembre, la fiesta demócrata en el Javits Convention Center era espectacular. Una especie de Super Bowl político, con miles de invitados, un *catering* de lujo, celebridades por doquier y cómodas instalaciones para la prensa. Lady Gaga y Katy Perry esperaban en el *backstage*, listas para animar la fiesta por la elección de la primera mujer presidenta en la historia del país.

Pero los primeros resultados de Florida mostraron que algo raro ocurría. La aguja de *The New York Times*, que comenzó la noche dando a Clinton un 85% de probabilidades de ganar, comenzó a moverse a ritmo enloquecido. A las 10:00 p. m., mientras Florida se decantaba por Trump y el cortafuegos azul se resquebrajaba, la aguja ya mostraba al republicano con un 61% de probabilidad de triunfar.

La fiesta se había convertido en tragedia. Vi gente llorando en los pasillos. Activistas, especialmente mujeres jóvenes, se abrazaban con los ojos enrojecidos. No lo vi, pero luego Katy Perry contaría que ella y Lady Gaga se quedaron abrazadas por varios minutos, tomándose de las manos, sin saber qué hacer.

A las 10:30 p. m. salí del Javits Convention Center rumbo al hotel Hilton, también en Manhattan, donde Trump esperaba los resultados. Los trumpistas parecía tan sorprendidos como todo el mundo. Sin saber muy bien qué hacer, un pequeño puñado de adherentes movía banderas rojas afuera del hotel.

Mientras, en Times Square, cientos de personas veían hipnotizadas las pantallas gigantes. Algunos festejaron, brevemente. Luego, ya casi al

amanecer, un grupo de trabajadores latinos llegó a barrer los restos de la fiesta.

Lo increíble había ocurrido.

Donald Trump se llevó apenas el 46% de los votos y perdió por gran diferencia entre las mujeres, pero creció en algunas demografías claves: superó a su rival por siete puntos entre los hombres blancos sin estudios superiores, un detalle que le bastó para ser el primer republicano en ganar Pensilvania, Wisconsin y Michigan desde George Bush padre en 1988.

Y ello le entregó el colegio electoral.

El triunfo de Trump no fue una fuerza de la naturaleza. Fue el resultado de un mar de fondo marcado por el racismo, el populismo y la polarización. Y de una serie de acciones y omisiones de la institucionalidad política, además de un sistema electoral injusto que proclamó ganador a un candidato con 3 000 000 de votos menos que su rival.

A partir de esa cadena de eventos desafortunados, se desataron fuerzas que tienen a la democracia estadounidense al borde de la muerte.

Con un aplauso atronador

La república debe ser «el gobierno de las leyes, no de los hombres». La frase de John Adams, uno de los padres fundadores, sentó las bases de la república más exitosa de la historia contemporánea, que ha podido (¿o debemos decir «había podido»?) mantenerse libre de dictadores por más de dos siglos.

Por eso, la segunda elección de Donald Trump, en noviembre de 2024, fue tan extraordinaria. Significó la vuelta al poder de un sujeto que no solo había dicho que planeaba ser un dictador: ya había intentado dar un golpe para destruir la democracia.

Tal como con Chávez en Venezuela, fue la llegada al poder por vía democrática de un golpista. Al elegir a un enemigo de la república, los estadounidenses en 2024, tal como los venezolanos en 1999, hirieron de muerte a su propia nación.

En su primera campaña, en 2016, Donald Trump dejó en claro que no acataría un eventual triunfo de su rival, Hillary Clinton. Como hemos dicho, el republicano sacó 3 000 000 de votos menos que la demócrata, aunque, debido al sistema de colegio electoral, logró la victoria. Pero Trump no aceptó el resultado. Aseguró que había sacado más votos que Clinton y que había sido víctima de un fraude. Tras llegar a la Casa Blanca, formó una comisión presidencial con el encargo de hallar evidencia sobre ese fraude.

No encontró nada. Pero Trump siguió repitiendo su denuncia. Y dejó en claro que no aceptaría una derrota en 2020. Si perdía, sería un robo.

Así ocurrió. Cuando los ciudadanos eligieron a Joe Biden, votando por sacar a Trump de la Casa Blanca, él se negó a cumplir la voluntad popular.

Presionó a las autoridades electorales para robarse la elección. Exigió al secretario de Estado de Georgia que «encontrara» los 11 780 votos que necesitaba para revertir su derrota en ese estado. Extorsionó a gobernadores y congresistas para que hicieran desaparecer votos a favor de su rival.

Los asesores de Trump idearon un elaborado plan para robarse la elección. El Senado, liderado por el vicepresidente, Mike Pence, se negaría a cumplir con su deber constitucional y certificar la elección de Biden. Siguiendo las órdenes de los abogados de Trump, autoridades republicanas redactaron documentos fraudulentos para certificar su «victoria» y se prepararon para designar electores «alternativos» a los elegidos por los ciudadanos.

El día decisivo, cuando el Senado debía certificar la elección de Biden, Trump se presentó frente a una muchedumbre en Washington. Los azuzó a presionar a Pence a concretar el golpe: «Si no lo haces, voy a estar muy decepcionado de ti», les dijo. Después de escuchar el llamado de su líder, esa muchedumbre marchó hasta la sede del Congreso, el Capitolio, y asaltó el edificio para evitar la certificación del nuevo presidente. Instalaron una horca, al grito de «*Hang Mike Pence!*».

Trump elogió a los asaltantes del Capitolio, como «increíbles patriotas» y «rehenes» que fueron «encarcelados injustamente». Apenas volvió a la presidencia en 2025, indultó a cerca de 1 500 participantes del violento

intento golpista.

La insurrección fracasó, gracias en parte a un puñado de republicanos con principios, que, recordando la frase de Adams, decidieron que su deber era cumplir la ley, no inclinarse ante un hombre: el secretario de Estado de Georgia, Brad Raffensperger; el vicepresidente Mike Pence, y la congresista Liz Cheney.

Contra ellos, Trump prometió venganza. Mientras su intento golpista ocurría, comentaba a sus asesores que su vicepresidente «se merecía» ser colgado. Sobre Cheney, quien participó en la comisión investigadora del golpe, dijo: «Veamos cómo se siente cuando las armas apunten a su cara».

Cuando Chris Krebs, también republicano y director de la Agencia de Seguridad e Infraestructura, ratificó que la elección había sido limpia, Trump lo despidió, y su abogado Joseph diGenova pidió que fuera «arrastrado, ejecutado y descuartizado».

Tras el fracaso de su golpe, Donald Trump dejó la Casa Blanca de una manera humillante. El 20 de enero de 2021, el día que asumía la presidencia Joe Biden, Trump se subió al Marine One, el helicóptero presidencial, y partió rumbo a su campo de golf en Florida. Por primera vez en 150 años, un presidente se negaba a entregar el mando a su sucesor.

Yo estaba en Washington ese día, presenciando con asombro cómo Trump mostraba una vez más su desprecio por los rituales de la democracia. Estaba convencido de que sería la última vez. Suponía que su carrera política estaba acabada después de esto, que la justicia lo procesaría por el intento golpista y que el Partido Republicano despertaría de esta pesadilla y buscaría un nuevo líder comprometido con los valores de la democracia.

Me equivoqué, por cierto.

En una democracia sana, quien lidera un intento de golpe, ilegal y violento, debe enfrentar el ostracismo político y la justicia criminal.

Pero muchos se acobardaron, y doblaron la rodilla frente al aspirante a dictador.

El Partido Republicano lo salvó de un *impeachment* en el Congreso.

Las investigaciones criminales en su contra por el intento de fraude y por

el asalto al Capitolio avanzaron a paso de tortuga.

Su mayoría en la Corte Suprema lo autorizó a ser candidato pese a haber liderado una insurrección, algo explícitamente prohibido por la Constitución, y falló enunciando que el presidente es impune por sus actos oficiales, dándole carta blanca para cometer crímenes sin enfrentar consecuencias.

Trump había advertido: «Si no soy elegido, habrá un baño de sangre». Por cobardía o por conveniencia, gran parte de la élite estadounidense traicionó los principios de Adams y notificó al pueblo que, si un hombre tiene poder suficiente, está por encima de las leyes.

Y Donald Trump, el golpista, siguió siendo el líder de su partido, defendido a capa y espada por sus leales en la Corte Suprema, el Congreso y los medios de comunicación, y por cerca de la mitad de los ciudadanos estadounidenses.

Cuando un jurado lo condenó por los pagos con dinero de campaña a una actriz porno, Trump aprovechó la sentencia como una oportunidad de relaciones públicas. Convirtió su fotografía para la ficha policial en objeto de *marketing* para su lucro personal. Para sus fieles, ya nada parecía importar. Estaban dispuestos a votar por un golpista y criminal convicto para presidente de Estados Unidos de América.

Es más, estaban orgullosos de hacerlo.

Donald Trump ganó las elecciones de 2024, esta vez, con una mayoría en el voto popular. Tal como en 2016, recibió una gran proporción del voto masculino para derrotar a una mujer, Kamala Harris. Y no solo volvió a la Casa Blanca. Además, su secta personalista, MAGA, capturó la mayoría del Senado y la Cámara de Representantes. La Corte Suprema, de mayoría republicana, ya le extendió patente de corso.

«Así muere la libertad, con un aplauso atronador», es la célebre frase de Padmé Amidala en *Star Wars*, cuando los senadores deciden confiar el poder a un hombre fuerte, el Canciller Palpatine.

La escena es una fábula de la caída de la república romana, y un camino que han seguido muchas democracias, destruidas desde dentro por un

caudillo ante la complicidad de sus élites: la Italia de Mussolini, la Venezuela de Maduro, la Alemania de Hitler, la Nicaragua de Ortega, el Perú de Fujimori y tantas más.

Con su cobardía, las élites estadounidenses normalizaron a un aspirante a dictador. En un sistema bipartidista, lo elevaron a ser la única alternativa a un gobierno impopular. Y en esa disyuntiva, 74 000 000 de estadounidenses decidieron entregar el poder a un golpista y criminal convicto.

Tal como en Roma, en Caracas, en Berlín, en Managua y en Lima, lo hicieron con un aplauso atronador.

Fascista americano

Esta vez, Trump llegó a la Casa Blanca encarnando una nueva ola de poder: un autoritarismo tecnofascista.

Primero fue Elon Musk, el dueño de X, quien puso sus dólares y su red al servicio de su campaña.

Le siguió Mark Zuckerberg, el dueño de Facebook, WhatsApp e Instagram, quien anunció el fin de los programas para controlar la desinformación y los discursos de odio en sus plataformas.

Se sumó Jeff Bezos, el dueño de Amazon y de *The Washington Post*, el diario que persiguió el caso Watergate. Bezos prohibió un editorial favorable a Kamala Harris, y cuando la ilustradora del *Post* caricaturizó a los dueños de la Big Tech postrados ante Trump, fue censurada y debió renunciar.

Cuando Trump asumió la presidencia, estos tres sujetos estuvieron en los asientos de honor, junto a las autoridades del gobierno entrante.

Musk, Bezos y Zuckerberg son, en ese orden, las tres mayores fortunas del mundo según Bloomberg. Pero el dinero no es lo más importante: ellos poseen también los monopolios que controlan los datos y la información de miles de millones de habitantes de todo el planeta. Y ahora son aliados de quien posee el botón nuclear de la potencia militar más poderosa que haya existido.

Nunca en la historia de la humanidad tan pocos individuos han

concentrado tal poder sobre tantos miles de millones de personas.

¿Qué están haciendo con ese poder?

En breve: están declarando la guerra a las democracias occidentales para someterlas al nuevo orden internacional dictado por un caudillo y sus oligarcas.

Ya no hay sutilezas. Zuckerberg amenazó directamente a las democracias europeas, que han intentado ponerle límites a la recolección de datos personales y los discursos de odio. Anunció que «vamos a trabajar con el presidente Trump para oponernos a los Gobiernos que atacan a empresas estadounidenses».

Musk puso su formidable maquinaria de desinformación al servicio de la desestabilización de las democracias, en beneficio de fuerzas de extrema derecha. El objetivo es claro: instalar Gobiernos aliados en Londres, París y Berlín, que destruyan la Unión Europea, única fuerza que aún insiste en poner límites a la Big Tech.

Tras ensayar en Brasil con Bolsonaro y sus golpistas, Musk ha fomentado el caos en Reino Unido («la guerra civil es inevitable», afirmó) y en Alemania, atizando olas de violencia racista.

Se alió con el partido de extrema derecha Alternative für Deutschland (AfD), y «entrevistó» en su plataforma a Alice Weidel, la líder de AfD, tal como lo hizo antes con Trump. Allí, Weidel afirmó que «Hitler no era de derecha. Era exactamente lo opuesto. Fue un comunista, un socialista».

Aun en esta era de desinformación en masa, tamaña mentira es de una audacia extraordinaria.

Como sabe cualquier persona que haya pasado cerca de un libro de historia en su vida, los comunistas fueron los peores enemigos de Hitler. Ser comunista en la Alemania nazi era equivalente a ser judío, gitano, homosexual o discapacitado: una sentencia de muerte. Y, por cierto, fue la Unión Soviética la que sostuvo la resistencia contra los nazis y ocupó Berlín en 1945.

¿Qué sentido tiene tamaña falsificación histórica, divulgada por el dueño de la mayor antena de propaganda del planeta?

Hay que entender que los grupos extremistas que Trump lidera, y Musk promueve, propagan una visión fascista de la política. Es de manual: el peligro es inminente, por culpa de una conspiración de élites perversas y minorías privilegiadas contra el pueblo. La única solución es concentrar el poder en un líder providencial, que aplastará a esos enemigos y restaurará la grandeza perdida.

A principios del siglo pasado, en la década de los veinte, este mensaje se difundía por un nuevo medio masivo de comunicación, la radio, y los enemigos a aniquilar eran judíos, bolcheviques, eslavos o masones.

En nuestros años veinte, las redes sociales son el megáfono, y las élites culturales vuelven a ser sospechosas: los MAGA odian con la misma pasión que los nazis a científicos, intelectuales, artistas y feministas. Y comparten el objetivo de despojar de su condición de humano al «otro»: antes al judío; ahora al musulmán, el negro o el latino.

No se definen como nazis o fascistas, porque reivindicar a Hitler y al Holocausto no es popular («no aún», habrá que agregar como nota de precaución). Pero repiten punto por punto el tipo de ideología que nos llevó a las cámaras de gases.

La lógica de los ataques del KKK, de los pogromos contra los judíos o los actuales discursos de violencia racista es la misma. Se acusa a un «otro» de cometer un crimen atroz (real o inventado) y se atribuye la culpa no a una persona, sino a un grupo humano sobre el que se ejerce un castigo colectivo.

Cuando Trump se refiere a los inmigrantes como «animales», «no humanos» e inventa que se comen las mascotas, está siguiendo al pie de la letra la receta de Goebbels para liquidar a grupos «indeseables». Deshumanizarlos como *untermenschen* (infrahumanos) fue el primer paso para discriminarlos, perseguirlos y, eventualmente, exterminarlos.

Ya en 2016, el escritor mexicano Enrique Krauze advertía en el entonces candidato Donald Trump:

> Elementos del fascismo italiano: el culto al líder, la emotividad irracional, los desplantes incendiarios, la obsesión por las teorías

conspirativas, el miedo a lo distinto visto como una amenaza, la apelación a un pasado de grandeza mítica y la promesa de restaurarlo.

Lo describía como un «fascista americano», «dominado por la megalomanía, la paranoia y el narcisismo».

Trump no parece molesto por esa asociación con el fascismo. Una de sus frases favoritas es una cita robada a Benito Mussolini: «Es mejor vivir un día como un león, que cien como un borrego».

Esto es fascismo. Un fascismo global en esteroides, gracias a las armas de desinformación masiva más poderosas que haya conocido la humanidad. Unas que son capaces de propagar por todo el planeta que la guerra es la paz, la libertad es la esclavitud y la ignorancia es la fuerza.

Y, claro, que Hitler era comunista.

Dr. Strangelove

En la escena final de *Dr. Strangelove*, la genial película satírica de 1964 de Stanley Kubrick, la humanidad se enfrenta al holocausto nuclear. Una cadena de negligencias está por gatillar un ataque mutuo entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Entonces, en la Sala de Guerra de Washington, Dr. Strangelove toma la palabra. Strangelove es un científico alemán al servicio de Estados Unidos (su nombre original es *Merkwürdigliebe*), postrado en una silla de ruedas, que presenta su plan para salvar a un «núcleo de especímenes humanos».

En un monólogo cada vez más apasionado, detalla que los sobrevivientes serían seleccionados según su «juventud, salud, fertilidad, inteligencia y habilidades», junto a los líderes políticos y militares, encargados de impartir principios de «liderazgo y tradición».

Todos siguen encantados con sus palabras, incluido el embajador soviético («Es una idea asombrosamente buena, doctor»), pero a medida que su excitación crece, Strangelove debe luchar contra su brazo derecho que, animado de vida propia, insiste en hacer el saludo nazi. En el momento cúlmine, Strangelove se para de su silla de ruedas y, poseído por la emoción,

exclama: «*Mein Führer, I can walk!*».

La fina ironía de la escena, magistralmente protagonizada por Peter Sellers, es que todos los presentes en la sala asienten ante la idea de seleccionar una élite de «los más aptos» (que, por cierto, los incluye a ellos) y dejar morir al resto.

Es un discurso nazi de principio a fin. Pero es solo ese inoportuno brazo, que insiste en extenderse, el que hace inocultable lo que todos preferirían ocultar: que le están llevando el amén al discurso de un fascista.

Sesenta años después, la imagen de Elon Musk extendiendo su brazo como Dr. Strangelove, no una sino dos veces, se convirtió en un momento icónico de la nueva era que comienza en el mundo.

Por cierto, no sabemos si lo de Musk fue una provocación deliberada, un acto fallido freudiano o la expresión de una condición médica (el «síndrome Dr. Strangelove» o «síndrome de la mano extraña» provoca movimientos involuntarios de los brazos).

Lo relevante es el contexto, justo en el día en que Trump asumió la presidencia y justo en medio de la campaña del magnate para promover discursos y partidos de extrema derecha, e incluso cercanos al neonazismo en Alemania y otros países.

El gesto de Musk vuelve inocultable que la «Internacional Reaccionaria» del caudillo Trump y sus tecnooligarcas, como la bautizó el presidente francés Emmanuel Macron, tiene un discurso fascista, toma medidas fascistas y entiende el poder de una manera fascista.

En resumen: es fascista.

Cuando Trump indultó a los golpistas del Capitolio, uno de los beneficiados fue Jacob Chansley, apodado «el chamán de QAnon». «¡Ahora voy a comprar armas!», fue su reacción. Trump también excarceló a Ross Ulbricht, creador de un mercado clandestino de narcotráfico por internet, pero considerado un héroe por algunos libertarios.

Es que Trump no tiene problemas con el delito, siempre y cuando los delincuentes sean él mismo o sus seguidores. La condición de delincuente no tiene que ver con violar la ley, sino que es un asunto racial.

La criminalidad «está en sus genes. Y tenemos muchos genes malos en nuestro país ahora mismo», dice hablando de los inmigrantes, a quienes se refiere como «violadores», «traficantes», «animales», «asesinos», que propagan enfermedades y que están «envenenando la sangre de nuestro país». Dice que puede identificar a los «malos migrantes» solo «mirándolos», y uno de sus primeros decretos pide aplicar la pena capital a inmigrantes irregulares que cometan ciertos crímenes; nótese que la vida o muerte del criminal depende de su condición migratoria.

Esto no es una política contra el crimen ni contra la migración, sino un ataque racista contra ciertos grupos.

Todo esto (convertir la criminalidad en sinónimo de un grupo étnico o sexual; despreciar la democracia en favor del golpismo y la violencia; adorar a un líder carismático) es un *déjà vu* de lo ocurrido hace un siglo en Europa.

Tal como los generales, políticos y embajadores ante Strangelove, podemos intentar hacernos los desentendidos.

Hasta que ese brazo se levanta y hace que lo evidente resulte, también, innegable. Como escribió Lenz Jacobsen en el diario alemán *Die Zeit*: «Un saludo hitleriano es un saludo hitleriano es un saludo hitleriano».

Es una imagen que nos obliga a llamar las cosas por su nombre.

Glorioso líder

El 30 de abril de 2025, Donald Trump celebró los cien días de su segunda presidencia con una reunión de gabinete transmitida en vivo.

Fue como encender la televisión en Pyongyang. Al más puro estilo de los tiranos que Trump admira, fueron dos horas de culto a la personalidad del caudillo.

Poco antes, en una manifestación en Detroit, Trump había proclamado que:

—Son los cien días más exitosos en la historia de cualquier administración en la historia de nuestro país, según mucha mucha gente. Ellos dicen que es el mejor inicio de cualquier presidente en la historia.

Todos lo dicen.

Los datos dicen todo lo contrario. Jamás en la historia moderna un presidente había caído tanto en su aprobación popular en sus primeros cien días. Y la evaluación del gobierno era la segunda peor de cualquier presidente, solo superada por un tal Donald Trump en los primeros cien días de su gobierno en 2017.

Pero si el líder argumenta que «todos lo dicen», entonces todos lo dicen.

Y los feligreses del Glorioso Líder compitieron por quién era capaz de adularlo de la manera más extrema.

El vicepresidente J. D. Vance dijo que su jefe es «un hombre de acción», a diferencia de los simples *placeholder* (gente que ocupa un espacio sin hacer mucho), cuyos retratos adornan el Salón Oval (entre ellos están Ronald Reagan, George Washington y Abraham Lincoln).

El ministro del Interior, Doug Burgum, le dijo al Glorioso Líder, con profunda emoción: «Usted no es solo valiente, usted es intrépido. Todos podemos acelerar, porque usted va corriendo más adelante». Y remató diciéndole que había formado «el mejor gabinete de la historia».

El magnate Elon Musk le dijo que el suyo será «el más grande gobierno desde la fundación de este país».

El ministro del Medio Ambiente agregó: «Este es el centésimo día de los cien días más decisivos e históricos en la historia de este país».

Pero el récord se lo llevó la fiscal general Pam Bondi. Con la voz quebrada por la emoción, le dijo al Glorioso Líder: «Sus cien primeros días han superado por mucho a los de cualquier otro presidente de este país. Nunca. Nunca. Nunca he visto algo como esto. Gracias».

Y anunció, con rictus solemne que, debido a los decomisos de fentanilo, «gracias al presidente Trump, en estos cien días se han salvado 258 000 000 de vidas».

Impresionante, de no ser por la hercúlea labor del Glorioso Líder, dos tercios de los estadounidenses habrían muerto en apenas cien días.

El día anterior, Bondi había declamado que «en los cien primeros días del presidente Trump», los decomisos «han salvado 119 000 000 de vidas». Pero

esa cifra (apenas un tercio de la población total) no era suficiente para graficar la portentosa obra del Glorioso Líder. Así que en 24 horas se salvaron 139 000 000 de vidas adicionales.

Trump está llevando a un nuevo nivel su realidad paralela. Sus primeros cien días fueron desastrosos para la economía. Su genial idea de declararle la guerra comercial al planeta entero provocó el desplome en los mercados y atrajo pronósticos de una estanflación: recesión acompañada de inflación.

«Este es el mercado bursátil de Biden, no de Trump», afirmó el Glorioso Líder. «Tenemos que deshacernos de la amenaza de Biden. Esto tomará un tiempo, y NO TIENE NADA QUE VER CON LOS ARANCELES», escribió, después del desplome de los mercados, por esas casualidades de la vida, se produjera exactamente cuando anunció esos aranceles. En enero de 2024, cuando las bolsas batían récords bajo el gobierno de Biden, Trump había escrito, siempre en mayúsculas, que «ESTE ES EL MERCADO DE TRUMP».

Cuando las cifras mostraron que, debido a las deportaciones de turistas y el clima político, las entradas al país por vía aérea se desplomaron 10% en marzo de 2025 comparado con el mismo mes del año anterior, Trump aseveró que «el turismo está subiendo. El turismo lo está haciendo muy bien».

En su discurso de los cien días, el Glorioso Líder aseguró que «los precios de la gasolina han bajado un montón» desde que asumió el poder, llegando a «1.98 dólares en muchos estados». Las cifras oficiales dicen que el precio del combustible ha subido en estos cien días, de 3.12 a 3.16 dólares por galón, y que en ninguna parte del país hay precios como los que imagina Trump: el estado con el precio más bajo tiene 2.67 dólares.

También aseguró que «el precio de los abarrotes está bajando» (según el IPC, subieron 0.49% en marzo y 2.4% comparado con el año pasado). Y que el precio de los huevos «ha caído un 87%». Según la última cifra oficial, del 10 de abril, la docena de huevos había pasado de 4.95 dólares al asumir Trump, a 6.23 dólares en marzo.

Estas alucinaciones son relevantes porque muestran que el caudillo ha

pasado a un nuevo nivel de totalitarismo.

Para cualquier estadounidense es fácil comprobar que el galón de gasolina no cuesta menos de dos dólares, y que los precios de los huevos no han caído un 87%. Pero Trump confía en que la «realidad alternativa» que ha construido para sus feligreses es tan poderosa que ninguna realidad puede competir con su narrativa.

Confía en que, como ocurre en cualquier culto, los fieles preferirán creer la palabra de su mesías antes que la evidencia que está frente a sus propios ojos.

Y este culto exige a sus aduladores muestras de devoción cada vez más extremas. El Congreso ya discute proyectos de ley para declarar feriado nacional el día del natalicio del Glorioso Líder, poner su cara en los billetes de cien dólares y esculpir su rostro en el Monte Rushmore.

La última idea la sugirió el propio caudillo. Tras la muerte de Jorge Bergoglio, anunció que «me gustaría ser Papa. Creo que sería un gran Papa. Nadie lo haría mejor que yo». Varios partidarios, entre ellos el senador Lindsey Graham, elogiaron la idea, y la cuenta oficial de la Casa Blanca republicó una imagen subida por el propio Trump, con él disfrazado de sumo pontífice.

Es que Trump no dirige un Gobierno, lidera una secta de fanáticos dispuestos a todo para complacer los deseos y caprichos de su Glorioso Líder.

Así mueren las democracias

El politólogo polaco Adam Przeworski es famoso por una observación: nunca en la historia moderna, señaló, ha colapsado una democracia con un PIB per cápita mayor al que tenía Argentina cuando ocurrió el golpe militar de 1976.

Al cambio de hoy, son unos 16 000 dólares. Pasado ese límite, según esa «regla Przeworski», la democracia estaría a salvo. ¿Por qué? En general se explica que los países prósperos son más igualitarios, lo que atempera la

polarización. Que tienen una amplia clase media, que actúa como colchón de estabilidad. Y que, junto al desarrollo económico, suelen fortalecerse instituciones como un Poder Judicial independiente, Fuerzas Armadas no deliberantes y una sociedad civil (ONG, medios de comunicación, asociaciones profesionales) que también sirven como salvaguardas de la democracia.

La Hungría de Viktor Orbán, con un PIB per cápita de 18 000 dólares, se deslizó hacia el autoritarismo. Pero, dólares más o dólares menos, la idea central sigue vigente: a partir de cierto punto, la prosperidad económica sirve de garante de la estabilidad de una democracia.

Los politólogos añadieron una segunda regla: nunca, observaron, ha muerto ninguna democracia con más de cincuenta años de historia. Las democracias son flores frágiles cuando son jóvenes y pobres. Pero se vuelven fuertes, resistentes a cualquier clima, cuando alcanzan una próspera madurez.

Estados Unidos está desafiando esa teoría. ¿Puede morir la democracia en un país con un PIB per cápita cercano a los 80 000 dólares, con más de doscientos años de gobiernos civiles elegidos de acuerdo con la Constitución y sesenta años de democracia con sufragio universal?

El afamado politólogo Steven Levitsky, autor del *bestseller Cómo mueren las democracias*, cree que sí. «Lo que está ocurriendo es una situación política tan aterradora como no teníamos desde la Guerra Civil», dijo al comenzar el gobierno de Trump. Y agregó: «Este es el mayor asalto a las instituciones democráticas de Estados Unidos en la historia moderna. Estamos entrando en un momento autoritario».

Tras los primeros cien días de trumpismo, su análisis fue aún más desalentador. Ya no se trataba de un temor, sino de una realidad. «Estados Unidos ha dejado de ser una democracia plena, y estamos en un autoritarismo competitivo», explicó. Este es un tipo de régimen que mantiene en pie las estructuras de la democracia liberal (elecciones con múltiples candidatos, partidos políticos, separación de poderes), pero donde los líderes actúan para vaciar de contenido esas instituciones, abusando de

su poder con miras a destruir a sus opositores.

Pese a su riqueza y a la longevidad de su democracia, Estados Unidos ya mostraba síntomas de alerta. Sus niveles de desigualdad, de pobreza e indicadores como la esperanza de vida son anormalmente malos para un país tan próspero. Incluso, es superado por algunas naciones en vías de desarrollo en esos parámetros.

Tal vez haya que actualizar la «regla Przeworski». La igualdad y la paz social que garantizan la democracia no son un efecto automático de la prosperidad, y no solo es el PIB per cápita el que importa.

A Trump no se le puede acusar de hipocresía. Anticipó exactamente lo que iba a hacer: sería un dictador «en el día uno» de su nuevo mandato, usaría al poder para buscar venganza contra sus detractores, y purgaría ideológicamente el Estado para reemplazar a los servidores públicos independientes por sus incondicionales.

Ha hecho eso, y más.

Trump ha convertido instituciones autónomas, como la Fiscalía General y el FBI, en meras ejecutoras de sus deseos. Ha perseguido a medios de prensa críticos y amenaza con venganza a cualquiera que ose enfrentarlo.

Ha lanzado un furibundo ataque contra las universidades y los estudios de abogados, exigiéndoles renunciar a su independencia académica y profesional, o enfrentar severas represalias.

Y, por cierto, ha secuestrado a residentes legales de Estados Unidos por ejercer el derecho más precioso en una democracia: la libertad de expresión.

Si una democracia se caracteriza por poder criticar al poder sin miedo a sufrir represalias, en 2025 Estados Unidos ha dejado de serlo.

* * *

Cuenta la leyenda que, en 1787, los delegados de la Convención Constitucional abandonaban el Independence Hall tras haber llegado a un acuerdo sobre el sistema de gobierno que tendrían los recién fundados Estados Unidos de América.

Una muchedumbre se había reunido en las escalinatas del lugar,

impaciente por saber más sobre los acuerdos. Una mujer se acercó al delegado Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores del país.

—¿Qué tendremos, doctor, una república o una monarquía? —le preguntó la mujer.

La respuesta de Franklin es célebre:

—Una república, si ustedes pueden mantenerla.

Benjamin Franklin es conocido como el «primer estadounidense», y fue el padre espiritual e intelectual de la nueva nación. Fue un genio de múltiples talentos y variados intereses, al modo renacentista: científico, inventor, escritor, diplomático, publicista y filósofo.

Inventó el pararrayos y los lentes bifocales. Fundó la primera biblioteca pública, el primer cuerpo de bomberos y la primera universidad de Filadelfia. Organizó la Sociedad Filosófica Estadounidense y el sistema de correos de la nueva república.

Como intelectual, definió el *ethos* del país: una mezcla de ilustración, puritanismo y capitalismo, anclada en la racionalidad, la fe en un futuro mejor, la exaltación del trabajo duro, el ahorro y la frugalidad, el amor por la libertad y el rechazo a la sumisión a cualquier monarca.

Doscientos treinta y ocho años después de esa frase, el Congreso de Estados Unidos que los padres fundadores diseñaron como el garante de ese espíritu republicano, está debatiendo una moción para quitar la cara de Franklin del billete de cien dólares y reemplazarla por la de un personaje que es su completo antónimo.

Un criminal convicto, golpista y tiránico, bruto e ignorante, narcisista y megalómano que no sabe nada ni cree en nada, excepto en engrandecerse a sí mismo. No hay una utopía ni una ideología tras este fascista americano. No hay nada, salvo una vulgaridad sin freno ni límites.

«Quienes renuncian a su libertad para obtener seguridad, no merecen ni la una ni la otra» es otra de las frases célebres del gran Franklin. Pero su voz ya no se escucha. Su ejemplo ya no se cita. Todas las virtudes que él amó (la sabiduría, el conocimiento científico, la ética, el trabajo honesto, la libertad) ahora son objeto de rechazo, persecución y mofa. Sus compatriotas

renuncian a su libertad a cambio de la protección contra un enemigo ficticio que les promete un falso profeta.

Los ciudadanos ya no parecen capaces de mantener una república. Como los borregos que despreciaba Mussolini, son presas fáciles de un flautista de Hamelín que los lleva al despeñadero de la tiranía.

Siguen la melodía torva de un rey iletrado y zopenco que personifica de cuerpo entero la aterradora vulgaridad del mal.

4

EL FANÁTICO DE ARGENTINA

Milei: la venganza del bufón

En el principio era el adjetivo.

El adjetivo procaz, hiriente, destructivo.

El 8 de febrero de 2019 puede marcarse como el día 1 del Génesis de la revolución mileísta.

Hasta ese día, Javier Milei era un economista de escaso prestigio académico, un invitado recurrente a programas de debate y variedades de la televisión argentina que suelen mezclar a periodistas, personajes de la farándula y «expertos». En un país donde los continuos fracasos económicos son tema principal de preocupación ciudadana, los economistas suelen ser parte de esos paneles y, claro, no había otro economista como Milei.

Autodenominado «anarcocapitalista», siempre despeinado, los ojos inyectados en sangre, el cuerpo tenso como el de un depredador a punto de abalanzarse sobre una presa, el Peluca electrizaba cualquier debate. Además, tenía una solución fácil para cada problema difícil, cada una más excéntrica y radical que la otra, lista para lanzarla a la velocidad del rayo.

«Un monopolio es un benefactor social», «Son todos unos comunistas de mierda», «Al Capone es un héroe», «El Estado es un robo» eran algunas de sus provocaciones habituales.

Ese día, a las 3:30 p. m., Milei era parte del panel de discusión del programa *Gente opinando*, en el pequeño canal Net TV. Otra de las panelistas era Sol Pérez, conocida como la «chica del tiempo» en un canal deportivo.

Milei lanzó una de sus frases habituales:

—El Estado es un robo.

Pérez intentó contradecirlo:

—No, no cualquier Estado es un robo.

La mujer intentaba argumentar que el pago de impuestos no es un «robo», como insistía Milei, sino una necesidad para mantener un país funcionando, tal como ocurre en todas las sociedades civilizadas del mundo. Pero una argumentación tan racional como esa desató la ira del economista.

—A ver, yo quiero hacer caridad con mi amigo David. Saco una 9 mm y la voy a poner en tu cabeza —dijo Milei, mientras apuntaba a la cara de la mujer con sus dedos. Y luego agregó, ya fuera de sí—: Violento es robar. ¿Yo me rompo el lomo laburando para ganar plata y no puedo disponer de mi trabajo? ¿Vas a disponer vos? ¡Sos chorra [ladrona] y violenta!

Pocos vieron la discusión en vivo y en directo, pero pronto los partidarios de Milei en redes sociales comenzaron a viralizar el episodio. Una cuenta de YouTube sumó más de 8 000 000 de reproducciones del enfrentamiento, y sus comentarios se llenaron de gruesos insultos hacia Pérez. El propio Milei se dedicó a repostear, en su cuenta de Twitter, agresiones como esta: «Ante semejante rotura de ano se tuvo que levantar para ponerse agua oxigenada».

Un mes después, Milei fue a un programa donde Pérez era panelista.

—¡Te voy a humillar! —partió diciendo el economista.

De nuevo, el episodio fue replicado con orgullo por sus partidarios en redes sociales.

Javier Milei aprendió una lección importante ese día. Agredir e insultar a mujeres no solo no era castigado, sino celebrado por una gran masa de partidarios en redes sociales. Y la fórmula se empezó a repetir. En una conferencia en la provincia de Salta, trató de «burra» y prometió «desasnar» a una periodista que le hizo una inocente pregunta sobre las políticas keynesianas en Estados Unidos. Y subió cada vez más el volumen de su violencia verbal. «¡Métanse la corrección política en el orto!», «¡Son personas de mierda!», gritaba a sus contertulios en los paneles de televisión.

La TV le seguía dando pantalla porque sus arranques de furia marcaban bien en el *rating*. Era el bufón de la corte de los medios; el invitado

recurrente, no porque los productores de televisión se lo tomaran en serio o lo consideraran un aporte al debate público, sino porque su aspecto, su enojo y sus insultos servían para entretener a la audiencia. Luego, esos fragmentos de furia eran empaquetados por sus seguidores en las redes, y convertidos en videos de YouTube, y posteos de Twitter y Facebook, siempre con titulares escandalosos y agresivos.

Milei apareció en la intersección de varios fenómenos que no son exclusivos de Argentina, y que se han potenciado para fomentar la aparición de líderes extremos, que repiten ciertas características: desprecio por el diálogo democrático, mesianismo, promoción de ideas radicales y una fuerte carga de misoginia.

El machismo, la homofobia, la vulgaridad y las alusiones sexuales son parte crucial del personaje público de macho alfa que también cultivan líderes como Jair Bolsonaro en Brasil y Donald Trump en Estados Unidos.

Al insultar y humillar a mujeres, le hablan a un tipo especial de público: los *incel* (acrónimo de *involuntary celibate*, o célibe involuntario), una subcultura que canaliza sus traumas y dificultades sexuales en agresividad y odio hacia las mujeres y, por derivación, hacia el feminismo y, más en general, el progresismo.

Esta subcultura, muy activa en redes sociales, encontró pronto en Milei a un ídolo a quien seguir. Y su agresividad se vio favorecida por el algoritmo de YouTube, movido por un solo principio: maximizar el *engagement* (compromiso) de la audiencia. El algoritmo sabe que los seres humanos nos quedamos pegados a la pantalla si nos ofrece contenidos que movilizan nuestras emociones más básicas: rabia, miedo, furia. Y así, personas apolíticas o moderadas pronto se encontraron con que su cuenta de YouTube les ofrecía, o reproducía automáticamente, contenidos como el de Milei humillando a una mujer, con titulares y comentarios que lo enmarcaban, no como un violento o un agresivo, sino como un héroe, un valiente que se atrevía a decir las cosas tal como son.

Y los *likes* crecieron y crecieron.

Guasón

En 2019, la película *Joker* (*Guasón*) se convirtió en un fenómeno cultural en todo el mundo. El filme muestra cómo un hombre con graves problemas psiquiátricos, maltratado y aislado por la sociedad, tiene su venganza cuando llega a convertirse en un líder popular, cabecilla de una masiva y violenta protesta contra el *establishment*.

Pronto el Joker saltó del cine a la calle. Durante las protestas sociales de ese año en lugares como Chile, Ecuador, Bolivia, Líbano y Hong Kong, muchos manifestantes adoptaron la máscara y el traje del villano como sus uniformes. Por esos días, en una nota titulada «La máscara del Joker, nuevo símbolo de las protestas sociales», la revista francesa *Les Inrockuptibles* explicaba el efecto de «proyección» que lo convierte en «el último símbolo de estos movimientos».

Cinco años después, en 2024, *Joker 2,* un musical que incluía a Lady Gaga, fue el naufragio más sonado de la temporada cinematográfica mundial. Fracasó en todo el planeta… excepto en Argentina. Varias notas de la época dan cuenta de la curiosa excepcionalidad del único país en que *Joker 2* tuvo un estreno exitoso.

Por esos días, Argentina vivía su enamoramiento con Javier Milei, ya convertido en presidente de la República. Hastiados por la corrupción y la ineficiencia de la élite dirigente, los argentinos habían decidido votar por el Loco Milei, pese (o debido) a sus arranques de furia y su incapacidad para seguir las reglas del debate civilizado.

El mismo Milei había explicado los orígenes de su ira. Según su propio relato, fue un niño abusado por su padre, quien lo golpeaba brutalmente con la connivencia de su madre, y tuvo a su hermana Karina como única fuente de cariño.

Soñó con ser rockero (formó una banda de *covers* de los Rolling Stones, Everest*)* y futbolista (fue arquero en las series inferiores de Chacarita Juniors, pero no logró jugar a nivel profesional). Terminó estudiando Economía. Egresó de la Universidad de Belgrano e hizo un posgrado en el

poco prestigioso Instituto de Desarrollo Económico Social.

Era un personaje secundario, muy lejos del círculo de los elegidos en su especialidad, de aquellos con doctorados en universidades de primer nivel mundial, con *papers* de prestigio o investigaciones relevantes.

Pese a su escueto currículum académico, a Milei lo suelen presentar en actos oficiales como «doctor». En la solapa de uno de sus libros, se atribuye un imaginario «doctorado en Economía de la Universidad de California».

Su carrera literaria tampoco le trajo prestigio; al parecer es incapaz de escribir un libro por sus propios medios. Una y otra vez, se ha demostrado que sus publicaciones están repletas de plagios, incluyendo su autobiografía *El camino del libertario*.

Hizo una pasantía en el Banco Central, donde sus dos jefes hicieron informes negativos de su trabajo por conducta desordenada y por no poder completar tareas en inglés, pese a que en su postulación había afirmado dominar el idioma. Le mostraron la puerta de salida. Años después, Milei se grabaría poniéndose un disfraz de superhéroe (General Ancap) para pegarle con un martillo a una maqueta del edificio de ese Banco Central que lo rechazó.

Tampoco en el mundo de la empresa privada que tanto admira fue protagonista de algún emprendimiento. Milei trabajó en una consultora de empresas y luego entró a Corporación América, un grupo empresarial liderado por Eduardo Eurnekian, conocido por sus estrechos vínculos con el mundo político, y por haber obtenido la concesión, por parte del Estado, de los aeropuertos del país. Una muestra perfecta de la casta que Milei tanto abomina.

Según la biografía *El loco*, de Juan Luis González, Milei se convirtió en el bufón personal de su jefe, a quien «hacía descostillar de la risa. "Es que es un loco este, es un loco", decía Eurnekian, atragantado por las carcajadas, cuando el economista le hacía alguna broma».

Según González, «Eurnekian tuvo muchísimo que ver en su éxito mediático. Fue su *sponsor*», y quien orquestó sus primeras apariciones en América TV, canal del cual el empresario era uno de sus dueños.

Luego, las lógicas del *rating* y los algoritmos hicieron lo suyo. En apenas cinco años, Javier Milei pasó de guasón despreciado a presidente de la República.

Los conversos

Esta noche cae un diluvio sobre Buenos Aires, lo que augura una noche algo más tranquila en el Barrio 31, conocido como la villa miseria más antigua de la capital argentina. La más antigua y la más visible. Las construcciones informales se levantan a las espaldas de las vías de trenes de la estación Retiro, al lado del tradicional barrio Recoleta y muy cerca del centro de la capital.

En medio de su privilegiada ubicación, Barrio 31 aparece como una mancha de pobreza, delincuencia y narcotráfico, en la que la policía prefiere no aventurarse. El conductor de Uber nos deja claro hasta dónde puede llegar: un McDonald's en la boca de la villa.

A una corta caminata de ahí está el Bar Liberty 31, que en verdad es una botillería decorada con propaganda libertaria. El nombre no es casualidad. Su dueño, Héctor Espinoza, es un activo militante libertario, y el Liberty 31 fue escenario de uno de los actos de campaña de Milei, cuando lanzó su fulgurante carrera política como candidato a diputado en 2021.

Héctor nos cuenta que creció en la provincia de Jujuy, en un hogar pobre, sin agua ni luz, hijo de una mujer analfabeta que vendía productos en la calle. Dice que desde niño aprendió que el Estado no era una ayuda, sino un obstáculo para las familias que querían salir adelante.

—Mi mamá iba a vender en la calle y la policía la expulsaba. Ella lo único que iba a hacer es buscar unos mangos, plata para darles de comer a sus hijos —recuerda.

Encontrar a Milei y su discurso libertario fue una epifanía.

—Cuando lo descubrí, me di cuenta de toda esta gran mentira que me vendieron, y descubrí que yo era un gran liberal y gran capitalista, y por lo tanto abracé las banderas y hoy milito por eso —declama.

Como parte de esa militancia, Héctor escogió el Barrio 31 para instalar su negocio como una opción ideológica. En la marginalidad y el abandono del Estado, Héctor ve una oportunidad: llevar adelante su utopía libertaria.

—El Barrio 31 es un bastión del liberalismo, porque predomina el comercio. Es el único lugar donde las garras del Estado, desde el punto de vista burocrático, no impiden el libre ejercicio del comercio. Hay peluquerías que tienen mucha demanda, la gente hace cola los domingos para atenderse, pero no tienen la aprobación del Estado ni nada —explica.

—Los impuestos son un robo —repite Héctor a coro con su líder, y se felicita de un cambio cultural que percibe en Argentina—. No es la misma lógica de hace treinta años, cuando la gente se sentía orgullosa de pagar impuestos. Hoy la gente se siente orgullosa y hasta patriota de no pagarlos.

Un cambio promovido desde el poder. Por esos días, el presidente Milei alentaba a sus partidarios a no pagar los impuestos de la provincia de Buenos Aires, como parte de su enfrentamiento con el gobernador kirchnerista Axel Kicillof.

¿Un presidente llamando a violar la ley? Sí. Es un jefe de Estado que, aun desde ese cargo, se sigue refiriendo al Estado que él lidera como el «enemigo» y una «organización criminal», y se ufana de que «nadie odia al Estado tanto como yo».

¿Cómo llegó a esto Argentina? ¿Cómo un país culto, cuna de grandes científicos e intelectuales, eligió a un extremista con evidentes problemas conductuales como presidente de la República? Volvamos un poco atrás. Para entender la locura del presente, entendamos la locura del pasado.

Pizza con champán

—La Argentina arrancó el siglo xx siendo el país más rico del mundo —repitió una y otra vez Javier Milei, durante su campaña presidencial.

Y prometió el regreso a esa época dorada:

—Si aplicamos todas las reformas promercado, en los primeros 15 años nos podríamos parecer a Italia o Francia; en veinte años a Alemania; en 35 a

Estados Unidos.

¿Fue Argentina el país más rico del mundo? Es un mito persistente, mucho antes de Milei. Aunque no hay cifras oficiales de producto interno bruto (PIB) para esos años, el Proyecto Maddison calculó alguna vez que Argentina tuvo el mayor PIB per cápita del mundo en 1896. Luego, corrigió su estimación, al sexto lugar. Para 1913, según estos cálculos, aún estaba en el *top* 10, por encima de Alemania y Francia.

Si bien tenía un alto PIB per cápita para la época, Argentina era una economía básica, que dependía del alto precio que por entonces tenían las materias primas que exportaba, como lana, carne y trigo. No había creación de tecnología, conocimiento avanzado, una base industrial ni un mercado interno como el que sí tenían por esos años países como Estados Unidos o el Reino Unido. Este modelo agroexportador sufrió sucesivas embestidas entre 1914 y 1945, con las guerras mundiales y la crisis del 29.

Para los liberales (y no solo los libertarios), el punto de inflexión se produce entonces. En 1946, el peronismo llega al poder en Argentina, iniciando, según *The Economist*, «una sucesión de populistas económicamente analfabetos» que llevaron a Argentina «a la ruina».

Juan Domingo Perón se encontró con restricciones en los mercados externos y escaso capital internacional, el que se centraba en el Plan Marshall para la reconstrucción de Europa. Pero, en vez de ajustarse el cinturón, Perón aumentó el gasto social, el que financió mediante un coctel de emisión y deuda. Desde entonces, el déficit fiscal y la inflación se convirtieron en problemas inveterados de la economía argentina.

Sin embargo, durante esos años Argentina seguía creciendo. Es desde 1976, con el golpe que instaura la dictadura militar, que sus cifras de PIB per cápita se divorcian en definitiva de las de Australia, y, luego comienzan a ser superadas por países vecinos como Uruguay y Chile. Ya en democracia, primaveras de prosperidad, como las de Menem en los noventa y Kirchner en los 2000, han sido efímeras, y sucedidas por profundas recesiones o crisis inflacionarias.

El ciclo interminable de esperanza y decepción, de euforia y depresión, ha

marcado a generaciones de argentinos.

La primera vez que me tocó reportear en Argentina fue en 2001, para un evento a medio camino entre la política y el espectáculo. El expresidente Carlos Menem se casaba con la ex Miss Universo chilena Cecilia Bolocco.

Menem es el único expresidente argentino contemporáneo al que Javier Milei dice admirar. Llegó a la presidencia en 1989, en medio del ciclo de la rabia: el desastre inflacionario en que terminó el primer gobierno democrático posdictadura, del radical Raúl Alfonsín. Menem hizo campaña como un peronista clásico, pero apenas llegó al poder viró hacia recetas neoliberales: ajuste, privatizaciones y estricta sujeción a los dictados del Fondo Monetario Internacional.

En el corto plazo, funcionó. Menem domó la inflación y logró una era de fugaz prosperidad, que en Argentina se recuerda como «los años de pizza con champán», una fiesta de consumo de nuevos ricos encandilados con una frivolidad efímera. El propio Menem mostraba esa dualidad, con su discurso rústico, su acento provinciano, sus patillas anticuadas, y su gusto por socializar con el *jet set* de rockeros y supermodelos internacionales. Hasta casarse con una de ellas.

En 2001 la fiesta ya se había acabado. Menem había dejado el gobierno en 1999, en medio de una crisis galopante. La clave de la pizza con champán había sido la paridad entre dólar y peso, lograda por el ministro de Economía Domingo Cavallo gracias a los grandes capitales que habían entrado al país por las privatizaciones de las principales empresas públicas. Pero esa jugada solo podía hacerse una vez. Mantener la paridad sin un flujo constante de divisas frescas obligaba a un endeudamiento cada vez más insostenible.

El sucesor de Menem, el vacilante radical Fernando de la Rúa, intentaba mantener la estantería en pie. Mientras, Menem planificaba su regreso al poder. Y ese matrimonio con una celebridad era el primer paso.

Fue un evento masivo, escenificado en La Rioja, la provincia que era el feudo político de Menem. Tres mil riojanos llegaron al polideportivo local para degustar un plato de locro, el platillo típico de la zona, gentileza de los

novios.

Locro y champán. Los novios brindaron con espumante de las bodegas. Menem, mientras miles de riojanos disfrutaban su colación junto a un vaso plástico de gaseosa, y el vestido marfil que vestía Bolocco, obra de la exclusiva diseñadora colombiana Silvia Tcherassi, soportaba mal el agobiante calor de la tarde riojana.

En la noche, la pareja se trasladó a Anillaco, la ciudad natal de Menem, para un acto más íntimo. Mientras la prensa esperaba afuera, logré colarme por algunos minutos en el salón donde los novios recibían a las fuerzas vivas de la comunidad local.

Menem estaba sentado frente a una larga fila de personas. Una por una, se acercaban, inclinaban una rodilla en el piso y se agachaban a besar el anillo de oro y ónix que el político siempre llevaba en el dedo anular de la mano izquierda.

—Es una tradición local —me explicaron.

Apenas seis días después del matrimonio, Menem cayó en arresto domiciliario, acusado de ser el líder de una asociación ilícita de tráfico de armas. Como tantas veces en la historia argentina, el Poder Judicial había hecho vista gorda de la corrupción de los poderosos durante sus años de gloria, pero apenas estos se debilitaban, la mano de la justicia caía sobre ellos. Cosa similar pasaría luego con la corrupción de los Kirchner.

Mientras Menem veía arruinada su luna de miel, Argentina estaba a punto de estallar en pedazos. El modelo de paridad, sostenido porfiadamente pese a la evidencia, había llegado a su punto de quiebre. El 1.° de diciembre el ministro Domingo Cavallo, a quien De la Rúa había recurrido como salvador para su tambaleante gobierno, anunció un «corralito» a los retiros bancarios. Era una medida desesperada para evitar una ola de pánico bancario.

El anuncio desató la indignación popular. El 20 de diciembre, en medio de protestas, saqueos y 39 muertos, De la Rúa escapó de la Casa Rosada en helicóptero. En 11 días hubo cinco presidentes: De la Rúa; el presidente del Senado, Ramón Puerta; el presidente provisional, Adolfo Rodríguez Saá; el

presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, y el nuevo -presidente provisional, Eduardo Duhalde.

«¡Que se vayan todos!» era la consigna popular. Por cierto, no se fueron. Duhalde, un peronista rival de Menem, quedó a cargo de mantener a flote un país destruido.

En noviembre de 2002 volví a Argentina. Esta vez, a la provincia norteña de Tucumán. La noticia era impactante. En Argentina, el «granero del mundo», el cuarto mayor exportador de carne de vacuno del planeta, cuatro niños habían muerto de hambre.

De Tucumán recuerdo los enormes esqueletos de fierro que se alzaban junto a la ruta, restos de los ingenios azucareros que en su momento habían sido el motor económico de la provincia, y cuyo cierre había gatillado una larga decadencia.

Recuerdo el hospital local, con las camas llenas de esos cuerpos que tantas veces hemos visto en las noticias sobre África: cuerpos de niños esqueléticos, con la piel pegada al hueso, y con el abdomen inflado por los parásitos.

De Tucumán recuerdo a una madre que me contaba que su bebé estaba enfermo, pero que habían tenido la bendición de que tuviera el pelo muy clarito.

—Como un ángel —me decía, con ternura.

Y recuerdo a un médico explicándome que los niños desnutridos suelen tener el pelo decolorado, debido a la falta de hierro y proteínas.

Recuerdo no haber tenido el valor para contárselo a esa madre. Recuerdo haber pensado que así terminaba la fiesta de la pizza con champán. Con esta horrible resaca de niños que morían de hambre.

La grieta

En 1972, mientras vivía su exilio en España, a Juan Domingo Perón le preguntaron cuál era la división ideológica en su país. El viejo caudillo respondió:

—Mire, en Argentina hay un tercio de radicales, un tercio de conservadores y otro tercio de socialistas.

—Y entonces, ¿dónde están los peronistas? —le preguntó un periodista.

—¡Ah, no, peronistas somos todos! —contestó con una sonrisa.

En 2003, en las elecciones posestallido, la frase de Perón se hizo carne. Los tres candidatos con opciones de ganar eran, todos, peronistas.

El expresidente Carlos Menem se presentaba por el Frente por la Lealtad, apuntando al voto de derecha. Un poco conocido gobernador patagónico, Néstor Kirchner, iba por el Frente para la Victoria, respaldado por el presidente interino, Duhalde, para frenar a su enemigo jurado, Menem. Y también se postulaba Adolfo Rodríguez Saá, al mando del Frente Movimiento Popular. Rodríguez había alcanzado a gobernar siete días en medio de la crisis de 2001 hasta que, al parecer víctima de un ataque de pánico, escapó de Buenos Aires para refugiarse en su provincia de San Luis, y desde ahí renunció a la más alta investidura de la Nación.

Menem ganó la primera vuelta con 24% de los votos, contra 22% de Kirchner. Sin embargo, en la segunda vuelta, el antimenemismo se unía en torno a Kirchner (las encuestas mostraban un 30-70%), por lo que el expresidente renunció a competir. Así dejaba en una difícil posición al nuevo presidente. Kirchner era un desconocido, sin maquinaria política propia, sin mandato popular (apenas un 22% de los votos) enfrentado a la tarea imposible de gobernar uno de los países más ingobernables del mundo en ese momento.

Menem pensó que Kirchner caería pronto, y que lo irían a buscar a La Rioja como salvador. Pero Néstor Kirchner asumió en el momento justo. Con la moneda devaluada, pudo colgarse de la bonanza del *boom* de los *commodities* y relanzar las exportaciones, ahora basadas en la bonanza de la soya. En los cuatro años de gobierno de Néstor Kirchner, Argentina volvió a la parte maniaca de su ciclotimia: la economía creció a un 8% anual, la pobreza cayó del 62 al 35%; y el desempleo pasó del 20 al 9 por ciento.

Pero, en vez de normalizar la economía y prepararla para las vacas flacas, Kirchner aprovechó el maná de dólares frescos para deshacer las reformas

de Menem. Volvió a agigantar el Estado, reestatizó Aerolíneas Argentinas y otras empresas, y aumentó el gasto fiscal.

Tampoco normalizó la política. En cambio, decidió fundar una dinastía política. En vez de buscar la reelección, le cedió el paso a su esposa, Cristina Fernández de Kirchner. Turnándose en el poder, «los K» podrían gobernar eternamente.

Cristina tomó la posta en 2007, y ganó una cómoda reelección en 2011. Mientras la prosperidad del *boom* de los *commodities* comenzaba a desvanecerse, Cristina se atrincheró en una postura cada vez más mesiánica y confrontacional. Se enfrentó al grupo mediático *Clarín*, intervino las estadísticas económicas oficiales, denunció a políticos y medios opositores, lideró el crecimiento de una red de corrupción cada vez más descarada, y así fue cavando lo que llegó a llamarse «la grieta», una profunda división de la sociedad entre kirchneristas y antikirchneristas.

En enero de 2015, Alberto Nisman, un fiscal que investigaba el atentado de la AMIA, fue encontrado muerto en su departamento. Cuatro días antes, Nisman había denunciado a la presidenta Fernández por un supuesto encubrimiento en la causa. La misteriosa muerte del fiscal profundizó aún más una grieta en que las autoridades ya no eran sospechosas solo de corrupción, sino también de homicidio.

Cristina también estatizó los fondos de pensiones, lo que le permitió subir las jubilaciones en el corto plazo, pero dejando en una situación imposible las finanzas públicas a futuro. La irresponsabilidad del «pan para hoy, hambre para mañana» una vez más dominó la política económica argentina.

Néstor Kirchner murió de manera repentina en 2010, acabando la idea de la reelección eterna de la pareja en el poder. En 2015, llegó a la Casa Rosada Mauricio Macri, un empresario de derecha que había ganado popularidad como presidente del club de futbol Boca Juniors, y que había pasado años tejiendo una red de distintas fuerzas antikirchneristas.

Macri prometía reformar a Argentina con una política económica racional (reducción del Estado y de los subsidios, balance del gasto público) y una política partidista también más corriente. Lejos del «peronistas somos

todos», ahora Argentina tendría una fuerza de centroderecha (el PRO de Macri) y una de centroizquierda (el peronismo kirchnerista).

Macri buscó reformas graduales y progresivas, pero se encontró en el peor de los mundos: no logró ni controlar la inflación (que se mantuvo entre 30 y 50% anual durante todo su mandato), ni reactivar la economía (que se contrajo en tres de sus cuatro años de gobierno). En 2018, Argentina volvió a encontrarse en uno de sus habituales callejones sin salida: no tenía dinero para pagar sus deudas y, ante el riesgo de un *default*, el valor del peso se desplomó.

Macri tuvo que endeudarse aún más. El FMI le entregó el mayor salvavidas en la historia del organismo: 50 000 millones de dólares. Abatido, el presidente argumentó en una entrevista que «veníamos bien, pero de golpe pasaron cosas». El «pasaron cosas» se convirtió en un meme y un símbolo de la impotencia de Macri para enfrentar la crisis.

En 2019, un nuevo episodio de pánico bancario generó otra espiral de devaluaciones del peso. Argentina llegó a tener el mayor riesgo país del mundo, el indicador que mide la confianza de inversores. Macri había fracasado en todas sus promesas: la inflación, la pobreza, el endeudamiento y el crecimiento estaban peor que cuatro años atrás.

Es justo en este momento cuando Javier Milei se convierte en un fenómeno mediático. El abrupto fracaso de la derecha gradualista («socialistas con buenos modales», como los definía Milei) abre paso a sus recetas de *shock*, radicales y tajantes, para solucionar la crisis.

Ante la debacle de Macri, el kirchnerismo volvió al poder, con una curiosa fórmula. La expresidenta Cristina Fernández, la encarnación viva de la grieta, amada por la mitad del país y odiada por la otra mitad, se postuló a vicepresidenta y designó a una figura más moderada, Alberto Fernández, para la presidencia.

Este engendro político sirvió para ganar las elecciones, pero no para gobernar. Alberto tenía la presidencia, pero Cristina controlaba el poder: los caciques provinciales, las bases peronistas, los diputados, los senadores e incluso la mitad del gabinete respondían a ella, no al teórico jefe de Estado.

Esta coda triste del kirchnerismo se fue desvaneciendo en medio del evidente vacío de poder, los errores en el manejo de la pandemia y las revelaciones cada vez más groseras sobre la endémica corrupción de la era K.

El kirchnerismo ya no tenía respuestas. La derecha tradicional había desperdiciado su oportunidad. Y un economista melenudo y desequilibrado lanzaba su carrera política *aggiornando* el «¡Que se vayan todos!» de 2001. Ahora los políticos eran la «casta inmunda» que él barrería del poder. Claro que, al convertirse él mismo en político, también había metamorfoseado a ese agresivo economista anarcocapitalista en una figura con una ideología aún más violenta y peligrosa para la democracia.

El fanático

Javier Milei es un fanático. No solo en cuanto al fervor con que cree en ciertas causas, sino en la forma desmedida en que idolatra a ciertas personas. Milei ve el mundo en blanco y negro, dividido en buenos y malos, en ídolos y villanos. La grieta es tajante, absoluta. No obstante, a diferencia de otros caudillos megalómanos, como Donald Trump o Elon Musk, que solo se idolatran a sí mismos, Milei combina ese narcisismo con una necesidad de adorar a un otro infalible.

Su primer ídolo fue Murray Rothbard, un economista menor, heredero de la escuela austriaca de Friedrich von Hayek. Rothbard, fallecido en 1995, llevaba los ideales neoliberales al extremo, abogando por eliminar el Banco Central y calificando los impuestos como un «robo legalizado a gran escala». Son expresiones que Milei copiaría al pie de la letra.

Rothbard también consideraba que la democracia es «incompatible con una sociedad libre». Como ponía el derecho de la propiedad por encima de cualquier otro, defendía la existencia de un libre mercado de compra y venta de órganos. Y, como consideraba a los hijos propiedad de sus padres, también defendía la existencia de un mercado de niños. «Si un padre puede tener la propiedad de su hijo, puede transferirla a terceros […]. En una

sociedad absolutamente libre, puede haber un floreciente mercado libre de niños», postulaba. Con la misma lógica, los padres podían deshacerse de su propiedad, teniendo el derecho «a dejar morir [por ejemplo, no dándole alimento] a un niño deforme».

En todo caso, Rothbard confiaba en que, en su paraíso libertario, sería más rentable para los padres vender a un niño que matarlo. Deshacerse gratis de un activo con valor en el mercado sería un mal negocio. Por lógica económica, el infanticidio sería desaconsejable como inversión.

Estas ideas para Milei fueron una revelación. Comenzó a repetirlas y difundirlas. La compra y venta de órganos, explicó, debería ser legal. «Mi primera propiedad es mi cuerpo. ¿Por qué no voy a poder disponer de mi cuerpo?».

¿Debería también haber un mercado de venta de niños, como proponía su gurú? «Si yo tuviera un hijo, no lo vendería», contesta Milei, pero «la respuesta depende de en qué términos estés pensando, quizás de acá a doscientos años se podría debatir».

En 2022, cuando argumentaba contra las leyes de protección laboral, se le planteó que tener que elegir entre trabajar 18 horas diarias o pasar hambre no era una elección libre.

—¿Cómo que no? También podés elegir morirte de hambre, y morirte — rebatió Milei.

Ya como presidente, a propósito de sus medidas contra jubilados y comedores populares, esa crueldad, esa prioridad de la pureza de la teoría por sobre el sufrimiento humano, volvería a aparecer.

Pero ni aun las declaraciones más escandalosas apagaban su estrella. En 2021, Javier Milei lanzó su candidatura a diputado por Buenos Aires como cabeza de La Libertad Avanza. Como compañera de fórmula eligió a Victoria Villarruel, mostrando su alianza con los sectores más extremistas y antidemocráticos de la derecha argentina.

Villarruel es hija de un exmilitar carapintada, un grupo de uniformados que se levantaron contra el gobierno democrático de Raúl Alfonsín en defensa de los represores condenados por crímenes de derechos humanos

durante la dictadura. Villarruel ha dicho que considera a esos criminales de lesa humanidad «presos políticos» y «salvadores» del país contra el terrorismo. Dos años después, se instalaría junto a Milei como vicepresidenta de la República.

A esas alturas ya era evidente la deriva de Milei hacia la órbita de su nuevo ídolo, el *influencer* de extrema derecha Agustín Laje, también defensor de los represores e ideólogo de una derecha radical que se considera baluarte en una guerra cultural contra una conspiración de comunistas, feministas, artistas, científicos, homosexuales y promotores de la libertad sexual.

«No quiero estar obligado a respetar a un comunista, a un cerdo como Maradona» era una de las provocaciones con que Laje solía electrizar a sus fanáticos.

De modo que Milei, tal como lo había hecho con Rothbard, ahora empezó a copiar las frases de Laje contra los «progres»:

—Los zurdos son el club de las porongas cortas. Zurdos hijos de puta, tiemblen.

Cuando solo idolatraba a Rothbard, había dicho no tener problemas con la homosexualidad, e incluso había deslizado haber tenido experiencias de ese tipo («muchos tríos, el 90% de ellos con dos mujeres»). Es lógico: ¿por qué nadie habría de entrometerse en lo que dos personas adultas hicieran voluntariamente con sus cuerpos?

Pero ahora empezó a adoptar el lenguaje ofensivo de Laje y sus integristas contra la diversidad sexual.

—Si quieres estar con un elefante y tienes el consentimiento de ese elefante, eso es un problema entre tú y el elefante —señaló.

Diana Mondino, futura canciller de Milei, hizo otra analogía sobre su «tolerancia» hacia la homosexualidad.

—Si prefieres no bañarte y estar lleno de piojos y es tu elección, ya está. No te quejes luego si hay alguien a quien no le gusta que tengas piojos —dijo.

Además, Milei tuvo una conversión mística hacia la ortodoxia judía. Su nuevo ídolo esta vez fue el rabino Menachem Mendel Schneerson, un líder

jasídico ultraconservador. En su escalada mesiánica, Milei comenzó a compararse con Moisés:

—Si lo criticaban a Moisés, ¿cómo no me van a criticar a mí?

Mientras, a Francisco (Jorge Bergoglio), el papa argentino, lo trató de «imbécil», «con afinidad con comunistas asesinos» y «enviado del Maligno en la tierra». Milei, por otra parte, era el representante de «las fuerzas del cielo», otra cita bíblica.

En vez del Dios misericordioso del Nuevo Testamento, Milei prefiere al Dios guerrero y vengativo del Antiguo Testamento. De ahí vienen sus referencias, sus citas y sus amenazas contra «traidores» y «enemigos», que suele escribir en redes sociales directamente en hebreo.

El Milei político, por lo tanto, mezclaba cuatro personajes en uno: el anarcocapitalista que odia al Estado en nombre de la libertad absoluta; el guerrero cultural que odia al progresismo en nombre de los valores tradicionales; el fanático ortodoxo que odia al secularismo en nombre de Jehová; y el revisionista que odia los derechos humanos en nombre de una «verdad alternativa» sobre la represión en la dictadura.

Esa criatura de cuatro cabezas fue la que se postuló a la presidencia de la República.

La licuadora

Los meses de campaña en 2023 fueron tumultuosos. El ministro de Economía, Sergio Massa, asumió en paralelo como candidato presidencial del oficialismo. En su desesperación, el kirchnerismo actuó con un desenfado indignante.

La campaña fue un muestrario de lo peor del peronismo.

El candidato-ministro usó el Estado a su antojo para hacer proselitismo, repartiendo a diestra y siniestra bonos, subsidios y exenciones de impuestos. Lo bautizaron «plan platita». También hubo un «plan *freezer*»: congelar las alzas por decreto hasta después de las elecciones. Por supuesto, el candidato Massa le generó al ministro Massa un caos financiero. El déficit fiscal se

disparó y la inflación trepó al 140% anual, la más alta del mundo.

Sí, Milei es un desequilibrado. Pero Massa era Dr. Jekyll & Mr. Hyde, deshaciendo como candidato lo que hacía como ministro.

El loco le ganó al esquizofrénico, con una canción y una imagen. La canción: «¡La casta tiene miedo!». La imagen: Milei blandiendo una motosierra.

Después de derrotar a Massa, la motosierra libertaria entró como una tromba: apenas asumió, Milei eliminó diez ministerios, cortó los subsidios al transporte y la energía, paralizó las obras públicas y frenó las transferencias a las provincias y a instituciones sociales, como los comedores populares.

Pero el factor clave de la terapia de *shock* no sería la motosierra, sino un instrumento más silencioso y eficaz: la licuadora contra los jubilados.

Las pensiones son la mayor parte del gasto social del Estado argentino. Si se congelan mientras la inflación se desata, las jubilaciones se «licúan». En los primeros meses de mileísmo, en medio de una inflación galopante, perdieron cerca de un tercio de su valor real.

Andrea González, jubilada, suma a sus pesares el recorte en la entrega de remedios y la licuación de su pensión.

—Estamos mal, remal. Ya no me alcanza —se lamenta mientras espera por su plato de comida en uno de los comedores que aún sobreviven.

—A mí me da vergüenza. Juro que me da vergüenza venir. Está pesado —me dice otra pensionada, Inés Vega.

—No nos rinde la plata. Yo soy pensionada, pero no me alcanza.

—Estamos en los niveles de ingresos por jubilación más bajos de los últimos 15 años. Entonces, los jubilados que pertenecen a clases medias bajas han caído en la pobreza —analiza Agustín Salvia, del Observatorio de la Deuda Social.

La respuesta la da Lilia Lemoine, diputada libertaria, *excosplayer*, expareja de Milei y una de las figuras más populares del nuevo oficialismo:

—Los jubilados nunca estuvieron bien. Yo tengo 43 años y recuerdo que los jubilados han estado muy muy mal y comiendo de la basura en muchas épocas. No es la primera vez.

El hambre

Es 2024, Javier Milei es el presidente de la República y estamos en Villa Soldati, uno de los barrios más pobres de la ciudad de Buenos Aires. Entre las estrechas callejuelas y las precarias edificaciones de dos pisos, comienza a formarse una larga fila.

Cae una lluvia fina, pero nadie se mueve de su puesto. Son cientos de personas. Hay sobre todo adultos mayores, pero también hombres, niños y mujeres cargando bebés. Es mediodía y el comedor popular de Los Piletones está por abrir.

Shady es la jefa de cocina. Está desde las siete de la mañana en su puesto de trabajo. Ella es una generala al mando de una operación industrial, donde se mueven en cuidada coreografía enormes ollas con fideos, polenta y salsa de carne. La demanda en estos días es «demasiada», me dice Shady, en medio de los vapores de la cocina.

—A veces cocino cuatro ollas de comida y no me alcanza. A veces nosotras nos vamos sin comer —dice apuntando a sus colaboradoras.

La demanda se desató «desde que subió el gobierno de Milei. Imagínate cuánta gente hay afuera ahora», concluye.

Solo en este comedor se están repartiendo cerca de 3 500 raciones de comida al día.

Al llegar al poder, Milei hizo algo inusual en Argentina: cumplió algunas de sus promesas de campaña. Y, tal como había advertido, aplicó terapia de *shock*: desreguló los precios de productos básicos y eliminó subsidios al transporte y la electricidad. Para mujeres como Rosana, que hoy espera por su plato de comida, el efecto fue devastador.

—Subió todo, todo. El colectivo, la leche, el pan, la gaseosa, la carne. Todo subió. Está muy difícil. Cada vez hay más desocupados. No sé qué va a pasar, la verdad, no sé qué nos depara esto.

Eduardo tiene trabajos esporádicos, y desde hace seis meses ya no le alcanza: debe venir todos los días aquí para tener un plato de comida.

—Este gobierno lo que hizo fue empeorar la cosa. Se la agarró con todos

los pobres, con la gente trabajadora —se desahoga—. Y, encima, le sacó los planes a todo. No llega la comida a los comedores. O sea, se la agarró contra el pueblo.

Los comedores populares son parte fundamental de la red de asistencia social argentina. Existen unos 4 200, la mayor parte de ellos dependientes de la ayuda del Estado. Los Piletones es uno de los más grandes. Lo fundó hace 28 años Margarita Barrientos, vecina de Villa Soldati. Hoy brinda servicios de panadería, atención de salud, farmacia, sala cuna y jardín infantil para miles de vecinos. Margarita es una especie de Eva Perón reencarnada a quien sus beneficiados le piden desde bendiciones hasta zapatillas.

—En los últimos meses se ve mucha gente desocupada, mucha gente en la calle, mucha gente que nunca [antes] vino al comedor. Asiste mucha gente con familia que está en la calle porque no puede pagar el alquiler. Venden lo poquito que tienen para seguir viviendo bajo techo —nos cuenta Margarita.

Barrientos, de ideología más bien conservadora, apoyó la campaña de Javier Milei, pero ahora denuncia el efecto de los cortes de financiamiento a comedores populares.

—Yo creo que tendría que conocer lo que hacemos. Tendría que conocer el sacrificio que hace la gente todos los días, desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, de lunes a sábado. Esta gente que está acá no recibe un sueldo. Trabajan, cocina, lavan baldes, hacen la limpieza —reclama.

Los Piletones sobrevive gracias a que tiene otras fuentes de financiamiento, del Gobierno local y de privados. Milei instruyó frenar la repartición de productos, con lo cual 5 000 toneladas de alimentos no perecederos quedaron guardados en almacenes, mientras, según el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA), uno de cada tres niños y adolescentes sufre carencias alimentarias.

¿Por qué negarles la comida a los que sufren? El Gobierno primero argumentó que muchos de los comedores inscritos «no existían o eran "truchos" o no tenían la cantidad de gente que decían tener». Después de que un juez ordenara repartir los alimentos, la explicación cambió. «Estos

alimentos son reservados de forma preventiva para emergencias o catástrofes», fue la nueva línea oficial.

Como en Tucumán, el hambre, de nuevo el hambre en el granero del mundo.

—La gente no llega a fin de mes, presidente —le decía un periodista a Milei en esos días.

—Si la gente no llegara a fin de mes, se estaría muriendo en la calle —fue la respuesta del jefe de Estado.

Norma

¿Es cierto que, como denuncia el Gobierno, gran parte de esa ayuda social terminaba desperdiciada o manejada por partidos políticos?

Para verificarlo vamos al Barrio Cildáñez, en un sector periférico de Buenos Aires. Aquí una olla popular financiada con fondos públicos era manejada por La Cámpora, un órgano liderado por Máximo, hijo de los Kirchner.

La Cámpora es una red que combina proselitismo político pro-K con presencia en terreno, sirviendo de aduana de las ayudas sociales en los barrios.

Jimena Gómez es la joven puntera de La Cámpora en Cildáñez. En su oficina, decorada con afiches de Cristina y Evita, Jimena nos cuenta la historia combativa de esta villa miseria, que resistió los intentos de desalojo en la década de los sesenta, hasta que el Estado aceptó urbanizarla.

—Cuando a veces el Estado no llega a cada rincón del país, está la militancia para asistir y ayudar —dice Gómez. Por «la militancia» se refiere a La Cámpora.

Su oficina es un depósito de mercadería. Los vecinos, especialmente adultos mayores, pasan a saludar. Son recibidos con un mate y una conversación, y se van a sus casas con bolsas de yerba, azúcar, harina o arroz. Para los vecinos es parte de la rutina acudir a La Cámpora en busca de ayuda. ¿Falta comida? Hay que ir a La Cámpora. ¿Hay que conseguir

atención para un enfermo, una silla de ruedas para un adulto mayor postrado, o zapatos para que un niño vaya al colegio? La Cámpora proveerá.

«Compañero» o «compañera» es el saludo de protocolo entre militantes y beneficiarios. ¿No se confunde la ayuda social con la política partidista?

—No, a los vecinos y vecinas que ayudamos no le preguntamos a quién votaron. Capaz que los que vienen a nuestra olla han votado a Milei, y nosotros no le vamos a negar un plato de comida a nadie —responde Gómez.

Claro que este esquema está en riesgo. El nuevo Gobierno federal ha cortado toda la ayuda, y la olla común ahora solo puede hacerse una vez a la semana, con recursos del Gobierno provincial, que es peronista, y autogestión de los dirigentes locales.

Norma es una sobreviviente de las tomas que dieron origen al barrio, y una ferviente partidaria de Cristina Kirchner; su casa está empapelada de retratos de la expresidenta. Ella sobrevive junto a su marido postrado con una pensión cada mes más exigua.

Norma se aferra a su mate con azúcar, entregado por La Cámpora, por supuesto, para sobrellevar un futuro incierto. Me pide mandarle un mensaje al presidente.

—Nosotros comemos una sola vez al día y el resto ya no. A mí me parece que el presidente come todas sus comidas y hay personas grandes como yo que no tienen —dice.

La visita a Cildáñez le da un punto a Milei. No es racional que los recursos de todos los argentinos financien a un grupo político como La Cámpora. Y no es justo que los vecinos deban depender de una organización partidista para recibir ayuda.

Pero, al mismo tiempo, ¿no habrá una forma humana de hacer una transición a un nuevo sistema que no signifique guardar la comida en una bodega mientras ancianos como Norma pasan hambre?

Pocos días después de mi visita a Cildáñez, Milei estuvo en la Universidad de Stanford y le volvieron a preguntar sobre las penurias que generaba su plan entre la población que había caído en la indigencia. Milei respondió

molesto:

—¿Ustedes se creen que la gente es tan idiota que no va a poder decidir? Va a llegar un momento donde la gente se va a morir de hambre —explicó —. De alguna manera va a decidir algo para no morirse. No necesito que alguien intervenga para resolverme la externalidad del consumo, porque alguien lo va a resolver.

Cuando escuché al presidente, pensé en Norma, cuidando a su marido postrado, viviendo de una comida al día y acortando el resto de la jornada aferrándose a su mate con azúcar.

¿Es idiota Norma? ¿De qué manera va a decidir «algo» para no morirse? ¿Quién es ese «alguien» que va a llenar su despensa? Cuándo ya no pueda retirar sus saquitos de mate y azúcar en la oficina del puntero político del barrio, ¿a quién le va a importar resolver la «externalidad de consumo» de una anciana en una villa miseria de las tantas que hay en Argentina?

¿Qué respuesta da la mano invisible al hambre de Norma?

El éxito de Milei

Pese a la licuadora y a los brutales recortes, Milei mantuvo una alta popularidad, en torno al 50%, durante su primer año de mandato.

Recojo testimonios de personas de clase media.

—Por ahora, el golpe es durísimo. Habría que ver por ahí si a largo plazo se soluciona. Estaría buenísimo —dice Hugo.

Daniel declara su «esperanza [en] que las cosas cambien. Tengamos en cuenta que hemos tenido un gobierno en el que hubo mucha corrupción». Sebastián agrega:

—La mitad del electorado votó que sí, y creo que la gente está aguantando. La clase media trabajadora confía en Milei porque realmente necesitan un cambio.

El analista Facundo Nejamkis lo explica así:

La sociedad encuentra un dirigente político, un *outsider*, que dice: «la

> inflación es el problema, pero yo tengo la solución», entonces le está dando el crédito. Es como si vas al médico, y te dice «para resolver el problema de la fiebre hay que hacer una terapia de *shock*». Bueno, te asustás, pero es el único que te dice que te lo va a resolver.

Milei no cumplió sus dos promesas más sonadas y más criticadas como inviables por los economistas. No eliminó el Banco Central, pese a que había prometido «quemar» y «volar la mierda del Banco Central».

Y tampoco dolarizó la economía, la promesa de campaña que más réditos le trajo, jugando con la nostalgia de los años de pizza y champán menemista.

Pero cerró su primer año de gobierno con un éxito resonante en el problema crucial para los argentinos: la inflación. Del 211% en 2023, pasó al 118% en 2024, y con tendencia a seguir bajando.

También logró el primer superávit fiscal en 14 años. El Estado argentino recaudó más de lo que gastó, algo que solo ha ocurrido en seis de los últimos 62 años de su historia. Y el riesgo país, que había llegado a un *peak* de 3 000 puntos, se derrumbó a 600.

En los primeros meses de su mandato, el costo del recorte no cayó en la casta, sino en los más desposeídos. La pobreza pasó del 42 al 53%, la mayor tasa desde la gran crisis de 2001. Argentina pasó a tener 27 000 000 de pobres. Dos tercios de los niños argentinos quedaron bajo la línea de pobreza. Pero en el primer semestre de 2025, las cifras mejoraron: la pobreza bajó a 38.1% y la pobreza infantil al 51.9 por ciento.

Unos 30 000 empleados públicos ya han sido despedidos en cortes arbitrarios, sin razones ni derecho a réplica. Uno de ellos es Leandro Pacheco, a quien conocí mientras tocaba un bombo en una pequeña protesta. Le acababan de notificar de su despido después de veinte años como empleado público. Leandro es enfermo hepático y está a la espera de un trasplante que pueda salvarle la vida.

—Posiblemente me muera en la lista de trasplante. Desde ahora ya no tengo cobertura social y me quedo sin nada —me dijo Leandro.

La pequeña protesta en la que participaba marcó la tónica: pese a lo

radical de los recortes, la combativa «calle» argentina nunca apareció. Sea por el desprestigio del peronismo, la falta de líderes opositores creíbles o por la dura represión, las huelgas y manifestaciones han sido acotadas.

A tono con su deriva cada vez menos libertaria y más reaccionaria, tras una manifestación frente al Congreso, Milei felicitó a las fuerzas del orden «por su excelente accionar reprimiendo a los grupos terroristas que intentaron perpetrar un golpe de Estado». Esa ha sido la tónica: los manifestantes no son ciudadanos ejerciendo su derecho a protesta, sino «terroristas».

Y no solo ellos. Para Milei, también son terroristas los sindicatos en huelga («terrorismo sindical»); el presidente de Colombia, Gustavo Petro («asesino terrorista»); el expresidente de Bolivia Evo Morales («no protegemos a terroristas»), y su propia ministra de Seguridad, Patricia Bullrich («era una montonera tirabombas» que «participaba de una organización terrorista» y «ha puesto bombas en jardines de infantes»).

Claro que eso fue antes de la primera vuelta de las elecciones en que Bullrich fue candidata. Después hubo abrazos, y Bullrich, exmilitante de la Juventud Peronista, vinculada al grupo subversivo Montoneros, excandidata del macrista PRO, y (según su nuevo jefe) «exterrorista», quedó a cargo de perseguir a terroristas, sean reales o imaginarios.

La guerra cultural

Las manifestaciones más grandes hasta ahora contra Milei no las causaron ni la licuadora ni los despidos ni la pobreza. Su agenda económica libertaria se abrió paso sin mayores conflictos. La mayor oposición ocurrió cuando Milei se puso el uniforme de «guerrero cultural».

El 8 de marzo de 2024, celebró su primer Día de la Mujer en la Casa Rosada cerrando el Salón de las Mujeres del Palacio de Gobierno que homenajeaba a mujeres destacadas de Argentina. Lo reemplazó por un Salón de los Próceres, todos ellos hombres.

El 24 de marzo, día en que se recuerdan las violaciones a los derechos

humanos de la dictadura, difundió un video que «contextualizaba» el actuar de los militares y discutía la cifra de desaparecidos. Como apuntó el periodista Ernesto Tenembaum, fue como «si un Gobierno alemán aprovechara el Día del Holocausto para explicar que, en realidad, los judíos asesinados en los campos de concentración habían sido menos de 6 000 000».

En el acto oficial para inaugurar el año escolar, ante un público de niños y adolescentes, Milei calificó el aborto como «asesinato agravado», bromeó con el tamaño de los genitales de los burros y se rio de los «zurdos» cuando un alumno se desvaneció al lado suyo, sin amago de preocupación por el niño desmayado.

La cultura también es el enemigo. Milei se ha dedicado a insultar y hostilizar sistemáticamente a artistas críticas, como Lali Espósito y María Becerra, y se empecinó en cerrar el INCAA, el órgano de promoción del cine argentino.

A las universidades públicas intentó estrangularlas económicamente, argumentando que son un reservorio de «comunistas» (sí, en el mundo de Milei todos los que no piensan como él son comunistas) y que los profesores «adoctrinan» a los estudiantes, a quienes a su vez acusó de «defender los "curros" y los "chorros"» (dos sinónimos más para «ladrón»; como se ve, el léxico argentino tiene un amplio número de vocablos para la acción de robar).

Pero los académicos y estudiantes sí dieron pelea: medio millón de personas salió a la calle y logró revertir varias de las medidas más extremas.

Lo mismo con la ciencia. Milei ha encabezado un ataque sistemático contra los científicos, a los que desdeña como parte de la casta. El director del Conicet, el prestigioso centro público de ciencia y tecnología, Manuel García Solá, acusó que le pidieron la renuncia «por objetar la persecución ideológica contra los becarios». Para el presidente, «el cambio climático es una mentira», «otra de las mentiras del socialismo» «para financiar vagos socialistas que escriben *papers* de cuarta». Eso sí, mientras atacaba al Conicet e intentaba cerrarlo, Milei plagiaba las tesis de varios de sus

investigadores en uno de sus libros.

En todos estos temas, Milei se mueve al compás del ataque global contra todo lo que huela a progresismo, lo que, por razones difíciles de entender, incluye por estos días la investigación científica y la producción cultural, como si ciencia y cultura fueran sinónimos de izquierda ideológica.

A inicios de 2025, cuando Donald Trump y Elon Musk se tomaron por asalto la escena pública mundial con sus ataques contra la democracia y a favor de la extrema derecha europea, Milei sintió que debía ponerse a tono.

En el Foro Económico Mundial de Davos, celebrado a finales de enero del mismo año, ante una audiencia atónita, dedicó su discurso a negar el origen humano de la crisis climática, ligar la homosexualidad con la pedofilia, cuestionar el delito de femicidio, desmentir la existencia de brechas salariales entre mujeres y hombres, y hablar de la «agenda sanguinaria y asesina del aborto».

Tras el discurso, su gobierno anunció un proyecto para derogar el delito de femicidio, lo que significaría reducción de penas o incluso la libertad para los hombres condenados por delitos con esa agravante contra mujeres.

Una marcha «del orgullo» y «antifascista» fue la respuesta en las calles argentinas.

Ya lo decíamos antes, Milei es un fanático. Necesita referentes a los que idolatrar. Y pronto Donald Trump y Elon Musk ganaron un espacio en su panteón personal.

Las imágenes de Milei junto a Trump son particularmente incómodas. Recuerdan a una nerviosa fan frente a su *rockstar* favorito más que al presidente de un país compartiendo con otro. Y no ha escatimado en entregarle a Trump pruebas de amor incondicional, algunas tan ridículas como sacar a Argentina de la Organización Mundial de la Salud solo porque Trump lo había hecho con Estados Unidos días antes.

Cuando cuestionaron a Elon Musk por su saludo nazi, en medio de sus gestos de apoyo a la extrema derecha alemana, Milei fue en su defensa. Le dedicó un posteo titulado «Nazi las pelotas», en el cual declaró al empresario «uno de los hombres más importantes de la historia» (antes había dicho que

Musk es «el Thomas Edison, el Leonardo da Vinci del mundo contemporáneo»).

Y cerró el posteo con el siguiente mensaje:

> No solo no les tenemos miedo. Sino que los vamos a ir a buscar hasta el último rincón del planeta en defensa de la LIBERTAD.
> Zurdos hijos de putas tiemblen.
> La libertad avanza.
> VIVA LA LIBERTAD CARAJO.

¿Hay algo más nazi que amenazar con perseguir «hasta el último rincón del planeta» a las personas que manifiestan una opinión diferente a la oficial?

¿Hay algo menos libertario que un jefe de Estado amenazando a ciudadanos por pensar distinto al líder de esa «organización criminal», que ahora Milei lidera?

Un niño asustado

Si la democracia es una conversación, el nivel de violencia verbal que el presidente utiliza hace imposible conversar.

Para Milei, el Congreso es un «nido de ratas», y los parlamentarios que no votan como él quiere son «degenerados» y «una mierda». Los socialistas son «una basura, excremento humano». Los opositores son «cucarachas, ratas inmundas». Con ellos no hay debate posible, porque «no se discute con cucarachas», y porque el objetivo es la destrucción del adversario, sea expresada en términos místicos («el cielo los aplastará delante de nosotros») o vulgares («les dejamos el culo como mandril»).

Podríamos seguir por páginas y páginas, porque la catarata de insultos y exabruptos es inagotable. La violencia verbal, propagada sin cesar desde el principal púlpito de la nación, y replicada por un ejército de *influencers* a sueldo fiscal, no es inocua. Milei pone a la sociedad argentina en un estado de rabia constante, que abona el terreno para pasar de la violencia verbal a la

física.

La deshumanización del adversario («cucarachas, ratas, excremento») y su categorización como un peligro moral («pedófilos, degenerados») es grave. La infame historia de la persecución contra las minorías nos enseña que las palabras siempre preceden a los hechos.

Según el Observatorio Nacional de Crímenes de Odio LGBT+, los crímenes de odio crecieron un 53% durante el primer año de Milei en el poder. Los asesinatos así caratulados pasaron de 9 a 17, con un aumento alarmante de las agresiones físicas en la vía pública. «La normalización de discursos de odio ha impulsado un crecimiento alarmante de los crímenes», concluye el Observatorio.

En mayo de 2024, un hombre lanzó una botella llena de líquido inflamable a la habitación que compartían cuatro lesbianas en una pensión de Buenos Aires. Tres de ellas murieron por las quemaduras.

Cuando pidieron una reacción por este crimen al vocero del Gobierno, Manuel Adorni, este se detuvo en que «la palabra *lesbicidio* no está en el diccionario» (la RAE luego lo rectificó: es un neologismo aceptado). Y señaló:

—Hay muchas mujeres y [muchos] hombres que sufren violencia. Me parece muy injusto solo hablar de este episodio cuando la violencia es algo mucho más abarcativo que simplemente una cuestión contra un determinado colectivo.

Ante la insistencia de la prensa, el vocero accedió a decir que «es repudiable» quemar vivas a tres mujeres.

Milei ha demostrado su desprecio por las instituciones democráticas, y a veces ha actuado al límite de estas, como en el controvertido trámite de su Ley Ómnibus o en la designación por decreto de jueces de la Corte Suprema. También denunció un inexistente «fraude colosal» en la primera vuelta de las elecciones que terminó ganando. Pero, al menos hasta ahora, no ha llegado a instigar un golpe de Estado o violar de manera explícita la Constitución, como sí han hecho Bolsonaro, Bukele, Trump, Maduro y Ortega.

Para Milei, el abismo entre él mismo y el resto de los seres humanos es gigantesco. Su megalomanía alcanza niveles cada vez más alarmantes. Describe a sus críticos como «liliputenses», y para sí mismo se reserva títulos como estos:

- «Soy el máximo exponente de la libertad a nivel mundial».
- «Soy uno de los cinco líderes más importantes del mundo».
- «Soy el presidente más idolatrado del mundo».
- «Soy el político más popular del mundo».
- «Somos el mejor gobierno de la historia argentina».
- «Soy el político más relevante del planeta».
- «Probablemente me den el Nobel de Economía».

«Me he pasado toda la vida sin saber si realmente existía. Pero existo. Y la gente está empezando a darse cuenta» es una de las frases icónicas del Joker.

El niño abusado, el futbolista frustrado, el pasante rechazado, el académico mediocre, el escritor expuesto como plagiador, el doctor sin doctorado, el bufón de la tele, ahora tiene su venganza.

Claro que, si se le mira de cerca, entre tantas bravatas y tantos insultos, Javier Milei sigue pareciendo un niño asustado.

5

EL CAUDILLO DE MÉXICO

AMLO: el triunfo del cacique

Empinadas, las huellas serpentean por las desatendidas calles de Lomas de Tepemécatl. Estamos en la alcaldía Tlalpan, en las afueras de la Ciudad de México, una zona de tomas no regularizadas donde los servicios básicos llegan tarde y mal, y las calles son una mezcla de viejos retazos de pavimento mezclados con tierra y barro.

El Estado aquí apenas existe. La economía de subsistencia se adivina en cada cartel de las viviendas, construcciones precarias que ofrecen todo tipo de productos. «Venta productos Natura», reza uno. «Puerco a la cubana», dice el contiguo. «Chilaquiles y café», promociona el vecino.

Entrelazados con ellos, los carteles color guinda de Morena, el partido fundado por Andrés Manuel López Obrador, saludan también desde viviendas, postes y muros. «¡Hasta siempre, presidente!», se lee en una muralla decorada con un corazón rosa y una imagen con el rostro del hombre que vive, a mediados de 2024, los últimos días de su sexenio al mando de México.

Su despedida es triunfal, aquí como en el resto del país. En las recientes elecciones, tanto el Gobierno nacional como el de la ciudad y el de la comuna han quedado en manos de Morena. Es un municipio emblemático porque aquí comenzó su carrera política la sucesora de López Obrador, la nueva presidenta electa, Claudia Sheinbaum.

La elección de Sheinbaum confirma la altísima popularidad de AMLO, como se le conoce. Con 36 000 000 de votos, un 60% del total, Sheinbaum no solo es la primera presidenta en la historia de México, también la persona

más votada en su historia, y una de las líderes con más sufragios en el mundo.

Ella fue primero parte del gabinete de AMLO durante su periodo como jefe de Gobierno de la Ciudad de México. Había que probarla en terreno, y Tlalpan fue su bautismo. Desde ahí siguió las huellas de su mentor: primero la jefatura de la ciudad y luego el salto a la política nacional.

Una de esas casas, donde un letrero de Morena saluda a la calle desde el frontis, es la de Ignacia y Roberto, una pareja de adultos mayores que ya cumplen 52 años de casados. Cuando entramos, vemos a Roberto aupado a una inestable escala, con la cual baja del techo de su vivienda; ha estado barriendo para prevenir que se acumule el agua de las lluvias.

Delgado y fibroso, de 72 años de edad, Roberto Popoca es un hombre de mucha acción y de pocas palabras. Sale al alba a recolectar plásticos, botellas y cartones para el reciclaje. Con una expresión divertida, nos confiesa que trabaja «sin permiso» de sus hijos, preocupados de que el hombre se exija demasiado, empujando su burrito cargado por las empinadas cuestas del barrio.

Pero cuando sus hijos salen a trabajar, él se escapa a hacer lo suyo.

—Así me mantengo activo —dice amable, pero siempre corto en palabras —. Yo no sé nada. No sé leer —se justifica para no ahondar en explicaciones.

Es su compañera de vida, Ignacia Mónica, la que se explaya. Nos cuenta que los padres de Roberto no le permitieron ir a la escuela, ni a él ni a sus 11 hermanos.

—Sus papás estaban en la ignorancia, decían que si iban a la escuela se iban a echar a perder —dice Ignacia.

Ella sí fue a la escuela primaria, en su pueblo de Tezonteopan de Bonilla, en Puebla. Hasta a que a los 11 años se mudó a la Ciudad de México, para ganarse la vida como sirvienta en casas particulares, donde vivió una adolescencia enclaustrada, con patronas que limitaban sus movimientos «para que no se metiera en problemas».

Su único paseo permitido era para hacer las compras de la casa. Y fue así, en un almacén, que conoció a Roberto, quien trabajaba en la limpieza del

local.

—Un día lo vi, y creo que de Dios estaba, porque él estaba que sigue y sigue —cuenta traviesa.

No se separaron nunca más, y ahora comparten su sitio en Lomas de Tepemécatl con diez familiares más, entre hijas, hijos, yernos, nueras y nietos.

Aquí el trabajo nunca falta. Mientras Roberto sale a recolectar plásticos, Ignacia atiende un pequeño mercadito informal desde una ventana lateral de la casa. Vende abarrotes y productos de limpieza que compra al por mayor, así obtiene un modesto margen. De tanto en tanto, la conversación se interrumpe por el sonido de un timbre y la llegada de algún vecino que viene a comprar jabón, papel higiénico o pan.

Un trabajo adicional es la gestión del agua. El barrio, urbanizado solo a medias, no tiene suministro de agua potable. Para beber y cocinar dependen del tránsito irregular de los camiones municipales que les surten de agua. Para el baño, se las arreglan con múltiples contenedores desperdigados por la propiedad para captar el agua de lluvia.

Roberto asiente atento mientras Ignacia cuenta su historia.

—Yo siento que él es muy inteligente, aunque no sepa leer —dice su esposa, que cuenta con admiración que su marido trabajó 24 años haciendo trabajos manuales de precisión en una tienda de marcos y molduras—. Él sabe pegar el oro de hoja, barnizar cuadros, lo hace maravilloso —explica entusiasmada.

Cuando se menciona a López Obrador, a ambos se les ilumina el rostro.

—Al presidente sí lo queremos mucho, porque nos ha ayudado muchísimo. Cambió muchísimo. Nunca nos dieron nada cuando estaban los otros presidentes —dice Ignacia.

Luego hace memoria y recuerda que en el último año del presidente Enrique Peña Nieto, antecesor de AMLO, recibieron por primera vez una ayuda:

—Nada más 1 800 pesos [unos noventa dólares], cada dos meses. Pero, cuando entró López Obrador, él nos aumentó, él nos daba más: 4 000 pesos

[unos doscientos dólares] cada mes —recuerda.

Ignacia detalla que los aportes «de López Obrador», según recalca, no solo los benefician a ellos. Por primera vez en sus vidas, sus familiares que se quedaron en su pueblo de infancia en Puebla reciben dinero, para el abono y las siembras; también hay becas para los niños de la escuela preparatoria.

Tiene 12 nietos, y algunos de ellos van a la «pejeprimaria», nos dice.

—¿A la qué?

—A la pejeprimaria —se ríe—. Así le decimos porque las hizo López Obrador cuando fue jefe de Gobierno de la ciudad.

Peje, el apodo de López Obrador, es una referencia al pejelagarto, una curiosa especie, mezcla de pez con caimán, típica de Tabasco, el estado sureño donde nació AMLO.

¿Qué cambió con él? ¿Por qué ahora sí llega la ayuda que los gobiernos anteriores les mezquinaban?

—Para mí es porque los demás se lo estaban quedando ellos, y no ayudaban a la gente. Ahorita desde que está López Obrador, él a todos ayuda. Yo pienso que entró a trabajar para la gente, no para él, trabaja para todos. Por eso muchos lo apoyamos desde que estaba de jefe de Gobierno.

Y hay más:

—Desde el año pasado que el presidente nos da la comida gratis —cuenta Ignacia, refiriéndose a un carro que reparte colaciones en el barrio cada mediodía, de lunes a viernes.

—¿Es el presidente el que les da la comida? —pregunto.

—Yo digo que es del presidente, porque está hasta pintando de guinda el carro —dice, en referencia al color característico de Morena, el partido político oficialista.

Gracias a lo que ahorran en comida, Ignacia y Roberto se han animado a un nuevo emprendimiento: comprar materiales para construir un nuevo cuarto en la parte trasera de su sitio, que dé más independencia a la extensa familia.

El agradecimiento es directo, emocionado y personal. La ayuda no llega desde instituciones, gobiernos ni orgánicas. Es «el presidente» o «López

Obrador» quien es mencionado como el sujeto de cada frase de gratitud.

Es un agradecimiento que se traduce en votos, en activismo en el barrio y en participación en las campañas.

—Lo apoyamos, por eso incluso anduvimos en los trotes, en colonias, apoyando para que se quedara la presidenta, la… ¿Sheinbaum? —vacila Ignacia, antes de cerrar con un—: Y todos los que son de Morena.

Un voto por Sheinbaum es un voto por AMLO.

—Desde que dijeron que iba a quedar ella, empezaron a dar cena, ahora comida, ahí se ve la ayuda para mucha gente que lo necesita. Yo digo que está bien la presidenta que quedó, pienso que es lo mismo, porque van de la mano los dos, y ella nos ha prometido muchas cosas. Nunca había visto que nos dieran la comida gratuita, aquí nunca lo vi —dice Ignacia.

La alimentación que tanto agradecen los vecinos se reparte en el «comemóvil», un tráiler que, pese a su color guinda, formalmente no pertenece al partido Morena, sino al Gobierno de la Ciudad de México. Claro que las distinciones aquí entre el líder, su partido, el Gobierno federal y el Gobierno de la ciudad son borrosas y, a ojos de los beneficiarios, irrelevantes.

Quien dirige la operación del «comemóvil» es Aracely Castro, una mujer enérgica a la que nos topamos en cada lugar que visitamos en la colonia. La vemos haciendo visitas casa por casa, luego frente al «comemóvil» y, más tarde, observándonos desde una esquina.

Está al tanto de nuestros movimientos, en un lugar que la prensa visita tarde, mal y nunca. Solícita, nos contacta con vecinos y se jacta de su omnipresencia.

—Soy chismosa, me gusta andar con el chisme —advierte, mientras vigila la entrega de las 150 raciones de guiso, pan y agua que se reparten cada mediodía, en el carro estacionado justo frente a su casa.

Aracely es coordinadora en Tlalpan de la Unión de Colonias Populares, una organización formalmente independiente, aunque con profundos lazos con el poder político.

—Nosotros ayudamos a la gente —nos dice Aracely—. Y nos

coordinamos con el Gobierno de la ciudad para que nos bajen recursos.

Ese dinero paga los almuerzos, y también las cenas calientes que se sirven dentro de la casa de Aracely entre noviembre y marzo. Mientras hablamos, llega a su casa una camioneta con un cargamento de toldos, que también se repartirán entre los vecinos.

Los habitantes de Lomas de Tepemécatl, especialmente mujeres mayores, llegan desde temprano para asegurar su plato.

—La ración es muy poca, solo una cucharada —se queja Eulalia, sentada en la vereda a la espera de que comience la repartición.

Su amiga Hilaria, junto a quien espera, discrepa: dice que para ella la ración es suficiente.

En lo que sí están de acuerdo es en su respaldo a AMLO.

—Nos ha dado muchas cosas —dice Eulalia.

—Yo siento bastante que se vaya, ojalá la que viene sea igual. No queremos regalos, pero sí ayuda —complementa Hilaria.

Hoy el menú incluye frijoles, además del pan y del vaso de agua embotellada que, en un lugar en que las viviendas no tienen conexión a agua potable ni alcantarillado, las ancianas atesoran con especial agradecimiento.

La gratitud es personal e intransferible. Para millones de mexicanos pobres, ese pan y esa agua, así como las becas y el dinero en efectivo, no son un derecho ni una prestación social del Estado. Son obra y gracia de un hombre providencial: Andrés Manuel López Obrador.

El antídoto contra los caudillos

Este personalismo del poder es un fenómeno relativamente nuevo en México. A diferencia de buena parte de América Latina, donde el caudillismo ha sido un motor fundamental de la historia, el autoritarismo en México siguió una línea más institucional que personalista, rimando con el peculiar nombre del vehículo que dominó su política durante el siglo XX: el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Revolucionario, porque el PRI tomaba la posta de la Revolución mexicana,

la desgarradora guerra civil que azotó al país entre 1911 y 1917. Más que una revolución, fue una larga serie de conflictos armados que terminó con un Estado de compromiso. De ahí salió una Constitución liberal y laica, inspirada en principios ilustrados europeos como la separación de Iglesia y -Estado.

El retroceso de la Iglesia católica, muy influyente aún en el resto del continente, fue un cambio trascendente en un país de una profunda raíz religiosa. Parte del clero incluso encabezó una violenta sublevación, la guerra Cristera, en protesta por las medidas anticlericales.

«Termina la era de los caudillos, comienza la era de las instituciones», proclamó Plutarco Elías Calles al dejar la presidencia en manos de su sucesor, en 1928. Calles cumplió a medias su promesa, ya que siguió ejerciendo el poder tras bambalinas hasta que un decidido nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, le cobró la palabra. Lo sacó de su casa en piyama, lo subió a un avión rumbo a California y les pidió la renuncia a todos sus seguidores en el gabinete.

Una vez en control del poder real, Cárdenas impulsó la agenda social de la revolución. Mientras el fascismo y el marxismo se disputaban la hegemonía mundial, él promovía principios corporativistas y nacionalistas. Llevó a cabo una gigantesca reforma agraria que distribuyó tierras y promovió su gestión colectiva mediante los ejidos. También nacionalizó el petróleo, impulsó la industrialización y supervisó la creación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos.

Cárdenas terminó su obra fundando el Partido de la Revolución mexicana, que luego se convertiría en el PRI, pensado como una suma de las fuerzas vivas de la sociedad, antes que como una agrupación de individuos. Los mexicanos se organizarían en sindicatos, cooperativas, ejidos y gremios, y ellos, a su vez, se articularían en un gran partido nacional, profundamente imbricado en el Estado. Una estructura más cercana a los comunismos y fascismos, entonces en boga, que a la democracia liberal.

Cárdenas fue un líder, pero no un caudillo. Su talante calmo y dialogante le ganó el apodo de la Esfinge. Se preocupó de institucionalizar la

revolución, y tras terminar su sexenio entregó el poder al moderado Manuel Ávila Camacho. Con ese ejemplo le cerró la puerta al caudillismo. La revolución no se haría por obra y gracia de personalidades providenciales que se perpetuaran en el poder, sino por el trabajo de los estamentos de la sociedad dentro de las instituciones del Estado, y especialmente, dentro del PRI.

En el sistema del PRI, en palabras del intelectual Enrique Krauze, «el carisma no residía en el presidente sino en la Silla Presidencial. El presidente era un monarca sexenal absoluto, pero su poder estaba en la institución que representaba, no en su persona».

Esta estructura no solo protegió a México de los caudillos, sino que también lo blindó frente a las dictaduras militares que asolarían América Latina, en especial en los años sesenta y setenta. Mientras países como Argentina o Perú entraban en una larga sucesión de golpes militares y dictaduras de uniforme, México mantendría un régimen civil con presidentes que se sucedían de manera ordenada cada seis años. El presidente gobernaba con amplios poderes y designaba a su sucesor mediante el dedazo, pero luego debía retirarse de la vida pública y dejar gobernar al nuevo líder, que repetía la posta seis años después.

En las décadas siguientes, el PRI se fue volviendo cada vez menos revolucionario y más institucional, entendiendo por «institución» al poder del partido antes que al libre juego democrático. El PRI se anquilosó, convertido en una estructura burocrática corrupta que defendía su poder mediante el fraude electoral y el clientelismo, e incluso a sangre y fuego, como en la represión del 68 mexicano en la Masacre de Tlatelolco.

Partido hegemónico o dictadura perfecta

En 1990, cuando el poder del PRI comenzaba a crujir, dos pesos pesados de la cultura latinoamericana se reunieron en un seminario televisado. De ahí saldrían las definiciones más famosas sobre la era del PRI, de boca de dos figuras gigantescas: Octavio Paz y Mario Vargas Llosa.

Paz definió al PRI como un «partido hegemónico». Una izquierda que, a diferencia de los «socialismos reales», había logrado combinar reformas sociales con el respeto a las libertades civiles, generar una viva escena cultural y «dar fisonomía al México indígena y mestizo». Al mismo tiempo, Paz criticó la relación «astutamente manipuladora» del régimen con los obreros y campesinos, y cerró diciendo: «el dilema para el PRI es muy claro: o se transforma y se democratiza, o bien, desaparece».

La respuesta de Mario Vargas Llosa, que acababa de perder las elecciones presidenciales en su país a manos de Alberto Fujimori, fue célebre. El novelista peruano señaló:

> La dictadura perfecta no es la Cuba de Fidel Castro. Es México, porque es una dictadura de tal modo camuflada que llega a parecer que no lo es, pero que de hecho tiene, si uno escarba, todas las características de una dictadura.

Tanto Paz como Vargas terminaron ganando el Premio Nobel de Literatura. Y sus definiciones políticas rivalizan hasta hoy a la hora de caracterizar el periodo del PRI. Partido hegemónico o dictadura perfecta, el legado priista, autoritario, pero no caudillista, vertical, pero dentro de las instituciones, marcó para siempre a México.

Para el momento del cruce entre Paz y Vargas, el poder omnímodo del PRI ya hacía agua.

En 1988, en medio de la ola democratizadora que inundaba América Latina, Cuauhtémoc Cárdenas, el hijo de Lázaro, rompió con el PRI, acusándolo de autoritarismo y de olvidar los principios de la revolución, y lanzó su candidatura presidencial desde la izquierda. Por primera vez, el PRI veía una amenaza seria a su poder.

Fueron las elecciones de la «caída de sistema». En medio de resultados preliminares que sugerían el triunfo de Cárdenas, supuestos problemas técnicos interrumpieron el flujo de información. Cuando se retomó el conteo, el candidato del PRI, Carlos Salinas de Gortari, había pasado misteriosamente al frente. Las elecciones en ese entonces eran supervisadas

directamente por el Gobierno, sin un ente electoral independiente.

Salinas liberalizó la economía y firmó el NAFTA, el tratado de libre comercio con Estados Unidos que creó por entonces la mayor área de libre comercio del mundo, y giró el rumbo de la economía mexicana hacia la exportación de manufacturas baratas para el mercado estadounidense.

Pero nunca, ni él ni su partido, se recuperaron del fantasma de haberse robado las elecciones. El fraude no era nuevo, pero la reacción indignada de la sociedad ante él, sí. México ya no estaba dispuesto a tolerar las prácticas del PRI. El emperador había quedado desnudo. El partido hegemónico vivía los descuentos de su dominio sobre la política mexicana.

En 1994, el levantamiento zapatista, en el estado sureño de Chiapas, y el asesinato del candidato presidencial oficialista, Luis Donaldo Colosio, terminaron de horadar el prestigio del PRI. Por décadas, el viejo partido había mantenido el orden sobre uno de los países más extensos del mundo, con su mezcla de seducción y represión. Ahora también esa capacidad de garantizar gobernabilidad quedaba en duda.

Salinas dejó un legado envenenado a su sucesor, Ernesto Zedillo: el déficit y la deuda en moneda nacional lo obligaron a devaluar, generando el «efecto tequila» y una de las peores crisis económicas en la historia mexicana. Entendiendo que la hegemonía del PRI había llegado a su final, Zedillo aceptó una reforma política que dio autonomía a la institucionalidad electoral. La era del fraude sistemático comenzaba a quedar atrás.

Y, mientras la democracia comenzaba a despuntar, desde el remoto estado de Tabasco un caudillo comenzaba su larguísimo camino hacia la presidencia de México.

El truco del Peje

Andrés Manuel López Obrador nació en el minúsculo pueblo de Tepetitán, en el tropical estado de Tabasco, el 13 de noviembre de 1953.

Pero el Caudillo nació 38 años después. Específicamente, el 11 de enero de 1992, cuando López Obrador llegó al Zócalo capitalino con ampollas en los

pies y varios kilos menos, tras recorrer 758 km de marcha desde Tabasco, encabezando un «éxodo por la democracia».

Ese día se presentó ante una audiencia nacional, y encontró su tono, su método y su personaje.

Y es que sus ambiciones siempre fueron grandes. Refiriéndose a su año de nacimiento, escribió en su biografía: «Estoy orgulloso porque dos siglos antes, en 1753, nació Miguel Hidalgo, y en 1853, José Martí».

«¿Por qué en el siglo pasado tantos y hoy en día ninguno? ¿Será que los próceres se dan por rachas, un siglo sí, un siglo no?», se preguntaba en el siglo xx Mafalda. AMLO no tiene tales cavilaciones. Cada siglo tiene sus luchas y sus próceres, y si un libertador nace cada cien años, a él le tocaba tomar la posta de Hidalgo y Martí.

Claro que para el joven López Obrador, hijo de un trabajador petrolero y una comerciante, el camino desde Tepetitán a la eternidad se veía improbable. Tabasco es un estado caribeño, fronterizo con Chiapas, muy lejano a los epicentros de la política nacional. Nunca un presidente de México había salido de entre sus habitantes.

López Obrador entró al PRI, como era obligatorio para todo joven que quisiera labrarse un camino en política, y trabajó en varias campañas electorales. Pero pronto se volcó a ayudar a las comunidades indígenas, como director del Centro Coordinador Indigenista. Aunque tenía un puesto oficial, se veía a sí mismo como un luchador social, no como un burócrata de partido.

En 1988, cuando Cuauhtémoc Cárdenas se rebeló contra el partido hegemónico, AMLO se convirtió en su hombre en Tabasco, y luego asumió como presidente estatal del movimiento fundado por Cárdenas, el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

En esas elecciones, las de la «caída de sistema», AMLO fue candidato a gobernador de su estado y obtuvo apenas el 20% de los votos, pero atribuyó los resultados al fraude electoral nacional.

La denuncia del fraude se convirtió entonces en su plataforma. Escribió un libro (*Tabasco, víctima de un fraude*), y cuando el PRD volvió a perder a

manos del PRI en las elecciones estatales de 1991, AMLO decidió lanzar su gran *performance*.

El 25 de noviembre de 1991, junto a un pequeño grupo de partidarios, comenzó a caminar desde la capital estatal, Villahermosa, con rumbo a la Ciudad de México. En 47 días de marcha, mientras atravesaban Veracruz y Puebla, miles de partidarios se fueron sumando a su «éxodo», el nombre bíblico con que bautizó la caminata.

Eran 5 000 cuando llegaron a Ciudad de México, y 40 000 cuando se reunieron en el Zócalo, donde un AMLO delgado y exhausto se presentó como el líder de una cruzada moral. «No perdamos la oportunidad de salvar a la nación», arengó a sus incondicionales desde el lugar más simbólico de la política mexicana.

Incluso logró un pequeño triunfo: tres elecciones locales fueron anuladas, y el PRD quedó al mando del concejo municipal en Cárdenas, la segunda ciudad más poblada de Tabasco. Parece un logro minúsculo para tan grande esfuerzo, pero el simbolismo fue poderoso. Un desconocido dirigente de un estado remoto había logrado doblarle la mano al fraude electoral, aunque fuera solo en una ciudad llamada Cárdenas, tres años después de que Cárdenas se resignara, sin intentar una protesta similar, a la «caída de sistema».

Había nacido el caudillo. De ahí en adelante, López Obrador no actuaría dentro de la farragosa burocracia institucional, sino que apelaría a la acción directa, como cacique de un pueblo movilizado.

En 1994, AMLO repitió el truco. Fue de nuevo derrotado por el PRI en las elecciones para gobernador de Tabasco, y esta vez encabezó una «caravana por la democracia» hacia la capital mexicana, llevando las cajas con documentos que probarían el fraude. Mientras, sus partidarios se tomaron la plaza de armas de Villahermosa, instalando un gobierno paralelo e -impidiendo al gobernador electo instalarse en las oficinas del Gobierno por varias semanas.

«Hemos aprendido que se puede gobernar desde abajo y con la gente», reflexionaba López Obrador. El gobierno institucional estaba en manos de

otros, pero él entendía que el poder podía ejercerse con la movilización permanente de sus partidarios. Definió su estrategia política como «resistencia civil», y al año siguiente la puso en práctica otra vez, liderando la toma de cincuenta pozos petroleros por parte de comunidades indígenas.

Tabasco ya le había quedado chico. Convertido en la nueva estrella de la izquierda mexicana, asumió el liderazgo del PRD. Su estilo arrojado se impuso sobre la cautela, criticada como tibieza, de Cuauhtémoc Cárdenas. Y en 2000, AMLO llegó al segundo cargo más poderoso del país: ganó los comicios para jefe de Gobierno del Distrito Federal.

En esas mismas elecciones se rompieron al fin los 71 años de hegemonía priista. El candidato presidencial del PRI fue derrotado por Vicente Fox, del derechista Partido de Acción Nacional (PAN). Cárdenas quedó en un distante tercer puesto.

Vicente Fox tenía la apostura del clásico caudillo latinoamericano. Un ranchero capaz de domar caballos bravos, vestido de botas negras, sombrero vaquero y cinturón de hebilla ancha con su apellido inscrito en ella. Bigote poblado, voz fuerte, discurso llano. Católico devoto y ejecutivo de Coca-Cola, rompía todos los moldes de los presidentes priistas: mercurial en vez de anodino, religioso en vez de laico, exuberante en vez de institucional, formado en la empresa privada en vez de la política y la burocracia.

Con estas dos figuras magnéticas, el derechista Fox en la presidencia y el izquierdista AMLO en la jefatura de la capital, comenzaba una nueva era en la política mexicana.

«¡Al diablo con sus instituciones!»

Pese a su sombrero vaquero y sus modales bruscos, Vicente Fox no gobernó como un caudillo. Buscó consensos en el Congreso y no desbordó las instituciones.

Lo de López Obrador fue más complejo. Por un lado, sorprendió a sus críticos al mostrar disciplina como gobernante de la capital. AMLO demostró que era más que un agitador callejero. Se centró en construir

obras públicas vistosas, en mejorar la educación (las ya mencionadas «pejeprimarias») y en comenzar a tejer una red asistencialista con la entrega directa de dinero a los adultos mayores, escolares y madres. Su popularidad escaló rápido, y se mantuvo muy arriba durante todo su mandato en la capital: sobre el 80%, según las encuestas.

Pero lejos de evitar los conflictos institucionales, AMLO pareció disfrutar de azuzarlos. Su método necesitaba un enemigo permanente: una élite que hacía trampa para arrebatarle el poder al pueblo.

El Peje usó una disputa inicialmente menor y la convirtió en la gran batalla que necesitaba. Una resolución judicial cuestionó la expropiación de un predio privado para la construcción de una autopista. A pesar del fallo, López Obrador se negó a detener las obras en el tramo en litigio.

En vez de buscar acuerdos, el jefe de Gobierno alentó el pleito y convirtió un aburrido conflicto burocrático en una batalla épica entre un heraldo del pueblo y una élite corrupta.

«La corte no puede estar por encima de la soberanía del pueblo», declamó López Obrador, mientras se ofrecía a ir a la cárcel antes que acatar un fallo que consideraba injusto, invocando los ejemplos de resistencia civil de Gandhi, Luther King y Mandela. Era como si el despacho de autoridad le quedara incómodo y necesitara cambiarse de ropa constantemente, entre el traje de jefe de Gobierno y el disfraz de superhéroe de luchador social.

Tanto Fox como el PRI vieron el proceso como una oportunidad para sacar a AMLO de la carrera presidencial por secretaría. La Cámara de Diputados desaforó a López Obrador. La Procuraduría lo acusó de desacato y despachó una orden de arresto en su contra. López Obrador se negó a pagar la fianza, de unos 180 dólares, diciendo que prefería ir a la cárcel. La prenda fue cancelada entonces por un grupo de diputados derechistas para evitar que AMLO «se hiciera la víctima», según dijeron. Andrés Manuel se indignó y trató de «cobardes» a los diputados que le impidieron ir a la cárcel.

Mientras, el Peje se volcó a la calle, donde una creciente ola de manifestaciones en su favor culminó en una marcha del silencio, con cerca de un millón de personas apoyándolo. La Procuraduría levantó los cargos y

AMLO quedó habilitado para ser candidato a la presidencia. Una vez más, su pueblo movilizado le daba un resonante triunfo político.

AMLO pudo competir, así, en las elecciones presidenciales de 2006, las más estrechas de la historia de México. Felipe Calderón, del oficialista PAN, lo venció por apenas medio punto porcentual.

Entonces AMLO hizo lo de siempre: denunció fraude y volvió a las calles. Durante 45 días instaló un campamento permanente con sus simpatizantes, a quienes arengó con un «¡al diablo con sus instituciones!». Bloqueó el Paseo de la Reforma y el Zócalo, el corazón de la metrópolis mexicana, exigiendo un recuento de todos los votos del país.

El campamento mostró el tipo de democracia que le acomoda al caudillo. AMLO ha dicho que en sus tiempos de trabajo en las comunidades de Tabasco aprendió de «la democracia indígena, el consenso, donde uno representa a todos en la asamblea y expresa lo que está sintiendo toda la gente». En el campamento se realizaban votaciones diarias, a mano alzada, para definir las acciones a tomar. Todas se definían por consenso, porque todos seguían sin chistar los lineamientos del líder. El vínculo entre el pueblo y el caudillo era directo, físico, innegable. Sin instituciones ni intermediarios que estorbaran.

Con el aval de su pueblo movilizado, esta vez López Obrador llevó el desafío al límite. Se autoproclamó «presidente legítimo» y teatralizó una toma de posesión espuria, con una banda presidencial tricolor cruzada al pecho.

Algunos días después, los parlamentarios partidarios de AMLO boicotearon la asunción del presidente electo Felipe Calderón, en una ceremonia bochornosa que terminó con golpes y abucheos.

Algo se rompió ese día. Con todos sus defectos, la institucionalidad mexicana siempre había cumplido los ritos de entrega del poder de manera cívica. AMLO quebró esa tradición, al impedir por primera vez el traspaso ordenado del mando.

Apenas diez días después de su bochornosa asunción, el nuevo presidente Felipe Calderón tomó una de las decisiones más trágicas de la historia de

México. Declaró la guerra contra el narcotráfico y desplegó al Ejército para combatirlo.

Fue un paso audaz (e infausto) para afirmar su poder, cuando medio país lo rechazaba como un presidente ilegítimo. Las consecuencias han sido horrendas: cientos de miles de muertos y desaparecidos, los narcotraficantes infiltrando el Ejército y una espiral de violencia que nadie ha podido romper.

El año 2012 fue una copia deslucida de la misma historia. López Obrador volvió a ser candidato, y esta vez perdió claramente por siete puntos de diferencia frente al postulante del PRI, Enrique Peña Nieto. Otra vez acusó fraude y se negó a reconocer el triunfo de su rival, pese a que observadores internacionales consideraron que el recuento era confiable.

Muchos pensaron que sería el fin de AMLO. Pero, lejos de retroceder, el caudillo dobló la apuesta. Desafió al sistema tripartidista mexicano al fundar un nuevo partido de izquierda radical, el Movimiento de Regeneración Nacional, Morena, un nombre que reunía la grandiosidad de propósitos que exhibía López Obrador, con el guiño a las raíces del México indígena y a la fe popular: la Virgen de Guadalupe es conocida como la Morenita.

Había llegado la hora de AMLO. El PRI estaba desprestigiado tras el gobierno de Peña Nieto, y una inusual alianza entre el derechista PAN y el izquierdista PRI solo sirvió para desacreditar a ambos partidos. López Obrador prometió una cruzada moral contra la corrupción, y sacar al Ejército de las calles para detener la sangrienta guerra contra el narco. Logró un triunfo demoledor, con 30 000 000 de votos contra 12 000 000 de su más cercano contendiente.

Al fin, el caudillo de las calles había llegado a la presidencia, portando las esperanzas de millones de mexicanos. «Más que seguidores, AMLO tiene feligreses», dijo entonces la analista Isabel Turrent.

Había llegado la hora de gobernar para ellos, desde esas mismas instituciones que años antes había mandado al carajo.

Lucero

Cuesta llegar a la casa de Lucero Hernández. Ella vive en el Ajusco, marcando un límite entre el suroeste de la caótica Ciudad de México y una plácida zona de bosques y praderas. El camino es infernal y, finalmente, abandonamos el vehículo para seguir a pie. Debemos subir una loma plantada con maíz, un esfuerzo que me hace recordar que estamos a más de 2 200 m s. n. m. Hasta ahí nos sale a encontrar Pablo, un niño perspicaz de 11 años, único hijo de Lucero.

—Este año plantaron maíz azul —nos instruye Pablo, quien luego nos hace un pequeño *tour* por los alrededores, mostrándonos los cultivos que tiene junto a su madre—. Ahí hay frambuesas. Acá un limonero.

Ambos viven en una pequeña construcción de un solo ambiente, donde sin ninguna división, se apiñan dos camas, una mesa de comedor y una cocina. La puerta da a una quebrada, bajo la cual se extiende una plantación de pequeños pinos que los comuneros de este ejido cultivan para venderlos en Navidad.

Cuando al fin llega Lucero, Pablo ya nos ha puesto al día de la situación. Ambos, madre e hijo, forman un equipo afiatado. «Estamos en zona comunal», nos cuenta Lucero. «Es zona ejidataria», acota Pablo, usando con toda seguridad ese enrevesado pentasílabo. Los ejidos son tierras comunitarias que, tras la Revolución mexicana, se asignaron colectivamente a los nativos. Estos «ejidatarios» son la autoridad, pero han parcelado y vendido de manera informal algunas de sus tierras.

Lucero y Pablo viven, entonces, en un ejido que están pagando como si fuera una propiedad, aunque sin contar con los derechos que esta implica.

—Los comuneros venden, pero no permiten que uno tenga servicios. Aquí no es como abajo, que te ponen medidor y te cobran consumo. Aquí no —se lamenta Lucero.

La única forma de tener energía eléctrica es pagársela a los comuneros, además de costear la instalación de su propia conexión a la luz.

—Yo puse mi cable, me costó 16 000 pesos [unos 800 dólares] la bajada de luz. Me costó mucho trabajo pagarlo, pero o le entras o le entras. O si no, no tienes servicio —comenta resignada Lucero—. Aquí no entra el Gobierno.

Estaría bonito que entre el Gobierno. Los nativos de aquí no quieren.

Lo mismo ocurre con el agua potable.

—Solo ellos tienen el derecho a tener tomas de agua. Nosotros, los compradores, no tenemos derecho. Me venden agua a 700 pesos [unos 35 dólares]. Lleno todo, y como somos dos, la cisterna me dura mucho. También recolectamos el agua de lluvia. Trato de cuidarla muchísimo.

Aquí el Estado tampoco existe, ni para brindar servicios básicos ni para hacer cumplir la ley. El aislamiento, la precariedad de los suministros, la arbitrariedad de los comuneros y la odisea que significa para Pablo llegar cada día a la escuela caminando y montando dos buses, se compensan con el silencio, el aire fresco impregnado de aroma a pino, y la vista majestuosa del cerro Pico del Águila, que se levanta a golpe de vista del pequeño sitio.

Lucero y Pablo se mudaron en pandemia, y desde entonces han cuidado y hecho crecer su pequeño refugio. Lucero confecciona moñitos y hornea pan y pizzas para vender «abajo», según apunta, en el barrio.

—Me tuve que poner al día con la tecnología. Abrí Facebook y ofrezco mis servicios de repostería. Cosas de temporada como pan de Día de Muertos, rosca de Reyes —cuenta Lucero, quien cocina usando una pequeña estufa y un horno de segunda mano—. Lo conseguí por 1 000 pesos [unos 50 dólares]. Hemos batallado y hemos salido adelante.

No ha sido fácil. El padre de Lucero nunca existió. El hombre que la crio como su padre murió. Su madre la abandonó. Y la niña terminó viviendo en un internado. A los 15 años se hartó de la disciplina y de los continuos castigos, y se escapó.

—Salí a la realidad. Trabajé en panadería y aprendí mucho. Se dice que tengo buena sazón, espero que así sea —cuenta con modesto orgullo.

También limpió baños, hizo manualidades y artesanías.

—Me ha tocado mala vida, pero le veo el lado bueno a las cosas. —Sonríe con una calidez que parece a prueba de cualquier adversidad.

Es una vida construida a pulso, en la intemperie de la vida, lejos de cualquier apoyo estatal, ajena a la más mínima red de protección social.

—Nunca nadie nos dio nada. Cuando fui a la escuela no nos daban ni un

lápiz. Ni Fox, ni Calderón, ni Peña Nieto. Nadie. Hoy por primera vez López Obrador nos ha beneficiado muchísimo, a mí me ha ayudado bastante —dice.

Pablo recibe la beca Para Empezar, de unos 650 pesos (unos 30 dólares) mensuales.

—Con eso visto a mi hijo, lo calzo, compro fruta, yogur, cereal. En pandemia fue una ayuda que nos cayó del cielo, porque yo estaba sin trabajo. Gracias a Dios, con la beca pudimos comprar arroz y frijoles —detalla.

Y cuenta que acaba de recibir 1 100 pesos (unos 55 dólares) adicionales por el inicio del año escolar, para comprar un uniforme y útiles escolares para su hijo.

Tal como Ignacia y Roberto, y tal como Hilaria y Eulalia, Lucero no vincula estos beneficios al Gobierno ni al Estado, sino directamente a una persona: Andrés Manuel López Obrador.

—Antes no nos daban ni diez pesos. Mucha gente dice: «Son tus impuestos». Yo digo sí, pero López Obrador los está repartiendo. Antes Peña Nieto y los demás nunca nos repartieron nada.

El inminente retiro del presidente-benefactor se vive con preocupación.

—No quisiera que se fuera —suspira Lucero—. Siempre, siempre López Obrador. Ahora que se va tengo la esperanza de que esto siga, porque queda parte de su equipo, como Claudia Sheinbaum. Que sea una mujer, me gusta. Hay que apoyarnos entre mujeres. Hicieron un cambio bueno y radical.

Ese agradecimiento está acompañado de una rutina. Religiosamente, cada día.

—Todas las mañanas, yo prendo la televisión y veo la mañanera.

—¿Todos los días?

—¡Síííííí! —se entusiasma Lucero—. Lo veo todos los días. Hay que informarse, ver qué pasa y por qué pasa. No podemos estar cruzados de brazos esperando que todo nos caiga del cielo. Hay que estar informados. Lo veo siempre y estoy agradecida con el presidente y su equipo.

Las «mañaneras»

¿Qué son esas «mañaneras» que Lucero y otros millones de mexicanos como ella siguen como su fuente primaria de información? ¿Qué nos enseñan sobre el caudillo que ha logrado convertirse en una de las figuras más populares de la historia de México?

Para descubrirlo hay que levantarse temprano, tal como lo hace AMLO, un hombre que se vanagloria de comenzar cada jornada de trabajo antes del alba. Fue en su gestión como jefe de Gobierno de la Ciudad de México que López Obrador instauró esta rutina. Cada mañana, desde las 7 a. m., convocaba a la prensa para responder preguntas y hablar sobre lo humano y lo divino. Lo mismo ha hecho como presidente, de lunes a viernes.

Apuntarse a una mañanera es sencillo. No se necesitan mayores trámites para acreditarse. Sí se exige puntualidad. A las 6:00 a. m. ya estamos en la entrada del Palacio Nacional, donde los presentes nos apuntamos en un papelito con el que supuestamente se hará un sorteo para definir quiénes se quedan con los apetecidos puestos de la primera fila.

Nos explican que en esa ubicación es más viable que el presidente, apuntando con su dedo, te elija para hacer una pregunta.

Del sorteo no tenemos más señales. Si se hace, se realiza en privado. Pero no tengo de qué quejarme: un funcionario llama mi nombre a viva voz y quedo sentado en la codiciada primera fila, al extremo derecho, junto a otras seis personas. Considerando que las mañaneras duran en promedio unas dos horas, supongo que tendré mi turno de preguntar.

Pero lo que está por ocurrir está muy lejos de ser una conferencia de prensa como las que he conocido en los palacios presidenciales de Washington, Buenos Aires o Santiago de Chile.

—¡Buenos días! ¡Ánimo! —saluda con entusiasmo el presidente Andrés Manuel López Obrador al entrar al sitio de la conferencia, a las 7:26 a. m.

No hay dudas sobre cuál es el tema del día. En sus últimos días al mando, AMLO insiste en sacar adelante una controvertida reforma constitucional al sistema de justicia, que hará que la gran mayoría de los jueces sea elegida por voto popular. Es el corolario de su larga batalla contra los magistrados, desde la época de su desafuero cuando gobernaba la Ciudad de México.

La reforma es calificada por la judicatura, la oposición y muchos observadores como un ataque frontal contra la independencia del Poder Judicial. Las críticas han frenado su implementación; sin embargo, en los últimos días de su mandato, López Obrador ha vuelto a la carga.

Su insistencia es una forma de recalcar que él sigue al mando hasta el último día. La tradición en México es que, tras la elección de su sucesor, los mandatarios salientes mantengan un bajo perfil.

No es el caso de AMLO.

En protesta por la reforma, los empleados del Poder Judicial se mantienen en huelga. Y el día previo, el embajador de Estados Unidos, Ken Salazar, se unió a las críticas, advirtiendo sobre la incertidumbre jurídica que la reforma podría significar y de sus efectos para las inversiones estadounidenses en México.

De modo que la primera pregunta es, evidentemente, sobre ese tema. La hace una bloguera, con una formulación llamativa: en la propia pregunta, descalifica las críticas a la reforma. La «periodista» se explaya sobre lo inaceptable del «injerencismo» del embajador y explica por qué la corrupción del sistema judicial hace indispensable la reforma.

Más que una pregunta, es un bandejeo. Habrá que acostumbrarse.

El presidente toma entonces la palabra, y no la soltará por los siguientes 51 minutos. Durante poco menos de una hora, Andrés Manuel López Obrador divaga sobre una larga serie de tópicos, no necesariamente relacionados entre sí.

Parte hablando del injerencismo norteamericano, se remonta a la Doctrina Monroe, a la guerra de 1847, en que Estados Unidos quitó a México más de la mitad de su territorio y al bombardeo de Veracruz. Como es habitual, habla en buenos términos del expresidente Donald Trump, quien en campaña «tuvo un discurso beligerante con los migrantes», pero con quien luego «nos entendimos».

Es un interminable rodeo histórico, sin una línea argumental distinguible. En un momento vuelve al presente y da la cuña que los medios citarán: califica la declaración del embajador como «una falta de respeto a nuestra

soberanía». Luego deriva a uno de sus tópicos favoritos: los 36 años que precedieron a su sexenio. Es la época, entre 1982 y 2018, que define como de «neoliberalismo» y «neoporfiriato».

—Nunca en la historia de México habían robado tanto los potentados como en los 36 años de neoliberalismo. Ni la época colonial se compara con el gran saqueo. Y eso es lo que quieren que continúe —dice, para volver a la declaración del embajador, y apuntar a otro de sus blancos predilectos: la prensa—. Lo celebra la oligarquía y la prensa vendida o alquilada a la -oligarquía —declama, provocando las primeras expresiones de aprobación de su audiencia.

—¡Eso! —exclama con entusiasmo un joven de lentes que, sentado a mi lado, trasmite la conferencia en un *live* de Instagram a través de su celular.

—¡Pongan *Reforma*, pongan *El Universal!* —exclama el presidente, citando a dos de los periódicos más tradicionales del país—. Son todos iguales, es lamentable. A ocho columnas debe estar Ken Salazar.

En la pantalla que está tras su podio se comienzan a proyectar las portadas de los matutinos, comenzando con los que acaba de nombrar y siguiendo con el resto.

López Obrador se acerca a la pantalla y va leyendo y comentando los titulares. En efecto, casi todos los medios llevan las palabras de Salazar en portada, aunque en tono neutro e informativo. No hay mucho que decir sobre medios que, al menos en este caso, han hecho un trabajo incuestionable: poner en portada, sin adjetivos, las declaraciones, evidentemente noticiosas, del embajador de Estados Unidos. La energía de la audiencia decae mientras el presidente va pasando revista a las portadas, haciendo comentarios cada vez más escuetos.

Después de varios minutos de cansina revisión, como un *performer* que se da cuenta de que está perdiendo a su audiencia, el presidente se aleja de la pantalla y deja en paz a la prensa por unos minutos. Cambia de tema para volver a su lección de historia sobre la relación entre Estados Unidos y México. Elogia a los presidentes Abraham Lincoln («de él se decía, "como Abraham, no habrán"») y Franklin Delano Roosevelt («el titán de las

libertades»), y vuelve a hablar en detalle sobre la guerra de 1847 y el bombardeo de Veracruz.

Azuzado por breves intervenciones de la periodista-bandejera, vuelve a la corrupción del Poder Judicial y pregunta, como si fuera a realizar un plebiscito instantáneo:

—¿Qué dice la gente? ¿Quieren que el pueblo elija a los jueces y magistrados, o no?

Son las 8:18 a. m., cuando López Obrador al fin concede la palabra a otra periodista. Ella le consulta si reconocerá la proclamación de Nicolás Maduro como vencedor de las elecciones fraudulentas en Venezuela.

—La mejor política exterior es una buena política interna —responde López Obrador, la muletilla que suele usar para evadir las relaciones internacionales, un tema que nunca le ha interesado demasiado: alguna vez contó como motivo de orgullo que no tenía pasaporte.

La periodista intenta preguntar sobre otros temas relevantes del día: las inundaciones en Chalco, donde miles de personas llevan semanas bajo el agua, y las protestas por falta de suministros médicos. Evidentemente, el presidente no conoce estos temas, o no le interesa hablar de ellos. Responde generalidades y regresa a atacar los 36 años de «neoporfiriato».

—Todas las reformas constitucionales de esos 36 años se hicieron para legalizar el saqueo. Nunca aprobaron una sola reforma en beneficio del pueblo. Se dedicaron a quitarle al pueblo todo lo que había obtenido en la Revolución de 1910.

»Y entonces no protestaban los Estados Unidos, la oligarquía, ni los medios al servicio de la oligarquía —vuelve a la carga AMLO, y a mi lado el *influencer* da un respingo en su asiento.

Viene uno de los momentos favoritos de las mañaneras: el presidente comienza a fustigar, uno por uno, a quienes considera sus adversarios mediáticos.

—Aprendan a respetar al pueblo, no menosprecien al pueblo. Ya no se puede poner vino nuevo en botellas viejas. Ya no es nada más lo que diga Ciro Gómez Leyva, Joaquín López-Dóriga, Javier Alatorre… —comienza a

enumerar el presidente, refiriéndose a algunos de los periodistas más influyentes del país.

Cada nombre es seguido por comentarios de aprobación, gritos y aplausos de algunos de los supuestos «periodistas» presentes. El presidente sigue tratando de recordar nombres.

—La señora Azucena… —vacila.

—¡Uresti! ¡Uresti! —complementan los periodistas-*influencer-cheerleaders* presentes en el salón.

—O el *Reforma* —sigue vacilando el presidente—. O el camarada…

—¡Zamarripa! —completan los porristas.

—Zamarripa —repite López Obrador, refiriéndose a Roberto Zamarripa, el director de *Reforma*, al que AMLO se ha referido antes como «un pasquín inmundo».

El presidente usa sistemáticamente sus mañaneras para atacar a los reporteros que han investigado denuncias de corrupción contra su círculo cercano. Cuando ProPublica detalló acusaciones sobre dinero del narco en la campaña presidencial de AMLO, López Obrador calificó al reportero Tim Golden de «peón» y «mercenario» de la DEA, el organismo antidrogas estadounidense.

Y cuando Natalie Kitroeff, jefa de la corresponsalía de *The New York Times* para México, pidió comentarios del presidente por una investigación similar, este reaccionó atacando a la periodista en su mañanera y divulgando su número de teléfono personal.

Estos ataques no son baladíes en un país que ha sido calificado como uno de los más peligrosos del mundo para el ejercicio del periodismo. Durante el gobierno de AMLO, al menos 37 reporteros han sido asesinados.

El periodista Ciro Gómez Leyva es uno de los blancos habituales de las diatribas presidenciales. En 2022, López Obrador habló contra él en su mañanera, diciendo que ver sus programas «podría causar tumores en el cerebro». Al día siguiente, el vehículo del periodista fue acribillado de 12 tiros cuando llegaba a su casa; el blindado de su camioneta le salvó la vida.

«No seré yo quien abra la caja de las conjeturas», dice el periodista, «pero

lo que sí digo es que ese tipo de discurso puede tener consecuencias. Porque las palabras importan».

Los culpables del asalto no han sido identificados, y el incidente no cambió las tácticas de AMLO, quien ha seguido atacando a Gómez sistemáticamente; de hecho, hoy su nombre es el primero que menciona en su lista de adversarios.

Para el columnista Carlos Loret:

> Ninguna crítica a su régimen es válida porque quien la hace es, dice él, corrupto, mentiroso o inmoral. Da igual si es un periodista, un padre de un niño con cáncer, la madre de una víctima de desaparición o feminicidio, o un científico, cineasta, intelectual, político opositor o ciudadano que participa en una manifestación. Al presidente le sobran insultos para endilgar.

En esta supuesta conferencia de prensa, los ataques presidenciales son motivo de festejo. La energía ha vuelto a subir. Ya nadie se acuerda de la pregunta original, sobre los padecimientos de los damnificados por las inundaciones. El presidente está inspirado:

—El conservadurismo considera que el pueblo es tonto. ¡Tonto es el que cree que el pueblo es tonto! —instruye.

Al revés, López Obrador proclama que bajo su sexenio «se llevó a cabo una revolución de las conciencias» y que ahora «nuestro pueblo es uno de los más conscientes del mundo. México está a la vanguardia de la politización de un pueblo, es un orgullo».

—Los conservadores tienen tres distinciones —abunda AMLO en tono didáctico, y luego se dispone a describirlos—: Son muy hipócritas. Son muy corruptos, les gusta mucho el dinero. Y son muy autoritarios. Fachos.

Así son, también, los «medios vendidos». Comienza de nuevo la dinámica que hace las delicias del público presente: la lista de críticos «a los que vamos a condecorar, vamos a hacer una listita de diez y les vamos a dar una medalla». Cada nombre presidencial es seguido por una sugerencia del respetable:

—Aguilar Camín —dice uno.

—Alazraki —sugiere otro.

Se refieren al periodista y escritor Héctor Aguilar Camín y al publicista Carlos Alazraki. Con una ancha sonrisa, López Obrador va repitiendo uno a uno los nombres que suma a la lista.

—En las mañaneras nos reservamos el derecho de admisión —ríe, complacido, el presidente.

Aunque la escenografía de su *set* proclama, en grandes letras, «Conferencia de prensa», las mañaneras tienen poco y nada de eso. La mayoría de los medios independientes o críticos ya no acude a ellas. Les parece una pérdida de tiempo, ya que rara vez se les permite preguntar, y un riesgo, dados los ataques públicos a los que se exponen por parte del presidente y sus porristas mediáticos.

Su espacio es ocupado ahora por unas cuantas decenas de *youtubers*, *instagramers* e *influencers* con estrechas relaciones con el régimen, que sirven de decorado de la perorata presidencial, entusiastas porristas de su discurso y policía de intimidación contra los colegas que se atrevan a salirse de la línea oficial.

AMLO comienza a despedirse. Pero aún queda tiempo para el comentario de un académico holandés, a quien le da la palabra. El profesor lanza una ferviente perorata sobre las propuestas de López Obrador y lo compara con Martin Luther King. Complacido, el presidente divaga unos minutos sobre los «medios vendidos», recuerda que «ganamos en 2006, nos robaron las elecciones, nos hicieron un fraude», despotrica contra «la oligarquía», asevera que «no hay que enojarse, hay que informar a nuestro pueblo», y cierra aseverando que debemos ser «adversarios, no enemigos».

—Gracias a la vida —concluye.

Y, en un arrebato de inspiración, pide que todos escuchemos la canción de Violeta Parra. Sus asesores, que manejan con destreza la pantalla, encuentran un espantoso video de YouTube, con imágenes genéricas sobre el bello himno de Violeta.

El presidente se gira hacia el monitor, y todos escuchamos en silencio a

Violeta. Cuando la canción termina, AMLO se despide y sale a paso rápido del lugar.

Después de dos horas, la mañanera de hoy ha concluido.

La Habana

Mientras soy testigo en primera persona del *performance* de AMLO, recuerdo el día en que pude ver en acción a Fidel Castro. Fue 22 años antes, en un politécnico en las afueras de La Habana.

Estaba ahí reporteando la visita del político chileno Joaquín Lavín a Cuba. Lavín había sido ministro de la dictadura de Augusto Pinochet, como parte del grupo de jóvenes tecnócratas que llevaba adelante las reformas neoliberales de su régimen. Lavín destacó entre sus pares como un político ambicioso y muy hábil en el manejo de los medios. Escribió *La revolución silenciosa*, un libro promocional de las bondades de las reformas de mercado, se afilió a la UDI, el partido de vocación popular del pinochetismo más duro, y se hizo famoso como un eficiente alcalde de la adinerada comuna de Las Condes, en Santiago.

En 1999 dio la gran sorpresa cuando estuvo a punto de derrotar al líder de la izquierda, Ricardo Lagos, en las elecciones presidenciales. Perdió por apenas 30 000 votos y quedó en la *pole position* para los siguientes comicios.

En eso estaba Lavín en 2002. Su estrategia era diluir su relación con el pinochetismo, y presentarse como un pragmático capaz de dejar atrás las disputas políticas y trabajar con todos para impulsar la economía y mejorar la calidad de vida de las personas.

El punto más audaz de su plan fue viajar a Cuba y conseguir una entrevista con Fidel. La reunión sería tan provocadora como sabrosa: el expinochetista se encontraría cara a cara con el enemigo mortal de Pinochet.

Además, Fidel había refugiado en la isla a los frentistas (miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez) que en 1991 asesinaron a Jaime Guzmán, el fundador de la UDI y padrino político de Lavín y sus cercanos.

El caso es que la gira de Lavín por Cuba se alargaba en una serie de

actividades insulsas (inspecciones a centros médicos, caminatas por el Malecón, una visita a la Bodeguita del Medio en que Lavín pidió una Coca-Cola Light…), pero no había pistas del elusivo comandante.

Hasta que, mientras Lavín hablaba con los estudiantes del politécnico, Fidel Castro entró en escena.

A los 76 años, el viejo comandante seguía siendo imponente. Durante los siguientes minutos, ante una sala repleta de jóvenes, Castro se paseó por todos los temas posibles, mostrando una memoria enciclopédica sobre Chile y su relación con Cuba. Citó fechas exactas, cifras de producción de alimentos y de exportaciones de cobre. Yo las anoté, incrédulo, en mi libreta. Luego pude chequear, con sorpresa, que todas las fechas y cifras eran rigurosamente exactas.

A la salida, junto a otros colegas, logramos captar a los gritos la atención de Castro, quien indicó a sus guardias que nos permitieran acercarnos. Por casi una hora, se dejó «entrevistar» por estos reporteros chilenos, que, con los codos de su equipo de seguridad incrustados en nuestras costillas, insistíamos en preguntarle por el destino de los asesinos de Jaime Guzmán, el respaldo de Cuba a acciones terroristas en países con gobiernos civiles, la represión política de su régimen y su opinión sobre Lavín, Lagos y Pinochet.

¿Por qué el López Obrador de esa mañana de 2024 me hacía recordar al Castro de ese atardecer de 2002?

Tal como López Obrador, Fidel respondió algunas preguntas (las menos), evitó otras y eludió los temas incómodos usando la misma estrategia: dar un larguísimo rodeo hacia los asuntos históricos y filosóficos sobre los que le gustaba hablar.

Y cuando lo aburrimos con nuestra insistencia sobre detalles que le parecían nimios (¿cuándo salieron los frentistas de Cuba?, ¿por qué no hay elecciones libres?), se despidió amablemente y se retiró.

Por cierto, las circunstancias son muy diferentes. México, a diferencia de Cuba, es una democracia con elecciones libres, partidos políticos de oposición, libertad de expresión y medios críticos, como lo recordaba López Obrador con su recorrido por los titulares de la prensa de esa mañana,

bastante más variopinta que el *Granma* y *Juventud Rebelde*, únicos diarios permitidos en la isla.

Fidel ni siquiera necesitaba montar una supuesta conferencia de prensa. Tenía todos los medios oficiales a su disposición para monologar por horas, si así lo quería, en cadena nacional. Podía saltarse del todo la molestia de recibir alguna pregunta incómoda. Y si lo hacía, como esa tarde en el politécnico, era por mera diversión, por deporte, para mantener entrenadas esas dotes retóricas que tanto le enorgullecían: su reconocido talento para seducir a los adversarios, enmarcar los temas a conveniencia y encantar a medio mundo con su manejo perfecto de retórica, historia y estadística.

Fidel ese día se parecía a su amigo Maradona, cuando consentía a su audiencia haciendo jueguitos con una pelota de tenis o una naranja, dándole toquecitos en el aire con la zurda, escondiéndola en su cuello, jugando a inmovilizarla.

La zurda de Fidel era su retórica: su voz profunda, su memoria prodigiosa y su rico vocabulario. Pero el propósito era el mismo: ejercitar, estirar las piernas, demostrar que el talento aún estaba ahí, pese al inevitable paso de los años, pese a los centímetros de menos por su espalda encorvada, pese al hablar más arrastrado y a la mirada menos vivaz e intimidante que en sus años de gloria.

En su mañanera, Andrés Manuel López Obrador se me antojó una fotocopia deslucida de Castro. El discurso era similar («la oligarquía», «el imperio», «la prensa vendida»). La estrategia retórica, idéntica. Los temas predilectos, los mismos (la historia doliente de América Latina, la interferencia de Estados Unidos en ella). Incluso citaban a los mismos intelectuales: los nombres de Walt Whitman, Pablo Neruda y José Martí se repetían en boca de ambos líderes.

Pero donde Fidel impactaba con su manejo detallado de estadísticas y efemérides, Andrés Manuel provoca más vergüenza ajena que otra cosa. Tiene, es cierto, aciertos en el gran barniz histórico (la guerra de 1847, el bombardeo de Veracruz), pero patina evidentemente en los temas de actualidad que se le presentan (desde la crisis venezolana hasta las

inundaciones en Chalco), y llega a provocar conmiseración con sus interminables pausas y las lagunas de su memoria.

Cuando se le enrostran sus fabulaciones y su tendencia a entregar información falsa, el presidente suele responder con una muletilla simple: «Yo tengo otros datos».

Visto en el espejo de Castro, López Obrador es un caudillo deslucido. Ni su carisma, ni su oratoria ni su profundidad intelectual son comparables. Cuando lo veía tropezar con su propia retórica, perderse en frondosos bosques verbales y volver, por tercera y cuarta vez en una mañana, a sus espacios seguros (los «36 años de neoporfiriato», la «prensa vendida», la «oligarquía», los «conservadores hipócritas» y la muletilla de la lista de periodistas incómodos), se hacían evidentes sus limitaciones, tan grandes como sus talentos.

Fidel Castro (y también su discípulo directo, el otro comandante, Hugo Chávez) son caudillos evidentes. Es fácil reconocer su carisma y entender su éxito. Son políticos extraordinarios, superdotados en el uso y abuso de la palabra y en su talento para hipnotizar y manipular a sus audiencias.

Como Perón y Allende, o, en otras lenguas, como Mussolini y Luther King, como Obama y Reagan, Castro y Chávez son, cada uno en su estilo, oradores innatos, encantadores de serpientes con un talento extraordinario para seducir a las masas a través de la palabra.

El carisma de López Obrador es menos evidente. O, tal vez, habría que especificar que es menos internacionalmente evidente. Cualquier hispanohablante puede reconocer el encanto de estos personajes y sentirse interpelado por ellos. López Obrador, en cambio, es una criatura local. Su encanto no traspasa con tanta facilidad las fronteras.

El carisma de AMLO es 100% mexicano. Se nutre del México más profundo, y su horizonte emocional e intelectual crece y se agota dentro de la mexicanidad: sus ídolos, sus pesares y sus esperanzas están dentro de México. Incluso sus enemigos: a diferencia de Castro, Chávez, Perón y Allende, para López Obrador los grandes villanos de la historia, aquellos contra los que construye su épica, no están allá afuera, en el Imperio, sino

acá adentro, en la oligarquía traidora y vendida que tiene a Porfirio Díaz como el *summum* del mal.

Izquierdismo sin progresismo

En la campaña que lo llevó a la presidencia en 2018, AMLO prometió que pondría el sistema de salud mexicano a la altura de Dinamarca. Pero, lejos de construir una red de seguridad social, López Obrador desarmó parte de la precaria estructura de protección del país y desvió ese dinero a la entrega de prestaciones directas a los más pobres, que han apuntalado su popularidad.

Lo ha sufrido el sistema de salud pública. En 2003, México había lanzado el programa Seguro Popular, para entregar cobertura de salud a 53 000 000 de mexicanos hasta entonces excluidos, duplicando el número de personas en el sistema.

Según el sitio especializado Think Global Health, el Seguro Popular «mejoró dramáticamente la salud en el país, y se convirtió en un modelo ampliamente estudiado para reformas de salud basadas en evidencia alrededor del mundo».

Pero en 2020 AMLO cerró el programa, lo que «interrumpió el acceso a salud y aumentó la vulnerabilidad» de millones de mexicanos pobres, según el análisis de Think Global Health.

López Obrador criticaba que este fuera un sistema descentralizado de financiamiento, y prometió reemplazarlo por un nuevo esquema único, el Instituto de Salud para el Bienestar. Pero el efecto fue catastrófico. Según algunos cálculos, cerca de 20 000 000 de mexicanos volvieron a quedar fuera del sistema.

Los recortes en la entrega de medicamentos han suscitado numerosas protestas, sobre todo en colonias de clase media, donde el apoyo a AMLO no es tan fuerte como en los sectores populares. El Gobierno ha justificado la cancelación de contratos con proveedores alegando casos de corrupción. Entre los pacientes afectados se cuentan niños en tratamientos contra el

cáncer que no han podido recibir su quimioterapia.

La doctora Ángela Rodal trabaja como ginecóloga en el Centro Médico La Raza, en Ciudad de México. Nos cuenta cómo se ha deteriorado el servicio a sus pacientes en los últimos años.

—Nos faltan medicamentos para inducir trabajos de parto de manera segura, antibióticos. Con eso batallamos mucho. Tenemos que cambiar indicaciones o manejos por ausencia de fármacos —dice.

En ese centro médico atienden mujeres con embarazos de alto riesgo, con una importante tasa de nacimientos prematuros o con problemas.

—No tenemos factor surfactante, necesario para inducir partos seguros. Es un problema muy grave —explica—. Es muy desgastante. Es una carga emocional fuerte ver que, aunque quieras, no tienes los recursos para atender a las pacientes —nos dice Ángela.

Los recortes también han afectado a programas sociales como las escuelas de tiempo completo, que funcionaban como colegios y guarderías hasta las cuatro de la tarde, para permitir a las madres trabajar. López Obrador argumentó que los niños estarían mejor al cuidado de sus abuelos.

A su vez, las transferencias monetarias (dinero directo al bolsillo) aumentaron en promedio un 55%. Luis Antonio Espino, experto en comunicación política, lo resumió así en entrevista con la BBC: «López Obrador descuartizó el presupuesto público y repartió los pedazos entre la gente como si fuera un botín».

Pero, al menos en el corto plazo, los resultados para muchos mexicanos han valido la pena. Más de 5 000 000 de personas han salido de la pobreza, el sueldo mínimo real ha aumentado a más del doble (120% sobre inflación) y el ingreso laboral promedio creció un 24% real, por encima del costo de la vida.

Además, AMLO mantuvo los equilibrios macroeconómicos y la inversión extranjera escaló a niveles récord. Más allá de su discurso contra las élites, se ha apoyado en ellas como palanca de crecimiento. No cumplió el aumento de impuestos a los más ricos que era parte de su plataforma electoral. Tampoco revirtió los contratos petroleros con privados, como había

prometido. «AMLO es conservador en lo económico y populista de izquierda en lo social», define el analista Jorge Zepeda.

Pese a todo su discurso sobre una «cuarta transformación» del país (después de la Independencia, las reformas de Benito Juárez y la Revolución mexicana), la plataforma de cambios de López Obrador es modesta. No ha avanzado en crear una red de protección social (más bien ha retrocedido). Tampoco ha atacado los monopolios ni la concentración del poder económico en pocas manos.

Lo que sí logró fue mantener una altísima popularidad durante seis años, algo inusual en la América Latina de hoy, y además bloquear el ascenso de la extrema derecha, tan fuerte en Argentina, Brasil, Estados Unidos y gran parte del continente.

¿Cuál es la fórmula de su éxito?

El científico político Rodrigo Castro Cornejo define su receta como «izquierdismo sin progresismo». Este se basa en un discurso típico de la vieja izquierda populista en asuntos económicos, marcando el contraste entre un pueblo maltratado y una élite acaparadora.

En cambio, López Obrador se ha mantenido lejos de las batallas culturales de la izquierda progresista contemporánea. Sobre los derechos de la diversidad sexual, «no me meto, soy dueño de mi silencio. Sencillamente no opino sobre esto porque no quiero contribuir a una confrontación». Sobre el aborto, «yo creo que no debemos abrir esos debates». Si bien promovió la igualdad de género en su gabinete, AMLO se ha alejado de manera explícita del feminismo.

El partido Morena tiene un discurso progresista, pero López Obrador, un hombre tradicional de 71 años de edad, es más bien conservador en estas materias (aunque él usa la palabra *conservador* como un insulto antes que como una descripción). El Gobierno distribuyó una «cartilla moral» para que las familias enfrenten la «pérdida de valores culturales, morales y espirituales». Suele destacar los «valores tradicionales» y criticar a políticos opositores por ser «malos cristianos». También se opone tajantemente a la despenalización de la marihuana. Para Castro:

> El izquierdismo sin progresismo de López Obrador no ha proporcionado los incentivos necesarios para un *backlash*, una reacción conservadora que genere la movilización de un partido de derecha radical populista. Dado que su Gobierno no ha defendido decididamente políticas progresistas, no se han generado agravios que activen la movilización de partidos o movimientos ultraconservadores, como en otros países de América Latina y Europa.

Un fenómeno que, en especial, es impresionante, considerando que el mayor abono para el crecimiento de la ultraderecha en América Latina es la violencia.

Y que antes, durante y después de AMLO, la violencia en México es brutal.

Claro que también en este ámbito, la estrategia de López Obrador dista de ser izquierdista. Aunque en campaña prometió sacar al Ejército de la lucha contra el narco, en la práctica hizo todo lo contrario: convirtió una medida excepcional en permanente, incluso reformó la Constitución para ese propósito.

Más allá de su criticado lema de «abrazos, no balazos», López Obrador no ha tomado ninguna medida eficaz para disminuir la violencia. Los homicidios siguieron aumentando durante su periodo presidencial, mientras el Gobierno entregaba cada vez más presupuesto y cada vez más áreas de administración a los militares, incluyendo infraestructura, puertos y aeropuertos.

La militarización del Estado y la sociedad avanzó a pasos agigantados durante su sexenio. Nunca, desde la primera época de la Revolución mexicana, el Ejército había tenido tanto poder.

Así, la fórmula de AMLO es un izquierdismo populista en el discurso, caudillista en su relación directa con el pueblo, conservador en materias culturales, ordenado en el manejo económico, autoritario en su relación con los críticos y cercano a las Fuerzas Armadas.

Una criatura tan peculiar como el pejelagarto, ese pez de cuerpo

cilíndrico, escamas gruesas y cabeza de reptil al que Andrés Manuel López Obrador debe su sobrenombre.

Después de AMLO

Claro que, con todas sus pulsiones autoritarias e instintos caudillistas, hay algo que debe decirse en su favor: López Obrador no intentó eternizarse en el poder. A diferencia de los izquierdistas Chávez, Ortega, Evo y Correa, no empujó una reforma constitucional para reelegirse. A diferencia de Trump, no conspiró para perpetuarse en el Gobierno. Y a diferencia de Bukele, no violó la Constitución para lograrlo.

López Obrador terminó su sexenio con una popularidad récord y le entregó el Gobierno a Claudia Sheinbaum, quien arrasó con los candidatos opositores en unas elecciones violentas, pero limpias y de resultado indudable.

Pero antes de dejar el cargo, libró y ganó su última batalla: se cobró revancha contra los jueces con los que se venía enfrentando desde su periodo como jefe de Gobierno de la capital y que bloquearon proyectos presidenciales como el que expandía el rol del Estado en el sector energético.

Aprovechó para ello una ventana legal: las elecciones federales de 2024 dieron a Morena una mayoría abrumadora en el Congreso. Y como los parlamentarios asumen antes que el presidente, López Obrador alcanzó a empujar una reforma constitucional previo a entregar el mando. Lejos de ser un «pato cojo», el pejesapo mandó hasta el último día.

La reforma instauró el voto popular para elegir cerca de 2 000 cargos judiciales, incluida la Corte Suprema, avanzando así en el control total de todas las palancas del poder para el oficialismo. Human Rights Watch alertó de la propuesta como un peligro para la independencia del Poder Judicial.

Pero, en este como en todos los temas de debate, AMLO le pasó por encima a la oposición, tanto política como de los magistrados y de los trabajadores del sistema judicial. Instaló el clivaje de siempre. De su lado, la voluntad del pueblo. Del otro, las «élites corruptas», con jueces «al servicio

de las minorías».

Es un discurso facilitado por las evidencias de corrupción e infiltración del narco en la justicia mexicana. Y, en contraste, destaca el talante austero de López Obrador, un hombre de gustos sencillos y poco inclinado a la ostentación que caracteriza a muchos políticos mexicanos.

Hasta el cierre de este libro, Claudia Sheinbaum está logrando construir su propio camino. Con un discurso más reposado y menos autoritario que el de su antecesor, ha navegado las primeras crisis de su mandato, como el comienzo de la guerra comercial de Trump, impulsando su popularidad a niveles incluso mayores a los de su mentor, cerca del 80 por ciento.

¿Será Sheinbaum la institucionalización de la fórmula de AMLO, despegando la política del caudillo? ¿Podrá combinar la popularidad del lopezobradorismo con un mayor aprecio por los discursos y las formas democráticas?

¿O aprovechará ese apoyo para redoblar la marcha hacia un México más autoritario, con los tres poderes del Estado, más el creciente poder de las Fuerzas Armadas, reunidos bajo su puño? ¿Será Sheinbaum una nueva especie de caudilla, una innovación en una tipología política que hasta ahora ha sido casi exclusivamente masculina?

Y, además, ¿se tentará el viejo caudillo con empujar una reforma que le permita retornar al poder en gloria y majestad en 2030? ¿Con transformar ese «Hasta siempre, presidente» en los afiches de Lomas de Tepemécatl en solo un «hasta pronto»?

De la respuesta a esas preguntas depende en parte el futuro de la frágil democracia mexicana.

* * *

COROLARIO

NO KINGS

Una de las personas a las que más debo por mi reporteo en El Salvador es Ruth López. Ella es la directora de la Unidad de Anticorrupción y Justicia de Cristosal, una ONG fundada por obispos anglicanos en 2001 y reconocida en todo el mundo por su defensa de los derechos humanos en América Central.

Ruth me recibió en su oficina en San Salvador, donde ella y su equipo realizaban un trabajo de hormigas, recopilando uno a uno los expedientes de personas encarceladas. Así, caso por caso, historia por historia, han podido arrojar luz sobre lo que ocurre en las mazmorras del régimen. Cristosal ha documentado la muerte de cerca de cuatrocientos presos dentro de las prisiones, muchos de ellos con señales de tortura, contra quienes jamás se presentó una acusación ni se les llevó nunca a juicio. Fueron arrestados como inocentes y murieron como inocentes.

Ruth sabía que su trabajo era de alto riesgo. Sabía que ella misma estaba en peligro de convertirse en otro de esos miles de casos que documentaba. Pero confiaba, según me dijo ese día en San Salvador, en que el prestigio internacional de Cristosal podía protegerlos a ella y a su equipo.

Así fue hasta el domingo 18 de mayo de 2025. Esa noche, una patrulla policial llegó a su casa, pidió hablar con ella acerca de un supuesto accidente de tránsito. Era una trampa. Cuando Ruth cruzó la puerta de su casa, la arrestaron.

Al momento de escribir estas líneas, Ruth López sigue en la cárcel. Como es habitual, no hay cargos formales contra ella, ni tiene manera de ejercer su derecho a la defensa. La Fiscalía se limitó a postear en redes sociales una acusación de peculado, aunque luego cambió de parecer y le informó al

tribunal que en realidad la habían detenido por otro delito: enriquecimiento ilícito. La audiencia fue declarada confidencial y, a la salida del tribunal, los policías introdujeron a Ruth en un vehículo particular con placas de Guatemala que arrancó sin destino conocido.

Es que Ruth López es peligrosa porque no solo investiga el arresto de ciudadanos inocentes, entre sus indagaciones descubrió y denunció públicamente 15 casos de corrupción en las altas esferas del régimen.

Su arresto es parte de la escalada represiva desatada por el régimen de Bukele desde mayo de 2025. Han sido capturados líderes sociales, ambientalistas y empresarios. El caudillo envió al Congreso, el cual controla, la Ley de Agentes Extranjeros que le permite dictaminar qué organizaciones no gubernamentales y qué medios de comunicación pueden o no trabajar en el país.

Los parlamentarios se tomaron 84 minutos para estudiar, discutir, votar y aprobar una ley copiada de la legislación de otro dictador, el sandinista nicaragüense Daniel Ortega, que pone fin a la independencia de las organizaciones de la sociedad civil en El Salvador.

La careta del «dictador *cool*» comienza a caer para mostrarse como lo que realmente es: un dictador a secas, que ya maneja todas las palancas del poder y, por lo tanto, puede ir abandonando los jueguitos de relaciones públicas y desnudando su verdadera naturaleza.

La de El Salvador no es una situación única. Desde que terminé de escribir los capítulos de este libro hasta ahora, cuando desgrano estas palabras finales en un corolario apurado por las prisas de la imprenta, la situación de todos estos países se ha deteriorado. La concentración del poder, el autoritarismo, la represión e, incluso, la tiranía se han agudizado y acelerado.

Así ocurre en Venezuela. Después de robarse la elección presidencial de 2024, el régimen de Maduro convocó a comicios parlamentarios y regionales para el 25 de mayo de 2025. Fue un *déjà vu* de tantas elecciones bajo el puño bolivariano. La oposición se dividió. Su principal líder, María Corina - Machado, llamó a la abstención como protesta por la falta de garantías. El

exlíder opositor Henrique Capriles vio su oportunidad para llenar ese vacío y presentó una lista. Otra vez, como tantas, las fracturas y la lucha de egos opositores le hicieron las cosas fáciles al chavismo.

Según los datos oficiales, la participación fue del 43%. El oficialismo ganó con el 83% de los votos. Capriles sacó el 5%. La oposición denunció que las cifras estaban alteradas y que la abstención había sido mucho mayor.

—Más del 85% de los venezolanos desobedecimos a este régimen y dijimos «no» —proclamó Machado.

Fue otro discurso valiente que no sirvió de nada. El liderazgo opositor está dividido, preso o exiliado. Ante una modesta multitud, el dictador Nicolás Maduro hizo su balance:

—Después de 26 años de revolución —proclamó—, la revolución bolivariana ha demostrado que está más vigente que nunca. Hoy hemos demostrado el poder del chavismo.

Ese «poder» es omnímodo. Ahora Maduro tiene el control absoluto del Congreso, y de 23 de las 24 gobernaciones del país. La revolución bolivariana cruzó la barrera de sus bodas de plata convertida en un monstruo insaciable de corrupción, represión y miseria.

En Argentina, el gobierno de Javier Milei ha tenido éxito en controlar la inflación, y sobre esa base está montando una estrategia de represión y autoritarismo cada vez más desembozada.

Después de que una protesta de jubilados fuera duramente reprimida por la policía, la paranoia de Milei se acentuó. Ordenó a la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) considerar blancos de acciones de espionaje contra el Estado a todos aquellos que el Gobierno señale como amenazas para la «guerra cultural» contra el «comunismo internacional».

Entre ellos, cualquiera que busque «erosionar» el apoyo a las estrategias de seguridad o promueva la «pérdida de confianza» en las políticas económicas del régimen.

«No odiamos lo suficiente a los periodistas», es la última de las frases de cabecera de Milei. En una sola semana, entre el 26 de abril y el 2 de mayo, el presidente de la nación retuiteó 436 publicaciones con acusaciones, insultos

o alusiones despectivas a periodistas. Y aportó 41 mensajes similares de -redacción propia, repitiendo una y otra vez su frase sobre el odio contra los periodistas, a quienes define también como «sicarios con credencial».

El espionaje, la represión y el fomento del odio contra las voces críticas van de la mano con el uso del Estado para adoctrinamiento político, incluso contra los niños. Al asumir, Milei ordenó el cierre de un canal público de televisión dirigido al público infantil, Paka Paka, denunciando que era una herramienta propagandística de la izquierda. Pero en mayo de 2025 cambió de opinión y decidió relanzarlo.

Ahora, Paka Paka emitirá *Tuttle Twins*, una serie de dibujos animados creada por un activista libertario estadounidense, con el expreso fin de adoctrinar ideológicamente a los niños en las ideas libertarias. Milton Friedman es el héroe que guía a los protagonistas de la serie, mientras Karl Marx es objeto de mofa.

—La misión de *Tuttle Twins* —proclaman sus creadores— es llegar a cien millones de niños, de modo que en diez años, cuando esos niños ingresen a las universidades y a las urnas electorales, sus comunidades y nuestro mundo sean un lugar más libre.

¿Qué tiene que ver este adoctrinamiento estatal, realizado con dinero y medios públicos, con la doctrina libertaria? Para el principal propagandista en redes de Milei, Daniel Parisini, mejor conocido como Gordo Dan, la explicación es simple: «Si el adoctrinamiento es de derecha, entonces no es adoctrinamiento. Enseñar socialismo está mal y enseñar liberalismo está bien».

Nosotros somos buenos; los otros, malos. Así de simple. El hombre que llegó a la Casa Rosada proclamando una cruzada libertaria para «destruir el Estado», ahora se ve muy a gusto utilizando el poder del Estado contra la libertad de los ciudadanos. Abusando del poder represivo de su odiado Estado, a través de la violencia, la intimidación, el espionaje y la propaganda, contra cualquier ciudadano que se atreva a criticarlo.

Vaya utopía libertaria.

En México, Andrés Manuel López Obrador se retiró a un discreto

segundo plano después de entregar el mando a su sucesora, Claudia Sheinbaum. Pero le dejó un regalo envenenado: la elección popular del Poder Judicial.

Los comicios judiciales se llevaron a cabo el 1.° de junio de 2025, cuando los mexicanos fueron convocados a elegir 2 681 magistrados, desde jueces locales hasta los ministros de la Suprema Corte de Justicia.

Es un ejercicio inédito en el mundo: si bien países como Estados Unidos, Bolivia y Japón eligen algunos cargos de la magistratura, en ninguna democracia se libra al voto popular la elección del Poder Judicial completo.

Hay buenas razones para ello, y México estaba a punto de descubrirlas.

Oficialmente, la elección no debía ser partidista, pero el sistema se diseñó para asegurar la fidelidad de los elegidos con el partido oficialista: Morena.

Más del 80% de los candidatos pasó por el filtro de comités de evaluación del Poder Ejecutivo y el Legislativo, ambos dominados por el Gobierno. Se prohibió a los candidatos recibir dinero para hacer campaña y hacer proselitismo en los medios de comunicación. Cada ciudadano mexicano recibió entre seis y diez tarjetones con una larga lista de nombres desconocidos para llenar cargos locales, estatales y federales.

En medio del desconocimiento y el desinterés, apenas el 13% de los electores votó. Solo se movilizaron los partidarios más duros del Gobierno, que siguieron las sugerencias oficiales. Morena distribuyó hojas de instrucciones (bautizadas como «acordeones») con nueve nombres para convertirse en ministros de la Suprema Corte.

Con obediencia, los escasos votantes eligieron a los nueve postulantes oficiales. Es dudoso que esta elección consiga mejorar el estándar técnico, el profesionalismo o la transparencia de un sistema judicial criticado por la corrupción y las evidencias de infiltración del narcotráfico.

Pero sí hay un efecto indiscutible: el oficialismo maneja ahora sin contrapeso los tres poderes del Estado. Ya tenía el Ejecutivo y la mayoría absoluta en ambas cámaras del Congreso. Ahora cuenta con la unanimidad de la Suprema Corte. La molesta presencia de jueces independientes al Gobierno, que obstaculizaron algunas de las reformas con que AMLO

pretendió controlar el poder, ha sido removida de un plumazo.

En la primera etapa de su mandato, la presidenta Claudia Sheinbaum se ha mostrado en general hábil y moderada. Su popularidad es altísima, cerca del 80%. Pero como sabemos, la adhesión popular va y viene. Y si en un momento ella decide seguir el camino autoritario, ya no habrá nadie que pueda interponerse en esa ruta.

AMLO ya no está al mando del Gobierno, pero su sueño de un poder popular que fluya directamente desde el pueblo hacia su líder, libre de las instituciones y de los molestos corsés de la democracia, al fin se ha cumplido.

En Estados Unidos, la deriva dictatorial del autócrata de la Casa Blanca continúa en una espiral sin control. Cada día, a cada hora, se acumulan las evidencias de corrupción. Al momento de escribir estas páginas, recuerdo algunas entre muchas: el regalo de un Boeing 747 de lujo del Gobierno de Qatar a Donald Trump para su uso personal mientras esté en el poder o después (si algún día deja el poder, claro); sus indultos a criminales a cambio de donaciones (en el último caso, perdonó a un convicto tres semanas después de que su madre asistiera a una cena de recaudación de fondos en su club privado Mar-a-Lago); o la venta de una «moneda meme» de su propiedad dirigida a sus partidarios, con un valor de mercado de más de 2 000 millones de dólares.

Mientras, Trump sigue ensayando su musculatura represiva contra universidades, estudios de abogados, estudiantes, inmigrantes y contra sus propios ciudadanos. Hasta ahora nadie es capaz de detenerlo. Y los límites que separan lo posible de lo impensable se estiran cada día más.

En junio, el mandatario estadounidense desplegó la Guardia Nacional contra los manifestantes que protestaban por los arrestos de latinos en Los Ángeles. Fue la primera vez en sesenta años que un presidente de esa nación tomaba tal medida de emergencia contra la opinión del gobernador de un estado, en este caso, el de California.

Lo hizo declarando una «emergencia nacional» para «reprimir la rebelión» que, según él, ocurría allí. Es un *modus operandi*. En sus primeros

cinco meses de gobierno, Trump ha declarado nueve «emergencias nacionales» para saltarse el Congreso, a los estados y los tribunales, y actuar como un dictador.

Su imaginación no tiene límites. Inventó una «emergencia energética» para favorecer la extracción de petróleo y carbón. Una «emergencia económica» para dictar aranceles unilaterales contra todos los países del mundo sin pasar por el Congreso. Para arrestar y enviar a personas a cárceles extranjeras, inventó una supuesta invasión de Venezuela a Estados Unidos, usando a los pandilleros del Tren de Aragua, como base para invocar la Ley de Enemigos Extranjeros de 1798.

Bullshit. Todos saben que Trump miente. Venezuela no está invadiendo a Estados Unidos, no hay tal emergencia económica ni energética, ni hay rebelión de los ciudadanos angelinos contra quienes, incluso, desplegó a los *marines*. La rebelión que sí existió (la toma del Capitolio) terminó con todos sus participantes indultados por el presidente que promovió, alentó y celebró ese intento golpista.

El 10 de junio, Trump protagonizó un discurso escalofriante. En la base militar de Fort Bragg, frente a una audiencia de militares, atacó con su virulencia habitual a opositores y medios de comunicación, y trató de «animales» y «agentes extranjeros» a los manifestantes de California. Como telón de fondo, varias columnas de militares respondían con vítores a cada uno de sus ataques proselitistas.

Cuando Trump arremetió contra el gobernador de California, Gavin Newsom, y contra la alcaldesa de Los Ángeles, Karen Bass, los soldados respondieron con abucheos. Es una imagen que vemos cotidianamente en Venezuela y otras dictaduras: los militares como comparsas obedientes de los deseos del tirano. Verla en Estados Unidos, donde esos militares históricamente se han mantenido al margen de las trifulcas políticas, da escalofríos.

Cuatro días después, Trump usó las Fuerzas Armadas para escenificar un nuevo acto de egolatría: un desfile militar por las calles de Washington; a un costo de 45 millones de dólares, la excusa oficial fue el aniversario del

Ejército, aunque para nadie pasó desapercibido que el despliegue coincidía con su cumpleaños.

El último desfile militar en Estados Unidos había ocurrido en 1991, cuando se celebró el regreso de las tropas triunfadoras en la guerra del Golfo. El país vivía el pináculo de su poder. Había ganado la Guerra Fría, la Unión Soviética estaba a punto de derrumbarse, y la democracia capitalista se tomaba el mundo con una oleada de elecciones libres, privatizaciones a lo bruto y franquicias de McDonald's y Pizza Hut.

El mundo era unipolar, la democracia de las barras y las estrellas era un ejemplo de exportación y algunos intelectuales estadounidenses proclamaban con toda seriedad el «fin de la historia».

El contraste no podría ser mayor. El desfile de Trump escenificó la realidad de un imperio en decadencia y una democracia en ruinas. En Minnesota, un extremista decidió hacer su propia celebración, asesinando a la mayor cantidad de líderes opositores posible. Alcanzó a matar a una congresista demócrata y a su esposo, y a herir a otro parlamentario y a su mujer.

Al mismo tiempo, millones de personas protestaban, en 2 000 puntos de todo el país, contra el desfile de cumpleaños, la represión, la corrupción y el autoritarismo. El lema de las manifestaciones habría sido impensable hasta hace poco en un país tan orgulloso de su república.

Mientras el rey disfrutaba de su desfile de cumpleaños, en las calles resonaba un grito desesperado: «*No kings*».

Sería un grito adecuado también para las calles de México, Buenos Aires, San Salvador o Caracas, donde estos reyes del siglo XXI despliegan un poder cada vez más regio y cada vez menos republicano.

Junio de 2025

Acerca del autor

Daniel Matamala es un periodista y escritor chileno. Se graduó de la maestría en Periodismo Político en la Universidad de Columbia e hizo una residencia en el Centro Stigler de la Universidad de Chicago.

Ha sido reportero, conductor, panelista y editor en televisión, en Canal 13, CNN y Chilevisión, donde presenta el noticiero estelar Chilevisión Noticias. Ha cubierto temas como la guerra en Ucrania y las condiciones laborales en China.

Su columna dominical en La Tercera es una de las más influyentes de Chile, y también ha publicado en Letras Libres y The Washington Post. En 2022, recibió el Premio María Moors Cabot, considerado no solo el más antiguo del periodismo, sino también uno de los más respetados galardones de América.

Es autor de nueve libros de no ficción. En 2001, publicó en Grupo Planeta su primer libro, *Goles y autogoles*. Asimismo, es fundador de la casa editorial Lo Que Importa, donde actualmente conduce los videopódcast *Lo Que Importa* y *Animales Políticos*.

© 2025, Daniel Matamala

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Formación: Alejandra Romero

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2025
ISBN: 978-607-39-3067-3

Primera edición en formato epub: agosto de 2025
ISBN: 978-607-39-3248-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE